

Historia social situada en el
espacio público de Bogotá
desde su fundación hasta el siglo XIX



Pablo Páramo / Mónica Cuervo Prados



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL

Educadora de educadores

Doctorado
Interinstitucional
en Educación

DIE

UNIVERSIDAD
DE VALLE

UNIVERSIDAD DE
MÉRIDA

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA
NACIONAL

**HISTORIA SOCIAL SITUADA EN EL ESPACIO PÚBLICO DE
BOGOTÁ DESDE SU FUNDACIÓN HASTA EL SIGLO XIX**

Catalogación en la fuente - Biblioteca Central de la Universidad Pedagógica Nacional

Páramo, Pablo

Historia social situada en el espacio público de Bogotá desde su fundación hasta el Siglo XX / Pablo Páramo, Mónica Cuervo Prados. -- 2ª.ed.-- Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, Doctorado Interinstitucional en Educación, 2013

220 p.

Incluye bibliografía

ISBN : 978-958-8650-52-4

1. Espacio Público – Historia – Bogotá (Colombia) – Siglo XX.
2. Política Urbana – Historia – Bogotá (Colombia) – Siglo XX.
3. Desarrollo Comunitario – Historia – Bogotá (Colombia) – Siglo XX.
4. Bogotá (Colombia) – Condiciones Sociales – Siglo XX.
5. Urbanismo – Bogotá (Colombia) – Siglo XX.
6. Desarrollo Urbano – Bogotá (Colombia) – Siglo XX.
7. Bogotá (Colombia) – Aspectos Sociales. I. Cuervo Prados, Mónica. II. Tít.

711.40986148 cd. 21 ed.

HISTORIA SOCIAL SITUADA EN EL ESPACIO PÚBLICO DE BOGOTÁ DESDE SU FUNDACIÓN HASTA EL SIGLO XIX

Descripción de los acontecimientos sociales de la ciudad a partir del lugar en que sucedieron y el reconocimiento a sus protagonistas: implicaciones para el diseño urbano y la educación del ciudadano con miras al fortalecimiento de su identidad con la ciudad.

PABLO PÁRAMO, Ph. D.
Universidad Pedagógica Nacional

MÓNICA CUERVO PRADOS, M. G.
Corporación Universitaria Iberoamericana



UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

JUAN CARLOS OROZCO CRUZ [Rector]

EDGAR ALBERTO MENDOZA PARADA [Vicerrector Académico]

VÍCTOR MANUEL RODRÍGUEZ SARMIENTO [Vicerrector de Gestión Universitaria]

GERMÁN VARGAS GUILLÉN [Coordinador del Doctorado Interinstitucional, DIE]

© Universidad Pedagógica Nacional

© Pablo Páramo

Mónica Cuervo Prados

ISBN primera edición: 978-958-8226-78-3

ISBN segunda edición: 978-958-8650-52-4

Primera edición, 2006

Segunda edición, 2013

Preparación editorial

Universidad Pedagógica Nacional

Fondo Editorial

VÍCTOR ELIGIO ESPINOSA GALÁN

Coordinador

ALBA LUCÍA BERNAL CERQUERA

Editora

IVAN VELOZA BELTRÁN

Ilustración de portada

JOHNY ADRIÁN DÍAZ ESPITIA

Diseño de carátula y diagramación

Impreso en JAVEGRAF

Bogotá, Colombia, 2013

CONTENIDO

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN, 9

INTRODUCCIÓN, 13

CONCEPTO DE ESPACIO PÚBLICO URBANO, 17

 Espacios de reconocimiento, 18

 Entre lo particular y el interés privado, 20

 Identidad y ciudad, 22

APROXIMACIONES EDUCATIVAS CON LA CIUDAD, 25

 Aprender a ser, 27

 Participación ciudadana, 29

 Modelos de ciudad, 31

 Recuperar significados, 32

LOS LUGARES PÚBLICOS Y SUS REPRESENTACIONES, 35

 El rol ambiental, 36

 Reglas y caracterizaciones, 39

 De lugares y funciones, 40

 Influencias del contexto en los usos del espacio público, 42

 Rutas culturales y educativas, 43

EL ESPACIO PÚBLICO DESDE UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA SOCIAL, 47

 Análisis de contenido, 49

 Muestra de libros, 50

 Muestra gráfica, 52

ESPACIO PÚBLICO EN LA ERA PRECOLOMBINA Y COLONIAL, 53

 Orígenes del espacio público en las ciudades, 55

 Las ciudades precolombinas, 57

 El espacio público durante la Colonia, 60

 Evolución urbana, 64

- De puertas para adentro, 66
- Eventos y actividades, 69
- Los actores y sus roles, 73
- La transición al siglo XIX en las ciudades europeas y americanas, 80

PROCESOS HISTÓRICOS SOBRE EL ESPACIO PÚBLICO EN EL SIGLO XIX, 81

- Los grandes cambios, 83
- Transformaciones sociales, 85
- Nuevas reglas del juego, 87
- Escenario de conflictos, 92
- Bogotá y sus ritmos, 94
- El poder público, 98

CARACTERIZACIÓN ESPACIAL DE LAS PLAZAS EN EL SIGLO XIX, 103

- La Plaza Mayor, 104
- Las otras caras de la plaza, 107

RUTINAS Y ACONTECIMIENTOS EN LAS PLAZAS DE LA CIUDAD, 115

- El mercado y demás actividades comerciales, 115
- Fusilamientos en la Plaza Mayor, 120
- Fusilamientos en la Huerta de Jaime, 122
- Los crímenes, 127
- Los desfiles, 128
- Actividad religiosa, 131
- Protestas y acontecimientos políticos, 133
- El tránsito, 139
- Caminatas y encuentros sociales, 139

RUTINAS Y PROTAGONISTAS DE LOS ACONTECIMIENTOS SOCIALES EN LAS CALLES DE LA CIUDAD, 149

- Las rutinas y los acontecimientos, 154
- La calle y la educación ciudadana, 155
- Las actividades religiosas, 156
- El comercio, 156
- Vida social, 157
- La Calle Real, un lugar por excelencia, 158
- La marginalidad social en la calle, 159
- Fusilamientos y funerales, 160
- Protestas, 163
- Crímenes, 165
- Protagonistas, 166

ENTRETENIMIENTO EN EL ESPACIO PÚBLICO, 169

Chicherías, 170

Galleras, 173

Teatros, clubes e hipódromo: espacios de apropiación del poder, 174

Corridos de toros, 176

Juegos de barajas, 179

Baños públicos, 180

LA RELIGIOSIDAD EN EL ESPACIO PÚBLICO, 183

La iglesia como lugar público, 183

LA RELIGIOSIDAD Y SUS PRÁCTICAS, 189

Acontecimientos en los templos, 195

Cementerios, funerales y difuntos, 197

SÍNTESIS, CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES, 199

Síntesis, 199

Conclusiones, 203

Recomendaciones, 211

BIBLIOGRAFÍA, 213

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

LAS PIEDRAS HABLAN...

La ciudad no es un conjunto de habitaciones, plazas, distritos, medios de transporte, servicios e instituciones que son ubicados por casualidad donde se encuentran. Las ciudades son estructuradas, y para quien gusta observar, para el transeúnte curioso, las ciudades hablan de la vida tanto pasada como actual. Las ciudades han crecido con el tiempo. En sus muros, su estructura, sus edificios, sus monumentos y sus parques están inscritos las ambiciones y los destinos de sus futuros pobladores. Las ciudades son la matriz en la cual se inscribe el camino de sus habitantes del pasado, y que recogen cada día pacientemente la marca del tiempo en marcha. No es solamente el poder el que deja su impronta con avenidas triunfales, estatuas, monumentos y edificios prestigiosos, erectos muchas veces sobre las ruinas de un poder caído; es también el hombre y la mujer de la calle en su humildad quienes estructuran el espacio urbano muchas veces aprovechando de los intersticios que escapan al control de los poderes. Existe un urbanismo oficial que crea y borra eventos históricos según la importancia que le dan dentro de su propia visión del poder y del futuro, y existe un urbanismo de los pobres, los dejados por cuenta de la sociedad que marcan con igual nitidez el ambiente urbano, los primeros con monumentos, los segundos con las poblaciones. El desarrollo de la ciudad se alimenta de igual manera y pareja intensidad de esos dos aspectos que no son siempre contradictorios.

IDENTIDAD Y TERRITORIOS URBANOS

¿Pero por qué referirse a la historia de los lugares es tan importante? ¿Por qué se interesan los científicos sociales por el aspecto urbanístico?

La relación del individuo con su espacio de vida es importantísima no solamente desde un punto de vista individual, –procura identidad y bienestar, permite el desarrollo armónico del individuo, la realización de sí mismo, procura seguridad–, sino también desde un punto de vista social y político, en la medida en que la identidad urbana y nacional del individuo favorece su expresión como ciudadano responsable, y por consiguiente, la participación a nivel local y nacional.

No hay valorización patrimonial eficiente sin que se plantee la utilidad (el porqué) de esa valorización. En este sentido, el aspecto más importante parece ser el de la apropiación del lugar de vida y las consecuencias de las múltiples apropiaciones del territorio. Las apropiaciones favorecen el posicionamiento social y, al mismo tiempo, el posicionamiento urbano del individuo. La ciudad es una superposición de territorios en relación con el individuo: la habitación, la localidad y la ciudad en su totalidad. El núcleo habitacional permite una apropiación extensiva, si no total, y es una base de la identidad. Esa apropiación se extiende al barrio que es compartido con la demás gente. La vecindad procura integración social –el individuo se siente entre gente que es parecida a él– y seguridad. La sociabilidad, a través de colegas y amigos, se extiende a toda la ciudad permitiendo así al individuo frecuentar, conocer y apropiarse de otras extensiones urbanas.

Así, el individuo tiene diferentes lugares concéntricos de referencia: el núcleo habitacional, el barrio y algunos territorios urbanos. En este cuadro, el centro de la ciudad es muchas veces considerado como lugar del poder por intermedio de la burocracia, como expresión de los poderes urbano y nacional. La valorización patrimonial debe tener en cuenta esos diferentes territorios. En otros términos, la valorización patrimonial tiene como función actuar diferencialmente según dos escalas básicas: la local (la localidad, el barrio) y la relativa al espacio urbano y nacional. El referencial histórico es a la vez *factor de integración social* y *factor de integración topográfica*, estando los dos ligados:

- En el barrio, a nivel local, las referencias históricas son referencias locales que deben de reforzar la identidad del barrio y la identificación a la comunidad de los habitantes locales. Tal procedimiento favorece la participación y el desarrollo local, y promueve la integración de dicho barrio en la ciudad.
- En la ciudad, a nivel urbano y nacional, las referencias históricas son referencias nacionales que deben poner el acento sobre la ciudadanía a través de las características históricas de la ciudad y de su papel en el desarrollo de la nación. Junto con la integración simbólica de los barrios en una identidad ur-

bana, eso favorece la solidaridad y la democracia urbanas. Esa estructura interconectada de lo local con el urbano es una condición importante para una sólida identidad nacional que se exprese en la participación y la solidaridad nacional.

LA CIUDAD EDUCADORA

¿Por qué, como lo sugieren los autores, la ciudad debe ser educadora? ¿Qué se debe transmitir y con qué finalidad? El aspecto de una ciudad educadora es un concepto a la vez seductor y peligroso. ¿En qué se va poner el acento? ¿En la colonización o en el periodo anterior? ¿En los dos y con qué mirada? Cada poder, como cada familia, tiene eventos, acontecimientos que se prefieren callar. La historia es siempre parcial, y la omisión tan importante como el acento puesto sobre un aspecto o un periodo particular.

En primer lugar, y como lo precisan los autores, la ciudad es una superposición de historias diferentes. Historias oficiales, historias fabricadas, historias que la gente ha sufrido, historias ocultadas e historias olvidadas. Hay sin duda, una dialéctica del espacio urbano de la cual las referencias históricas participan activamente. Esa dialéctica no solamente concierne a lo visible y lo oculto, sino también a otros dos aspectos importantes:

- La dimensión temporal, es decir, la relación entre el “antes” y el “ahora”, y la transición del uno al otro. ¿Es una evolución monótona, o hay rupturas? ¿Qué tipo de rupturas?
- La dimensión social, es decir, los grupos o comunidades a los que se refiere la mención histórica. ¿Se trata de una historia compartida o de una historia que excluye ciertas comunidades nacionales, ciertas categorías de personas, etc.?

La ciudad educadora tiene que actuar sobre la significación que enriquece el patrimonio dando significado para todos los ciudadanos, es decir, sin excluir a ninguno. Solamente así, la educación histórica del ciudadano puede acentuar el uso del tejido urbano.

MEMORIA COLECTIVA Y PROTECCIÓN DEL AMBIENTE

Los autores, a través de muchos ejemplos, demuestran cómo la historia del lugar, su conservación y su transición en el tiempo son extremadamente importantes. Es-

peremos que las autoridades se convenzan que implantar y ampliar las referencias históricas en la ciudad fermenta la valoración del tejido urbano. Un trabajo de este tipo implica también repensar los lugares e incentivar así la protección y la conservación de espacios significativos para la memoria colectiva. En efecto, más allá de monumentos, los marcos menores, tales como las habitaciones de hombres y mujeres importantes para la comunidad y los lugares de acción, pueden ser protegidos e inscritos en un inventario, impidiendo así su destrucción por ignorancia y su erradicación de la memoria del pueblo. Además, el acento puesto en la historia es un argumento más para la revitalización y la revalorización de los centros de ciudades que han sido descuidados en varios países latinoamericanos.

En fin, este excelente texto es muy estimulante, más allá de las recomendaciones que propone, por el incentivo a la gente de reflexionar sobre ella y su lugar en el tejido urbano, y con eso, su posición social y ambiental en la Colombia de hoy.

Gabriel Moser (Q. E. P. D.)

París, 2006

INTRODUCCIÓN

Un aspecto que merece ser incluido dentro de la planeación urbana y los programas educativos ciudadanos es la historia de la ciudad. Tanto en Europa como en los países latinoamericanos, el componente histórico de movimientos como *Ciudad Educadora* (Barcelona, 1990), *Ciudad Sostenible* (Lorenzo, 1998), o el de *Cultura Ciudadana* (Mockus, 1995-1997), no ha sido suficientemente desarrollado en sus aspectos conceptuales o de formación ciudadana ni se ha reflejado en el manejo del diseño de la urbe. Particularmente, existe la necesidad de construir una perspectiva histórica de la ciudad que dé cuenta del papel que debe desempeñar la historia en el diseño del espacio público y, en general, en los programas de educación ciudadana. Revelar la historia y los usos de los lugares públicos puede contribuir al proyecto educativo de las ciudades, en la medida en que se aumenta la conciencia histórica, la comprensión sobre la ciudad, se promueve la creación de significados compartidos en los ciudadanos y, por tanto, se fortalece la identidad.

De este modo, la recuperación de algunos significados de nuestro pasado puede contribuir a crear un entendimiento entre los ciudadanos, dado que se aumenta la cantidad de significados compartidos de un lugar. Para evitar la pérdida del componente afectivo de nuestra cultura, el presente libro intenta motivar el contacto con los lugares de la ciudad, estableciendo conexiones entre las personas con la historia de la misma, para así contribuir a la formación de la “identidad de lugar” en sus habitantes.

Dentro de esta perspectiva, hacemos énfasis en el papel que representa la historia del ambiente urbano y sus actores sobre la “identidad de lugar” en las personas del presente. Así, podemos decir con Hayden (1999) que tal identidad de lugar debería estar íntimamente ligada a los recuerdos tanto personales como colectivos, interconectados con las historias de nuestras familias, vecinos, compañeros de trabajo y, por supuesto, con los recuerdos que tenemos sobre la historia de los lugares de la ciudad.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que los significados de dichos lugares públicos no son estáticos, razón por la cual se debe tener su cambio a través del tiempo. Por ejemplo, es probable que el uso de algunos lugares públicos durante la época colonial haya sido diferente al uso que se les dio durante la República, como también es importante preguntarse sobre cómo los distintos lugares públicos fueron usados diferencialmente por actores del gobierno, la iglesia y la gente común para efectos educativos o informativos del ciudadano corriente.

De este modo creemos que la exploración de la historia del lugar en que vivimos se convierte en una exploración de nuestra identidad. Por tanto, una tarea urgente para quienes trabajan los programas de educación ciudadana es desarrollar una forma de teorizar las relaciones entre la historia y los lugares públicos. Esta conceptualización, confiamos, tendrá una incidencia en el futuro del pasado de la ciudad. Bogotá pertenece a sus ciudadanos y es también parte de una nación moderna que busca reconocer su historia y fortalecer su identidad. Con los resultados del trabajo de investigación que aquí presentamos, se busca recuperar significados de los lugares públicos actuales. Sin significados, difícilmente encontraremos una identidad de lugar. Este es entonces un estudio sobre los distintos actores que han hecho uso de los lugares públicos en el pasado, sobre la identidad de lugar y sobre la recuperación de la forma y el futuro de los lugares públicos de Bogotá.

La siguiente pregunta problemática es: ¿Quiénes son los actores ciudadanos que serán tomados en cuenta para esta investigación? Sabemos que la historia continuamente es representada, reelaborada y reinterpretada, y en este proceso la presentación social o mímica del pasado reduce el valor educativo de la historia a la vez que refuerza mitos. Así la historia se vuelve menos memoria y más una atracción turística. La ciudad y los lugares históricos deben dar cuenta sobre la multidimensionalidad de la herencia cultural. Por supuesto que queremos contar la historia de aquellos lugares que se constituyen en una celebración de nuestros mayores logros culturales, pero si estos han de ser de valor educativo, deberían también presentar honestamente los eventos experimentados por la gente común, y aun los eventos tristes de nuestro pasado. En Bogotá esto significa tomar también en consideración la experiencia de los indígenas y de otros grupos sociales en los lugares públicos. De la manera como lo ha señalado Hayden (1999), las experiencias amargas que la gente ha sufrido deben ser recordadas y no minimizar su importancia. En el mismo sentido tener presentes las experiencias cotidianas de la gente común durante esos periodos. Los resultados de este estudio destacan el papel de la gente común –españoles, criollos, indígenas y mestizos– como acto-

res de la transformación de la ciudad y como protagonistas de diferentes eventos experimentados en los lugares públicos, que fueron surgiendo desde la fundación de la ciudad hasta los inicios del siglo XX. El libro: *La experiencia urbana en el espacio público de Bogotá en el siglo XX*, recoge la información correspondiente a este periodo de nuestra historia.

Se reconoce que el significado de los lugares para la gente tiende a desaparecer, y el sentido de identidad de lugar que conlleva la historia compartida tiende a perderse. Entonces es importante, como lo señala Castells (1991), crear un movimiento contra esta pérdida de significado de los lugares ligando el pasado al presente en el ambiente urbano y, por tanto, haciendo visible la historia de los lugares de la ciudad. De este modo, al recuperar elementos históricos y hacerlos significativos para los ciudadanos, se crea un ambiente de posibilidades para el aprendizaje de la urbe.

La intencionalidad de este estudio es valiosa no solo porque con este se pretende contribuir al fortalecimiento de la representación social del espacio público, sino porque, hasta la fecha, la investigación sobre el tema no ha sido llevada a cabo en Bogotá en el contexto del desarrollo urbano. El campo ha estado dominado por arquitectos y literatos, quienes han centrado sus trabajos en la evolución arquitectónica de los diferentes lugares para dar cuenta de los usos presentes o hacer análisis metafóricos de la ciudad. El espacio público no se había investigado extensivamente como categoría psicológica o social que hiciera referencia a cómo era experimentado, quiénes eran sus protagonistas y qué roles desempeñaban. Los estudios apoyados por la administración de la ciudad sobre el espacio público se han centrado en la Plaza de Bolívar, algunas plazas secundarias y uno que otro parque. No había estudios, hasta ahora, en los que se evaluara la historia de los lugares públicos desde la perspectiva de sus usuarios, sus usos y las motivaciones para interactuar con esos lugares.

Queremos aclarar, sin embargo, que no se quiso hacer un estudio nostálgico de la historia de los lugares públicos de Bogotá. Desde una perspectiva pragmática, el interés de este trabajo se centró en identificar los lugares públicos significativos en Bogotá a través de la asociación de dichos lugares con eventos ligados a estos y sus protagonistas, de tal suerte que los resultados alcanzados contribuyan a aumentar nuestra comprensión, disfrute y preservación del ambiente urbano, a la vez que conseguimos el respeto y reconocimiento hacia los diferentes actores sociales del pasado. El estudio se fundamentó en el análisis de trabajos de escritores y artistas. Al final, se dan elementos pedagógicos que pueden incluirse en una estrategia educativa para la ciudad.

CONCEPTO DE ESPACIO PÚBLICO URBANO

Al intentar definir el espacio público urbano en una perspectiva histórica, somos conscientes de que su validez como constructo podría afectarse por anacronismo, o por adoptar una perspectiva realista ingenua y simplista. Como anacronismo trasladaría su definición, dada en un tiempo y espacio social y culturalmente actual, a otro tiempo y espacio pasados, cuyas especificaciones fueron diferentes a las que hoy día tenemos del espacio público. Y como realismo ingenuo y simplista, implicaría la creencia de que la explicación o comprensión de las prácticas sociales corresponde ontológicamente con la realidad histórica conocida desde ese esquema conceptual; es decir, que los acontecimientos, lugares o personajes considerados fueron como las representaciones actuales lo muestran. Partimos del reconocimiento del riesgo que implica un análisis histórico de esta naturaleza, asumiendo que las conceptualizaciones que hacemos sobre los usos sociales de los lugares públicos de la ciudad son construcciones sociales concretas, que dinamizan la interpretación histórica en cada momento, y exigen el desarrollo de nuevos tratamientos y aproximaciones. Hoy en día, la investigación histórico-social no puede omitir esas determinaciones; debe también construir sus conceptos deslindando el momento espacio temporal y socio cultural presente, desde el cual se aproxima al conocimiento del momento espacio temporal y socio cultural pasado. El investigador actualiza el objeto de conocimiento mediante una construcción de los conceptos, abordando el pasado con los marcos de referencia del presente; así diseña el escenario de una nueva puesta en escena del espacio público.

Por lo anterior, investigar sobre un objeto de conocimiento que corresponde con situaciones, lugares y protagonistas de otros tiempos y espacios, requiere más bien ir hacia el estudio y comprensión de los usos y las apropiaciones que los sujetos han hecho del espacio a través de prácticas que, necesariamente, son el resultado de una fusión de horizontes en el tiempo.

En la red o trama de espacios públicos urbanos, vacíos y continuos en el sentido morfológico en que el espacio público es tratado por la arquitectura, se incluyen elementos como plazas, paseos y áreas peatonales. Sobre todos ellos, este estudio adelanta una conceptualización que trasciende la definición morfológica de cosa construida, separada de sus diseñadores y usuarios, e involucra las relaciones, representaciones, los acontecimientos y usos que le dan los usuarios y la red de espacios públicos urbanos. Red que posibilita la actividad social en ella, la comunicación entre los ciudadanos-usuarios, la percepción y el conocimiento de la ciudad, y otros procesos que hacen que en la red de espacios públicos se manifieste la ciudad como una realidad cultural colectiva íntegra, con el fin de proponer una nueva definición del espacio público que vincule factores ambientales, psicológicos y sociales, y genere lugares para el encuentro, el reposo, el juego, el mercado, la celebración y otras actividades propias de la convivencia urbana.

ESPACIOS DE RECONOCIMIENTO

Desde este tipo de perspectivas no morfológicas surgen diversas definiciones del espacio público. Saldarriaga (1997), por ejemplo, lo define como el dominio de todos, como terreno en donde la ciudadanía se reconoce a sí misma. En el espacio público se establecen regulaciones, provenientes de las costumbres y de las regulaciones formales, que permiten y restringen presencias, actividades y significados diversos; lo público es un dominio en el que se ejecutan los ritos de una sociedad: encuentros y desencuentros, intercambios y negociaciones, proclamaciones. En el dominio público, los ciudadanos son –o deben ser– iguales. La ciudad está constituida por los dominios de lo público y lo privado; lo privado es aquello íntimo, interior, familiar, personal. La tenencia del espacio en su origen consagró el derecho a esa interioridad.

La conjunción de lo público y lo privado en la ciudad, continúa Saldarriaga, tiene una dimensión particular cuando se asocia con lo mítico y religioso. La trama urbana se basa en la constitución de un dominio público, en la configuración de lugares y recorridos, en la delimitación de los lugares simbólicos donde la ciudadanía se entrega a los dictámenes de la divinidad (Saldarriaga, 1996). En una dirección similar es importante resaltar la distinción que hace Terricabras:

La asociación del espacio público con lo mítico religioso da lugar a otra caracterización del espacio público: lo sagrado y lo profano. El templo, la pirámide, la catedral, el cementerio son hitos que han marcado históricamente el espacio

urbano. En los espacios profanos se expresa la urbanidad; se caracterizan por el libre acceso, son abiertos y son, a la vez, escenario de una intensa actividad social (...). El espacio sagrado confiere la identidad del territorio como parte de la memoria colectiva, es de acceso permitido y generalmente construido. Además de los templos está compuesto por los edificios públicos, los comunitarios, los edificios de valor histórico y cultural, y en general, por las edificaciones a las cuales la comunidad concede un valor específico. Ambas espacialidades, la profana y la sagrada, conforman el espacio estructurante de la ciudad que es perenne, aquel que a través del tiempo mantiene los elementos que identifican la ciudad y su cultura; la identidad de la ciudad consiste en un conjunto de rasgos no meramente aparentes o formales, que le dan un aire propio, que la identifican y la hacen reconocer como tal; identidad, etimológicamente, es la cualidad de ser uno mismo (Terricabras, 1990).

Si bien en el espacio público se reconocen las espacialidades, la sagrada y la profana, en este estudio el interés se centra con mayor énfasis en lo que podría denominarse espacio público profano, compuesto por el espacio abierto: plazas, parques, avenidas, calles y andenes, que al extenderse por el territorio conforman la trama urbana, dándole coherencia a la ciudad y proporcionando elementos de identidad para todos los ciudadanos. La precisión anterior es necesaria puesto que al espacio público sagrado el acceso es solo permitido, es decir segregado, limitado a unos pocos, definidos por su posición social, poder político o económico. Al espacio profano acceden todos los ciudadanos como iguales. Existen, no obstante, expresiones de lo sagrado presentes en lo profano; por ejemplo, el monumento público, como una extensión de lo sagrado, se ubica en el espacio profano y le da un valor específico, caracterizándolo y haciendo de él parte de la identidad de la ciudad. Los monumentos no son únicamente aquellos que buscan rendir culto a un personaje o hecho determinando; son monumentos todo tipo de fuentes o de obras de arte localizadas en el espacio urbano para lograr caracterizarlo (www.unalmed.edu.co/~paisaje/doc4/concep.htm).

Al evaluar históricamente la evolución del espacio público, se encuentra que, durante el periodo colonial, se pretendía que aun estos lugares abiertos fueran sagrados en la medida en que se desarrollaban en ellos las festividades religiosas y gubernamentales. De tal suerte que la pretensión de formalizar el espacio público abierto mediante los símbolos físicos, como veremos, no se daba únicamente a través de los elementos físicos arquitectónicos sino mediante las actividades formales como las procesiones religiosas o los desfiles militares.

ENTRE LO PARTICULAR Y EL INTERÉS PRIVADO

Otro criterio para la caracterización del espacio urbano es que en el espacio privado se manifiesta el interés particular, mientras que en el espacio público prima el interés común. La Constitución Política de Colombia (1991) establece como “deber del Estado velar por la protección de la integridad del espacio público y por su destinación al uso común, al cual prevalece sobre el interés particular”.

Además de la Constitución, la legislación actual –particularmente el Decreto 1504 de 1998– define el concepto de espacio público considerándolo no solo aquel al cual se accede libremente, sino que da importancia a las funciones que cumple, independientemente de su tenencia, para la satisfacción de las necesidades urbanas colectivas. Legalmente el espacio público de la ciudad lo constituyen:

las áreas requeridas para la circulación, tanto peatonal como vehicular; las áreas para la recreación pública, activa o pasiva; para la seguridad, tranquilidad ciudadana; las franjas de retiro de las edificaciones sobre las vías; fuentes de agua; parques, plazas; zonas verdes y similares; las necesarias para la institución y mantenimiento de los servicios públicos básicos; para la instalación y uso de los elementos constitutivos del amoblamiento urbano en todas sus expresiones; para la preservación de las obras de interés público y de los elementos históricos, naturales, religiosos, recreativos y artísticos, como para la conservación y presentación del paisaje y los elementos naturales del entorno de la ciudad; los necesarios para la preservación y conservación de las playas marinas y fluviales; los terrenos de bajamar así como de sus elementos vegetativos, arenas y corales; y, en general, por todas las zonas existentes o debidamente proyectadas en las que el interés colectivo sea manifiesto y conveniente, y que constituyen, por consiguiente, zonas para el uso o disfrute colectivo (Ley 9 de 1989, Constitución Nacional 1991, Decreto 1504 de 1998).

El espacio público es entendido por los legisladores como:

un bien común, inalienable y prevalente sobre el interés privado, aplicable a la totalidad de los elementos y lugares de la ciudad, de propiedad colectiva o privada, que albergan el diario transcurrir de la vida colectiva, posibilitando esos lugares como sitios de expresión y apropiación social (*El Mirador de Bogotá*, N.º 7, 1999).

Aun cuando es posible definir en términos legales el espacio público y hacer distinciones de los espacios urbanos como privado individual, privado colectivo, público sagrado, público profano, es esta última categoría de la espacialidad la

que interesa prioritariamente en este estudio. El estudio se centra en estos espacios abiertos de uso colectivo que tienen significado como bienes culturales. En el sentido que analizaremos en este trabajo, los lugares públicos son aquellos sobre los cuales existe libertad de uso en forma tal que se diferencia nuestra actuación del dominio privado, y a los cuales nos dirigimos con un propósito para ejercer rituales e interactuar. De aquí que la diferencia está en el propósito con el que vamos a dichos lugares; en los lugares públicos actuamos en una forma en que no podemos o no lo hacemos en el dominio privado.

Dos aspectos adicionales contribuyen a la comprensión del espacio público en la mirada psicosocial que pretendemos hacer sobre nuestro objeto de estudio. En primer lugar, los encuentros familiares y casuales; salimos a encontrarnos con los amigos y vecinos en el parque, la plaza, el atrio, pero dado que todos vamos con propósitos similares, podemos ver en estos lugares personas que no conocemos, extraños. El segundo aspecto es ritual. Los lugares públicos sostienen actividades estructuradas de la comunidad tales como festivales, celebraciones, ejecuciones públicas, recreativas, etc., y por esto, este tipo de lugares producirán la evidencia de nuestro registro compartido de logros y nuestra conducta ritual. En ellos, por tanto, se refleja nuestra cultura, el culto a nuestros personajes, a episodios de nuestra historia o a nuestras emociones compartidas de diversa índole.

En esta dirección, Pérgolis plantea que el principal patrimonio de una ciudad es su modo de vida. Se entiende, disfruta y ama a la ciudad porque se participa de sus particularidades culturales, resultado de una historia que se mantiene viva en las significaciones de sus habitantes; significaciones vinculadas con la morfología presente entrelazada por los espacios públicos y parcelados, es decir, el patrimonio físico como referencia de la memoria que articula el pasado con el presente. La vida de la ciudad y la historia de la vida de la ciudad conforman su cultura, a la cual adhieren y de la cual participan los habitantes, encontrando a través de ella su identidad. Esa identidad es el sentido de ciudadanía, de pertenencia a la urbe, que resulta de dos procesos simultáneos en el pensamiento de los ciudadanos: uno, la apropiación psicológica del espacio, y otro, la capacidad de reconocerse como parte de la comunidad (Pérgolis, 1990).

Desde este punto de vista, la identidad cultural es un patrimonio colectivo, conformado por los trazos o huellas de las acciones y emociones, las bonanzas y tragedias, los encuentros y desencuentros que la comunidad fue depositando en la ciudad mientras la construía. El hombre participa en la construcción del espacio; allí proyecta sus significados a la vez que de esa relación surgen otras nuevas que

se van integrando a las existentes, ampliando y evolucionando el aspecto de asignar significados a los lugares y las intenciones que mueven su accionar. De este proceso surge la identidad espacial de la ciudad y sus habitantes, y de los eventos de estos en su territorio (Pérgolis, 1990).

Para distinguir entre lo privado y lo público, es conveniente tomar en consideración igualmente la distinción a partir de las reglas que gobiernan la actividad social en dichos lugares y a partir de sus características espaciales. Con el análisis centrado en las reglas de uso del lugar, se busca hacer visible lo que antes era invisible (Páramo, 2004a). Los lugares privados son aquellos donde hay reglas estrictas orientadas por un interés particular, nuestra casa por ejemplo. Sin embargo, hay algunos de estos lugares privados con mayor acceso; es el caso de los centros comerciales, las discotecas, los bares, algunas plazoletas, escenarios deportivos y otros que cumplen una función socializadora; todos ellos, valga la pena aclarar, son lugares de consumo. En los lugares públicos no es que no haya reglas, es solo que son más flexibles en cuanto al tipo de comportamientos permitidos y, además, el acceso es más abierto en el sentido de que más personas pueden acceder a este tipo de lugares, lo que equivale a la categoría de lugares profanos enunciada anteriormente.

IDENTIDAD Y CIUDAD

En cuanto a las características espaciales, el espacio público está compuesto por lo que puede llamarse lo estructural y duradero de la ciudad, que puede dividirse en formal e informal. Esta distinción resulta igualmente de la rigurosidad de las reglas que rigen las actividades en dichos lugares. Lo formal da identidad a la ciudad como parte de la memoria colectiva; generalmente es construido y tiene un acceso permitido. Estos lugares le dan identidad a la ciudad, y permiten principalmente actividades pasivas. Ejemplos de lugares públicos formales serían las iglesias y los edificios de gobierno. Por su parte, lo informal está compuesto especialmente por espacios abiertos como plazas, parques y avenidas donde el acceso es libre y las actividades sociales son las más preponderantes, razón por la cual las personas se sienten más libres para actuar y con mayor control sobre el ambiente (Páramo, 2004a).

En cualquiera de estas circunstancias, ya sea en los lugares públicos o privados, o en los formales o informales, los elementos físicos del ambiente contribuyen a facilitar el aprendizaje de las reglas de conducta, ya sea porque estos elementos arquitectónicos sirven como señales de las conductas esperadas, como oferentes

para el aprendizaje de la ciudad, o porque facilitan la apropiación o creación de nuevas reglas para el lugar, generando nuevos lugares públicos no planificados. Las bancas en las aceras y parques contribuyen a la interacción social, o las escaleras que fueron diseñadas para acceder a un edificio pueden colaborar a la apropiación de estas para que los peatones fatigados se sienten a descansar, reflexionar, ver gente pasar o comer.

Conscientes de las dificultades epistemológicas que conlleva analizar la vida cultural del pasado a partir de un concepto creado en el presente, como es el de espacio público, no nos queda más remedio que asumir un relativismo espacio temporal. El término: espacio público urbano, en su validez de construcción ajustada al carácter del presente estudio, es definido en una aproximación plausible que actualiza, de acuerdo con las teorías socio-espaciales modernas, el conocimiento sobre las relaciones entre los lugares, los acontecimientos y los protagonistas del espacio público bogotano desde el periodo prehispánico hasta 1910, objeto particular de este estudio.

Esta perspectiva fundamenta el sentido que, con este estudio, tiene la recuperación de los sucesos, personajes y lugares que desde el periodo prehispánico hasta el republicano –conocido como los años del cambio o ciudad decimonónica– acaecieron significativamente en el espacio público bogotano.

Con este marco de referencia, la idea de espacio público que aquí se intenta definir comprende, en alguna medida, las señales físicas y morfológicas que son trazas de la historia de la ciudad, pero centra su análisis principalmente sobre la vida o acontecimientos que se dieron en el espacio público. Se busca que los lugares, sucesos y personajes significativos para la identidad cultural de la ciudad, propios del espacio público profano del periodo colonial y el siglo XIX, sean evocados, recuperados, se hagan visibles y se actualicen para afirmar la pertenencia y la identidad de ciudadano bogotano del siglo XXI.

En esta medida, el espacio público ya no podrá definirse exclusivamente desde la perspectiva arquitectónica, sino tendrá que incluir, en su definición, la función que cumple como escenario de actuación y formación ciudadanas donde los individuos aprenden reglas para relacionarse con los otros, en particular con extraños con la mediación del ambiente físico.

En síntesis, podemos afirmar que la categoría de espacio público está aún en proceso de construcción. Al igual que ha sucedido con nuestra noción de medio ambiente, la de espacio público se ha transformado de forma considerable en las últimas dos décadas. Son estas nociones de las postrimerías del siglo XX. Con esto

se ilustra cómo nuestra visión de la realidad se va transformando, construyendo y adaptando a nuestras actividades y deseos de la vida cotidiana. Particularmente durante la última década, nuestra comprensión de lo que hoy en día entendemos como espacio público ha cambiado enormemente. Por mucho tiempo en la historia del país la noción de espacio público no existió; solo la referencia a algunos lugares de encuentros ciudadanos como la plaza, sin la connotación que hoy tienen todos los lugares cubiertos por la sombrilla del espacio público.

En la búsqueda de la creación del concepto, las leyes y demás aspectos normativos han contribuido a su delimitación desde una perspectiva arquitectónica y, más recientemente, a su construcción desde el punto de vista social. El aporte que hace este trabajo consiste en contribuir a la construcción de la categoría de espacio público mediante su reconstrucción histórica a través de la delimitación de los usos, acontecimientos y protagonistas a lo largo del tiempo. En la medida en que situemos a los protagonistas de acontecimientos extraordinarios y de la vida común en el espacio abierto o profano, contribuiremos a la construcción de esta noción que cobra cada día más importancia en la vida de los ciudadanos del siglo que comienza.

APROXIMACIONES EDUCATIVAS CON LA CIUDAD

Los principales planteamientos de esta investigación se suman a los distintos movimientos emprendidos por arquitectos, psicólogos ambientales, planeadores urbanos y pedagogos que entienden la ciudad como lugar educativo para el ciudadano. *La imagen de la ciudad* (Lynch, 1965); *Where learning happens* (Carr y Lynch, 1968); *La città sostenibile* (Lorenzo, 1998); *La città dei bambini* (Tonucci, 1997); *La città possibile* (Gandinno y Manuetti, 1998); *Ciudad educadora*, (Barcelona, 1990); *La ciudad como espacio educativo* (Noguera, Álvarez y Castro, 2000), *Ciudad-escuela-escuela-ciudad* (Plan Sectorial de educación para Bogotá, 2004-2008) y *La ciudad conquistada* (Borja, 2004), son algunos de los desarrollos teóricos sobre la ciudad como un lugar de aprendizaje que propician las preguntas de la investigación que nos ocupa, cubriendo una serie de temas que van desde construir espacios públicos que contribuyan a los encuentros de las personas y la participación ciudadana, hasta la recuperación del ambiente como recurso pedagógico.

El origen de una visión pedagógica de la ciudad no es nuevo en Colombia. Desde las primeras décadas del siglo XX, apareció el interés por educar a los habitantes de los nuevos ambientes urbanos en la adquisición de hábitos o espíritu cívico, dando origen a la noción de urbanidad. La estrategia involucraba publicaciones en distintos medios, la creación de instituciones educativas y la realización de obras públicas con propósitos educativos.

En palabras de Carlos Noguera:

Se trataba de despertar en los sectores populares y en algunos tradicionalistas y conservadores de las élites locales, un sentimiento de amor por la ciudad que debía reflejarse en la modificación, abandono y adquisición de nuevos comportamientos, hábitos y costumbres; es decir, se trató de la puesta en marcha de un proceso educativo por medio del cual se pretendió moldear al ciudadano moderno, como el nuevo habitante que requerían las transformaciones urbanas de comienzos del siglo (Noguera, 2002).

En el campo internacional cabe destacar el planteamiento de Francesco Tonucci en su *La città dei bambini*. Según Tonucci, la ciudad ha sido pensada, proyectada y valorada tomando como parámetro a un ciudadano medio con las características de adulto, varón y trabajador, con capacidad de elegir políticamente. De esta manera, la ciudad desconoce a los ciudadanos no adultos, no varones y no trabajadores, a quienes de cierta manera considera ciudadanos de segunda categoría, con menos derechos o sin ellos. En contraposición, Tonucci propone al niño como parámetro. “Se supone que, cuando la ciudad esté más adaptada a los niños, será también más apropiada para todos” (Tonucci, 1997).

La intención de Tonucci es generar una conciencia crítica cuestionando hasta qué punto las ciudades en la actualidad no solo son inadecuadas para los niños, sino que son verdaderamente hostiles en gran medida por la influencia de las fuerzas del mercado. Escribe Tonucci:

En las últimas décadas, y de modo espectacular en los últimos cincuenta años, la ciudad, nacida como un lugar de encuentro y de intercambio, ha descubierto el valor comercial del espacio y ha trastocado todos los conceptos de equilibrio, de bienestar y de convivencia, para seguir solo programas que tienen por objetivo la ganancia, el interés económico. Los pobres y los ricos, quienes vivían cerca unos de los otros, compartiendo el mismo espacio, tuvieron que emigrar de estos espacios trasladándose a las afueras de la ciudad muy seguramente en conjuntos habitacionales muy similares unos a otros con el fin de poder sostener los costos del impuesto por el uso del suelo. (Tonucci, 1997).

A esta descripción pesimista, Tonucci nos contrapone un sueño: “El sueño de creer que su ciudad mañana puede volver a ser hermosa, sana, segura; que vuelva a haber niños que juegan en la calle” (Tonucci, 1997).

Pero entre las utopías de Tonucci hay algunas que se instalan en el pasado; dice Brandariz: ¿Cuándo y dónde fueron tan buenas las ciudades? ¿Es cierto que hay un antes en que las ciudades fueron más hermosas, sanas y seguras? ¿Eran realmente mejores las ciudades medievales europeas, o eran nauseabundas, peligrosas y pestilentes? Quien viaja hoy como turista y recorre las viejas ciudades del arte, ¿se imagina la vida cotidiana en esas ciudades hace cinco siglos? ¿Comería aquella comida? ¿Se sometería a aquella medicina? ¿Caminaría por las mismas calles, llenas de inmundicias?

Pero las críticas de Tonucci son principalmente hacia los valores predominantes de nuestro tiempo: “La ciudad ha renunciado a la condición de lugar de encuentro y de intercambio y ha elegido como nuevos criterios de desarrollo la

separación y la especialización”. Tonucci advierte aquí con disgusto una excesiva tendencia a la desintegración urbana, que se expresa por medio de una creciente desvalorización del espacio público y una creciente preferencia a imaginar el ámbito privado como una fortaleza aislada; en síntesis, la expresión espacial de la fragmentación social. “La ciudad como ambiente unitario, como ecosistema, diría hoy un ambientalista, está desapareciendo y se está convirtiendo cada vez más en la suma de lugares especializados, autónomos y autosuficientes”. O de “no lugares”, si nos atenemos a la imagen descrita por Marc Augé (1996).

Frente a ello, Tonucci propone que los niños vuelvan a jugar en la calle. Quizás con una dosis muy alta de romanticismo, anota uno de sus críticos (Brandariz. en: www.clubdelprogreso.com/), porque este tipo de expresiones de un pedagogo de ideas innovadoras, no podrían ser tomadas al pie de la letra sino como metáforas. Como en el caso de las ciudades romanas y medievales, en las que pululaba la mendicidad y la pestilencia, ¿no resultará muy ingenuo volver a las calles sucias, peligrosas y mal diseñadas de nuestro cercano pasado, del que solo conservamos uno que otro recuerdo positivo producto de la nostalgia?

Las iniciativas de Tonucci están orientadas a diseñar la ciudad a escala de los niños, tomándolos como agentes participativos y adoptando sus derechos, de manera que la ciudad sea menos excluyente con ellos y con los demás grupos poblacionales a quienes se les niega el acceso a los distintos escenarios ofrecidos por la urbe.

Por su parte, el movimiento de *Ciudad educadora* ha promovido la idea de que toda ciudad pueda organizarse para promover patrones de oportunidades de aprendizaje. La ciudad puede planearse como un lugar diseñado a propósito para el aprendizaje y el crecimiento personal a lo largo de toda la vida.

APRENDER A SER

Como concepto, la ciudad educadora viene de un documento de la Unesco titulado *Aprendiendo a ser*, escrito por Fauré (1972), en el cual el autor promueve, entre otros, el concepto de pedagogía y también menciona, por primera vez, la idea de educación continuada como base para la ciudad educadora.

La pedagogía moderna, sugiere Fauré, refleja una noción de educación continua más que un entrenamiento inicial. Lo que este autor y su comisión recomendaron fue la búsqueda de un nuevo orden educativo, basado en el entrenamiento científico y tecnológico. Las políticas –en particular las democráticas– están ausentes o son mínimas en los sistemas educativos. La publicación, antes citada, recomienda que la educación democrática “debe convertirse en una preparación

para el ejercicio real de la democracia”. Así como la cooperación o la solidaridad, en un esfuerzo ideal de los países para mejorar la educación. La estrategia educativa, más que la política, se recomienda como una forma de operar la política. La expansión de las escuelas con el fin de aumentar los cupos escolares no es suficiente; debe haber una expansión también de tipo cualitativo: una reforma educativa junto con una búsqueda de nuevos recursos innovadores. El aprendizaje para toda la vida es visto como la base fundamental de toda sociedad y como el concepto maestro para las políticas educativas.

El documento *Aprendiendo a ser*, también recomienda la expansión de la educación superior en número y diversidad. El desarrollo de una educación adulta por medio de estrategias educativas debe ser visto como una prioridad objetiva. El valor del autoaprendizaje es magnificado. La enseñanza debe, en sí misma, adaptarse al aprendiz y no viceversa. Adicional a esto, todos los aprendices deben estar en capacidad de jugar una parte responsable en su propia educación y en la totalidad de la empresa educativa.

La importancia del documento *Aprender a ser* radica en que ofreció una contribución no solo para la educación de adultos, sino para toda la educación en general. El documento tomó una aproximación más holística hacia la educación que lo que lo hicieron otros documentos de su época. Fue una reflexión internacional sobre el estado de la educación, y la contribución de factores que esto encerraba. De igual forma, ofreció varias estrategias concretas para la educación de los niños internacionalmente (Fauré, 1972).

Desde los años setenta y luego en el encuentro de Barcelona, en 1990, el concepto y programa de *Ciudad educadora* se ha expandido alrededor del mundo. Barcelona fue el punto de partida de la Asociación Internacional de Ciudades Educadoras y, desde entonces, se han realizado encuentros internacionales en diferentes ciudades miembros de esta asociación.

Así, *Ciudad educadora* es un movimiento internacional que abarca una enorme cantidad de temas, que van desde la perspectiva de construir espacios públicos que contribuyan a los encuentros de las personas y la participación ciudadana, hasta la recuperación de los ambientes de la ciudad como recursos pedagógicos, donde las personas pueden aprender sobre diferentes asuntos relacionados con la ciudad; por ejemplo, su historia, las reglas de apropiación de los ciudadanos en el espacio público y el desarrollo y la identidad.

El movimiento ha promovido la idea de que los habitantes de una ciudad aprenden a explorarla y navegarla, así como acceder a la información, cómo es el uso del

espacio público y cómo es el uso de sus recursos. De esta manera, la ciudad puede ser aprendida como medio para la educación, como un agente educativo y como un objeto de la educación (Trilla, 1989). De acuerdo con este planteamiento, una ciudad será educadora cuando sus instituciones puedan reconocer, ejercitar y desarrollar una función educadora en adición a sus funciones económicas, sociales y políticas, y al suministro de servicios (Barcelona, 1990). Una ciudad educadora debería aceptar como fin y responsabilidad la educación, el avance y el desarrollo de todos sus habitantes.

PARTICIPACIÓN CIUDADANA

Al promover los fines educativos y estimular las actividades educativas, el ambiente de la ciudad podría convertirse en un ambiente para propósitos pedagógicos. En un aspecto más obvio, las ciudades suministrarían una red educativa de universidades, museos, escuelas, etc. Como un agente educativo, la ciudad suministra varias oportunidades para la socialización y el aprendizaje no formado. También ofrece un arraigo de información que va desde señales informativas hasta monumentos históricos. Finalmente, la ciudad en sí misma es un importante objeto de aprendizaje a partir de su arquitectura, estructura social e historia (Trilla, 1989). Pero es poca la investigación destacada y la construcción teórica por parte de los psicólogos ambientales o los científicos sociales ambientales sobre este asunto.

En este sentido, la ciudad educadora expande la noción tradicional de agente educativo. Los agentes educativos han sido tradicionalmente los profesores y padres, pero se busca que los medios masivos, las instituciones del gobierno, la empresa privada, etc., puedan contribuir a crear hábitos, modificar conductas y hacer una intervención educativa. A través de sus estructuras culturales educativas, la ciudad puede ser organizada para promover patrones de conducta educativa. Los museos, monumentos, bibliotecas e instituciones, podrían crear nuevos modelos para la enseñanza de los ciudadanos. La ciudad debería promover conocimiento y acción para propósitos educativos. Los ciudadanos no deberán ser más espectadores pasivos y receptores de la información (Barcelona, 1990).

El concepto de *Ciudad educadora* es un concepto que hace énfasis en lo público y colectivo, lo político y ético. Usa la educación como un medio principalmente comunicativo que empodera la sociedad sobre su propio destino, cambiando las conductas y reforzando la democracia a través de la participación ciudadana. En la actualidad, y siguiendo la agenda de la Asociación Internacional de Ciudades

Educadoras, es posible identificar seis líneas de trabajo, a saber: la apropiación del espacio a través del esfuerzo de los ciudadanos; el desarrollo local; la educación; el empleo y el ocio; la escuela y nuevos modelos de educación ciudadana y la memoria e identidad con la ciudad.

Para Borja (2003), “La ciudad hace ciudadanos. y aunque educa para la ciudadanía también forma para la exclusión; para el racismo, para ejercerlo o para temerlo. Pero también para combatirlo”. Para él existen dinámicas en la ciudad excluyentes como la privatización de los espacios públicos, la dominación oligárquica de las instituciones públicas o privadas, teóricamente de carácter social, grandes desigualdades, etc. Una ciudad educadora debe orientar una dinámica integradora sobre la marginadora, hacia la multiplicación de las posibilidades de integración y socialización, reduciendo al mínimo los procesos marginadores. En este sentido Borja sostiene que el espacio público ciudadano y la escuela son lugares privilegiados para construir procesos de socialización opuestos a las dinámicas excluyentes; para ello, propone crear mecanismos desde los barrios y desde la escuela como productores de ciudadanía para contrarrestar los efectos disgregadores de la globalización, y así construir las bases para renovar el sentido de la ciudad y de la vida para las generaciones futuras.

En Colombia el movimiento de ciudad educadora ha comenzado tímidamente. Gracias a la Organización de los Estados Iberoamericanos, OEI, el movimiento fue promovido por algún tiempo en diferentes municipios, incluyendo Bogotá. Aunque la Ley General de Educación no menciona el concepto de *Ciudad educadora*, incorpora metas similares. Por ejemplo, esta Ley destaca la noción de expandir la educación para los ciudadanos colombianos haciendo uso de diferentes estrategias de uso informales, y también promueve la idea de la educación continua. Basados en esta Ley, muchos encuentros nacionales de educación han insistido en tres criterios muy similares al programa de *Ciudad educadora*: primero, la importancia de entender por qué la educación necesita ser diferenciada; segundo, la necesidad de dar educación a más personas y diversificar el horizonte educativo. Esto significa que la escuela es solamente uno de los muchos ambientes educativos y contextos de aprendizaje. Tercero, es necesario tener una visión sistemática y tomar acción dentro de estos ambientes y también entre los sistemas educativos y otros sistemas tales como el político, el cultural y el económico. El plan educativo, conocido como el *Plan Decenal de Educación*, incorpora la ciudad educadora en uno de sus programas.

MODELOS DE CIUDAD

Aunque las últimas administraciones del Distrito Capital no han querido unirse al movimiento internacional mediante la firma del acta de compromiso, los programas educativos recientes de Bogotá han tratado de promover en los ciudadanos la comprensión y apreciación del ambiente de la ciudad a través de una variedad de estrategias educativas.

La Alcaldía de Bogotá se ha comprometido en los últimos años con el cambio de actitud de sus habitantes. El principal objetivo ha sido recrear un sentido de pertenencia con la ciudad, la cual se estima tiene una población de 8 millones aproximadamente, a la que se suman a diario inmigrantes de las áreas rurales.

El concepto sombrilla fue durante algunos años el de convivencia ciudadana, construido sobre la base de recuperar el espacio público en la ciudad, definido como el sitio donde todos somos iguales, y sobre la idea de estimular la cultura y la apropiación de la misma para el cambio social.

El programa *Ciudad-escuela-escuela-ciudad* de la administración de Luis Eduardo Garzón, por ejemplo, se propuso elevar el potencial educativo, cultural y productivo de la ciudad, buscando que esta enseñe a través de sus actores, escenarios y prácticas, pero también de sus problemas y contradicciones (*Plan sectorial de educación, 2004-2008*); y que en la escuela se aprenda, reflexione y discuta sobre la vida de la ciudad. En las instituciones educativas oficiales se realizan en la jornada escolar expediciones formativas por la ciudad: sus instituciones, escenarios y eventos. Para ello, se establecieron convenios con las entidades distritales tomadas como escenarios educativos de la ciudad para ofrecer planes pedagógicos, tanto escolares como extraescolares dirigidos a sus estudiantes. El programa se desarrolla desde entonces tanto en la jornada escolar, por medio de la salida de la escuela a los escenarios de la ciudad y la entrada de la ciudad a la escuela como tema de reflexión y aprendizaje, como en el tiempo de los alumnos por fuera de la escuela, para hacer un uso recreativo y formativo de la vida de la ciudad. Se promueve el uso lúdico y pedagógico de los escenarios urbanos en los ámbitos local y barrial mediante la conformación de grupos de interés en torno a las artes, la música, el cine, la danza, la literatura, la ciencia, la técnica, los oficios, el afianzamiento de conocimientos, la familia, y la vida productiva, social y política.

Igualmente, dentro de este programa, la ciudad va a la escuela mediante programas educativos ofrecidos por diversas instituciones en la escuela, con el objeto de consolidar aprendizajes, actitudes y comportamientos favorables al derecho de

estar en la ciudad y al desarrollo del conocimiento, la productividad, la expresión y la recreación, y la creación de un tejido social incluyente y solidario (*Plan sectorial de educación, 2004-2008*). El aprovechamiento de la ciudad se da dentro de la jornada escolar, cuando se visitan escenarios externos o se permite la entrada de la ciudad a la escuela como asunto de reflexión, deliberación y aprendizaje. Y también se da en la jornada extraescolar, con un énfasis más lúdico, creativo y estético del estar en la ciudad. Al abarcar esta como escenario de aprendizaje, se hace visible el desdoblamiento de la actividad educativa de la escuela más allá de sus muros.

De esta forma, los programas educativos que han venido desarrollando las últimas administraciones de la ciudad tratan de ayudar a los ciudadanos a entender y apreciar el ambiente de esta a través de una variedad de estrategias educativas que incluyen el simbolismo (administración Mockus, 1993-1996; 2001-2004), la creación de espacio público (administración Peñalosa, 1996-2000), y llevar a los niños a la ciudad y la ciudad a la escuela (Garzón, 2004-2008).

RECUPERAR SIGNIFICADOS

Sin embargo, como el simbolismo ha mostrado ser insuficiente y el ambiente físico no habla por sí mismo, la presente propuesta resalta la importancia de centrarse en las relaciones transactivas entre las personas y los lugares, con el fin de maximizar el entendimiento de los lugares y demás elementos del ambiente físico de la ciudad. Más que hablar de la ciudad educadora solo a través de sus propiedades físicas, podemos hablar de la planeación y el diseño de las ciudades para suministrar diferentes tipos de oferentes de interacción con el ambiente. Por oferentes nos referimos aquí a las características de un objeto que hace obvia la manera como puede hacerse uso de él (Gibson, 1979). Un oferente u oportunidad es una relación entre un objeto en el mundo físico y las intenciones, percepciones y capacidades de una persona. Como cualquier objeto que sirve de interfase, el espacio público puede ofrecer oportunidades que se activan cuando un usuario interactúa con el lugar, sin olvidar que estas oportunidades son influidas por la perspectiva del individuo en ese momento en el tiempo. De esta manera, las interacciones con el espacio público, sus monumentos o lugares son desencadenadas cuando las oportunidades u oferentes presentes en el espacio son reconocidas por el ciudadano.

En otras palabras, un lugar particular, un icono o monumento, puede dar la oportunidad para intercambios significativos. Pero necesitamos definir las cone-

xiones entre el espacio físico y las conductas exploratorias que este promueve. Debemos, por tanto, generar un ambiente de aprendizaje en la ciudad que sea potencialmente motivador y que provea oportunidades para aumentar la identidad de lugar de los individuos.

Los monumentos o iconos, por ejemplo, desempeñan un papel importante al ayudar a establecer los símbolos de la ciudad y su estilo, al facilitar la identidad de lugar para los ciudadanos, al representar la ciudad hacia afuera y al suministrar orientación dentro de la ciudad y en la evolución de las instituciones. El simbolismo de la Plaza de Bolívar, resultante de lo llamativo de sus iconos (Capitolio, Catedral, Alcaldía, Palacio de Justicia), es un ejemplo obvio del valor comunicativo del ambiente físico para los habitantes de la ciudad y para los colombianos en general. La forma de la ciudad moldea nuestro desarrollo como ciudadanos a través de distintas experiencias conectadas a estas formas, constituyéndose así el entorno físico urbano en un ambiente inmenso de oportunidades para el aprendizaje. De esta manera, las formas físicas ejercen cierto grado de influencia sobre nuestra conducta, y ofrecen oportunidades para que los individuos interactúen con los distintos elementos de la ciudad. Los estímulos, las diversas formas de vida, eventos y facilidades suministrados por la ciudad son oportunidades valiosas para el aprendizaje de la misma: su pasado, cultura, las reglas de conducta que rigen el comportamiento ciudadano, etc. Por tanto, una política educativa para los ciudadanos debe hacer accesible estos estímulos u oferentes. El ambiente urbano, al igual que los buenos museos, debe diseñarse para aumentar la accesibilidad de sus contenidos.

Por esto se hace necesario formular iniciativas educativas, como el aumento en la disponibilidad de información simbólica, teniendo presente, sin embargo, que hacer accesible los estímulos es solamente una forma de utilizar la ciudad como ambiente de aprendizaje. Una ciudad para el aprendizaje debería estar más expuesta, ser más abordable y diversa, más abierta tanto física como psicológicamente, con mayor capacidad de dar respuesta frente a las iniciativas individuales y al control; debería invitar a la exploración; y recompensar dicha exploración; debería tener sorpresas y nuevas experiencias que reten la cognición y la acción (Lynch, 1965; Carr y Lynch, 1968). La organización del ambiente y lo que este comunica puede facilitar o inhibir a una persona al experimentar esos significados mediante el aprendizaje por descubrimiento y por consecuencias.

Estas estrategias, sin embargo, no han tomado ventaja del conocimiento de la manera como el público usa y aprecia los ambientes de la ciudad y cómo los es-

pacios públicos de la ciudad permiten que el público haga uso de ellos y con qué propósitos.

Los argumentos de Tonucci, al igual que los del movimiento *Ciudad educadora*, sumados a las propias políticas educativas recientes de Bogotá, constituyen el punto de partida para el desarrollo de un vínculo teórico con los conceptos de psicología ambiental. Al considerar la ciudad como un ambiente de aprendizaje y mediante el énfasis en el desarrollo de conceptos sobre cómo las personas entienden y valoran la ciudad, la psicología ambiental puede representar un rol al reorientar la atención hacia los aspectos positivos de la vida urbana.

De este modo, la recuperación de algunos significados de nuestro pasado puede contribuir en la creación de un entendimiento mutuo entre los ciudadanos a través del aumento en el número de significados compartidos de un lugar. Para evitar la erosión del componente afectivo de nuestra cultura, la presente investigación intenta motivar los componentes cognoscitivos, afectivos y conductuales hacia los lugares de la ciudad, estableciendo conexiones entre las personas con los lugares públicos de la ciudad y su historia, y así contribuir a la formación de la identidad de lugar en sus habitantes.

LOS LUGARES PÚBLICOS Y SUS REPRESENTACIONES

Para entender la manera como interpretamos las relaciones de los individuos con el ambiente construido, en particular con el espacio público visto desde una perspectiva histórica, recurriremos al concepto de lugar por considerarlo transversal a las disciplinas que estudian el espacio.

El término lugar fue concebido como la unidad de experiencia del ambiente geográfico (Russell y Ward, 1982) con dimensiones tanto individuales como colectivas, compuestas por:

- a. las propiedades físico-espaciales que sirven de escenario para,
- b. las actividades o comportamientos que allí se desarrollan y
- c. la conceptualización que tienen las personas de esta conducta en el ambiente físico (Canter, 1977; Bonnes y Bonaiuto, 2002).

El lugar, entonces, es una globalidad que incluye los aspectos arquitectónico, conductual, cognoscitivo y emocional creados a partir de la experiencia que tenemos con este. Por ello Canter (1977) sostiene que el lugar existe como una representación del ambiente físico.

El concepto es particularmente comprensivo ya que tiene connotaciones geográficas, arquitectónicas, psicológicas y sociales, razón por la cual, como dice Canter (1977), sirve como concepto de enlace entre diferentes disciplinas. La noción de lugar, construida social y psicológicamente, denota un intercambio entre los individuos con el ambiente físico que los rodea, al igual que una creación cultural que dota de significado el ambiente en que se mueven.

En consecuencia, el lugar se propone como la unidad básica de análisis para el estudio de las relaciones de los individuos con el ambiente. La gente siempre sitúa sus acciones en un lugar específico y, por consiguiente, la naturaleza de ese lugar,

así especificado, es un ingrediente importante para aumentar nuestra comprensión de las acciones humanas y nuestra experiencia (Canter, 1986). Con el concepto de lugar, el ambiente deja de verse simplemente como un conjunto de estímulos que afectan la conducta, y a esta como una reacción a dichos estímulos. Los lugares no son objetos; el que puedan ser diferenciados se debe más a sus usos y a las experiencias vividas en ellos. Por esto el lugar es una representación que se genera como resultado de dichas experiencias, acciones y concepciones en un escenario físico. De igual manera, como representación, recoge los imaginarios, imágenes e incluso recuerdos que los sujetos no solo poseen sino que expresan al recorrerlos.

No obstante, los individuos también difieren en cuanto al tipo de experiencia con un lugar, de tal suerte que mucha gente con diferentes propósitos, objetivos e intenciones puede asumir diferentes acciones en un lugar y, del mismo modo, tener diferentes sistemas conceptuales con los cuales evaluarlo. Así es posible tomar un espacio como la plaza y demostrar que, en realidad, está formada por un grupo de lugares superpuestos dependiendo de los grupos de personas con las que estemos evaluando la experiencia del lugar y, con mayor razón, si esta experiencia la evaluamos con respecto a diferentes momentos históricos de ese mismo lugar.

EL ROL AMBIENTAL

“La experiencia de lugar” de la plaza puede ser la de los comerciantes el día de mercado, o la de la gente en una corrida de toros, o la de los testigos de un fusilamiento en la época de la independencia. Así que para describir la experiencia de un lugar en un espacio determinado es necesario identificar el rol de quienes utilizan dicha área y la función que le dan, sus concepciones y actividades. De esta manera, identificaremos la función del lugar para los protagonistas de las rutinas o acontecimientos acaecidos en dicho lugar.

El concepto de roles del lugar ayudan a entender de qué manera las personas se comportan dentro del ambiente en el contexto social o la sociedad y cómo es su manera de relacionarse con el ambiente. El rol ambiental es una categorización que da la sociedad a los individuos a partir de atribuciones, para que en un determinado ambiente se ejerzan ciertas rutinas que caractericen el papel que asume el individuo. Particularmente el rol ambiental puede referirse a los comportamientos esperados para un peatón, un feligrés, un espectador, un vendedor o un conductor. Las personas tienen un rol/papel ambiental, producto de las interacciones continuas con el mismo lugar que, a su vez, regula estas interacciones dejando una marca en nuestros sistemas conceptuales. Una prueba de ello es la que observamos

cuando les pedimos a distintas personas que dibujen un determinado lugar. Frecuentemente se observan diferencias en cuanto a las proporciones de los lugares o los detalles que se destacan en el dibujo dependiendo del papel que desempeña el individuo dentro del lugar. Los resultados reflejan que cada uno de estos tipos de individuos asume, dependiendo del vínculo que tenga con el lugar, una rutina en un escenario espacial dándole vida a ese lugar.

De igual manera, es posible observar que los individuos se comportan de manera diferente de acuerdo con el papel que tengan que desempeñar en los distintos sitios donde se encuentren. Es por esto que se puede plantear que el rol desempeña un papel importante en la valoración de los lugares, en la medida en que los individuos también tienen experiencias diferentes. Leboyer (1985) sostiene que la percepción del medio ambiente está íntimamente ligada con el bagaje de representaciones mentales, acumulado en las actividades del sujeto, y de esquemas cognitivos que cada individuo posee; por ello la percepción de un individuo particular será diferente a la de otro, pues allí entran en juego, además, un conjunto de elementos muy particulares de la historia de cada uno, otras características cualitativas globales definidas por adjetivos: triste, cálido, grande, que cada sujeto le puede atribuir a un lugar. Por esto la percepción del medio ambiente es inseparable de la evaluación afectiva, estética, normativa y social de cada sujeto. La percepción es entonces, según esta autora, un proceso activo en el que el individuo está implicado en su totalidad, pues al percibir el ambiente hace una construcción de él, y luego el resultado de esa elaboración será particular para cada uno: la percepción del medio ambiente no es solo función de las informaciones contenidas en el entorno que constituyen algunos estímulos sensoriales, sino también función del individuo y de su relación con el medio ambiente, afirma Leboyer.

Esta aproximación, centrada en la individualidad, coincide igualmente con los planteamientos que ya había esbozado Lynch cuando afirmaba que cada uno de los individuos que habitan en una ciudad tiene vínculos específicos y diferentes con una u otra parte de esta y, por tanto, la imagen que de ella tenga estará influida por ello y por los recuerdos y significados atribuidos personalmente a esos lugares: Esta imagen es producto al mismo tiempo de la sensación inmediata y del recuerdo de experiencias anteriores, y se la utiliza para interpretar la información y orientar la acción (Lynch, 1960).

Según este mismo autor, la imagen que una persona tiene de una ciudad no es global sino fragmentada, pero sí organizada de las partes que de ella reconoce. Esto a su vez tiene que ver con un término acuñado por Lynch: “legibilidad”, que

implica las características que debe tener una ciudad para que pueda ser fácilmente reconocible e imaginable. De esta forma, una ciudad legible sería “aquella cuyos distritos, sitios sobresalientes o sendas son identificables fácilmente y se agrupan, también fácilmente, en una pauta global” (Lynch, 1960), lo que indica que a pesar de no ser una de las características más esenciales de una ciudad, por lo menos sí es importante para comprenderla, no como una cosa en sí, un conjunto concreto, sino como un lugar posible de ser perceptible por sus habitantes, quienes representan el papel de observadores y experimentadores del ambiente físico que los rodea, y donde cada quien hace un contraste personal de la imagen en sí misma con lo que está percibiendo, mediante un constante proceso de interacción.

Esto hace que la imagen ambiental de una realidad determinada de la ciudad pueda variar de un observador a otro, dependiendo de tres elementos: la identidad, es decir el sentido de “individualidad o unicidad, reconocimiento como entidad separable”; la estructura, entendida como la relación espacial del objeto con el observador y con otros objetos, y por último, el significado práctico o emotivo que le atribuye el observador (Lynch, 1960).

Ahora, si los individuos han experimentado una relación similar entre los eventos físicos y sociales, el significado dado a tal experiencia será, si no idéntico, al menos muy parecido. Se asume que algunos individuos compartan roles parecidos y que por consiguiente evalúen los lugares de manera similar. La similitud del proceso psicológico de dos personas es una función de los eventos (semejantes) que han determinado la construcción de su experiencia. Por tanto, si dos personas han experimentado la misma relación entre eventos físicos y sociales, el significado dado a tal combinación será, si no idéntica, al menos muy parecida (Páramo y cols., 1995). Si no asumiéramos que los individuos comparten roles en la experiencia con los lugares, no tendría sentido hacer una aproximación psicosocial al estudio de los lugares públicos.

Los lugares son componentes de nuestro sistema conceptual que derivan su validez de la similaridad con respecto a los sistemas conceptuales de otra gente que también los experimenta. Por esto es posible que los lugares sean parte del discurso público. Así, los roles son especialmente diferenciadores sociales adecuados para unir las personas a los lugares. Las personas tienen un papel ambiental producto de las interacciones continuas con un determinado sitio, lo cual deja una marca en nuestros sistemas conceptuales.

REGLAS Y CARACTERIZACIONES

Las reglas, por su parte, se definen como principios aceptados socialmente sobre el uso de lugares como iglesias, estadios, parques, y en lugares públicos abiertos, tales como calles o plazas. El concepto se refiere a las formas y patrones de uso y a la apropiación de los lugares, en la medida en que esos patrones están inmersos en procesos sociales y culturales (Canter, 1991).

Así vemos que existen ciertos patrones de comportamiento, relativamente estables, para lugares específicos. Las personas parecen seguir reglas aceptadas por quienes experimentan el lugar, las cuales se aprenden ya sea por mecanismos básicos, como la observación de lo que otros hacen, por instrucciones previas recibidas o por las consecuencias favorables o desfavorables según si se exhibe o no un comportamiento que se ajuste o no a la regla. Las reglas describen algunos aspectos de las contingencias que indican la manera como las personas deben enfrentar los lugares. Por esto es posible observar que la conducta de los individuos varía, en gran medida, dependiendo del lugar en donde estén, trátase de una galería de arte, una iglesia, la calle o un escenario deportivo.

Las instrucciones que damos o recibimos de otros, las verbalizaciones que repetimos a nosotros mismos para enfrentar las diferentes situaciones en el ambiente a partir de nuestra experiencia, son pautas que sugieren la manera como debemos enfrentar una situación de manera eficiente. Podemos identificar instrucciones y códigos para explorar un lugar de manera explícita cuando una señal de advertencia incentiva o inhibe ciertas conductas en parques o calles, o implícitamente, cuando la conducta es simplemente moldeada o enseñada de antemano con el fin de evitar sanciones. Estas reglas contribuyen a la apropiación o al control del espacio o de la situación en un escenario público.

Las reglas siempre aparecen en el contexto, y diversas señales del lugar sirven para fortalecer o disminuir la probabilidad del seguimiento a la regla. Al hablar de reglas del espacio público se hace énfasis, entonces, en los mecanismos de regulación de la conducta que observamos de las personas o generalmente en el espacio público, las cuales contribuyen a darle carácter al tipo de lugar en particular.

Aquí vale la pena distinguir entre las reglas definidas por otros –como las que se han intentado desde las agencias del poder a lo largo de la historia de la ciudad, que para el caso llamaremos normas–, de las que construyen los ciudadanos gradualmente en una dinámica social resultante de la propia experiencia de interacción y negociación con los otros, que generalmente son extraños.

Las reglas de los lugares públicos son guías codificadas verbalmente a manera de instrucciones, sugerencias o contingencias que median las diferentes maneras de enfrentar ciertas situaciones con los distintos elementos del espacio público, como señales de tránsito, andenes y calles, monumentos, y en la proxémica que manejamos con los extraños al acercarnos para pedir información o compartir actividades.

Estas reglas del lugar son, sin embargo, mediadas por el rol ambiental de la persona. El rol es una apropiación de reglas de comportamiento para un individuo en un escenario determinado.

Al combinar los elementos de lugar: su caracterización física o arquitectónica, las acciones o acontecimientos que allí se sostienen, con los distintos roles y concepciones asumidas por los individuos en relación con dichos acontecimientos, se define la función del lugar. Es así como la teoría del lugar sostiene que existen patrones de comportamiento relativamente estables ante sitios específicos que posibilitan hacer predicciones.

DE LUGARES Y FUNCIONES

Aunque los espacios públicos pueden diferenciarse ampliamente entre unos y otros, en cuanto a que no se presenta confusión entre un parque y una calle o entre una plaza y una avenida, debido a las características arquitectónicas que los caracteriza, es principalmente la naturaleza social de las reglas sociales aceptadas para el uso de esos lugares y, por consiguiente, por el uso que se les da, lo que diferencia más claramente a un lugar de otro. Es más, aunque es verdad que los lugares públicos abiertos tienen algunas funciones en común como servir de vías de circulación por ejemplo, cada uno de estos lugares se caracteriza por tener una función central o un centro de actividad. De esta manera uno puede pasar por un parque en camino a casa pero puede utilizarse como destino, y es allí donde cumplen su función característica. El cruzar el parque está subordinando la función principal de su uso como es la de recrearse o permanecer allí tranquilamente, de donde surge la imagen que la gente tiene de él.

Sin embargo, no se trata de limitar un lugar público a una función, sino más bien precisar la imagen que se tiene de los distintos tipos de lugares. Se ha visto que las personas muestran una estructura conceptual sobre el espacio público en la que prima la función del lugar, tendiendo a clasificar de forma espontánea los lugares de acuerdo a una función particular: recreativos, culturales, de circulación, etc. (Páramo, 2004b). Aunque los lugares públicos abiertos pueden ser multifunciona-

les, no todas esas funciones tienen el mismo peso a la hora de valorarlos. Estas múltiples funciones no contribuyen de igual forma a desarrollar el concepto de cada uno de estos lugares, los cuales tienen un centro o actividad principal asociada a las representaciones que las personas guardan de él. Los trabajos de Canter (1986) y Páramo (2004b) con respecto al espacio público dan cuenta de ello.

La función es tomada aquí en el sentido del papel concretamente definido por el uso o usos que las personas, en sus diferentes roles y representaciones, han hecho de un lugar y las reglas que han contribuido a definirlo. Las funciones de los lugares públicos urbanos son visibles, observables a partir de las manifestaciones concretas del comportamiento de los usuarios de un lugar. Esta función o funciones se establecen a través del análisis de sus usos, representaciones y reglas que regulan la conducta y no necesariamente se establecen *a priori*. Si bien esto puede ocurrir cuando el planeador urbano o la empresa privada deciden construir un espacio público con o sin acceso restringido, la mayor parte de las veces son los usuarios del lugar quienes le dan la verdadera función por medio del uso continuo en el tiempo a través del proceso de apropiación, tal como se menciona más adelante en este libro. Por eso el punto de partida en este estudio no son las funciones, en general, con que fueron diseñados los lugares, sino el estudio de los usos que le han dado los habitantes a los lugares que han sostenido la vida pública en Bogotá.

En una perspectiva histórica, la dominancia funcional de un lugar es el producto de las relaciones sociales, de la forma de vida en un momento histórico del lugar, en un escenario físico con ciertas características. Determinar la función espacial del lugar sin referirse a la perspectiva histórica sería inútil, porque es en la historia donde se pueden ver las transacciones sociales y las variaciones entre las reglas del lugar y los actores que le han dado vida al lugar definiendo su función, aun cuando las caracterizaciones espaciales se hayan mantenido inmutables por mucho tiempo. Por esto, el estudio del espacio público de Bogotá se hace desde la perspectiva de la evolución de la función como producto de cambios culturales, que en muchos casos se ven reflejados o facilitados en las transformaciones espaciales de los lugares públicos.

Finalmente, la definición de la función del lugar a través de sus usos, necesariamente envuelve el estudio de sus usos tangibles, como rutas, mobiliario y formas concretas de apropiación del espacio, experiencia que debe aproximarse a través del lenguaje. Los usos y representaciones no son entidades separadas. La definición de funciones espaciales, por tanto, lleva al estudio de las relaciones de la gente con tales funciones.

INFLUENCIAS DEL CONTEXTO EN LOS USOS DEL ESPACIO PÚBLICO

La experiencia de la vida pública en el espacio es el resultado de la influencia de distintas fuerzas físicas y sociales, que definen un conjunto de reglas que moldean las acciones humanas en escenarios arquitectónicos en los que nos relacionamos, principalmente con extraños.

Para comenzar digamos que la manera como los individuos construyen y experimentan la vida en público involucra, al menos, dos tipos de procesos diferentes: uno espontáneo y otro planificado. Buena parte de las experiencias de los lugares públicos se desarrollan de forma natural, sin un plan determinado, a través de la apropiación y el uso repetido de un lugar o por la concentración de la gente ante una atracción en un espacio abierto. Esto ha dado como resultado que los lugares adquieran significado a partir de la construcción de reglas dentro de un proceso histórico y dinámico para facilitar los encuentros, la relajación, la protesta o los negocios. Tal es el caso de las actividades comerciales y protestas en la Plaza de Bolívar, los encuentros sociales casuales en el Altozano de la Catedral o en las principales calles de la ciudad.

Por su parte, los espacios públicos planeados tienen su origen en las oficinas de planeación, de los arquitectos o en las de los clientes privados. Los espacios públicos son planificados con propósitos casi específicos como los parques para la recreación pasiva que tenemos hoy día por toda la ciudad, o los centros comerciales, para facilitar el descanso, la recreación y las ventas. No obstante, es la gente la que le da significado a estos lugares, dejando de lado, muchas veces los propósitos con que fueron creados. El río no solo comenzó a usarse para lavar la ropa, sino que se convirtió en un lugar para el intercambio de información. Las plazas con sus fuentes de agua jugaron un papel importante en la comunicación de las noticias locales, sirviendo de contexto para la conducta social, y muchos otros lugares públicos han suministrado el terreno para la demanda de los derechos personales y políticos. Por esta razón, los lugares públicos no pueden verse únicamente desde su diseño o desde los propósitos para los que fueron creados, sino como lugares a los que los ciudadanos les atribuyen un significado a partir de su uso en gran medida no planificado.

Al analizar los usos que hacen los habitantes de los espacios de la ciudad, se pueden identificar algunas de las influencias que ejercen las distintas condiciones ambientales, sociales, políticas, económicas, psicológicas y arquitectónicas sobre el uso y significado que se le puede atribuir a un lugar público. Al buscar las fuerzas que impulsan a los individuos hacia las actividades en espacios abiertos,

Carr, Francis, Rivlin y Stone (1992) hacen notar, por ejemplo, el papel del clima y la topografía como condicionantes de las actividades en los escenarios públicos abiertos. El clima es un aspecto importante en la explicación de la vida social en el espacio público, más no es el único factor por considerar. Los autores mencionados han identificado otras fuerzas significativas. Por una parte, la actividad social como una tradición cultural predominante; así por ejemplo, las personas han creado lugares para caminar, escuchar conciertos, exponer ventas ambulantes o realizar actividades lúdicas. Una segunda fuerza que mencionan Carr y cols. (1992) se refiere a las necesidades básicas de una sociedad que exige, para que sean satisfechas, del uso de caminos para desplazarse, de lugares para protegerse de los cambios climáticos, para proteger a los miembros del grupo o para facilitar los intercambios comerciales. La vida pública simbólica es el tercer tipo de fuerza impulsora de la vida en público. Se trata de los significados compartidos que ocurren en público; las experiencias espirituales y místicas de una sociedad, la celebración de los eventos pasados como los días sagrados o nacionales y los eventos históricos que ameritan alguna conmemoración. Este tipo de actividades en estos ambientes soportan la vida en comunidad.

El sistema social, político y económico ejerce igualmente su influencia en el uso de los lugares públicos. Uno de los primeros derechos que se pierden en un gobierno totalitario es el de reunirse en público, incluyendo el derecho a hablar. El espacio público es un canal de comunicación propio de los miembros de una sociedad, tolerado y apoyado por distintas clases de gobiernos que, sin embargo, pueden controlar la voz popular limitando el acceso a los lugares públicos y el número de personas permitidas. Muchos acontecimientos trágicos para la sociedad colombiana, por ejemplo, han ocurrido en el espacio público, como los fusilamientos de los próceres de la independencia, los asesinatos de líderes políticos, de estudiantes o policías. De igual manera, el espacio público ha servido para adelantar las campañas políticas o conmemorar hechos de significancia histórica para la nación.

RUTAS CULTURALES Y EDUCATIVAS

La vida pública de carácter cultural es facilitada por el recuento de la historia cultural reflejada en los monumentos, calles, plazas y otros elementos del espacio público. Estos elementos, como los que se han erigido a la memoria de Policarpa Salavarrieta, Simón Bolívar, Francisco de Paula Santander, Jorge Eliécer Gaitán, Camilo Torres, Luis Carlos Galán, y los que se podrían redescubrir de las historias

perdidas de los ciudadanos comunes y corrientes, sirven para evocar conexiones a los eventos pasados que estimulan sentimientos de orgullo nacional, contribuyen a la identidad con la ciudad (Páramo, 2002) y definen, en buena parte, la pertenencia de los individuos a un vecindario, pueblo o país.

Las personas también hacen vida pública en el espacio público a través de los grupos de interés, cuando asisten a encuentros u otros eventos públicos; tal es el caso de los desfiles de las distintas regiones del país, los de homosexuales o las procesiones de grupos religiosos.

La economía influye igualmente en la disponibilidad y accesibilidad del espacio público. La economía repercute directamente en la cantidad de vendedores ambulantes en las calles, y también en la cantidad de desempleados, desplazados e indigentes.

Otro conjunto de influencias en la definición de la experiencia del espacio público tiene que ver con la manera como está estructurada nuestra forma de conocer y explorar el ambiente.

Uno de los factores para considerar a este respecto es el antecedente cultural. Personas de diferentes grupos culturales y experiencias perciben y actúan en los lugares públicos en formas diferentes. Estas diferencias, como lo señalamos anteriormente, se pueden atribuir a las diversas experiencias y maneras en que el individuo ha aprendido a relacionarse con y dentro del espacio público de la ciudad. Ya en otros trabajos se ha mostrado cómo las personas de diferentes grupos culturales y roles que se desempeñan en el ambiente se aproximan al espacio público de manera distinta (Páramo, 2004b); estas diferencias influyen en el significado dado a un lugar en particular.

Pero la experiencia y los roles sociales no son los únicos factores que inciden en la manera como exploramos y aprendemos de los lugares públicos. Lo que sucede como consecuencia de la experiencia es igualmente importante para el aprendizaje. Las contingencias o eventos que siguen a una acción en una interacción dependiente son centrales en un proceso de apropiación o desapego con un lugar. Así, la evaluación del impacto de una experiencia de un lugar determinará qué tan positivas o negativas han sido tales experiencias en dichos lugares.

Adicionalmente, la experiencia del espacio público es un proceso moldeado socialmente. Debido a que somos individuos sociales, la información o experiencia ambiental no se adquiere en un vacío social. Las personas aprenden mientras hablan, escuchan y observan a otros. Las ideas, sentimientos y aun las acciones físicas son normalmente el resultado de una amalgama que surge durante los con-

tactos sociales (Bandura, 1982). Esto va a influir en la manera como vestimos, comemos y nos relacionamos con los demás en la calle.

Desde nuestro acervo filogenético también es posible decir que la atracción de las personas hacia los rasgos naturales del ambiente contribuye a sostener la vida pública. La vegetación, los lagos, ríos, árboles de las calles y jardines representan partes valiosas de las ciudades. En muchas sociedades los parques invitan a la gente al espacio público a través del diseño que evoca cualidades naturales. Estos elementos cumplen una función restaurativa importante sobre la salud física y mental (Páramo, Arias, Melo, Pradilla y Pabón, 1999); ofrecen oportunidades para que diferentes grupos tengan encuentros positivos. Igualmente la vida pública o en el espacio público ofrece alivio al estrés del trabajo, suministrando oportunidades para el entretenimiento, la recreación y el contacto social.

Las personas, además de buscar lugares para la relajación, van a los lugares públicos a ver gente, a explorar arte en las calles y a curiosear. En los estudios sobre las cualidades que buscan las personas de los ambientes, se evidencia que prefieren los espacios abiertos, apreciar el arte público y las fuentes de agua. Así mismo, la gente hace uso del espacio en busca de estimulación; van a satisfacer la curiosidad por lo desconocido, lo que explica las visitas a los sitios que representan novedad, como las ferias o los desplazamientos a lugares donde el paisaje es desconocido o se pueden encontrar situaciones singulares.

Y desde lo pedagógico, es importante reconocer las oportunidades educativas que ofrecen los lugares públicos para aprender de ellos y de la interacción con los extraños (Páramo, 2004a). La vida pública tiene el potencial de atraer diversos grupos, de tal manera que unos puedan aprender de otros.

Un supuesto fundamental de este trabajo sostiene que el espacio público moldea nuestro comportamiento en la medida en que funciona como un conjunto de referentes para el aprendizaje y la formación ciudadana. El otro supuesto es que las personas atribuyen funciones y propósitos a los lugares como el criterio principal para entender y tratar con el espacio público en la ciudad. En consecuencia, la gente actúa en los lugares siguiendo las reglas inmersas en ellos. Estas reglas, ya sea de forma implícita o explícita, se siguen con el fin de actuar dentro de las acciones que son física o socialmente posibles en un determinado lugar. Lo que esto implica es que los lugares, por más públicos que sean, tienen un patrón de uso, y estas conductas particulares están siendo gobernadas por reglas, ya sea que estas hayan sido construidas en el proceso dinámico del uso del lugar, lo que ha constituido una práctica cultural en un lugar público, o por la normatividad ins-

titucional que busca moldear nuestros comportamientos como en el caso de los códigos de policía y el diseño planificado del espacio.

En conclusión, la tesis que se ha sustentado aquí es la de que los lugares cumplen para los individuos funciones sociales de gran importancia, y aunque la definición del espacio público supone libertad de uso, existe en la ciudad un conjunto de influencias sociales, ambientales, psicológicas y arquitectónicas que generan reglas de uso del espacio que moldea nuestra vida en público; reglas que creamos en una interacción dinámica con los otros, o que muchas veces se imponen a través de la normatividad para regular la relación entre extraños.

EL ESPACIO PÚBLICO DESDE UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA SOCIAL

Este estudio pretende describir e interpretar, desde la investigación histórica, el porqué de los sujetos, lugares y prácticas que se desarrollaron en Bogotá desde su fundación hasta el siglo XIX¹. Asumimos no una historia estática y lineal sino una mirada de la historia en permanente movimiento. Esta mirada de orden hermenéutico toma la distancia en el tiempo desde una visión más próxima. Lo que se ha observado desde textos o imágenes en el pasado, se replica muchas veces en el presente y lo hará en el futuro.

Por tanto, este capítulo se centrará en generar una interpretación que retome tanto el marco teórico, que sirve para justificar el estudio, como el contexto histórico del periodo elegido en el mismo. Más que reseñas o crónicas, se propende por una mirada histórica que posibilite la lectura y comprensión de las situaciones de cambio, desde el reconocimiento de los diversos signos y representaciones, como puntos en el espacio y el tiempo, hasta las diversas lógicas del sujeto en su vida en el espacio público.

Los acercamientos que esta investigación analiza son, entonces, la reconstrucción desde imágenes, crónicas, relatos, avisos de prensa y libros de historia, de las expresiones y realidades en las que los sujetos vivían. Mientras en la historia oficial se pregonaban presidentes, batallas y reconocimientos, el hombre del común es protagonista en los espacios abiertos de la ciudad de actividades comerciales, festividades, actos religiosos, fusilamientos, o de simples rutinas sociales. Así, el verdadero reconocimiento desde esta investigación es para el sujeto, quien asumía, como aún lo hace, las decisiones del poder político y social desde la vida cotidiana.

1 Las prácticas, sus sujetos y escenarios correspondientes al siglo XX se recogen en el segundo volumen titulado: *La experiencia urbana en el espacio público de Bogotá*. Ediciones Universidad Pedagógica Nacional - Universidad Santo Tomás - Universidad Piloto de Colombia. 2009.

Más que la Bogotá marcada por procesos de crecimiento, tanto poblacional como espacial y social, se pretende volver a mirar una ciudad que desde prácticas como la caminata, la procesión, el recorrido a misa o la charla en las plazas, manifestaba prácticas de vida que son realmente la base de la conciencia histórica. Ese otro que vagabundea, juega, trabaja o simplemente se queda atento al chisme o al comentario político dentro del espacio público en Bogotá, se torna en protagonista, como lo sigue haciendo aquel que de igual manera en el presente asume el espacio público desde el trabajo, el rebusque y la inseguridad.

Por ende, el camino metodológico que se precisa sobrepasa en primera instancia el cúmulo de fechas, hechos y personajes, y se vuelve hacia una mirada desde las prácticas, los procesos y los sujetos. De igual manera, más que abordar la ciudad desde lo urbano, se precisa una historia desde lo social, viendo una Bogotá que comenzaba a generar ritmos y cambios no solo políticos y económicos sino en las costumbres y concepciones religiosas, desde la fundación de la ciudad hasta la naciente vida republicana. Procesos que forjaron un tránsito marcado por un largo periodo colonial hasta su inevitable derrumbe y la no menos lenta y dispendiosa construcción del estado-nación del orden republicano (Mejía G., 2000).

Así, se considerarán importantes no solo aquellos hechos que han sido reseñados por la historia oficial, los cuales muestran coyunturas sociales más breves, que incluso van precisadas desde periodos más concretos como guerras civiles o cambios de gobierno, sino aquellos que hacen parte de la vida de los sujetos en un orden más corto y preciso (asesinatos, suicidios, etc.), sin olvidar los que surgen de procesos de cambio más largos (siglo XIX como periodo de transición 1819-1910).

Por ende, se tendrán en cuenta ritmos que van desde lo duradero (estructura), en procesos de acomodamiento político, económico, religioso y social, hasta aquellos problemas y contradicciones que en el periodo conocido como “de transición” (1819-1910) se muestran en una sociedad que valora la limpieza, pero vive entre calles plagadas de inmundicias, o pregona los valores tras una continua práctica del chisme que va entre la iglesia y la casa o entre el mercado y la plaza (coyuntura).

Así las cosas, este estudio tomará de cada uno de los tipos de lugares que han sido tomados como públicos, tanto los acontecimientos específicos como sus protagonistas. Una breve descripción del periodo prehispánico, sumada a la descripción del periodo colonial y a los inicios del periodo republicano en el siglo XIX

(1819-1910), el cual es seleccionado porque representa el momento de la ruptura con el sistema social que le había antecedido y la construcción de otro orden urbano, el burgués capitalista (Mejía, 2000), constituirán los engranajes de este esquema de trabajo y, por ende, de interpretación.

Igualmente se retomarán, como uno de los ejes de mayor importancia del estudio, aquellas rutinas y acontecimientos precisos como las fiestas de guardar, los eventos de entretenimiento y los crímenes generados en la Bogotá del siglo XIX.

En ese orden de ideas, el recorrido de este trabajo tratará de describir los usos que daban los diversos personajes de forma consciente o inconsciente a lugares como iglesias, calles, ríos, plazas o sitios de entretenimiento mediante sus prácticas cotidianas. Con la creación de códigos que permitan analizar y cruzar información de las prácticas sociales y sus protagonistas con los lugares, se pretende validar algunos conceptos teóricos como los de identidad urbana, reglas de lugar, apropiación del espacio, etc., para construir el concepto de espacio público a partir la experiencia individual y cultural a lo largo de la historia de la ciudad.

ANÁLISIS DE CONTENIDO

Con el fin de explorar estas experiencias o prácticas sociales vinculadas al espacio público en la historia de Bogotá, se llevó a cabo un análisis de contenido de la evolución del espacio público, los eventos asociados a los lugares y los actores o protagonistas de dichos eventos.

El análisis de contenido es una herramienta de investigación que se usa para determinar la presencia de ciertas palabras o conceptos dentro de la información que se toman de textos, material gráfico, auditivo o filmico. Así, para este caso, el material de texto y gráfico se fue descomponiendo dentro de categorías conceptuales a distintos niveles: palabras, frases o párrafos.

El análisis de contenido del material bibliográfico y pictórico se apoyó en el programa *Atlas/ti*, que facilitó la creación de los códigos que fueron surgiendo tanto de las preguntas de investigación como dentro del proceso mismo del estudio del material revisado. El programa *Atlas/ti* contribuye a la identificación eficiente de los contenidos del texto analizado a partir de los códigos creados y el cruce de información entre los códigos o las categorías de análisis. Igualmente, permite la organización de la información objeto de análisis mediante la creación de estructuras jerárquicas, funciones que hacen posible recuperar información a partir de filtros y cruces de información, y mediante diagramas que muestran las

distintas relaciones entre las categorías o los códigos creados por el investigador, que contribuyen a la interpretación de los datos alcanzados.

Para alcanzar los propósitos de la investigación, se analizaron dos fuentes de información en este proyecto: material escrito relacionado con la historia de la ciudad y material gráfico compuesto por acuarelas y algunas fotografías. La información básica considerada relevante para el análisis de contenido inmersa en estas dos fuentes fue:

- a. Los lugares públicos mencionados en los libros y representados en la colección gráfica, desde el periodo prehispánico y la Colonia, haciendo principal énfasis en el periodo así llamado, de cambio, correspondiente en su mayor parte al siglo XIX.
- b. Los diferentes tipos de eventos asociados con los lugares que hoy llamaríamos públicos durante el periodo antes mencionado, y
- c. Los actores de los diferentes acontecimientos en el espacio público durante estas épocas.

Es necesario aclarar que la selección de los periodos históricos no se hizo con la intención de hacer una comparación entre ellos, sino más bien con la de contextualizar ciertas transformaciones en el espacio público de la ciudad.

MUESTRA DE LIBROS

Se seleccionaron obras literarias que describen los eventos históricos y las costumbres para las dos épocas, de una lista de las principales crónicas o los libros históricos publicados en diferentes periodos. Para la selección de las obras se tuvieron en cuenta tres criterios: primero, que la obra se centrara en costumbres de Santa Fe de Bogotá durante la era colonial y los años de la guerra de independencia (de 1538 a 1818) o que cubriera igualmente los primeros cien años del periodo republicano (de 1819 a comienzos del siglo XX). Segundo, los libros deberían ser fuente importante de los historiadores de la vida social de Bogotá. Tercero, los libros deberían tener diferentes perspectivas sobre las costumbres de los bogotanos y mencionar acontecimientos que se desarrollaron en el espacio público durante estas dos épocas.

Las crónicas constituyen un testimonio de la realidad en lo atinente a esta investigación en cuanto algunas de estas crónicas recogen y sitúan las experiencias de los habitantes de la ciudad y las ubican en los diferentes escenarios urbanos

abiertos de la ciudad. Como dice Pabón (2003), la crónica tiene como elemento la contemporaneidad de lo tratado, lo que le otorga un matiz de documento histórico. Tal es el caso de Cané, quien al visitar al país procedente de Europa recoge sus experiencias sobre Bogotá en su obra *En viaje* (1884) y hace referencia a los distintos escenarios urbanos descritos con mucho detalle como se verá más adelante. En el mismo sentido se encuentra el documento de Le Moyne (1985), que hace una descripción detallada de su experiencia en la ciudad.

A continuación se mencionan las principales obras que fueron sometidas al análisis de contenido sobre los acontecimientos vinculados al espacio público de Bogotá en el periodo colonial y durante el siglo XIX:

Bayona, N. (1988). *El alma de Bogotá*. Bogotá, Villegas Editores.

Cané, M. (1968) *En Viaje*. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires.

Cordovez Moure, J. M. (1895). *Reminiscencias de Santa Fe de Bogotá*. Bogotá, Fundación para la Investigación y la Cultura, FICA. Este libro cubre principalmente el siglo XIX y se refiere a los diferentes asuntos de la historia de la ciudad: política, vida social y hechos criminales.

Historia de Bogotá (1989). Bogotá, Salvat-Villegas.

Ibáñez, J. M. (1989). *Crónicas de Bogotá*. Bogotá, Tercer Mundo. Los volúmenes I y II se refieren a la época colonial, y los volúmenes II y IV revisan el periodo de la república.

Iriarte, A. (1988). *Breve historia de Bogotá*. Bogotá, Oveja Negra. Este libro suministra una breve revisión de la historia de la ciudad, relacionando sus progresos en infraestructura, asuntos políticos y anécdotas sociales.

Le Moyne, A. (1985). *Viaje y estancia en la Nueva Granada*. Bogotá, Editorial Incunables.

Mejía, G. (2000). *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá 1820-1910*. Bogotá, Centro Editorial Javeriano,

Ortega, D (1990) *Las cosas de Santafé de Bogotá*. Bogotá, Tercer Mundo Editores.

Rodríguez Freyle, J. (1985). *El Carnero*. Bogotá, Círculo de lectores. Sobre este libro hay que destacar que fue escrito en el siglo XVII. El autor recurre a anécdotas para referir costumbres de los ciudadanos entre 1538, año de la fundación de la ciudad hasta 1638.

MUESTRA GRÁFICA

Se sometió igualmente al análisis de contenido un pequeño grupo de acuarelas y fotografías provenientes de la colección *Bogotá-CD* del Museo de Desarrollo Urbano, en búsqueda también de los actores del espacio público y las relaciones entre las costumbres de los bogotanos con lugares públicos específicos de la ciudad. Las fuentes obtenidas, aunque reducidas para los primeros años de la historia de la ciudad, suministran una perspectiva artística sobre los diferentes tipos de eventos y actividades que se dieron lugar en el espacio público durante el periodo estudiado. El material pictórico fue seleccionado con el criterio de:

- 1) representar a las épocas objeto de estudio,
- 2) el que se representara la presencia de personas, y
- 3) que se pudiera identificar algunos eventos cotidianos de la vida bogotana para aquellos días.

Se partió del supuesto que las dos fuentes de información objeto de análisis: textos y material gráfico, más que mostrar diferencias importantes entre ellas, podrían mostrar similitudes en su contenido y complementarse mutuamente.

ESPACIO PÚBLICO EN LA ERA PRECOLOMBINA Y COLONIAL

Pretender estudiar los orígenes del espacio público en nuestro país, y en particular en Bogotá, requiere dar una mirada al surgimiento de las ciudades y a la manera como fueron conformándose los distintos espacios o escenarios que han sostenido las distintas actividades políticas, religiosas, comerciales y recreativas de la comunidad.

Sin lugar a dudas, todas las ciudades del mundo, en todos los tiempos, han previsto la creación de lugares abiertos que promueven encuentros sociales que sirven además para dirigir los asuntos públicos.

El propósito de este capítulo es hacer una breve descripción de la evolución arquitectónica de las ciudades desde su origen, haciendo principal énfasis en el caso particular de Bogotá desde el periodo precolombino hasta el colonial. Se pretende mostrar la manera como los lugares públicos se constituían en escenarios del comportamiento individual y social, y en un reflejo de las distintas facetas de la evolución cultural.

Al intentar recoger los orígenes de las ciudades, uno de los más influyentes estudiosos de su historia, Mumford (1937), sostiene que el primer núcleo de la ciudad fue quizás el centro ceremonial, que fue comúnmente una colección de templos y tumbas. Sin embargo, estos fueron solamente lugares de encuentro personal. De acuerdo con este autor, para que hubiera un asentamiento permanente se tuvo que inventar la agricultura, lo que exigió la aparición de pequeños poblados. Igualmente, Mumford señala que el cambio del *ethos* femenino al masculino originó el surgimiento de las ciudades en la medida en que la ciudad se convirtió en un instrumento de poder que hizo posible la guerra entre hombres. El siguiente paso después del asentamiento de poblados fue la colección de pueblos como vecindarios. A esto siguió el desarrollo del *citadle*, que se desarrolló

como el centro militar o la fortaleza que servía para la defensa de los invasores (Hardoy, 1973). Las ciudades helénicas y romanas tenían ciertas características que fueron heredadas a las ciudades medievales. Las ciudades clásicas antiguas como Atenas y Roma no eran lugares agradables para vivir. Mumford habla, por ejemplo, de la pestilencia en Roma. A pesar de esto, las ciudades contenían el ideal de ciudadano, la persona que era miembro de la ciudad y responsable de su seguridad. La desintegración de las ciudades clásicas, después de la caída de Roma, llevó al monasterio como una transición hacia el medioevo. Las ciudades medievales crecieron desde un nuevo énfasis religioso combinado con los elementos seculares del comercio.

Los historiadores de la ciudad ubican su origen en el siglo XI, como una necesidad para la defensa y protección de sus habitantes. Las palabras muro y ciudad en chino tradicional significan lo mismo, y el vocablo inglés *town* viene de una palabra teutónica que significa encerramiento. Las ciudades medievales eran fortificadas por largos y altos muros. Los castillos eran construidos para la defensa de la población que vivía en ellos. Hubo incluso ciudades con dobles anillos de seguridad como Carcassonne, en Francia.

Por su parte, Kostof (1992), al presentar los orígenes de las ciudades, señala cómo los distintos elementos que constituyen la ciudad medieval, sus defensas, puertas de entrada y la plaza de mercado evolucionaron en respuesta a una variedad de presiones económicas y políticas. El encerramiento de la ciudad no se daba únicamente por razones de seguridad; las actividades comerciales y la necesidad de ejercer un control sobre la economía mediante los impuestos, demandaba que hubiera controles al comercio, y por este motivo el ingreso de bienes comerciales debía ser regulado a través de las puertas de la ciudad. De manera similar, los asentamientos poblacionales se dieron junto a los ríos, para estar en contacto con el preciado recurso, pero igualmente buscando una vía para el comercio.

Pirenne (1925) argumenta precisamente que fue el comercio lo que dio vida a las ciudades, gracias a un renacimiento económico al final del medioevo. Los mercaderes aparecieron como una clase social separada, un grupo independiente del clero y de la aristocracia terrateniente. El poder del capital líquido, concentrado en la ciudad, dio a los burgueses una ascendencia económica que contribuyó igualmente a que tomaran parte en la vida política. Ya que la sociedad no conocía otro poder diferente al derivado de la tenencia de la tierra, en la que los nuevos mercaderes habían invertido, para el clero no hubo más remedio que compartir el poder con la nueva clase social.

ORÍGENES DEL ESPACIO PÚBLICO EN LAS CIUDADES

Al tratar de rastrear los orígenes del espacio público, encontramos como principales ejemplos el ágora griega y el foro romano. A diferencia de Egipto y del cercano oriente, lugares en donde la ciudad tenía como centro el palacio del rey, en Grecia y Roma fue completamente distinto. El foco de la composición urbanística fue el ágora y el foro, respectivamente. Consideramos que en la base de estos dos modelos ha girado la propuesta del espacio público en la ciudad. El ágora era el lugar donde se concentraban las colectividades urbanas en las antiguas urbes griegas, y desde el siglo VI a.C. fue centro de reunión y de negocios rodeado de edificios públicos. El ágora también fue considerada el eje de la composición urbanística de las ciudades griegas. *Polis* supone ágora; es la noción misma de ciudad. En la Grecia antigua, el ágora era solo el lugar de reunión de los ciudadanos; luego, a partir del siglo VII, los pequeños comerciantes invadieron el área. El ágora puede considerarse como espacio paradigmático de la interacción social; era donde se formaba la opinión pública. Martí (1999) divide el ágora en dos funciones principales: la primera servía para reunir al pueblo y a los funcionarios; la segunda, para actividades comerciales, generalmente rodeadas de negocios. En las postrimerías del siglo VII a.C., el comercio la invade con sus artículos de consumo, vinos y artesanías; allí los comerciantes pregonan y venden sus productos.

El foro romano se diferenciaba principalmente del ágora en que era un espacio sin orden, entremezclado, con edificios para el culto, la justicia y los negocios. Pero estos dos lugares tenían en común algo muy importante: el peatón era el protagonista de todo lo que allí ocurría. La especialización de los foros por funciones hizo que se multiplicaran y diferenciaran; el foro civil se separó de los foros de mercado, de legumbres, animales, pescado, etc. El foro tenía claras relaciones con el ágora pero en este se destacaban las actividades institucionales y comerciales. Se asemejaba al ágora por aglutinar sus múltiples usos y separarse de sus vías de conexión de la ciudad.

Para comprender las características del ágora y el foro, de acuerdo con sus características espaciales, Martí (1999) destaca que en el ágora se combinan diversas obras de arquitectura entre sí, mediante una red de conexiones visuales, sin que ello muestre una sola disciplina geométrica. El ágora se define como una estrategia abierta incorporada al paisaje circundante, y establece un diálogo con la naturaleza. El foro, en cambio, se propone como un espacio acotado en que los elementos se aglutinan para formar un escenario continuo que sume lo urbano en su interior. El ágora y el foro mantienen el derecho del peatón. Cabe señalar la

transformación espacial del foro en el siglo IV: dejó de ser mercado y se convirtió en una verdadera plaza, llena de estatuas, monumentos, templos y arcos.

Mumford argumenta una cierta relación del mercado como parte del templo, el cual parece tener cierta lógica entre el espacio del rito y el del comercio, definiendo la relación de cercanía espacial entre las ciudades españolas y las que los españoles fundaron en América. El mercado se confunde con el espacio público, hasta el punto de que la ciudad entera se constituye en el mercado. Pero al igual que el mercado mantiene una relación con el espacio abierto, la mantiene con el espacio cerrado. La basílica comercial es un ejemplo de esta correspondencia. Esta parece remontarse al patio abierto que tuvo que cerrarse por razones de necesidad y utilidad (Martí, 1999). La nave central de la basílica central cristiana continúa siendo un patio cubierto. Rieg (citado por Martí, 1999) asegura que la basílica alude al templo, al faro, al patio y al mercado. La basílica es el espacio de interacción social. El espacio exterior invierte la delación para pasarlo al lugar cubierto.

Ya en la Edad Media, el espacio de reunión ciudadana en las urbes comienza por un simple ensanchamiento del espacio de circulación hasta convertirse en plaza. Así este espacio caracterizado se destina a mercader o a actividades religiosas, es punto de encuentros sociales. Su innovación, en materia urbanística, radica en que bordea las viviendas de los ciudadanos. La diferencia principal con el foro y el ágora es que estos no fueron espacios exclusivos de uso peatonal (Montañez, en: <http://www.franciscanos.net/teologos/mfal/plaza.htm>). Por el contrario, el centro de la ciudad medieval, sobre todo en las ciudades creadas a partir del siglo XI, fue la iglesia, y en menor número de casos, el castillo. En otros, es el edificio del gobierno de la ciudad el que centraliza las miradas, pero la plaza, como lugar público de reunión, siempre estuvo presente y tuvo un papel protagónico. Los historiadores de la arquitectura señalan que, en general, la plaza medieval no fue un espacio planeado, sino que surgió ante las necesidades ciudadanas. No fue espacio generador de la urbe como si lo fue el ágora en su conformación física, aunque sí fue predominante su rol social.

Según Margarita Montañez, el sentido colectivo del medioevo fue remplazado por el individualismo del seiscientos que caracteriza el periodo conocido como Renacimiento, preparando el absolutismo del Barroco. Durante este lapso histórico se plantearon varios proyectos de ciudad ideal con una plaza como núcleo central y jerarquía máxima de la red de espacios públicos. La plaza renacentista difiere de la medieval porque se convierte en el principal nudo circulatorio. La plaza renacentista queda fuera de la vida cotidiana del romano, con una gloria

propia sin relación con el resto de la ciudad. Queda así planteada la gran diferencia entre una plaza medieval y una renacentista; la una, simplemente utilitaria en su estructura y equipamiento, y la otra, necesariamente “bella” para gloria del poder y de la ciudad. La organización urbana barroca fue una consecuencia natural de la organización social de la época. Todo estaba dirigido a las altas clases sociales, la población humilde quedaba fuera de los planes urbanísticos. El Estado solo se preocupaba de embellecer con plazas y avenidas ciertas zonas, abandonando a la suciedad y al caos el resto de la ciudad, que era la mayor parte. Un reflejo de ello se veía en 1867 cuando se prohíbe en París la entrada de animales y gente mal vestida a las plazas.

LAS CIUDADES PRECOLOMBINAS

Veamos ahora cómo se había dado el desarrollo de los asentamientos poblacionales en la América prehispánica y las caracterizaciones de su espacio público. Es poco lo que sabemos acerca del diseño de las ciudades y su evolución antes de la llegada de los españoles. Como se sabe, la evolución de la cultura urbana precolombina fue interrumpida al comienzo del siglo XVI por la conquista española. La cultura ibérica fue impuesta sobre las culturas indígenas produciéndose una pérdida de su carácter esencial y, en algunos casos, una mezcla de las dos. La cultura española prevaleció por la fuerza en las ciudades por imposición de costumbres e instituciones. Los criterios básicos de planeación urbana y diseño propios de la cultura precolombina no fueron respetados por los nuevos pobladores, quienes impusieron conceptos completamente diferentes de la vida en la ciudad y de la arquitectura urbana. Sin embargo, por los rastros que dejaron, al parecer no existía una sola tendencia urbanística en las ciudades de centro y sur América. De acuerdo con Hardoy (1973), diferentes criterios coexistieron en la utilización de la escultura, las murallas y el color en las construcciones, aun cuando existiera una similitud en el uso de las formas arquitectónicas. Semejante a lo planteado por Mumford, Hardoy sostiene que las ciudades precolombinas surgieron con muy poca planificación y de forma espontánea. Un buen número de ellas parecen tener su origen en el asentamiento a partir del manejo de la agricultura, el acceso al agua, en la construcción de un templo o de complejos ceremoniales, alrededor de los cuales surgieron casas u otros elementos arquitectónicos. A diferencia de las ciudades contemporáneas europeas en las cuales el castillo, un cruce entre ríos o la intersección de caminos fueron factores que incidieron en el surgimiento de

centros urbanos, en las culturas indígenas americanas el agente determinante parece que fue la combinación de motivos ecológicos y religiosos.

Al revisar las narraciones de los cronistas españoles del periodo de la Conquista en Colombia, se hace mención de algunas características de las poblaciones que iban encontrando a su paso. Son realmente pobres las descripciones de estos poblados, pero en algunos de ellas se encuentran alusiones a lo que podrían ser lugares de encuentro de la comunidad indígena. Se describe una “casa pública de la borrachera y casamientos”. Algunos de los poblados encontrados estaban encerrados por cercados de madera en forma circular, limitando los bordes de la población y separando el cercado del área de viviendas por un espacio para facilitar la circulación. En la narración que hace Fernández de Piedrahíta sobre la ciudad del Guaviare, anota:

la población podría tener ochocientos vecinos, de vistosas casas, bien tiradas calles y plazas anchurosas. Siendo lo que más la hermoseaba la limpieza con que la tenían, pues no era fácil de hallar en un recinto alguna piedrecilla en que tropezase la vista, ni la menor hierba en que reparase (Fernández de Piedrahíta, 1688).

Particularmente la ciudad de los muiscas, quienes habitaban la región bañada por la cuenca de los ríos Bogotá y Sogamoso, surgió gracias a las bondades del clima para la agricultura, ya que no se requería irrigación. Para el momento de la llegada de los españoles había cuarenta y dos asentamientos, habitados por cincuenta tribus agrupadas en cinco federaciones principales. Una de esas confederaciones era la chibcha, que aunque no dejó monumentos, se sabe que sus ciudades eran defendidas con palizadas y sus casas tenían paredes hechas de caña y barro con techos de paja. Las construcciones eran precarias y perecederas. No usaron la piedra, como sí lo hicieron las culturas inca y azteca. Al igual que en las ciudades mayas, había edificios agrupados alrededor del principal centro ceremonial y de los secundarios, conformando las ciudades en forma circular. Sin embargo, la seguridad influyó en pocos casos en la forma de la ciudad. Las calles fueron simplemente los espacios dejados entre edificios, razón por la cual no tuvieron una orientación predeterminada ni un patrón distinguible.

Hay que hacer la salvedad de que no existe mayor evidencia antropológica en Colombia sobre la forma de estas ciudades, dado el tipo de materiales utilizados, los cuales se desvanecieron fácilmente y, por tanto, no dejaron una huella clara de conformación. Como se mencionó anteriormente, la mayor parte de las viviendas estaban rodeadas de cercados, dispersas por todas partes y generalmente erigidas

al lado de las labranzas, formando un conjunto desordenado. No hay pruebas de la existencia de grandes templos en el área de la sabana de Bogotá, como el del Sol en Sogamoso, sino pequeños santuarios a donde acudían reducidos grupos de personas a celebrar cultos organizados por sacerdotes que guardaban allí los objetos del culto.

El tipo de organización del espacio en las culturas nativas fue transformado o interrumpido por el encuentro con otra cultura, resultante de la mezcla producida en Europa durante siglos y como consecuencia de la dominación de los moros, que a su vez habían transformado la configuración de las ciudades españolas.

Durante la época precolombina, lo que hoy llamaríamos espacio público estaba constituido por los espacios entre viviendas de la comunidad indígena muisca o chibcha, asentada en el lugar conocido como Bacatá y los lugares de esparcimiento y recreación del zipa en Teusaquillo, al pie del cerro. Antes de la llegada de los españoles, los espacios por los que circulaba y se congregaba la comunidad muisca consistían en un grupo de habitaciones en donde vivía el zipa; estaban interconectados por algunos caminos angostos. En este punto el espacio público era controlado por el jefe, y los intentos por tomar tal espacio eran considerados una amenaza al poder del cacique o del Zipa (Donovan, 2002). En las ciudades precolombinas no existía la plaza como tal; es más exacto hablar de centro ceremonial.

Este centro ceremonial era utilizado además para las ceremonias y bailes comunitarios, definidos por los frailes europeos al llegar con los colonizadores como: “Orgías inaceptables de unión de cuerpos y almas... Que escandalizaron a los oficiales europeos y fue razón inicial del descrédito de la chicha y de los muisca” (Carrizosa, 1998).

La conquista y colonización en la América hispana se hizo imponiendo la concentración de población en medios urbanos, lo que permitió un control muy eficaz y acorde a la política absolutista, imperialista y centralizadora de los colonizadores. El avance de la conquista de territorios y pueblos se hizo en función de la fundación de ciudades, que se organizaron entre sí como un sistema y donde cada una dependía de su territorio para la sobrevivencia de su población (Montañez, en www.franciscanos.net/teologos/mfal/plaza.htm).

De acuerdo con las Leyes de Indias de 1573, las dimensiones de la ciudad se fueron aplicando siguiendo al arquitecto romano *Vitruvius* (del primer siglo de nuestra era). Así, el diseño urbano basado en la geometría del ángulo recto se convierte en la negación del diseño prehispánico, el cual se basaba en la curva privilegiando el círculo. El trazado circular no solo era igualitario sino unificador.

Cada casa se ubicaba a igual distancia del espacio comunitario central y quedaba en comunicación visual directa con él; era un espacio que se constituía en una prolongación natural de la vivienda. El centro, igualmente, daba lugar a la danza y la fiesta. La línea recta separó así a los individuos y dejó el espacio común a nivel de residuo después del reparto de predios. Como anota Aprile-Gsinet (1991), al partir el espacio en cuadras se separan las viviendas y se individualizan para dar pertenencia sobre el predio. Se impone, igualmente, la ciudad del pecado y del castigo. En la plaza se pregonan ordenanzas y prohibiciones; se notifican tributos e impuestos, cabalgan las tropas; se inician procesiones y romerías arrodilladas; se castiga a malhechores y se exhiben las partes del cuerpo de los ajusticiados. De esta manera, la plaza va adquiriendo su significado simbólico de poder, soportado en la amenaza del castigo eterno o en el terror del castigo físico. Uno de los símbolos más visibles es, por supuesto, la cruz donde debe erigirse la iglesia y el Rollo Real que representa a la autoridad civil.

EL ESPACIO PÚBLICO DURANTE LA COLONIA

Como ya se anotó, con la conquista española, a partir del siglo XVI, un nuevo orden político se impone sobre las comunidades indígenas y rige a partir de ese momento el diseño de la ciudad. Se impone una nueva concepción del espacio como producto y un nuevo diseño espacial. La situación general del mestizaje en América es que no solo se dio en la raza y en la cultura sino también en el diseño de las ciudades. Se hizo uso de la piedra, material utilizado por los indios para las nuevas obras urbanas como las calles, las pilas y las gradas del atrio del templo, etc. (Aprile-Gniset, 1991).

El espacio público urbano de las comunidades indígenas se transformó radicalmente al pasar de un régimen de propiedad comunal a uno de propiedad individual, constituyéndose en espacio público únicamente las plazas y calles como resultado de la nueva planificación de la ciudad.

En poco tiempo la Conquista alteró la arquitectura del Nuevo Mundo a la par de las estructuras políticas, religiosas y económicas. Las catedrales, los monasterios y edificios administrativos remplazaron las plazas ceremoniales, las casas y los palacios de las elites indígenas. Desde los inicios de la colonización, la Corona Española promovió la planeación urbana. Las Leyes españolas de las Indias establecieron, en 1573, que la plaza principal sería el punto de partida de la ciudad. Ese mismo año, Felipe II promulgó ordenanzas que establecieron cómo deberían construirse las ciudades del Nuevo Mundo. No obstante, para la fecha de promul-

gación de las Leyes de Indias, ya muchas ciudades habían sido fundadas e incluían plazas que combinaban patrones de construcción de los indígenas con diversos estilos europeos. El estilo rectangular y de rejilla en la planeación urbana era ya común en las poblaciones antiguas de China, Japón y Corea (Braudel, 1998). Otras influencias en el diseño urbano en el Nuevo Mundo venían de los jardines palaciegos del islam. El desconocimiento de estos antecedentes urbanísticos no hace otra cosa que minimizar o desconocer el legado arquitectónico precolombino y de otras culturas, para construir una narrativa únicamente europea de la evolución de la forma urbana (Hardoy, 1973).



◀ Ciudad de Noboreino, Plaza Mayor.

Autor: Felipe Guaman Poma de Ayala.

Fecha: 1600.

Técnica: dibujo.

Fuente: Guaman Poma de Ayala. Nueva crónica y buen gobierno. 1992.

Durante el periodo de la penetración militar, la fundación de las ciudades se hace siguiendo un patrón en el que se busca que los asentamientos se ubiquen cerca de las montañas y fuentes de agua. El centro de la ciudad se organiza alrededor de la Plaza Mayor y cuatro manzanas, en forma de cruz, que la enmarcan y reciben la totalidad de los edificios de las instituciones de gobierno: militares, civiles y religiosas. La Plaza es el único espacio libre público previsto (Aprile-Gnisset, 1991). Para el caso de Bogotá, al quedar la Plaza Mayor como un recinto cerrado con esta configuración, se divorcian, en palabras de Aprile-Gnisset, el espacio público del

espacio comunal, de las vegas de la quebrada cercana, cometiéndose el gran error de aislar los ríos San Francisco y San Agustín de una posible continuidad con la plaza. Y es quizás por este motivo que, muy pronto, se convierten en las cloacas de los habitantes de la ciudad. Mientras la Plaza Mayor es un lugar excepcional y sacralizado de los rituales sagrados de la solemnidad, sede del prestigio, la autoridad y la justicia, el río es un sitio despreciable y sospechoso donde se reúne "la chusma", "la plebe"; es escenario del trabajo donde laboran aguaderos y lavanderas, muleros, leñadores, esclavas, mulatos e indios. Las vegas se consideran, en el cabildo, como lugares diabólicos, y se comenta que en sus matorrales se cometen muchos pecados contra Dios. Ahí hay cuerpos desnudos e inmoralidad, libertad, risas, irrespeto a las convenciones, alegría y placer. Y de pronto ahí se comentan, en forma subversiva, las últimas prohibiciones pregonadas en la plaza del poder y de los gobernantes. Separando los "vecinos principales" de la "plebe", los espacios abiertos pertenecen al bien o al mal (Aprile-Gnisset, 1991).



◀ La región de Soacha y las haciendas cercanas.

Fecha: 1627.
Técnica: pintura.
Fuente: Fundación Misión Colombia.
Historia de Bogotá. 1988.

El patrón básico para la ciudad fue una malla. Una plaza grande en el centro serviría como lugar de mercado, a la vez que para celebrar las ceremonias religiosas y civiles. La plaza no debería ser menor de 200 pies por 300, ni más grande de 300 por 800. La catedral y el palacio virreinal deberían estar al borde de la plaza. La plaza se convertiría en el centro de la vida política y religiosa de la comunidad. Surgirían alrededor de ella los más importantes edificios civiles y

religiosos. El poder de las personas se estimaba de acuerdo con la ubicación de su vivienda con respecto a la plaza principal. Pero la sola definición arquitectónica nos deja por fuera a la gente que la usaba y su importancia en la vida cotidiana. La perspectiva únicamente arquitectónica excluye el pasado etnohistórico, al igual que los recuerdos, las historias y transacciones sociales que contribuyen a darle significado a la vida en la plaza. Nuestro conocimiento acerca del espacio público podrá ser más completo en la medida en que profundicemos en el estudio de su uso. Las plazas fueron, durante este periodo, los escenarios para la vida urbana diaria donde ocurrían las interacciones cotidianas, los intercambios económicos, las conversaciones informales, creando un lugar socialmente significativo para los habitantes de la ciudad.

Rojas Mix (1978), señala cómo cada persona conocía perfectamente a todos los habitantes de la ciudad porque los encontraba a cada momento en la plaza. Un extranjero era inmediatamente percibido. Las funciones de la plaza americana le otorgaban cargas simbólicas variadas; fue ágora, foro, teatro, mercado.

Al hablar de plaza colonial nos referimos a una estructura característica –dice Rojas– prototipo de la Plaza Mayor que se origina en América y se mantendrá en casi todos los países, hasta mediados del siglo XIX. A partir de entonces, la plaza sufre importantes modificaciones funcionales y físicas. Tales cambios se corresponden con las variaciones económicas y con otros modelos europeos a seguir. La burguesía remodela la plaza para lograr su propio escenario. De la plaza medieval, centrífuga y abierta, se pasa a un lugar centrípeta a manera de un gran teatro.

La plaza dentro de este periodo colonial sirvió como arena de una variedad de actividades que incluían: espectáculos públicos, actividades comerciales, festividades religiosas y militares, corridas de toros, y lugar de castigo y ejecución de prisioneros (Páramo, 2002). Es el escenario en el que pueden figurar juntos distintos grupos sociales y protagonistas de la vida cotidiana, interactuando sobre un mismo escenario. Las reglas que regulaban los encuentros sociales eran particulares de la plaza y quizás de las calles, pero no regulaban necesariamente el comportamiento en otros lugares de la ciudad. Además de la plaza principal o mayor existían las de San Francisco y San Agustín, que tomaron el nombre de los conventos adyacentes. Durante el año una gran variedad de procesiones civiles y religiosas concluían con una multitud de personas en la catedral. El orden en la procesión reflejaba la jerarquía social colonial con prelados, oficiales civiles de alto nivel y los caballeros ocupando lugares de honor.

Figuran igualmente durante el periodo colonial lugares como iglesias, edificios de gobierno, plazas, las pocas calles, puentes, ríos, fuentes de agua y chicherías, por los que circulaban la mayoría de las personas y que servían de encuentro y recreación (Páramo, 2002). Este tipo de lugares públicos propiciaron, principalmente, los encuentros entre hombres en calles y plazas. Las mujeres y los niños, por su parte, se ocupaban en actividades religiosas y permanecían alrededor de las fuentes de agua. Por excelencia, los espacios abiertos eran las principales fuentes de información de los distintos acontecimientos vividos por la comunidad durante este periodo de la historia de la ciudad.

EVOLUCIÓN URBANA

Al evaluar el desarrollo histórico urbano de Santa fe de Bogotá, es notoria la evolución de la ciudad a partir del culto a la religión y sus símbolos. Con la llegada de las comunidades religiosas, establecidas en Santa fe con el ánimo de educar a los indígenas en la fe católica, pronto comienzan a surgir numerosos conventos, iglesias y claustros. La ciudad va tomando una estructura lineal sur-norte, reforzada tanto por estos momentos religiosos como por la geografía del sitio. Los siglos XVII y XVIII transcurrieron caracterizados por “el espíritu místico y recogido” que tiene la ciudad y por su lento crecimiento. La sectorización de la ciudad en sus inicios es primordialmente eclesiástica a partir de la construcción de conventos e iglesias. Es así como surgen los primeros cuatro barrios: Santa Bárbara, La Catedral, San Victorino y Las Nieves.



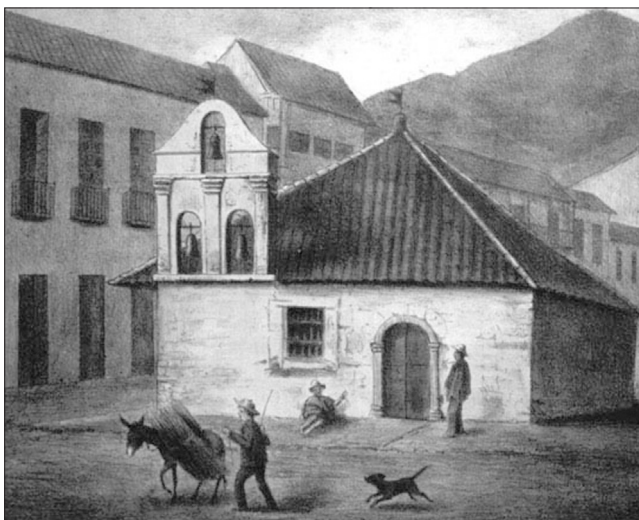
◀ Vista panorámica de la ciudad de Santafé de Bogotá, capital del Nuevo Reino de Granada.

Autor: Joseph Aparicio Morata.
Fecha: 1772.
Técnica: acuarela.

Desde la perspectiva social, los atrios de las iglesias y la plaza desempeñan un papel muy importante en la socialización. La Plaza Mayor constituye el lugar principal de esparcimiento de la comunidad. En ella tenía lugar todos los viernes el mercado público, brindando un espectáculo animado y pintoresco. Además de ser el factor primordial de la actividad comercial de la ciudad, era el espacio de sociabilidad por excelencia, donde se ejercían la convivencia y la intercomunicación. El que Santa fé se encontrara sujeta a un orden social que afirmaba el rango de sus habitantes, diferenciándolos y segregándolos socialmente, era posible percibirlo en el espacio urbano. Como dice Martínez (1983), nacer o vivir en el marco de la plaza confería alcurnia o señales de riqueza, aunque estas posiciones perdían valor los días de mercado o de regocijo público, aflojándose la tensión de las jerarquías.

En los primeros dibujos de la ciudad elaborados por Morata, se presenta la Plaza Mayor como componente central de la planimetría urbana. En sus dibujos destaca la Catedral y su atrio, las iglesias de La Candelaria, La Concepción, Santa Inés, Santa Clara y El Carmen, Santa Bárbara, San Victorino, Las Nieves, Las Aguas y los conventos de San Francisco y Santo Domingo.

El nombre adjudicado a las calles venía del lenguaje simbólico, ya que estaba ligado con creencias religiosas a los antepasados, la naturaleza, las profesiones o a los edificios políticos administrativos (De la Rosa, 1938). Como ciudad capital, Santa fe albergó en sus inicios a personas de recia personalidad, aunque de mediana holgura económica. Estos hogares, según Martínez (1983), estaban amparados



◀ **Vista de la capilla del Convento de San Francisco en el parque Santander.**

Técnica: pintura.
Fuente: Fundación Misión Colombia. *Historia de Bogotá*. 1988.

por abolengos de legítima raigambre nobiliaria, que creaba una atmósfera social de buenos modales colectivos, ajenos a la ordinariedad y a la chabacanería.

DE PUERTAS PARA ADENTRO

Es importante hacer mención al diseño de la casa familiar por cuanto los niños no jugaban como hoy en los parques, ya que estos no existían, sino en los solares de las casas. La casa santafereña tenía en común el patio central como fuente de luz para las habitaciones. Los patios estaban provistos de jardines o solares en los que, además de cultivar algunos productos, se constituían en el lugar de juego para los niños de la familia. En estos huertos donde se cultivaban además flores, frutas y arbustos ornamentales, crecían las imprescindibles plantas aromáticas y medicinales que por años suplieron la farmacia y el médico. Las casas de dos plantas reservaban el piso alto como residencia señorial y en el bajo moraban y ejercían sus oficios los artesanos. Las fachadas se caracterizaban por tejados con aleros, ventanas pequeñas en la planta baja protegidas con enrejados sobrepuestos en madera, portones adornados con goznes a la vista, abultadas cabezas de clavos y guarniciones en hierro forjado en torno a la cerradura. Los balcones de las casas de dos pisos daban hacia la calle y eran utilizados como palcos que se incorporaban al escenario público. Las calles fueron la prolongación de la plaza porque frecuentemente se constituyeron en escenario de carreras de caballos, exhibiciones acrobáticas, payasos y aun para precarios circos de toros (Martínez, 1983).

Así, al poco tiempo de la llegada de los españoles comenzaron a crearse los nuevos lugares públicos para la recién fundada Santa fe de Bogotá, que incluían la plazuela de El Humilladero, posteriormente plaza de San Francisco y hoy Parque de Santander (primer espacio público creado por los españoles), la plaza de mercado y algunas calles. Otros sublugares que surgieron durante los siglos XVII y XVIII fueron el Palacio que ocupó esquina nororiental del Capitolio, la Cárcel de Corte, el Palacio del Virrey, la Universidad Santo Tomás, el Cuartel, la Biblioteca Real, el Coliseo, la Administración del Tabaco, el Palacio Episcopal, la Expedición Botánica y el Observatorio Astronómico.

La plaza de San Francisco fue el centro de la actividad social durante los primeros años de la Conquista. De hecho la plaza que Quesada había demarcado para ser el centro cívico comercial de Santa fe, permaneció como área de pastoreo de cerdos y caballos desde el 27 de abril de 1539, fecha de la demarcación, hasta 1553, cuando fray Juan de los Barrios ocupó la sede obispal de Santa fe, y quien se propuso construir una catedral en el solar con frente a la plaza, donde estaba la

capilla pajiza levantada en la fundación de la ciudad (Martínez, 1983). Con esta intención, el espacio cobró un alto interés y le arrebató la hegemonía a la plaza de San Francisco, convirtiéndose así en la Plaza Mayor.

En la Colonia, las plazas representaban “el espacio abierto sobre el cual se habían establecido los símbolos del poder imperial español: la espada y la cruz” (Robinson, 1989). En Santa fe de Bogotá, los poderes político y religioso se unificaron en la Plaza Mayor, la cual estaba rodeada por la iglesia, la Real Audiencia, la cárcel y las casas de quienes eran leales al gobierno español. Este arreglo arquitectónico tuvo el efecto de colocar la plaza en el centro de toda actividad y como testigo de los eventos que dieron vida a las calles.

La Plaza Mayor y las de mercado, aunque ligadas principalmente a las actividades comerciales, fueron también usadas para comunicarle a la gente lo que podía pasarle por desobedecer las normas del gobierno. Más de dos personas fueron víctimas de castigo público mediante mutilaciones de la nariz o la oreja en las plazas de San Victorino y San Francisco.

El tipo de castigo recibido dependía de la clase social. Al indígena que intentó robar de la iglesia Catedral la corona y una madeja de perlas de la imagen de Nuestra Señora y confesó su crimen, le “condenaron a muerte de fuego”, y se ejecutó la sentencia en la Plaza Mayor. Rodríguez Freyle relata a este respecto:

He querido decir todo esto para que se entienda que en los indios no hay maldad que no intenten, y matan a los hombres por robillos. En el pueblo de Pasca mataron a uno por robarle la hacienda, y después de muerto pusieron fuego al bohío donde dormía, y dijeron que se había quemado. Autos se han hecho sobre esto. Que no se han podido substanciar; y sin esto otras muertes casos que ha hecho. Dígalo para que no se descuiden de ellos (Rodríguez Freyle, 1638, edición de 1985).

La exhibición de algunas partes del cuerpo de los prisioneros ajusticiados en la Plaza Mayor se realizaba con el fin de advertir sobre las consecuencias de los actos criminales o de protestas contra la autoridad establecida. Otras actividades asociadas a la Plaza Mayor tenían que ver con los encuentros sociales entre personas y la exhibición de los rituales de saludo entre los miembros de la sociedad prestante.

La mujer y sus hijos durante este periodo carecen de derechos políticos o ciudadanos, y los varones tampoco los tendrán antes de casarse. La mujer distribuye su tiempo entre el hogar, la plaza, durante los días de mercado, y la iglesia. En ausencia del marido, la mujer es la jefa del hogar y es la responsable de la educa-

ción de los hijos a falta de escuelas. Vive rodeada, para el caso de las españolas o descendientes de españoles acomodados, de sirvientas y esclavos, ya sean indios o negros, quienes la acompañan al mercado y a la iglesia. La vida de los hijos criollos o mestizos gira igualmente en torno a la casa, pues al principio no hay escuelas ni lugares que les sirvan de esparcimiento. Los pocos niños que hay en la ciudad durante los primeros años de su fundación juegan en la casa, en el patio o el solar. Pasarán algunos años antes de que el convento, la parroquia o la escuela pública hagan su aparición y comiencen a institucionalizar a la población.

Los protagonistas ignorados del espacio público del periodo colonial fueron los indígenas, quienes organizados en una mita urbana eran asignados a las labores de empedrado de las calles y construcción de edificios públicos, iglesias, acequias para el acueducto y alcantarillado, además de servir como cargueros y arrieros. A los negros se les asignaban las labores de esclavos en las casas. Para año 1600, Vásquez de Espinosa, (Citado por Díaz, 1995) describía la democracia santafereña aduciendo que la ciudad “tendrá dos mil vecinos españoles, sin muchos naturales que viven en ella y demás gentes de servicio y muchos esclavos”.

Al hacer una evaluación de la información notarial del Archivo General de la Nación (Bogotá, Colombia) y la historiografía, Díaz (1995) hace notar que la dinámica sociourbana de los esclavos santafereños rebasaba los extramuros de la ciudad, proyectándose hacia un panorama rural como resultado de la demanda de la mano de obra esclava en Santa fe desde 1700 hasta finales de la cuarta década del siglo XVIII. Aunque no se poseen muchos datos, la población negra y mestiza no debió ser cuantiosa y probablemente estuvo vinculada –especialmente los indios– a las labores de construcción, a la economía doméstica, al acarreo de leña y agua, a labores artesanales y al enganche laboral. Las labores diarias, la culinaria, el aseo, las labores de compañía como la compra en el mercado urbano y la de pregonero público ampliaron las actividades de los esclavos en la ciudad. Díaz supone en su estudio algunas extensiones de los oficios de los amos a sus esclavos. Ejemplo significativo lo representa Manuel, esclavo de un comerciante que en 1638 vendía en la Plaza Mayor, en el mercado semanal, “velas de sebo, rosarios y cuchillos carniceros” propiedad de su amo. El esclavo urbano gozó desde el principio de una libertad parcial desprendida de la actividad de su amo en las calles y en las plazas en donde se desarrollaba su actividad laboral o comercial.

Las calles favorecían los encuentros sociales informales y las procesiones religiosas en las que participaba toda la comunidad, lo que servía para afianzar el

poder de la Iglesia. Las puertas de las iglesias se usaban para comunicar a la gente los acontecimientos sociales y religiosos, y las cuatro esquinas de la Plaza Mayor para proclamar los nuevos edictos.

EVENTOS Y ACTIVIDADES

El evento que dio inicio a la fundación de la ciudad fue una misa celebrada en campo abierto oficiada por Fray Domingo de las Casas el 6 de agosto de 1538, como acto símbolo de apropiación del territorio. De esta manera los españoles tomaban posesión de estas tierras en nombre del Rey. Previo a la misa, Jiménez de Quesada había seguido el ritual militar para la fundación de una ciudad, el cual consistía en apearse del caballo, arrancar algunas yerbas y expresar verbalmente la posesión de las tierras en representación del monarca.

Al indagar en las fuentes consultadas sobre los lugares que existieron durante la Colonia según la función que servían, se pudo observar que la mayor parte de los lugares públicos mencionados o representados y vinculados a acontecimientos de diversa índole fueron: las iglesias, algunas calles, principalmente la Calle Real, la Plaza Mayor, las plazas de mercado de San Francisco y San Victorino, los ríos San Francisco y San Agustín, algunas fuentes de agua y algunos edificios públicos como la Real Audiencia y la cárcel. Fue imposible identificar las chicherías en la medida en que esos lugares no se mencionan con nombre propio y dirección específica, dado su nivel de ilegalidad durante buena parte del tiempo que comprende esta época, y a la proliferación de las mismas en las trastiendas de las partes bajas de las casas cercanas a las plazas de mercado.

Al clasificar estos lugares dentro de las categorías de “eventos o actividades”, se observa que los eventos más consistentes ligados a las iglesias son, obviamente, las festividades religiosas, los matrimonios y funerales, aunque es importante destacar que dado el poder del clero en la Colonia, era en este lugar donde se lograba congregarse toda la comunidad. Desde entonces, el atrio de la Catedral era además el lugar de cortas caminatas y encuentros sociales entre miembros de la clase dominante, los cuales iban siempre caracterizados por ritos en el saludo. Estas caminatas se llevaban a cabo al mediodía y al atardecer en los días soleados.

La Plaza Mayor merece especial atención. A pesar de que los solares y patios traseros de las casas eran los lugares de recreación de los niños, la estrechez de la mayor parte de las viviendas no se hallaba compensada por un espacio público. Por ello, la mayoría de los hombres adultos pasaban gran parte del día en las calles y plazas, de modo que estas eran un escenario importante de la socialización popular.

Aunque fue usada principalmente para actividades informales, incluyendo las comerciales, también fue el sitio de festividades religiosas y lugar de castigo y ejecución de prisioneros. Con respecto a los actores de estos acontecimientos, vale la pena mencionar que para el caso de las sentencias judiciales también se reflejaba el tratamiento a las personas de distinta posición social en el espacio público a la hora de los ajusticiamientos. Mientras que los “nobles” que cometían crímenes graves eran decapitados, aquellos que no eran miembros de familias nobles o pertenecían a algún grupo indígena eran amarrados a la cola de un caballo, arrastrados por la plaza y luego ahorcados. Los cuerpos de los ajusticiados eran exhibidos en las plazas secundarias de San Victorino y San Francisco. Algunas partes del cuerpo de José Antonio Galán fueron exhibidas en la Plaza Mayor, a finales del siglo XVIII, con el propósito de prevenir cualquier otro movimiento revolucionario. Entre las actividades que emergen del análisis de contenido realizado a textos y material pictórico ligado a las actividades de la Plaza Mayor, se encuentran igualmente las corridas de toros, algunas exhibiciones, los encuentros casuales o acordados entre las personas.

Pese a que la plaza era el lugar por excelencia para las demostraciones de poder, también lo fue, desde entonces, para protestar contra los poderes. Juan Rodríguez Freyle, autor de *El Carnero* narra cómo en 1578 amanecieron puestos en las esquinas, puertas de las casas reales y en las esquinas de la Calle Real y otros lugares públicos, escritos difamatorios contra todos los señores de la Real Audiencia hablándose de ellos muy pesadamente. Igualmente relata ciertos amagos de revuelta social a causa de los roces políticos entre sectores políticos, lo cual se hacía evidente con la reunión de muchos hombres en la plaza. Pero no solo entre grupos políticos sino religiosos. Más adelante Rodríguez Freyle da cuenta de la manera como un juez, nombrado para dirimir un conflicto entre un visitador de la Orden de Santo Domingo y los frailes de este convento, decide publicar censuras contra los miembros de esta comunidad en varios lugares públicos, incluyendo las puertas de la iglesia catedral. Al oponerse el arzobispo Lobo Guerrero a este hecho, en su iglesia las mandó quitar, lo cual provocó de parte del juez otra comprendiendo la primera y contra el arzobispo (Rodríguez Freyle, 1985).

Las plazas de mercado de San Francisco, o Plaza de Yerbas, y la de San Victorino, aunque ligadas principalmente a actividades comerciales en donde los indígenas llevaban sus productos para la venta, servían igualmente para encuentros o citas entre individuos. Como ya se mencionó, fueron usadas para castigar a quienes cometían distintos tipos de delitos. Más de dos mil personas fueron víctimas de castigos públicos en los que se les mutilaba, cortándoles la nariz o las orejas.

El río Fucha fue desde la fundación de la ciudad lugar de entretenimiento de los bogotanos. Después de la fundación, Jiménez de Quesada y sus capitanes se trasladaron a orillas del río Fucha donde se llevó a cabo un juego de cañas: “En el juego de cañas se enfrentan dos cuadrillas a caballo. Las cuadrillas entablan una lucha simbólica. Arrojándose jabalinas que deben esquivar con el escudo. Al tiempo que los jinetes lucen sus habilidades haciendo figuras o “traveses” con el caballo”. (Buezo, en González, 2005). Los ríos San Francisco, llamado Vicachá por los indígenas, y San Agustín están ligados al lavado de ropa y a la recolección de agua para las casas.

A Monserrate se enviaban a los indígenas a recoger leña, razón por la cual se desforestó casi por completo. El cerro era igualmente lugar de peregrinación una vez construida la ermita.

Las calles, por lo general, estuvieron ligadas a la historia colonial de la ciudad, con procesiones religiosas, como la que se llevó a cabo para conmemorar el año de la fundación de la ciudad en la fiesta llamada del Salvador. Durante dos días la población de vecinos marchó con el pendón de la ciudad desde la casa del Alférez real hasta la sede del Cabildo, donde juntándose con los miembros de la Real Audiencia asistió a funciones religiosas para culminar con un paseo a caballo por las principales calles de la ciudad acompañados de música, chirimías, atabales y tambores (Rodríguez Freyle, 1985). Las calles servían para facilitar los encuentros de la gente, y también fueron utilizadas por las autoridades para comunicar a la



◀ **Calle Real hacia el norte. Al fondo, la iglesia de San Francisco.**

Autor: Luis Núñez Borda.
Técnica: pintura.
Fuente: Daniel Samper Ortega. *Homenaje municipio de Bogotá, 1538-1938. 1988.*

población las consecuencias que se obtendrían por cometer un delito. Por ejemplo: los indígenas eran azotados por crímenes menores a lo largo de las calles principales de la ciudad como lo describiera Rodríguez Freyle: “Sacaban sartales de indios a pie, azotándolos por las calles, unos con las gallinas colgadas en el pescuezo. Otros con las mazorcas de maíz, otros con los naipes. Paletas y bolas, por vagabundos, en fin, cada uno con las insignias de su delito” (Rodríguez Freyle, 1985). Y los criminales que iban a ser ajusticiados en el cadalso eran exhibidos por las calles, precedidos por representantes del gobierno y miembros de las comunidades religiosas. La Calle Real fue, después de la Plaza Mayor, el centro más importante de actividad social y comercial.

Fue costumbre en el siglo XVI salir del aburrimiento con algunas festividades en una de las cuales se:

solía disfrazarse o tiznarse para, durante el día, recorrer las calles en grupos. Acompañados de música y librando batallas, con huevos rellenos de harina, flores o aguas aromáticas. Sobre todo contra los que ocupaban los balcones y ventanas. La noche terminaba con una especie de tregua. De tal manera que a las nueve estaban todos los enmascarados de ambos sexos con las caras tiznadas, santigiándose entre sus camas (Caicedo, en Bayona 1988).

Un personaje típico de las calles bogotanas fue el llamado “pecado mortal”. Se trataba de un penitente que al dar las ocho de la noche en la Catedral, recorría la ciudad haciendo ruido con una campana y pidiendo limosna para rogar a Dios por los que están en pecado mortal. De aquí el nombre de este personaje. Cuenta Cordovez (1997) que las limosnas que recogía este personaje eran suficientemente abundantes como para entusiasmar a un ladrón que decidió suplantarle a fin de explotar, en su propio beneficio, la piedad de los fieles, hasta que en una noche tenebrosa se encontraron los dos personajes en la calle angosta por los arrabales de Las Nieves y decidieron resolver la autenticidad de su nombre a punta de campanillazos sin que ninguno lograra convencer al otro de abandonar el negocio, dando así por terminado este personaje.

En la oscuridad, los ríos y las calles facilitaban los actos criminales. Distintos autores nos relatan historias de crímenes a orillas del río San Francisco. Alfredo Iriarte (1988) al recoger algunas historias de Rodríguez Freyle nos cuenta cómo a finales del siglo XVI se dio muerte a orillas del río a Juan de los Ríos por parte de dos personajes de apellidos Cortés y Escobedo a la altura de la calle de Florián, quienes fueron pronto capturados y recibieron su castigo dependiendo de su posición social. Cortés, que era oidor, pudo marchar a pie en compañía del arzobispo

Zapata de Cárdenas hacia el cadalso para ser degollado, mientras que Escobedo, por carecer de hidalguía, hubo de ser conducido al patíbulo arrastrado por la cola de un caballo y allí ahorcado; el verdugo separó la cabeza del cuerpo y la colocó en el Rollo Real. El cadalso estaba ubicado en la esquina sur de la Plaza Mayor, hoy Capitolio Nacional, y el Rollo Real en el centro de la plaza donde, tiempo después, se instaló la fuente de agua.

Algunos años después, el río San Agustín sirvió de escenario de otro crimen, esta vez pasional. Un herrero de nombre Juan Monroy al descubrir que su esposa Juana le era infiel, la llevó hacia el río donde le propinó varias puñaladas. Al ser capturado y juzgado se le condenó a ser llevado desde la cárcel en una bestia por las calles públicas y con un pregonero que manifestaba su delito. Fue en seguida llevado a la plaza pública de la ciudad donde estaban puestos tres palos en los que fue ahorcado por el verdugo.

LOS ACTORES Y SUS ROLES

La interrupción de la rutina y los usos cotidianos que caracterizaba la fiesta, permitía cierta igualdad momentánea de los miembros de la sociedad. Sin embargo, la fiesta era una ocasión privilegiada para realizar una ostentosa representación del orden y la jerarquía existentes cuando no se diferenciaban por la condición social. Tal era el caso de las festividades indígenas (Citado por González, 2005). Piedrahíta, hace referencia a la solicitud de permiso que hiciera el cacique de Ubaque ante la Real Audiencia en 1561 para hacer una (procesión) de su pueblo, "... que pues si a los españoles les eran permitidas fiestas de toros y cañas, máscaras y carnestolendas, no sería razón que a ellos les prohibieran sus pasatiempos y placeres..." (González, 2005).

Los matrimonios y bautismos de los españoles y los recién evangelizados eran, sin duda, ocasiones para convocar no solo a la parentela, sino también al vecindario. Es claro que el boato de estas celebraciones dependía del rango social de la familia o familias implicadas de los sectores pudientes que aprovechaban la oportunidad para hacer ostentación de su riqueza y poderío. De igual manera, esto se reflejaba en las honras fúnebres en las que se realizaba una procesión por las calles, desde la casa del finado hasta la iglesia en la que sería enterrado. Las costumbres sobre la muerte reflejan la cultura de una población; los hábitos de luto y duelo, los comportamientos funerales descubren la peculiar forma como cada cultura responde ante la muerte. Además del vestido para el funeral y durante el

luto, la muerte impone limitaciones para las viudas, modos de manifestar el dolor, ritos religiosos en una apretada síntesis de las costumbres funerarias durante el periodo colonial.

La participación de los habitantes en las celebraciones profanas y religiosas era el principal soporte de la sociedad, pues debía ser mediada por distintos tipos de grupos sociales organizados principalmente alrededor de la iglesia. En estas ocasiones no hacían falta los espectáculos con el fin de cumplir los principios religiosos y políticos fundamentales. La visión que se tenía sobre las festividades propiciaba que los castigos tuvieran también visos de espectáculo, llegándose a montar un verdadero teatro y ceremonial en el espacio.

La convocatoria a las festividades religiosas contribuía a los encuentros de personas de distintos grupos de edad y condición social. La romería que se organizaba a la Ermita de la Peña era concurrida por “niños que iban a lucir sus vestidos nuevos, las criadas con sus enaguas almidonadas i sus sombreros con anchas cintas, i uno que otro matachín caballero con alguna ranga de mala estampa” (Los Matachines ilustrados, 1855). Así mismo, como lo señala Caballero: “En estas vecindades de la Peña como “Los Laches, el Guavio, Alto Egipto, El Chorrerón”, asientos de población indígena y luego mestiza, (...) festejaban con fritanga, chicha, juegos, carreras, gallos, bailes y música...” (Caballero, en: Bayona; 1988).

Podría decirse que las fuentes de agua de la ciudad, como las de San Victorino, Aguavieja, Aguanueva, la del Convento de Santo Domingo y la del Mono de la Pila, en la Plaza Mayor, al igual que los chorros de Belén, San Agustín y del Fiscal eran lugares de encuentro de los habitantes de la ciudad. Servían estas de centros de reunión informal de las sirvientas que transmitían los “chismes” de sus señores. Cumplían igualmente una función socializadora las chicherías, aunque las más de las veces eran escenario de juegos prohibidos, prostitución y riñas frecuentes entre los consumidores del preciado licor.

Al cruzar la información entre los actores de acuerdo con el género y la condición social (indios, mestizos o españoles), con los lugares públicos y los eventos se observa, en términos generales, que en las actividades descritas dentro del espacio público, los hombres, más que las mujeres o los niños, participaban de los encuentros en las plazas y calles, distinto, claro está, a los días de mercado, tal como se describen los acontecimientos en el material revisado. Las mujeres figuran como actores en las iglesias, el mercado, las fuentes de agua y en las calles, predominantemente dentro de actividades religiosas. Se debe tener presente que para la época la mujer pasaba de depender del padre a depender de su esposo. Una



◀ Vecinos del barrio Las Nieves.

Autor: Julio Racines (fotografía) Barreto (grabado)
Fecha: 1884.
Técnica: grabado.
Fuente: Alberto Urdaneta. *Papel Periódico Ilustrado*, 1881-1884.

de sus escasas vías de escape era la religión, por lo que las iglesias acabarían convirtiéndose en punto de citas clandestinas y de relajación frente a las actividades domésticas. Otra de las fórmulas para escapar del aburrido hogar era taparse con una capa desde la cabeza hasta los pies y mezclarse con el gentío de la calle. Así los espacios públicos servían de escape de las condiciones de marginalidad que se vivía en los hogares.

Otra clase de marginados eran los indigentes, que se ubicaban en las puertas de las iglesias o los conventos. Era normal que aquellos que no podían trabajar por razones de enfermedad, edad o mutilación, tenían el derecho de pedir limosna, constituyendo una clase de mendicidad reconocida y socialmente bien vista, que contaba con el beneplácito del párroco local.

Al complejizarse racialmente la sociedad santafereña en el siglo XVIII, se radicalizaba un conjunto de problemas relacionados con la pobreza en amplios sectores de la población, indígenas, esclavos, mestizos y afro mestizos. Este fenómeno dio como resultado el aumento de los “desvalidos” e indigentes urbanos. En el espacio público aparecieron los vagabundos, sin hogar, hambrientos, limosneros, etc. (Brubaker, citado por Díaz, 1995) lo cual llevó a que la ocurrencia de todo tipo de delitos se asociaran a estas poblaciones marginales. Todos los desórdenes, crímenes, injurias, desmanes y desviaciones sociales eran atribuidos a los esclavos. Díaz señala en su estudio que la administración colonial y urbana consideraba a estos sectores de la sociedad como la fuente y causa de que las calles santafereñas estuvieran invadidas de pobres, vagabundos y mendigos, situación

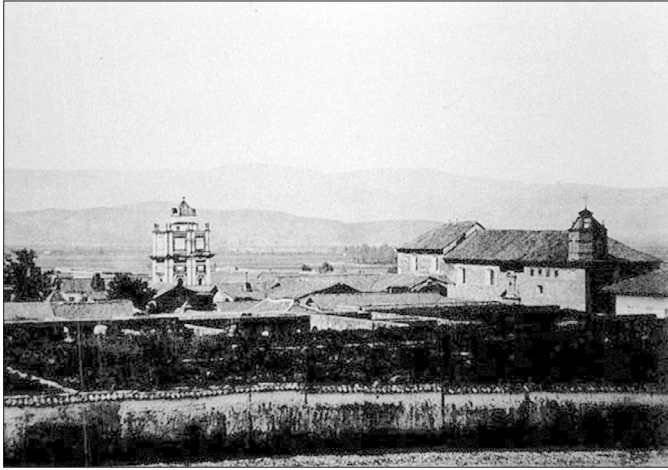
tipificada como uno de los más importantes problemas de la ciudad, y que, entre otros fenómenos, generó una red urbana de asistencia y beneficencia constituida por hospitales, hospicios y casas de ópositos.

La consideración de inferioridad de negros libres y esclavos en Santa Fe de Bogotá se puede demostrar en las frases vertidas, en 1753, por el esposo de una “dama” santafereña supuestamente injuriada por una mulata en la calle de Santa Clara. El cónyuge justificaba la demanda contra la mulata afirmando haber sido “semejante injuria corporal y verbal contra una señora de las obligaciones de dicha mi mujer y hecha por una persona tan inferior como dicha mulata y en lugar público” (AGN, Colonia, negros y esclavos de Cundinamarca, 2003).

La apariencia física ha sido un elemento determinante de las relaciones sociales. En este sentido, el vestido desempeñaba un papel fundamental, pues a simple vista permitía establecer una clasificación de los individuos y juzgar su posición social y económica. En general, el color más usado era el negro, sobre todo entre los hombres, pues acentuaba el aspecto de seriedad que la mentalidad de la época requería. Los representantes de las clases populares andaban descalzos o usaban alpargatas y ruanas. La moda femenina también dejaba ver la clase social a la que pertenecía el sujeto. Las mujeres humildes vestían faldas largas con telas teñidas por los indígenas, combinadas con blusas o camisas sencillas. Normalmente llevaban un pañolón de color oscuro que les cubría la cabeza y el tronco, para protegerse del frío.

A lo largo de las obras literarias revisadas hay apenas unas cuantas referencias a los niños en el espacio público durante esta época. Sin embargo, los indígenas, los mestizos y los españoles, tanto mujeres como hombres, son mencionados principalmente participando de actividades religiosas. Tristemente, los indígenas se presentan como protagonistas de castigos y de trabajo en la construcción de los edificios, la empedrada de las calles y plazas, y como medio de transporte llevando personas a sus espaldas y en general cargadores de todo tipo de materiales, desde cántaros de agua hasta materiales de construcción. Las mujeres indígenas se representan en las plazas de mercado y como sirvientas en las casas de los santafereños más acomodados.

Entre los lugares que se describen para informar a la gente están: las puertas de las iglesias; las cuatro esquinas de la Plaza Mayor (donde se proclamaban los nuevos edictos); el Rollo Real; una columna de piedra levantada en el centro de la Plaza Mayor en donde los prisioneros, la mayoría indios, eran amarrados y azotados por crímenes menores, y las calles, para exhibir cómo eran castigados



◀ **Convento de Santa Clara y Observatorio Astronómico de Bogotá.**

Autores: Demetrio Paredes, Reiss Wilhem, Stubel Alphons.
Fecha: 1852.
Técnica: fotografía.
Fuente: Brockmann Andreas y Stuttgart Michaela. Sociedad de Mejoras y Ornato. *Álbum fotográfico*, 1996.

quienes violaban la ley. Las autoridades civiles (todas españolas) también hicieron uso de estacas de madera que clavaban en la tierra en las principales entradas de la ciudad para exhibir partes de los cuerpos de los ajusticiados con el propósito de amedrentar a la ciudadanía y prevenir cualquier tipo de levantamiento.

Es importante tener en cuenta que al no existir durante los primeros siglos de la historia de la ciudad medios eficientes para hacer circular la información, las calles, las fuentes de agua, el atrio de la catedral y la Plaza Mayor se constituían en lugares a los que iban los santafereños a informarse sobre los últimos acontecimientos sociales y políticos. Por ello, era común observar corrillos de gente en todos estos lugares, tal como se pudo evidenciar en el análisis de contenido de las acuarelas correspondientes a la época.

Para entender el comportamiento público de las personas en el espacio urbano, se debe tener presente la fuerza de los valores de la religiosidad y la honra sobre todas las manifestaciones de la vida cotidiana, aspectos que incidieron ampliamente sobre las relaciones sociales, tanto privadas como públicas. El clero, como se recordará, durante el periodo colonial controlaba la educación, la beneficencia, el régimen festivo, y poco a poco se convirtió en una referencia de primer orden en la vida de las personas. La moral se estrechó hasta límites inimaginables; el control de los párrocos sobre las conductas ajenas se hizo cada vez más visible, reconviniendo especialmente aquellas que atentaban contra la castidad y el recato sexual. Al párroco se le asignaba la responsabilidad de la educación moral y espiritual de sus feligreses, y, por ello, estaba presente en todos los acontecimientos relevantes de la vida cotidiana: bautismos, defunciones, bodas, fiestas, misas

dominicales y diarias, etc. La iglesia se convierte así en reguladora y centro de la vida diaria, concentrando en su edificio y en la figura del párroco la administración de la fe y la religión. Así, la misa solo puede oficiarse en la iglesia, que deberá tener unas determinadas características. De aquí que la ubicación de la Catedral determinará el centro y el desarrollo de la ciudad. El carácter público de las fiestas y procesiones sirvió de vehículo para hacer llegar al pueblo la doctrina religiosa oficial y acercarlo a sus directrices.

La iconografía religiosa era la mejor manera de hacer llegar información al pueblo iletrado; se expandió por los templos, ocupando todos sus rincones, y se daba a conocer en las calles a través de las procesiones. Si bien algunas manifestaciones populares como las corridas de toros no eran bien vistas, la actitud del poder (Iglesia-Estado) fue tolerante, por cuanto podían servir como vía de escape en momentos de tensión social. La tendencia fue a absorber estas manifestaciones en el ceremonial católico, y por ello la mayor parte de las festividades religiosas terminaban con una celebración “pagana” que incluía juegos, espectáculos teatrales callejeros y corridas de toros.

Las diferencias sociales eran igualmente evidentes en el control del espacio, no solo por cuanto la posición social se podía establecer a partir del lugar de la vivienda con respecto a la Plaza Mayor, y los símbolos como el escudo familiar tallado en piedra con el fin de que fuera reconocido por todos su carácter noble, sino por la manera como se presentaban vestidas las personas en el escenario de lo público. Las personas de mejor posición ocupaban lugares preferenciales en los espectáculos públicos y en las procesiones religiosas. A los nobles que cometían crímenes no se les azotaba como a los plebeyos, indígenas o negros en las plazas públicas.

Las calles constituían, desde entonces, el escenario propicio para unas prácticas sociales que simbolizaban de distintas maneras el poder, ya fuera a través de las procesiones religiosas, la exhibición de los reos o los desfiles militares. A la llegada del ejército del pacificador Morillo, en 1816, algunos ingenuos bogotanos recibieron los primeros contingentes de su ejército con repiques de campanas, estruendo de cohetes, música marcial y burdos retratos de Fernando VII, junto con arcos triunfales sobre la Calle Real. Como sabemos, de nada sirvió este recibimiento para atenuar el terror que implantó Morillo en los años subsiguientes.

Algunos asuntos que hoy consideraríamos de carácter estrictamente privado no lo eran tanto en el periodo colonial. El honor, atributo fundamentalmente masculino para la época, era algo que debería defenderse a toda costa incluyendo la autoridad. Las reglas de la comunidad imponían disciplina al respecto. Por



◀ **Humilladero Veracruz y San Francisco.**

Autor: Ricardo Moros Urbina.
Fecha: 1884.
Técnica: grabado.
Fuente: Alberto Urdaneta.
Papel Periódico Ilustrado.
1881-1884.

ejemplo, el comportamiento blando de los maridos con sus esposas era censurado de forma simbólica en la calle: los vecinos de la ciudad colgaban cuernos de novillo en la puerta de la casa del marido que mostraba debilidad para corregir a sus esposas. Además de ser una sanción social que exigía autoridad, tenía obviamente un componente burlón. Se castigaba así socialmente la falta de hombría, asumiendo que si el esposo hubiera tenido autoridad, su esposa no le habría engañado.

Un dato final acerca de las calles. A pesar de la riqueza de los moradores, las casas solían carecer de cuartos de baño y retretes; tenían que hacer sus necesidades en unos recipientes llamados “servidores” que eran arrojados a la calle por la noche. Esta sería una de las razones por las que la higiene en las calles brillaba por su ausencia, lo cual impactó de forma significativa a los cronistas y visitantes de la ciudad. Las calles servían como último lugar donde acababan los desperdicios de las casas y los excrementos de sus habitantes.

Quisiéramos destacar con la revisión que llevamos hasta aquí el papel que representó el espacio público como escenario o mediación física para los diferentes procesos que fueron constituyendo la sociedad bogotana durante el periodo colonial. Los distintos lugares públicos cumplieron una función valiosa en la estructura social: sirvieron para informar a la población, facilitar sus encuentros sociales y hacer demostraciones de poder por parte de las autoridades civiles y religiosas. Con la evidencia recogida aquí se reconoce la fuerza que ha tenido el lugar, tal y

como le hemos definido, en la constitución de la identidad urbana. Con la descripción de las diversas prácticas sociales, las distintas actividades rutinarias y sus reglas, los eventos y sus protagonistas situados en el espacio público se destaca la importancia de este como elemento que puede contribuir al fortalecimiento de nuestra identidad colectiva al vincularnos con nuestra tradición cultural y darle cuerpo a la ciudad como lugar.

LA TRANSICIÓN AL SIGLO XIX EN LAS CIUDADES EUROPEAS Y AMERICANAS

Las ciudades modernas comenzaron a organizarse alrededor de la industria al comenzar 1820. El aspecto más importante del siglo XIX fue la tremenda migración de la población dentro de la ciudad, influida por el desarrollo industrial, al lado de actividades comerciales y financieras que no solo alteraron el aspecto físico de las ciudades sino las prácticas de sus ciudadanos.

El impacto de la revolución industrial en las ciudades se hizo sentir con fuerza primeramente en Londres. Respondiendo a propuestas de grupos de ciudadanos organizados, preocupados más por su propio destino que por los obreros hacinados en terribles condiciones de vivienda y trabajo, comienzan los gobiernos municipales a facilitar áreas de esparcimiento para la clase trabajadora, dando origen así el parque público urbano.

La industrialización posibilitó el cuestionamiento de ciertas prácticas y nociones como el rechazo a la vinculación de la mujer al trabajo a finales del siglo XIX (Urrego, 1997).

El tránsito a las ciudades del siglo XIX, como veremos a continuación, se contextualiza entre guerras, cambios de mentalidad y transformaciones no solo en lo político, económico, religioso y social, sino entre lo acontecido en los lugares públicos.

PROCESOS HISTÓRICOS SOBRE EL ESPACIO PÚBLICO EN EL SIGLO XIX

Esta contextualización histórica pretende ubicar al lector en los procesos que se desarrollaron desde finales de la Colonia, hasta finales del siglo XIX, como marco para la descripción y el análisis de los usos y las apropiaciones del espacio público en Bogotá. Se centrará en los aspectos político, social, económico y urbanístico como aporte a la comprensión de los lugares públicos, sus funciones en la estructura social y los sujetos protagonistas de los eventos del espacio público en este siglo.

Recordemos que los periodos desde los cuales se iniciará este proceso de comprensión son los siguientes: la Colombia de Bolívar (1819-1831); la Nueva Granada (1831-1845); la era liberal (1845-1876); un periodo económico y político de orden y consolidación hasta 1903. Estas etapas históricas fueron retomadas para ayudar a organizar la periodización general elegida en la investigación que nos ocupa.

Así las cosas, en el primer periodo (1819-1831) se ubican los procesos independentistas, que en 1819, bajo el mando de Simón Bolívar, muestran cómo Venezuela y la Nueva Granada se fusionan para constituir la República de Colombia con miras hacia la independencia del dominio español en 1822 (Audiencia de Quito).

Este proceso implicó tanto finalizar la liberación como sentar paralelamente las bases de la nueva república. Un momento esencial en este proceso para el estudio que nos ocupa se focaliza en 1826, cuando esta unión se sume en una prolongada crisis política que incluyó conflictos entre el clero y los liberales, y donde Bogotá, como gobierno central, así como Venezuela y Ecuador, se ven afectados ideológica y militarmente, lo cual lleva a tener una concepción de ciudad enmarcada en este conflicto, que se desplaza entre la vida cotidiana de criollos, indígenas, negros y mestizos, pero especialmente entre militares y representantes de la Iglesia. Una ciudad que se construye desde los intereses políticos y se fortifica desde las ideologías que la permean.

La construcción de la ciudad en este periodo se enmarca en la etapa, que dedicada a los ajetreos de las guerras libertadoras no implica una mirada clara arquitectónica, sino una ciudad ligada a la Colonia, que surge como consecuencia del conflicto y la indecisión ideológica y económica vivida (Arbeláez, 1968).

El contraste ideológico interno y externo genera, entre 1810 y 1825, una reacción antihispánica neoclásica, manifiesta desde la sustitución de las heráldicas españolas en las edificaciones desde 1821, hasta la influencia de ciertos arquitectos como el padre Marcelino Pérez de Arroyo, de tendencia neoclásica, quien retomaba las fuentes que habían servido para orientar el renacimiento, hecho que se vio reforzado a partir de 1820.

La presencia continua de signos de cambio ocupan en esta etapa del siglo las rupturas iniciales con la Colonia, desde nuevas estructuras de gobierno que, a su vez, se ven interrumpidas transitoriamente por algunos intentos de autogobierno de carácter local, que se conectarán con las transformaciones preliminares de los trazados con base en una cuadrícula regular de la Colonia.

Ya la crisis prolongada hasta 1831 muestra el reconocimiento de Bolívar desde su fortalecimiento, en 1819, como líder supremo del movimiento independentista. Desde la designación, en diciembre de ese mismo año, de El Libertador como presidente de la República y de Francisco Antonio Zea (civil neogranadino) como vicepresidente, en Bogotá se inicia la ruptura con un pasado colonial que desde el Congreso se manifiesta con el cambio de nombre de Santa Fe de Bogotá a Bogotá. Posteriormente, desde la elección de Santander (Hombre de las Leyes) en la Vicepresidencia, en 1821, hasta noviembre de 1826, cuando Bolívar regresa, Bogotá se convierte en un espacio de mayor participación de los civiles en el gobierno desde una mirada centralista, expresada en la Constitución promulgada en Cúcuta en 1821. La ciudad entonces se fortalece como eje de los cambios ideológicos, tránsitos políticos y deudas económicas, visualizadas por la pobreza, la tensión de sus ciudadanos, las manifestaciones independentistas, valga decirlo, en el espacio público, y las consolidaciones políticas.

Esta etapa se verá permeada igualmente por el mantenimiento de las corrientes neoclásicas y la sustitución de las heráldicas españolas. Esta continuidad de lo hispánico en la arquitectura comienza a despertar interés por parte de los constructores de la ciudad, quienes se aseguran que todas las obras de carácter público, iniciadas en las primeras décadas del siglo pasado, sean civiles o religiosas, programadas por la Colonia o realizadas en la naciente república, obedezcan a “parámetros académicos que se ven en el empleo de formas regulares, el uso consciente

de los ejes de la simetría, la utilización cuidadosa de molduras y órdenes arquitectónicas, la incidencia de los valores mitológicos y simbólicos” (Corradine, 2000).

De igual manera, en la participación civil tanto en la ciudad como en los procesos de orden social, se generan restricciones que desligan a la mujer directamente del espacio, y muestran una participación civil y, por ende, ciudadana, de hombres mayores de 21 años o casados, con propiedades avaluadas en cien pesos o que ejercieran, de modo independiente, un oficio o profesión. La Constitución exigía además que los votantes fueran alfabetas, aunque dicha disposición se suspendería en 1840, cuando se esperaba que más ciudadanos sabrían leer y escribir (Palacios y Safford, 2002), lo cual irrumpe en la forma de ver el espacio público y las relaciones con el otro.

El Congreso de Cúcuta decidió establecerse en Bogotá, probablemente por su antiguo papel de virreinato. Bogotá también sería un lugar céntrico si la Audiencia de Quito entraba a formar parte de la República, como se esperaba, aunque, de hecho era más difícil llegar a la capital desde Venezuela o Quito que a un destino del istmo de Panamá. Algunos venezolanos se mostraron inconformes con la elección de Bogotá; preferirían una capital cercana a la frontera entre la Nueva Granada y Venezuela. Así, desde el mismo momento del nacimiento de la República, fue visible una tensión regionalista que conduciría al colapso de la Colombia de Bolívar (Palacios y Safford, 2002). Entonces el papel de Bogotá se torna no solo de injerencia política, sino que implica prácticas como el ingreso de dirigentes y tropas por las calles, sumadas a los usos cotidianos de los sujetos que allí vivían. Una ciudad inmersa en este contexto ubica a sus estudiantes y demás ciudadanos del común en un espacio público rodeado de seguridad militar, desfiles e incluso algunas manifestaciones de sus habitantes.

LOS GRANDES CAMBIOS

Claramente se visualiza la continuación del gobierno santafereño de 1810, al incorporar indígenas a la sociedad nacional, abolir el tributo indígena y autorizar la división de las tierras comunales en parcelas individuales. Igualmente, se comienza a utilizar la denominación de indígenas, considerándolos ciudadanos y dando la posibilidad de que estos ejercieran cargos en el gobierno. Es claro cómo este cambio aporta en el espacio público otra manera de ver al indígena y de que este circule, ya no como esclavo sino incluso como comerciante en la plaza o en las calles.

Así mismo, el nivel del sistema educativo se amplía. Las escuelas primarias servirán como espacios para fortalecer la lealtad al Estado y alfabetizar. Para 1821 se

estipula un colegio en cada provincia y una escuela primaria en pueblos o aldeas con un número mayor de cien adultos o más. Sin embargo, dada la importancia estratégica de Bogotá, muchos jóvenes de familias provinciales influyentes orientaron sus pasos hacia la ciudad en busca de educación superior, carreras públicas y demás ventajas que brindaba la capital (Palacios y Safford, 2002). El espacio bogotano se integra a partir de la exploración de los estudiantes cuando se dirigen hacia los lugares de estudio, recorriendo las calles y vinculándose a la realidad del comercio, las procesiones, la charla en el altozano o la reunión en los espacios de entretenimiento.

Otra reforma que hace parte de los intereses del Congreso de Cúcuta fue la relativa al sistema de rentas públicas, heredado de la Colonia. En 1821 los dogmas económicos liberales se había difundido ampliamente entre la gente de formación universitaria, y los delegados buscaron cambiar el sistema tributario de acuerdo con ellos. En el discurso que inauguró la convención, Antonio Nariño esbozó los principios liberales que deberían regir la política fiscal (Palacios y Safford, 2002), pero por prudencia se mantuvieron rentas como la del tabaco, la sal y la pólvora, entre otras.

En 1820 se recurre a la emisión de papel moneda, cuyo valor era respaldado por el producto del monopolio fiscal sobre la sal; se anota que cuando la República de Colombia fue proclamada por el Congreso de Angostura en 1819, ya los acreedores estaban reclamando el pago de altos montos por venta de pertrechos militares a las fuerzas patriotas, deudas con el gobierno británico que fueron aumentando hasta 1824.

El conflicto que comenzó a gestarse en torno al poder y los privilegios de la Iglesia, por el interés de algunos abogados (elite criolla) de introducir ideas de orden liberal, muestra en 1825 un menor número de religiosos y frailes en comparación a 1776. De igual manera, se precisan críticas fuertes por parte de la Iglesia a la decisión de cerrar monasterios y conventos, habitados con menos de ocho religiosos. Mientras tanto aumentan las tendencias francmasónicas entre la clase política, las cuales llegaron por el comercio exterior en 1808 y se fortalecieron aproximadamente en 1822. Otro punto de debate con el clero, en 1824, fue la fundación de sociedades bíblicas que apoyaran la difusión de las sagradas escrituras (especialmente la británica) por considerarlas de tendencia protestante. Es evidente, cómo en el espacio público esto se vincula a un fortalecimiento de prácticas religiosas como procesiones y fiestas de guardar, que claramente generan procesos, no solo de fe, sino de fortalecimiento de la legitimación del poder.

Así mismo, los abogados liberales enfrentaron fuertes diferencias con los militares; este antagonismo se establece en una pugna por el poder ideológico y cultural. Según José Manuel Restrepo, por ejemplo, algunos militares no querían tener una Constitución, porque esta les restringiría su autoridad arbitraria (Palacios y Safford, 2002). Se anota que Bolívar se identificó más con los militares, residiendo su soberanía en la lucha por la independencia, lo cual implica un contraste entre las procesiones y las manifestaciones religiosas con un espacio público donde militares y civiles de corte liberal rondaban las calles y demás espacios capitalinos con el propósito fundamental de hacer presencia militar para defender los nuevos ideales. Procesos que se verán reforzados por las pugnas que se dan como consecuencia de pensar no solamente en lo arquitectónico, sino de continuar retomando experiencias tanto gubernamentales como de construcción de la ciudad, no solo de España sino de Francia e Inglaterra. De igual manera, se generan cambios en los parques y edificios de orden institucional y escolar.

TRANSFORMACIONES SOCIALES

Otro campo de visualización de las ciudades se observa en la manera como el mundo rural se vio constreñido a aceptar el proyecto de los grupos intermedios. Agravada la situación de las ciudades con la alteración de las relaciones entre el mundo urbano y rural, los problemas urbanos se multiplicaron por el crecimiento demográfico, la diferenciación social y, a veces, por la diferenciación ideológica entre los grupos (Romero, 1999).

El proceso de metropolización de las más importantes y activas ciudades latinoamericanas, dio la medida de la intensidad del proceso de urbanización e inversamente la crisis del mundo rural. Lanzadas por el camino del desarrollo heterónimo, el siglo XIX, ve el inicio de metrópolis que fueron adquiriendo la ideología de la sociedad de consumo, rodeadas de rancheríos como variantes entre la ciudad y la región.

Al consolidarse la independencia en las primeras décadas del siglo XIX, diversas circunstancias provocaron transformaciones fundamentales en la fisonomía de las ciudades criollas; no en su aspecto físico, que cambió poco hasta las postrimerías del siglo, sino en su estructura social. Las burguesías consolidadas en el siglo XVIII cedieron el paso a un nuevo patriciado que se formó en las luchas por la organización de las nuevas nacionalidades, constituyendo clases dirigentes en las ciudades.

Ante el fortalecimiento de estas dirigencias se constituye paralelamente una masa abigarrada a la que se incorporaron las personas de origen rural, que por necesidad se dirigían a las ciudades. En ese choque social, político y económico surgen las denominadas ciudades patricias porque en ellas se desarrolló el experimento fundamental del proceso constitutivo de cada país y en su ámbito se consolidó la nueva clase dirigente, con sus formas peculiares de vivir y pensar (Romero, 1999).

Las burguesías criollas, continúa Romero, atadas a sus viejos esquemas iluministas e indecisos ante la nueva sociedad que emerge, se transmutaron en contacto con los nuevos grupos de poder; y de estos y aquéllos surgió el nuevo patriciado, entre lo urbano y lo rural, iluminista y romántico, progresista y conservador. A él le correspondió la tarea de dirigir el encauzamiento de la nueva sociedad, dentro de los nuevos e inciertos estados.

Una de las manifestaciones de esta tensión se da precisamente en las relaciones entre Bogotá (civiles neogranadinos) y Caracas (militares venezolanos). Se comenta incluso que la causa se debe a que en 1824 se impugna a un llanero venezolano para aterrorizar al vecindario de Bogotá y matar a un oficial venezolano. Las tensiones crecieron entre Santander y Bolívar durante 1826 y 1827, luego de la corte marcial a este personaje.

Así en los años posteriores se crea una tensión en la Nueva Granada, tanto en Bogotá como en otras provincias, por la implementación de la Constitución Bolivariana. A medida que se incrementan los conflictos, se da la desintegración de la Gran Colombia. Para 1827, cada uno de los países operaba con autonomía en algunos campos; ni siquiera la convención constitucional, alentada por Bolívar en Ocaña, entre marzo y junio de 1828, logró atemperar la situación.

La consecuencia fue la proclamación de Bolívar como dictador, el 7 de junio, por parte de los bolivarianos. El día 13 de ese mes, en la junta de Bogotá, Pedro Alcántara Herrán fortalece esta decisión por decreto. Se puede apreciar cómo el espacio público se verá influido por esta decisión, al manifestar movimientos en las calles y plazas, tanto de apoyo como de inconformidad con esta decisión. Más que manifestaciones o protestas, que no son registradas en los textos históricos, se puede pensar en las plazas y el altozano como los lugares de encuentro social e ideológico de los bogotanos para enterarse de los acontecimientos políticos mediante las publicaciones en las esquinas de la plaza o la lectura pública de los edictos.

Mientras se generaban ajustes internos en las diversas ciudades, cada grupo, sector o región había puesto al desnudo no solo sus tendencias sino también su

capacidad para imponerlas a las demás. Así comenzó un deslizamiento desde la anarquía hacia algún tipo de organización, fundada a veces en la fuerza hegemónica de alguno de los grupos, y otras, en la actitud transaccional que surgía tras largos enfrentamientos. La misma inestabilidad social prestaba un valor mágico a las constituciones sancionadas de manera solemne; pero lo que parecía el fin de un conflicto se convertía en el comienzo de otro (Romero, 1999).

Desde el intento de asesinato de Bolívar, el 25 de septiembre de 1828, los bolivarianos redoblaron sus esfuerzos para eliminar a Santander y a sus partidarios de la política colombiana. Bolívar confió temporalmente a su ministro de Guerra –Urdaneta– el cargo de comandante militar de Cundinamarca, para que pudiera presidir el juicio de los conspiradores. Santander fue uno de los condenados a muerte por la corte marcial (Palacios y Safford, 2002). Este fue llevado prisionero a Cartagena y luego enviado al exilio.

Un punto medio en este proceso político e ideológico se da a través de la Constitución de 1830, redactada por el Congreso Admirable para dar equilibrio a los proyectos liberales y bolivarianos. Sin embargo, el resurgimiento en el mismo año de los liberales sumerge a Bogotá en una atmósfera conflictiva. Luego de la muerte de Bolívar, en 1830 en Santa Marta, las fuerzas liberales avanzaron contra Urdaneta desde el Cauca y el valle del alto Magdalena, bajo el liderazgo de los generales José María Obando y José Hilario López, y desde Casanare bajo el mando del general Juan Nepomuceno Moreno. Entre tanto, varias rebeliones militares pusieron fin al control bolivariano de Antioquia y gran parte de la costa atlántica, al tiempo que surgieron grupos guerrilleros en Ibagué, el Socorro y en las inmediaciones de Bogotá. En abril de 1831, previas negociaciones, Urdaneta renunciaría.

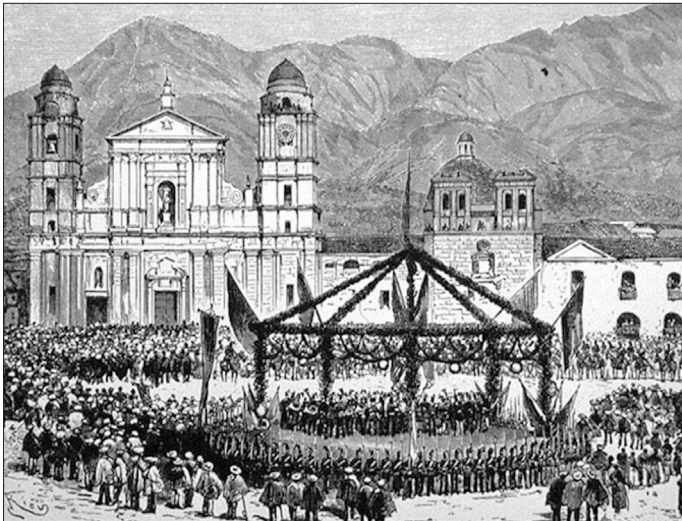
Durante estos hechos muchos venezolanos salieron del país, y por tanto el ejército se redujo considerablemente. Por esta razón, también se anota que desde 1832 hasta finales del siglo XIX los militares no tuvieron influencia en la Nueva Granada.

A causa de lo anterior, se genera el periodo reconocido como la Nueva Granada, entre 1831 y 1845. Este periodo muestra el surgimiento de los dos partidos que aún persisten y la recesión económica presentada por la consolidación de instituciones republicanas y políticas proclamadas desde 1821.

NUEVAS REGLAS DEL JUEGO

Bogotá en este contexto no solo es la sede del Secretariado de Guerra, encabezado por el general Obando, sino que es testigo de la consolidación territorial y defini-

ción política desde identidades partidistas. El conflicto entre los bolivarianos y los liberales, en la década de 1820, surge como antecedente de las divisiones políticas de 1830 y genera, entonces, otro proceso de conformación social de la vida y las reglas del juego político. Bogotá en cuanto al espacio público se torna escenario de poder, manifestaciones, encuentros y rutinas que se anexan a las del trabajo, devoción y entretenimiento.



◀ **Catedral de Bogotá en la Plaza de Bolívar.**

Autor: Riou.
Fecha: 1875.
Técnica: grabado.
Fuente: Eduardo Acevedo Latorre. *Fabulous Colombia's Geography*. 1984.

La política era dominada por los notables, tanto en los cantones y las provincias, como en la escena nacional. Abogados, militares, terratenientes, sacerdotes y comerciantes cumplían, en este contexto, papeles importantes localmente. Estos notables controlaban y arreglaban los comicios locales y cantonales, mientras los abogados y militares aparecieron como legisladores, ministros y jefes del gobierno nacional, lo cual implicaba un espacio público donde estos personajes comienzan a cobrar importancia no solo social sino espacial en cuanto a tránsito y reconocimiento. Las plazas y calles se precisan como espacios que superan su carácter de tránsito, fortaleciéndose a través del consumo, la charla, organización política y entrega espiritual. Paralelamente continúa, hasta 1850, la sustitución de heráldicas españolas, y se comienza a visualizar la importancia de desarrollar lo que más adelante se convertiría en la pertinencia de lo republicano como manifestación de reconocimiento del poder.

Se resalta en este periodo la realización de las elecciones presidenciales en junio de 1836, las cuales marcaron un paso decisivo hacia el alineamiento partidista en la Nueva Granada. En los comicios anteriores a 1832, las posibles diferencias partidistas se habían diluido con el apoyo, casi consensual, a Santander. En 1836, empero, fue evidente la rivalidad entre dos constelaciones políticas, todavía incipientes pero en el proceso de definición continua (Palacios y Safford, 2002).

Santander eligió como candidato al general José María Obando, que compartía sus ideas antibolivarianas pero no provocaría la hostilidad de los fanáticos religiosos. El deseo de no enardecer a la gente pía debió influir en la decisión de Santander de no apoyar a Vicente Azuero, quien enfurecería al clero. Santander también pensaba que todavía se necesitaba en la presidencia un jefe militar fuerte como Obando para mantener el control sobre el ejército, sobre todo a la luz del peligro de nuevas conspiraciones militares (Palacios y Safford, 2002).

Luego de las elecciones se presenta, entre 1839 y 1842, una rebelión religiosa provocada desde 1836 por la creación de una sociedad católica, cuyo objetivo era promover un programa ultrarreligioso y elegir candidatos proclericales. Como respuesta y en contra de estos postulados, el cierre de conventos, en 1839, genera una fuerte pugna entre el tradicionalismo religioso y las tendencias liberales, la cual es denominada como *Guerra de los supremos* por la importancia política y religiosa que generó. Esta guerra larga y devastadora iniciada desde el fanatismo y generada luego hacia el conflicto federalista duró 29 meses, hasta 1842, y afectó directamente a casi todas las zonas más pobladas del país. La rebelión perjudicó sobre todo a los pobres, a quienes se presionó para ingresar en el ejército nacional. Como las rebeliones estaban muy dispersas y la fuerza militar del gobierno era limitada, sus pocos batallones confiables tenían que recorrer grandes distancias, de sur a norte y de nuevo al sur, pasando por climas que iban de caliente a húmedo frío. Las tasas de mortalidad de los ejércitos gubernamentales fueron bastante altas (Palacios y Safford, 2002).

Bogotá resultó afectada no solo por la guerra sino por una epidemia de viruela que se presentó a mediados de 1840. En el ámbito económico, tanto en Bogotá como en otros lugares del país, específicamente entre 1835 y 1837, se presentaron problemas con el ganado, la finca raíz y los bonos de gobierno.

Como una manifestación de lo anterior, y para tratar de exponer la importancia de lo republicano desde los edificios del gobierno, dadas las pérdidas de la guerra y la división política entre liberales, en 1846 se inicia desde el Congreso de

la Nueva Granada, con la colaboración de Tomás Reed, el planteamiento explícito de lo republicano, lo cual precedió, junto con la coalición de moderados y bolivarianos, a la instauración de los partidos liberal y conservador en 1848. Este hecho se convierte, desde varias interpretaciones, en un eje que hasta el siglo XX tendrá consecuencias sobre el país. Bogotá tendía para muchos hacia el conservatismo, porque sus élites tenían mejores conexiones sociales y políticas, y disfrutaban de mayor acceso a la educación superior que los hombres de provincias menos destacadas, quienes se encaminaron hacia las ideas liberales. Un ejemplo de esto son los conflictos que rodearon las políticas de educación superior entre 1821 y 1850, y que ilustran la rivalidad del poder entre los descendientes de la aristocracia colonial de Bogotá, Cartagena y Popayán, y los hombres de origen provincial más modesto (Palacios y Safford, 2002).



◀ Plaza de Bolívar.

Fecha: 1876.
Técnica: fotografía
(copia).
Fuente: José Vicente
Ortega Ricaurte.
Sociedad de Mejoras
y Ornato. *Álbum
fotográfico.*

De igual manera, se presentan como antecedentes de la revolución liberal posterior fuertes influencias francesas tanto desde la revolución de 1848 en París como desde la lectura de novelas como *El judío errante* de Eugène Sue (novela antijesuíta). Igualmente, en la economía las diferencias partidistas se centraron mucho más en actitudes frente al poder y la influencia de la Iglesia, sobre todo después de la guerra civil de 1839 a 1842. Los liberales, si bien eran católicos en su mayoría, pensaban en el poder de la Iglesia como institución. Por otro lado, los conservadores creían que la Iglesia debía desempeñar un papel de preservación del orden moral, social y educativo.

En ese momento Bogotá era una ciudad visitada por extranjeros, quienes la consideraban bastante retrasada. La ciudad ocupaba 195 manzanas, y para 1830 solo tenía tres coches y unas pocas calesas. La única calle que resaltaba por tener lámparas y aceras era la calle real o del comercio (hoy carrera séptima). Se comenta también sobre el desaseo de la misma.

Igualmente, en 1830 se inicia la época de auge del proteccionismo, desde el interés por fundar fábricas modernas en Bogotá o sus alrededores. Dentro de estas fábricas se encontraban la ferrería de Pacho creada en 1823, las fábricas de loza (1832), papel (1834), vidrio (1834) y tejidos de algodón (1837). Se anota que la guerra civil de 1839 a 1842 genera graves consecuencias que afectan estas empresas, hasta llegar muchas a la quiebra.

En ese orden, el periodo entre 1845 y 1876 se concentró en el comercio exterior. En política se estableció un predominio liberal que generó un conflicto partidista, intensificado con la revolución liberal de 1849-1854. Esta revolución también produjo una democratización institucional y política, y la movilización de las clases populares. Hubo tensas disputas en torno al poder y la posición de la Iglesia, y se forjó una alianza abierta entre el clero católico y el partido conservador. Coincidió con ese conflicto de partidos un movimiento más o menos bipartidista en pro de una estructura política federalista, que culminó en la formación de nueve estados autónomos (Palacios y Safford, 2002).

Durante este periodo, quien presidió el tránsito económico y, por ende, arquitectónico fue el general Tomás Cipriano de Mosquera (1845-1849), generando obras públicas en rutas consideradas de importancia nacional y no meramente local. Desde el gobierno del Mosquera se inicia la etapa, que reconocida como progresista, manifiesta cambios definitivos en la construcción de espacios como lo será el Capitolio. Así, en 1847 la construcción de este edificio, más allá de la consolidación de lo republicano, genera en la estética la adopción del eclecticismo y en la economía grandes inversiones que luego fueron a dar, como consecuencia, procesos como la desamortización de los bienes de manos muertas (1861), que no solamente se considera una ruptura con lo religioso sino con los espacios eclesiásticos demolidos como el arco de La Tercera, la torre de la iglesia de San Francisco y el convento y la iglesia de Santo Domingo.

Esto unido a la necesidad de fortalecer desde la economía las exportaciones de oro, tabaco y quina, que expandieron considerablemente la capacidad de importación de la Nueva Granada, elevando el consumo de artículos suntuarios europeos por parte de la clase alta en la década de 1850. Al mismo tiempo, se generó

la reacción contraria por parte de los artesanos bogotanos, acción que dentro del espacio público se reconoce por la generación de manifestaciones y marchas.

Ya para ese momento habían pasado las elecciones de 1848, encontrándose como presidente José Hilario López, y se dio paso a la revolución liberal hasta 1854. En realidad la revolución liberal que se inició con la elección de López combinó varias revoluciones sobrepuestas. Ante todo fue un conflicto partidista por el control político, en el que liberales y conservadores, deseosos de hegemonía, recurrieron a una notable movilización popular y no poca violencia (Palacios y Safford, 2002).

De igual manera, anotan Palacios y Safford, fue una revolución institucional en la que varios liberales y conservadores se pusieron de acuerdo en torno a ciertos cambios fundamentales como el fomento del comercio exterior y el fortalecimiento de una mirada federalista. También fue una revolución social parcial que iluminó y dio expresión política a las divisiones clasistas en la sociedad neogranadina.

ESCENARIO DE CONFLICTOS

Posterior a esta situación se presentó la rebelión conservadora de 1851, en la que Bogotá se convirtió en el centro del conflicto. Esta rebelión suele describirse como un acto de resistencia contra la abolición de la esclavitud. En el siglo XIX los liberales sostuvieron que la rebelión fue motivada por la defensa de la esclavitud, y esta idea también aparece en escritos más recientes (Palacios y Safford, 2002). El espacio que antes había sido permeado inicialmente por una nueva mirada a los indígenas en cuanto al comercio, comienza a verse definida por prácticas que dan legitimidad a estos personajes en las calles y plazas y a través de la asistencia a chicherías o galleras.

Así el cambio de papel de la elite cultural, o al menos de algunos de sus miembros, es significativo. De la simple dependencia o réplica de modelos, se pasa a una actitud competitiva en la que los sectores disidentes de la elite cultural son los encargados de traer opciones nuevas escogidas del mercado, tránsito en el espacio, campos de discusión intelectual y estética (Saldarriaga, 1996).

Otro proceso histórico que caracterizó políticamente el siglo XIX fue el golpe de 1854, protagonizado por el general José María Melo, con el respaldo de la guarnición militar y de muchos de los artesanos de la ciudad. Una descripción más detallada de esta confrontación en las calles de Bogotá la veremos más adelante cuando nos refiramos a estos espacios públicos. La recuperación del poder por parte de los constitucionalistas duró ocho meses, dando paso posterior a un fuerte auge del federalismo (Palacios y Safford, 2002).



◀ **Plaza de Bolívar,**
costado oriental.
Feligreses,
carruajes, ruanas,
sombriillas y
sombreros.

Autor: Duperly Henri.
Fecha: 1895.
Técnica: fotografía
(copia en gelatina).
Fuente: Eduardo
Serrano. *Historia de la
fotografía en Colombia.*
1983.

Luego de presentarse fuertes contradicciones por la crisis de Panamá, en 1858, una fuerte guerra civil, que llegó hasta 1863, dio paso a un nuevo auge económico con antecedentes como la inauguración del primer banco de Bogotá, sucursal del Banco de Londres, México y Sudamérica. Aunque este banco quiebra pronto debido a que los bogotanos se resistían a pagar sus deudas, la banca comercial se generaliza en Colombia en la década de 1870, dando origen a bancos como el de Bogotá en 1871. Las calles y plazas aledañas a estos espacios debieron verse más pobladas y, por tanto, las prácticas en el espacio público implicaron cambios en cuanto a ritmos e intereses económicos.

Una ciudad consecuente con una mirada económica, expresada en el aumento demográfico de la población y la necesidad de unirse a lo privado desde lo público, hace ver cómo la sustitución de los procesos españoles impulsan la generación de otros que dan pie a nociones como el comercio, las relaciones comerciales y la importancia de América ante los ojos de Europa. Esta mirada económica fortalecida por Núñez, desde 1880, marca el fin del régimen radical y da lugar a constituciones como la de 1886, la división irreparable de los liberales en las elecciones presidenciales de 1875 y 1876, y la derrota liberal en la guerra de los mil días (1899-1902), hechos que generaron el fortalecimiento del espíritu capitalista del siglo XX hacia el comercio exterior, la urbanización, la especu-

lación de la finca raíz en las ciudades, el establecimiento de empresas fabriles, protegidas por el arancel, y de compañías de transportes y servicios públicos, principalmente de producción y distribución domiciliario de electricidad (Palacios y Safford, 2002).

Hacia 1880 las nuevas generaciones en las ciudades patricias habían consumado su arraigo económico, deslindando sus intereses y adecuando sus objetivos a sus posibilidades. La actitud transaccional se acentuó, y unas veces desembocó en un orden constitucional de amplio consenso entre los grupos de poder, y otras en el establecimiento de un poder personal fuerte, más fuerte que la constitución misma (Romero, 1999).

Es precisamente en este contexto que el campo recibe los mayores impactos del cambio industrial, y la ciudad se fortalece con la presencia de grupos de trabajadores asalariados. Se generan modificaciones de las alternativas laborales para importantes sectores de la población, y la preocupación de autoridades eclesiásticas y civiles por las condiciones de vida de los trabajadores y artesanos; los debates en torno a las normas para la construcción de vivienda en los barrios obreros, y la transformación del mundo del trabajo, pues el trabajo asalariado contribuyó a la desaparición de ciertos oficios y el surgimiento de nuevas profesiones, tendencia fortalecida con la ampliación de la cobertura de los servicios públicos, entre otros (Urrego, 1997).

BOGOTÁ Y SUS RITMOS

Se resalta en este contexto tanto la aparición de fábricas como la transformación que los servicios públicos generan en las ciudades. Se observa una conquista de espacios como construcciones, instalación de estaciones, paraderos, redes de acueducto y alcantarillado, postes de alumbrado público y cambios en la arquitectura estatal.

Al lado de estos cambios se inician nuevos ritmos de vida para los ciudadanos en la familia como mediadora entre lo individual y lo colectivo, y la relación entre lo público y lo privado. Se inicia la interiorización de las clases sociales y la participación de la mujer en los espacios laborales y, por ende, de tránsito y de recorrido.

Los horarios de los servicios públicos generan también otros ritmos que modifican los tiempos de desplazamiento y de rutina diaria. Un claro ejemplo es la aparición del transporte en las ciudades y lo que esto implica en cuanto a rutinas, accidentes, congestión, desplazamiento, maltrato de los conductores, caos del sistema y sobrecupo, entre otros aspectos.



◀ **San Victorino.
Carruajes
estacionados.**

Autor: Ricardo Moros Urbina.
Fecha: 1887.
Técnica: grabado
Fuente: Alberto Urdaneta.
Papel Periódico Ilustrado.
1884-1887.

De igual manera, el transporte no solo en el mundo laboral sino en el campo de las vacaciones y paseos, y los servicios como el ferrocarril, marcan acceso a otros espacios y a otras costumbres como la pesca y el baño en ríos alejados de la ciudad.

Las ciudades decimonónicas manejaban como otro eje central de la salud y la higiene el abastecimiento de agua. El ingreso de este servicio generó cambios en conceptos como limpio, sucio y la percepción de la corporalidad. Unidos a la importancia de la higiene corporal, la recolección y manejo de desechos en las ciudades produjo cambios en actitudes como no botar en la calle las basuras, y aunque como servicio público en el siglo XIX no se implementó, sí generó algunos cambios en algunos ciudadanos.

Ya en el siglo XX, especialmente en las clases adineradas, servicios como el teléfono implicaron rupturas espaciales en la concepción de la distancia y la intimidad.

Las ciudades patricias tuvieron, en cuanto a servicios públicos, otro cambio considerable que fue el del alumbrado público. Del tránsito en ciudades oscuras y peligrosas se inician cambios en las rutinas de los desplazamientos, sin olvidar que nuevamente el mejor servicio lo ostentaban ciertas clases sociales, y otras o no accedían a este o estaban dentro de una parte de la población que ansiaba, desde los reclamos, una mejoría en el servicio.

En la arquitectura, las ciudades se vieron influidas por tendencias que en Europa se estaban implementando como el clasicismo, invocado desde los tiempos de la revolución francesa y la generación de ciertas construcciones republicanas. De igual manera, se generan cambios en parques y edificios institucionales y escolares.

Paralelo a lo anterior, se observa un creciente aumento del volumen de importaciones, haciendo que los gustos de las clases acomodadas privilegiaran la moda europea. Este campo económico genera en las ciudades, como ya se mencionó, la aparición de bancos que aunque fracasaron en primera instancia, posteriormente se constituyeron en espacios esenciales dentro del desarrollo de las ciudades.

En ese orden de ideas, tres ideologías se entrecruzaron en la mentalidad del nuevo patriciado, estallando una batalla ideológica, dentro del heterogéneo grupo que disputaba el poder. Se formaron, en ese orden, movimientos de opinión que aceleraban o entorpecían la consolidación de los grupos de poder y que desde varios tipos de transacciones permearon el complejo y equívoco ambiente de la ciudad.

Entre 1880 y el siglo XX se genera el paso de las ciudades patricias a las burguesas, comenzando a experimentar nuevos cambios, esta vez no solo en su estructura social sino también en su fisonomía. La ciudad creció y su población se diversificó, multiplicando sus actividades. Igualmente el paisaje urbano, las tradicionales costumbres y la manera de pensar de los distintos grupos de las sociedades urbanas se fueron transformando. Era el vértigo del progreso, y los turistas europeos se sorprendían por esas transformaciones que hacían irreconocible la ciudad en veinte años, visualizando en cada viaje hacia los países de Latinoamérica un aire de aventura y descubrimiento.

Las transformaciones de las ciudades burguesas se ven claramente influidas por los lazos que vinculaban a los grandes países industrializados. En niveles diferentes hubo regiones que no pudieron ingresar en los circuitos económicos que se establecían. El fenómeno más sorprendente y significativo de las ciudades, que se transformaban al calor de los cambios económicos, fue el crecimiento y cierta transmutación de las clases medias. El tránsito de las clases populares a medias se hizo frecuente y rápido, acentuando también la politización de las ciudades y, en ese orden, aglutinamientos de las clases obreras en las ciudades.

Así el tránsito a las ciudades del siglo XX se contextualiza entre guerras, cambios de mentalidad y transformaciones no solo en lo público y privado sino en lo político, económico, religioso y social.

Posteriormente, hasta la fecha con la cual finaliza este estudio (1910), se genera el inicio de la denominada Colombia cafetera y se da pie a la elección directa con la reforma constitucional de 1910.

Así las cosas, se observa una época atravesada por las miradas del liberalismo, positivismo e industrialismo en contraposición a las miradas de matiz tradicionalista, romántico y conservador, que ayudan a comprender por qué se plantea

este estudio sobre el espacio público desde un periodo de transición que se debate entre las ruptura de las formas de dominio colonial y el establecimiento definitivo del estado nacional (Mejía, 2000); dos realidades que hacen de las nociones de ciudad, lugar y sujeto campos de estudio atravesados por intereses políticos, religiosos y económicos. La independencia, como una coyuntura, marca una época que al finalizar sus guerras ingresa en el ascenso gradual al poder de una clase que se identificaba con la integración de la economía al sistema de intercambio mundial, en las actividades mercantiles que vivificaron en diferentes momentos las economías regionales, en la acumulación de capital mercantil, en la aparición del crédito bancario y en la creciente inversión de capital en actividades productivas (haciendas cafeteras y ganaderas, minería moderna, primeras industrias manufactureras, etc.) (Ocampo, 1984).



◀ **Antigua Estación de la Sabana.**

Calle 13 con carrera 18. Recibía el servicio de la primera línea de ferrocarril entre Bogotá y Facatativá.

Autor: Duperly Henri
Fecha: 1895.
Técnica: fotografía en blanco y negro.
Fuente: Fundación Misión Colombia. *Historia de Bogotá*. 1988.

Específicamente en el caso de Bogotá, este periodo muestra de qué manera los procesos históricos anteriores inician el paso del orden colonial a una concepción republicana y capitalista con nuevos ordenamientos internos, la aparición de la vivienda, los servicios públicos y la red vial, entre otros.

A los procesos de desarrollo anteriores, se suman realidades como

la inelasticidad en la oferta de nuevas tierras urbanizables, el deterioro en las condiciones de vida, la densificación extrema tanto en la vivienda como en el área construida, la introducción de tecnologías propias de la segunda revolución industrial, y la fuerte presencia de fenómenos de carácter general, tales como las crisis económicas después de la independencia, los posteriores ciclos exportadores, los diferentes proyectos políticos, los conflictos civiles y el afianzamiento final del centralismo presidencialista, la desamortización de

los bienes de manos muertas, los movimientos de población en toda la región central, las diferentes ideologías y la formación de una nueva intelectualidad de gusto modernista, así como de nuevos sectores profesionales formados en el positivismo decimonónico (Mejía, 2000).



◀ **Plaza de Bolívar.**
Tranvía de mulas por la calle 10ª. Al fondo el Capitolio en construcción.

Autor: Duperly Henri.
Fecha: 1895.
Técnica: fotografía en blanco y negro.
Fuente: Museo de Bogotá. Villegas Editores. 1988.

Un gobierno municipal débil y la escasa presencia de una conciencia civil, hicieron que en el siglo XIX los residentes concibieran el acto de gobernar como algo ajeno a sus vidas. Para ellos, las autoridades no eran delegados electos que ejecutaban la voluntad común, sino que garantizaban a cada uno el respeto de la vida privada y la atención de las necesidades básicas de la vida en ciudad. En este sentido, así como el orden urbano colonial fue impuesto y controlado en Hispanoamérica por la Corona, a diferencia de los fueros municipales en la propia península ibérica, el ordenamiento urbano de la república tomó forma y fue primero impuesto por la elite que dirigió la revolución contra España, y luego, desde mediados del siglo XIX, por otra elite que se fue formando con el tránsito de la ciudad hacia el capitalismo.

EL PODER PÚBLICO

La conciencia individual de la vida en común fue el principal elemento constitutivo de la forma bogotana de vivir; fundada en el hecho de que la salvación eterna era un acto solitario en el que solo la Iglesia podía intervenir, esta conciencia ad-

mitía la autoridad civil como parte necesaria de la vida cotidiana, pero sujeta a valores y principios que la antecedian en importancia. Por ello, los bogotanos vivían la política bajo el principio de que el poder público en realidad no representaba al individuo sino que le era conveniente, ya que de todas formas los bogotanos se veían sujetos a vivir junto con otras personas, entre las cuales solo a algunas consideraban como sus iguales.

Lo público como responsabilidad colectiva continuó inexistente tanto en el desaseo de las calles como el mal abastecimiento del agua. Es posible comprender este proceso al examinar el desenvolvimiento de las instituciones municipales que de 1821 a 1853 mostraba una primacía central, unida al desinterés de los habitantes por aportar en el manejo de la ciudad, para dar pie, de 1853 a 1886, a una descentralización política, y posterior a 1886 a la recuperación nuevamente del centralismo (alcalde) y la burguesía.



◀ **Hipódromo La Magdalena.**

Carruaje con damas que se pasean frente al edificio principal.

Fecha: 1899
Técnica: Fotografía en blanco y negro
Fuente: Roberto Herrera de la Torre. *75 años de fotografía. 1865-1940*. 1988.

Así un proceso de urbanización lento, heredado de la Colonia, se manifestó en el aumento del área de la ciudad hacia una amplia variedad de procesos de consolidación arquitectónica. En primer lugar, se establece la diferencia entre lo residencial y lo popular, especialmente con el fortalecimiento de un núcleo que antes como sitio de paseo, se transforma hacia la noción de caserío, como es el caso de Chapinero y la formación de barrios obreros (Urrego, 1997).

En segundo lugar, se observa el desarrollo de una arquitectura pública a través de construcciones o remodelaciones de algunos edificios, que servían de sedes

a las instituciones del Estado. Estas edificaciones transformaron los sectores en donde aparecieron, dando lugar a otros estilos arquitectónicos que, unidos a una legislación urbana, fortalecen la construcción de viviendas y servicios públicos. En este contexto se consolida la burguesía acompañada por la distancia entre las clases, el desplazamiento entre los ciudadanos, los escenarios de entretenimiento como galleras y chicherías, los tránsitos de los sujetos y el uso de los parques existentes (antes plazas) por parte de la elite republicana de la primera mitad del siglo XIX. La burguesía, posteriormente, muestra un espacio público que no visibilizaba a todos los habitantes, cuando se salía a caminar los domingos a las alamedas a disfrutar de una animada conversación en el altozano de la catedral al caer la tarde. Se ve claramente cómo en lo público hay dos vertientes: los sitios públicos y los sitios que por su diseño y uso no eran para todo tipo de personas. De ahí que las clases populares, al sentirse rechazadas del altozano o la alameda, crean lugares como las pulperías.



◀ **Plaza Barrio Las Nieves.**

Calle 20, carreras 7ª y 8ª.

Cristóbal Bernal erigió una capilla de paja en 1581, esta plaza fue mercado público hasta 1910.

Autor: Julio Racines.

Fecha: 1884.

Técnica: Fotografía en blanco y negro.

Fuente: José Vicente Ortega Ricaurte. Sociedad de Mejoras y Ornato. *Álbum fotográfico.*

Incluso las calles, por su estrechez, no eran un lugar de permanencia sino de tránsito o de aglutinamiento, lo que dio lugar a un decreto, en 1895, que demandaba andar por la derecha, no estar a menor distancia de un metro de las paredes, no estacionarse y no vender objetos en las mismas (decreto poco acatado en su época).

Hay que tener presente que dentro de este proceso ingresa el equipamiento de la ciudad, en el cual se incluyen el observatorio astronómico, los baños públicos, las plazas de mercado, los puentes, los teatros, la biblioteca pública, la Casa de la Moneda, el Museo Nacional, el cementerio de pobres y el que comenzaba a construirse en San Diego, y las iglesias, entre otros. Espacios que se verán influenciados por el ingreso del transporte público hacia 1870 (omnibuses o grandes

carretas haladas por bueyes) carruajes (1880) y tranvías (1884), y la llegada de la empresa de alumbrado a gas (1872), entre otros.

Los ritmos de los conjuntos urbanos también se tienen en cuenta en esta investigación. Los ritmos urbanos en la ciudad resistieron los cambios que miembros de las élites quisieron implantar para agilizar las jornadas de trabajo, disciplinar el trabajo en los talleres y fábricas, desdemonizar la noche; en fin, para implantar en la mente de los bogotanos el aforismo de “el tiempo es oro”.

Documentos que ayudan a la revisión de estos ritmos son los calendarios y manuales de economía doméstica que aconsejan a los bogotanos tener en cuenta las fases lunares, el santoral y las fiestas de guardar, días de misa obligatoria, días de indulgencias, periodos de ayuno y novenas, entre otros (Mejía, 2000).

Lo anterior, unido a una exaltación del trabajo que normalmente comenzaba entre las 8:00 y 9:00 de la mañana, con calles congestionadas entre 6:30 y 7:00 de la mañana. Después venían las mediasnueves, la parálisis al mediodía para almorzar, la siesta, el retorno de labores a las 3:00 y la salida a las 6:00 de la tarde. Estas son algunas de las manifestaciones colectivas que culminaban con el paseo al altozano al atardecer. Lo anterior, de lunes a sábado, unido a los domingos de descanso, completaba algunos instantes semanales de los bogotanos.

Tanto los lugares privados o públicos de uso restringido como los clubes sociales (Club Americano, 1866), teatros, cafés, el hipódromo, los restaurantes, las chicherías y pulperías, como los lugares públicos abiertos, plazas y calles, componen el conjunto de lugares creados por los bogotanos para sostener su vida en público. Este contexto ubica al lector del presente sobre un eje de tránsito sobrepasado por la guerra, la ideología y el fanatismo que en lo público genera prácticas de vida que es necesario caracterizar antes de ponerlas dentro del presente del espacio público.

CARACTERIZACIÓN ESPACIAL DE LAS PLAZAS EN EL SIGLO XIX

La forma de expresión propia del espacio público se da mediante la libertad para manifestarse, hablar, ver y contemplar. Sin embargo, no siempre fue así. Aristóteles solicitó que el ágora fuera dividida en secciones, una política y otra comercial, dispuestas a una distancia apropiada la una de la otra, de tal manera que se mantuvieran lejos de los asuntos públicos aquellos residentes privados de la ciudadanía. Aunque de forma menos explícita, la historia y los análisis, que se pueden hacer en nuestros días muestran cómo la plaza principal, las calles y plazas eran vistas como inmorales para las mujeres, sobre todo a comienzos del siglo XIX; igual categoría se le daba a los cafés que eran lugares donde cualquier hombre podía entrar además de algunas mujeres, pero solo de aquellas con mala reputación.

La importancia de las plazas ha sido crucial para la sociedad colombiana. Un ejemplo de ello es la visión que da de estos lugares el historiador Mendoza Varela:

La historia de nuestra independencia es la historia de la plaza, específicamente cuando un criollo rompió el florero en la cabeza de un español el 20 de julio de 1810; este acto fue suficiente para llenar la plaza con una multitud. ¿No fue esta la escena que se anticiparía a través de los años? Este fue un acontecimiento de las creencias y deseos de nuestra gente. Si la plaza no hubiera existido quizás no hubiéramos conocido dicha liberación. Esta es la razón por la cual la plaza se ha convertido en la consecuencia de esta cultura romántica... destruyendo la plaza o urbanizándola, usted puede hacer que desaparezca nuestra raza y nuestra tradición (Mendoza, 1965).

Para estudiar el contexto y la evolución de los comportamientos de los protagonistas en las plazas de Bogotá, es importante hacer un seguimiento de sus usos a partir de los distintos acontecimientos en los periodos de larga y media duración.

Para efectos del presente libro, haremos énfasis en el análisis de dichos acontecimientos en los primeros cien años de la República.

Así, desde la larga duración, la Plaza de Bolívar –o como se le conocía antes de nuestra independencia, la Plaza Mayor– es el centro de la ciudad; divide el norte del sur en la distribución de las calles, y el oriente del occidente. Es y ha sido, por supuesto, el centro del país al concentrarse en ella el poder político y el de la ciudad, al igual que el religioso. La plaza representa para la sociedad el centro del poder de nuestra nación y de la ciudad, al servir de soporte a los distintos acontecimientos, prácticas sociales y rutinas de sus protagonistas, que a lo largo de la historia le han dado forma a nuestra cultura.

La plaza fue el lugar de socialización por excelencia, donde las personas se involucraban en la vida colectiva de la ciudad. Aunque algunas calles pueden o pudieron cumplir funciones similares, las plazas y, en particular, la Plaza Mayor o de Bolívar ha servido para promover tipos particulares de sociabilidad. Esta sociabilidad en la plaza ha sido moldeada por los elementos que la constituyen como la plaza principal, su centralidad, símbolos e importancia social, política e histórica, aparte de otras características arquitectónicas como sus dimensiones y su centralidad con respecto a los poderes.

Para efectos del análisis de la plaza como lugar distinguiremos por ahora dos procesos que han contribuido a la identidad de la plaza: el arquitectónico y el social, aunque no separados, necesariamente, el uno del otro.

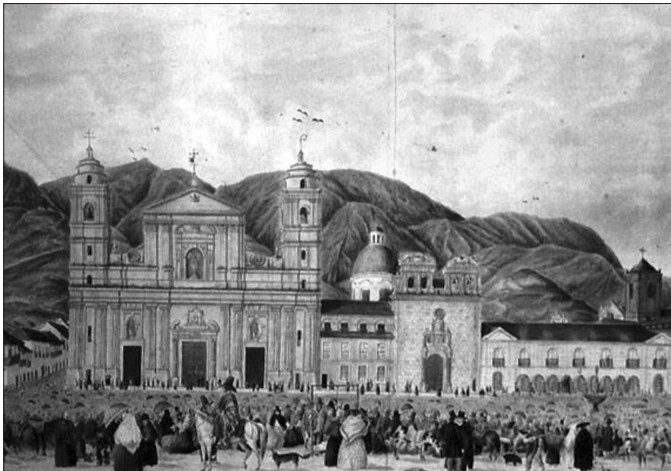
LA PLAZA MAYOR

En la descripción que hiciera Bayona en *El alma de Bogotá*, se destaca el papel central que cumple la plaza y las principales características arquitectónicas de la ciudad, las cuales se mantienen dentro de la periodización de larga duración (1819-1910):

La ciudad está construida en las faldas de las dos altas montañas que tiene atrás, y sobre la amplia llanura a que da frente; forma así una especie de anfiteatro. En la mitad está la gran plaza de mercado con la hermosa catedral, y de ahí parten las calles, rectas, empedradas, muchas con andenes que se cortan en ángulos rectos y completan unas doscientas manzanas. Todas las casas son más o menos semejantes y se diferencian apenas por el tamaño. Son de uno o dos pisos, blanqueadas y cubiertas con teja, provistas de ventanas cerradas con balaustres de madera y casi todas sin vidrieras. Las iglesias, en número inusitado, levantan sus torres algo bajas y achatadas sobre las casas más pequeñas, y

sumadas con los conventos, que son doce, llegan a treinta y dos, lo que es bastante para una ciudad de treinta y dos mil habitantes. Tanto las iglesias como las casas parecen de construcción sólida, son más bien bajas y sus paredes de gran espesor, para contrarrestar el efecto de los temblores que algunas veces se sienten (Bayona, 1988).

Para Ortega (1990) los cuatro siglos de esta plaza resumen toda la historia de Colombia. En ella se levantaron las primeras doce chozas por el fundador de la ciudad, y se llevó a cabo la primera misa celebrada. Alrededor de la plaza vivieron conquistadores, colonizadores y repúblicos; la transitaron, ya presidentes de la Real Audiencia, virreyes y oidores, o ya los primeros mandatarios de la nueva patria, libertadores y ministros; arzobispos y prebendados españoles y criollos, militares y civiles, eclesiásticos y laicos. Fue inicialmente conocida como la Plaza Mayor hasta 1821, de la Constitución hasta 1846, y desde entonces, cuando el general Mosquera inauguró la estatua del Libertador, obra de Tenerani, se llamó Plaza de Bolívar.



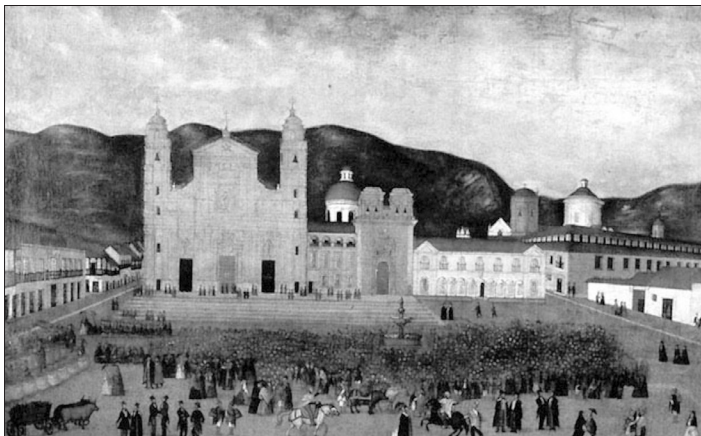
◀ **Plaza de Bolívar.**

Autor: Castillo Escallón.
Técnica: pintura.
Fuente: Fundación Misión Colombia. *Historia de Bogotá*. 1988.

Distintos elementos arquitectónicos han simbolizado la plaza a lo largo de su historia, y facilitado los acontecimientos que a continuación vamos a describir. Al decir de Ortega de la fundación de Bogotá en el periodo colonial, la plaza se constituía en el centro de recolección de agua, ya que tenía instaladas cuatro pilas a donde venían algunos vecinos de la ciudad, principalmente las aguateras, a recoger el suministro diario de agua para las casas.

La Plaza Mayor ha sido la más importante de la ciudad, en torno a la cual se concentraban la catedral, las sedes de autoridades civiles y eclesiásticas, algunas residencias de familias distinguidas y, para completar este conjunto heterogéneo, no pocas chicherías. Se terminó de empedrar recién en 1816 por los prisioneros patriotas a órdenes de Morillo, y el altozano se extendió en 1843 hasta la esquina sur del costado oriental. Es importante anotar que esta extensión del altozano se realiza en lo que hemos denominado segundo periodo de media duración explicitado en el estudio, en el cual la Nueva Granada comienza a mostrar la importancia de la mirada republicana, como respuesta a la empedrada que caracterizó la plaza durante el periodo colonial, con lo cual se da una muestra de lo que la Colombia de Bolívar pretendería al iniciar el siglo.

La plaza era el centro de la actividad comercial. Alrededor de esta todos los comerciantes tenían situados sus almacenes en la Calle Real del comercio, hoy carrera 7ª, entre calles 11 y 14, aledaña a la Plaza Mayor, en donde se ubicaban los almacenes mejor surtidos del país en mercancías nacionales y extranjeras. Esta zona de la parroquia de la catedral era la parte comercial de la ciudad, donde se concentraban todavía a mediados de siglo, además de los almacenes de la Calle Real, los mercaderes y tratantes en pequeña y mediana escala junto con los campesinos en el mercado público que tenía lugar todos los viernes en la Plaza Mayor, y varias calles dedicadas a actividades económicas específicas, como la calle de la sal, la de los sombrereros, la de los plateros, la de los talabarteros y otras. El costado oriental estaba ocupado por la catedral y la capilla del Sagrario, frente a las cuales se había construido un amplio altozano. Este costado ha permanecido casi invariable desde tiempos de la Colonia (Salvat-Villegas editores, 1989).



◀ Plaza de Bolívar.

Autor: Carlos Figueroa.
Técnica: acuarela.
Fuente: Fundación
Misión Colombia.
Historia de Bogotá.
1988.

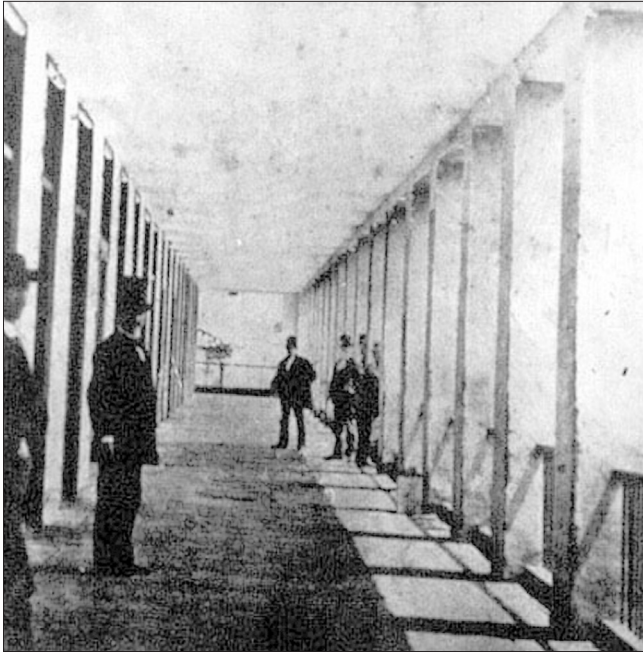
La fachada de las iglesias, incluyendo el templo o catedral, está separada de la plaza de mercado por un espacio largo y ancho, más elevado, con pavimento de losas de piedra y que ocupa casi todo el costado oriental de la plaza. Ese lugar era utilizado por los hombres de la clase alta para pasearse por las tardes y fumar allí, yendo y viniendo. Más adelante describiremos el tipo de actividades que ocurrían en este lugar. El costado norte estaba conformado por casas de personas prestantes de la sociedad bogotana. En el costado sur de la plaza, aparte de algunas casas, abajo del llamado cuartel, se había instalado según Ortega:

una de esas chicherías de las que puede decirse que son el negocio de los ricos y la perdición de los pobres, tienda siempre muy concurrida y de la que se surtían los soldados que montaban guardia en los cuarteles vecinos; duró tan desacreditadora chichería hasta casi mediados del siglo XIX, cuando el general Mosquera hizo derribar todo aquel costado para dar comienzo a la obra del Capitolio (Ortega, 1990).

LAS OTRAS CARAS DE LA PLAZA

El año 1846, fecha que corresponde a la etapa de media duración caracterizada por la preponderancia liberal, fue de significación histórica para la Plaza Mayor de Bogotá debido a tres innovaciones trascendentales. Por iniciativa del presidente Tomás Cipriano de Mosquera se ordenó, en ese año, la construcción del Capitolio Nacional en el costado sur de la plaza. Al año siguiente, se colocó la primera piedra y la obra fue encomendada al arquitecto Tomás Reed. El contratista de los cimientos fue Juan Manuel Arrubla.

Dentro de ese periodo de media duración, se destaca claramente que en conmemoración del acontecimiento del 20 de julio se erigió en el centro de la plaza la magnífica estatua en bronce del Libertador donada a la ciudad por José Ignacio París, y cuyo autor fue el gran escultor italiano Pietro Tenerani. Era el primer monumento público erigido en la ciudad. Para esa misma época, Juan Manuel Arrubla terminó de construir el edificio que ocupó todo el costado occidental de la Plaza. La nueva obra, conocida como “Las Galerías de Arrubla”, tenía 103 metros de frente y tres plantas, y fue la mejor construcción de arquitectura civil de su tiempo. Hubo allí cafés y almacenes de gran lujo a los que concurría la alta sociedad capitalina. Estas obras alentaron los esfuerzos de autoridades y ciudadanos para erradicar el nauseabundo mercado público pero, como veremos, la saludable iniciativa solo vino a cristalizar en 1864.



◀ **Plaza de Bolívar**, costado occidental. Corredor del segundo piso que daba entrada a las Oficinas Municipales, en primer término, acceso al archivo del municipio.

Fecha: 1886.

Técnica: fotografía en blanco y negro.

Fuente José Vicente Ortega Ricaurte. Sociedad de Mejoras y Ornato. *Álbum fotográfico*. 1996.

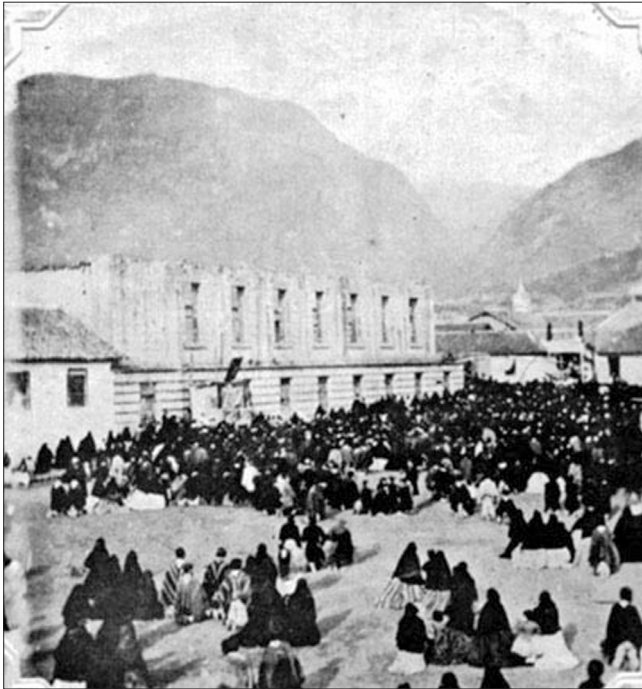
Para cronistas como Mollien (1823), la plaza guardaba un agradable aspecto para la época de su visita: “Las plazas son amplias y todas están adornadas con fuentes”.

Para el agua potable, según Ortega, los habitantes se valían de las cuatro pilas instaladas en las Plazas Mayor, la de San Francisco y Las Nieves, con ocho pajas de agua, y más tarde en la de San Victorino, abastecidas las tres primeras por los acueductos de Fucha y de la Agua Nueva, y la última por el río del Arzobispo “por ser más dulce”.

esas aguas eran conducidas por cañerías descubiertas y no por tuberías, lo que permitía que las limpias se mezclasen con las suciedades de los solares y de las calles; también acudían los vecinos a los varios chorros que la suministraban en diversos sectores, tales como el de Los Carneros, el del Calvario en el Panteón de Las Nieves, el del Rodadero, el de las Botellas de agua salada, el de señor Hoyos, el del Fiscal, el de María Teresa, el de La Enseñanza y otros más, como los Chorrillos de Santa Inés (Ortega,1990).

Es precisamente lo que ocurre alrededor de una fuente lo que llama la atención del cronista Cané, quien al describir su experiencia a la llegada a Bogotá en su ingreso por el camino de occidente lo hace de la siguiente manera:

...la calle por donde el carruaje avanzaba con dificultad estaba materialmente cuajada de indios. Acababa de cruzar la plazuela de San Victorino, donde había encontrado un cuadro que no se me borrará nunca. En el centro una fuente tosca, arrojando agua por numerosos conductos colocados circularmente. Sobre una grada, un gran número de mujeres de pueblo, armadas con una caña hueca, en cuya punta había un trozo de cuerno que ajustaban al pico del agua que corría por el caño así formado, siendo recogida en un ánfora tosca de tierra cocida... (Cané, 1884)



◀ **Plaza de San Victorino.** Vista hacia el oriente de la plaza. A la izquierda, el edificio de la Sociedad Filarmónica. Al fondo la torre de la iglesia de San Francisco y los cerros.

Fecha: 1882.
Técnica: fotografía en blanco y negro.
Fuente: José Vicente Ortega Ricaurte. Sociedad de Mejoras y Ornato. Álbum fotográfico. 1996.

Era esta la Pila de San Victorino, de la cual dijo Ibáñez (1989) que era un pilón dórico que presentaba hasta la altura del caveto un aspecto agradable, aun cuando su coronamiento era un estéril montón de piedras, sobre el cual surgían un farol y algunos vasos de tierra cocida, motivo ornamental muy empleado en la arquitectura del siglo XVIII. El ingeniero Alfredo Ortega dice de ella:

Una lápida memorativa que interrumpía las metopas y triglifos del friso, conservaba las huellas que en momentos de exaltación patriótica dejó el ardor bélico, al respetar la cifra JHS y borrar la inscripción. El basamento, que el

uso de un siglo dejó destruido; la desmoronada taza y los muros agrietados y cubiertos de liquen, le daban un carácter muy pintoresco (Ortega, 1990).

El 22 de agosto de 1803, “echaron el agua al pilón de San Victorino”, según reseña el cronista Caballero (citado por Ibáñez, 1989), y desde entonces de ella se aprovisionaban los vecinos a quienes les era suministrado tan preciosa elemento por fontaneras a “aguateras”, que la tomaban con cañas de bambú y embudo de cuerno para llevarla a las casas en pardas múcuras de barro cocido tapadas con tusas y trapos. La pila tuvo como principal ornamentación un escudo de España en piedra que, como tantos otros de la ciudad, fue destruido a cincel en 1813.

Con respecto a la fuente de la plaza Santander, se anota en la colección de Salvat-Villegas Editores que “en virtud de un examen reciente hecho en la fuente establecida en la plaza de Santander, se notó que por el mal estado en que se encuentra la cañería que conduce el agua a dicha fuente entran a esta los desagües de las casas vecinas, convirtiendo así el agua potable en agua de albañal” (Salvat, Editores, 1989). En esta fuente se abastecían para el consumo doméstico parte de los habitantes de los barrios de La Catedral y de Las Nieves, pues el abasto de aguas para la ciudad dependía aún, como a principios de siglo, principalmente de las pilas y fuentes públicas, y de la labor de acarreo de multitud de aguateras para proveer de agua las casas que contrataban sus servicios, que eran la mayoría de la ciudad.

La plaza era el sitio en donde los viernes se realizaba el mercado, cuyo aspecto era desagradable para el extranjero. Uno de los grandes problemas de salubridad que afrontaron las autoridades capitalinas hasta 1864, fue el del tradicional mercado de los viernes en la Plaza Mayor, luego Plaza de Bolívar. Las condiciones de desaseo en que se realizaba el expendio de los víveres eran aterradoras, y más aún cuando, concluidas las ventas, repulsivas bandadas de chulos se cernían sobre el lugar para darse su festín de desperdicios e inmundicias. Varias veces la municipalidad prohibió la realización del mercado en la Plaza de Bolívar, trasladándolo a las de San Francisco y San Agustín; pero los tozudos mercaderes, luego de poco tiempo, retornaban a su sitio predilecto para ensuciarlo y envilecerlo como siempre. Es importante anotar que este acontecimiento se ubica nuevamente en la Era Liberal, la cual inicia políticamente un trabajo de reconstrucción y saneamiento, como programa político, económico y cultural.

Su aspecto después de los días de mercado no era el más agradable: “Un aspecto que impresionó mucho al coronel John Hamilton, ministro plenipotenciario de Inglaterra en Colombia, fue la diligencia y minuciosidad con que los chulos limpiaban de desechos la Plaza Mayor después del mercado” (Restrepo, 1988).



◀ Carrera 11^a,
calles 10^a y 11^a.

Fecha: 1897.
Técnica: fotografía
(copia).
Fuente: José Vicente
Ortega Ricaurte.
Sociedad de Mejoras
y Ornato. *Álbum
fotográfico.*

Finalmente, en 1861, el señor Arrubla pudo llegar a un acuerdo con la municipalidad respecto a la plaza de mercado cubierta; emprendió su construcción y en 1864 la inauguró con el nombre de plaza de La Concepción, permitiendo desde entonces la erradicación definitiva del mercado de los viernes de la Plaza de Bolívar.

Para la época en que Mollien visita Bogotá, en la plaza se levantaban cuatro altares ricamente adornados, uno en cada esquina de la Plaza Mayor, por donde pasaban las procesiones. En el centro de la plaza, cuenta Ortega, se levantaba La Cantarina, fuente que recibía el agua traída por cañerías abiertas, primero de las nacientes del río San Agustín y después del río Fucha; de ella se surtían las linajudas familias del centro de la ciudad; la fuente estaba coronada por una fea estatuita de piedra que decían era San Juan Bautista, pero que todo el mundo conocía con el nombre de El Mono de la Pila. Así la describe Ibáñez:

... la taza inferior carecía de ornamentación y la segunda, que se levantaba bastante, reposaba en una columna estriada con elegantes relieves. Del centro de ella se alzaba una base adornada con lacerías y follajes, sobre la cual descansaba un globo en forma de elipsoide, en que hay grabados cuatro blasones; al Sur, que era el frente, el de Pérez de Salazar, partido en pal, con una cruz de San Andrés y nueve estrellas; al Oriente, una granada, símbolo del Nuevo Reino; al Norte, las armas de España, y al Occidente las de Santa fe de Bogotá, con su águila negra en fondo dorado, orlada de granadas de oro en fondo blanco. Coronaba la fuente una tosca escultura, cuyo brazo izquierdo está roto. Esta pila fue instalada en 1580 en reemplazo del rollo o picota que llamaban 'árbol de la justicia' (Ortega, 1990).

Y continúa este autor:

En medio de la amplia plaza de mercado hay una pila de piedra a la que se trae el agua desde los cerros vecinos por una cañería subterránea. La plaza está bien pavimentada y tiene caminos de forma un poco convexa que parten de la fuente mencionada. A lo largo de los andenes que hay en los costados corren unas acequias anchas y profundas, lo mismo que por la mitad de las calles, y como la ciudad está edificada en declive, siempre tienen agua clara que baja de las colinas; mucho más en tiempo de lluvias. Entonces crecen hasta tal anchura que es imposible a los peatones atravesarlas si no es por los puentecitos de piedra-colocados en las esquinas.

Estos canales servían igualmente para arrastrar hacia los ríos todos los desperdicios que arrojaban los habitantes de la ciudad. Los españoles tenían toda la razón cuando decían que el agua de lluvia era uno de los más importantes funcionarios de policía de Bogotá.

O como la describiría Cané (1884), en su visita a Bogotá:

A diferencia de Caracas, que ostenta su Calvario y su linda Plaza de Bolívar, Bogotá no tiene paseos de ningún género. La plaza principal es un cuadrado de una manzana, sin un árbol, sin bancos, frío y desierto, algo como nuestra antigua plaza II de Septiembre. En el centro se levanta una pequeña estatua del Libertador, de pie, de un mérito artístico excepcional en esa clase de monumentos. Fue regalada al Congreso de Colombia por el general París que la encargó á uno de los artistas italianos más famosos de la época. La prefiero, en su elegante sencillez, en la pureza de sus líneas, á todas las de Caracas y aun á nuestro San Martín, a nuestro Belgrano y á ese deplorable crimen artístico que para eterna vergüenza de Millet se levanta en la plaza de la Libertad.

Como ya se mencionó, en el costado occidental de la plaza se habían construido para finales del siglo “Las Galerías”, edificación comercial conformada por locales comerciales donde se expendía todo tipo de productos. Para infortunio de sus comerciantes, a mediados de 1900 tuvo lugar un incendio contra el cual fueron impotentes los precarios equipos con que contaban los bomberos de la ciudad. Esta conflagración causó pérdidas irreparables como la del Archivo Municipal de Bogotá, que desapareció casi en su totalidad. Igualmente, cabe recordar que en ese incendio se perdió el original de nuestra Acta de Independencia.

Los elementos simbólicos de la plaza han variado a lo largo del tiempo: el Rollo Real, el Mono de la pila, un árbol plantado por Nariño, el empedrado y finalmente

la estatua de Bolívar; todos ellos reflejaron importantes elementos para la identidad social, ya sea porque en un momento representaban la monarquía española y la religión o la autonomía del pueblo granadino con el árbol o la estatua de Bolívar.

Finalmente, otra de las características espaciales de la plaza, para finales del siglo XIX, fue su vinculación con otros lugares de la ciudad a partir de la línea del tranvía. Se resalta entonces otro acontecimiento: la inauguración de la línea que unía a la Plaza de Bolívar con la Estación de la Sabana, el 21 de julio de 1892. Pero la prensa seguía reclamando nuevas líneas, especialmente una que condujera hasta Las Cruces y otra adicional para unir a Egipto con San Victorino. En 1894 la línea Bogotá-Chapinero era recorrida por un carro cada veinte minutos.

La vinculación con la plaza también estaba marcada por la importancia de los almacenes. “Los almacenes sobresalientes están situados en la Plaza de Bolívar, la Calle Real, la Calle Florián y vías adyacentes, encontrándose los menores, dedicados a las necesidades de la gente del campo, en cambio, en las cercanías de la plaza de mercado, con preferencia de los lados exteriores del mercado cubierto” (Hettner, 1882-1884). La clasificación de almacenes por grupos homogéneos de los artículos que venden casi no existe, habiendo unos pocos negocios dedicados a la distribución de determinadas especialidades; así por ejemplo las farmacias, las librerías y papelerías, las tiendas de sombreros de Panamá y las ferreterías. El surtido de libros prácticamente se reduce a los textos escolares usuales y, en consonancia con la orientación partidista del librero, tal vez un poco de literatura religiosa o unas novelas francesas de bajo nivel.

Así podemos resumir los elementos arquitectónicos que han hecho parte de la Plaza Mayor y que le han dado su identidad: tamaño y ubicación: centralidad; el altozano; el árbol; la fuente: el mono de la pila; la estatua de Bolívar; el encerramiento de la estatua; el empedrado y los edificios a su alrededor: la cárcel, la catedral, casas de notables, casa del virrey y palacio de gobierno y, por último, las chicherías.

Las plazas, con todas sus características espaciales, fueron creadas para enaltecer la ciudad en la que se construían. Igualmente, puede reconocerse en ellas una más clara identidad que en cualquier otro espacio público en lo que tiene que ver con su fisonomía y, como veremos a continuación, a los usos sociales que se les asignaron.

Este escenario sirve para describir y analizar los acontecimientos que le han dado vida a la plaza y a sus protagonistas a partir de la evolución de las reglas que han definido las diferentes formas de actuar de estos últimos, y los distintos roles asumidos a lo largo de este periodo de la historia de nuestra cultura.

RUTINAS Y ACONTECIMIENTOS EN LAS PLAZAS DE LA CIUDAD

Tan pronto como fue creada la plaza en las ciudades americanas, se trasplantaron las funciones que se les asignaba a las plazas europeas, en particular españolas, como lugares de transacciones comerciales, pero igualmente creando el sentido de lugar mediante el asentamiento del poder a través de sus símbolos no aislados, sino precisamente en donde todos pudieran notarlo. De ahí que también se promuevan en este lugar las ceremonias religiosas, el entretenimiento público, la actividad comercial, dentro de un mismo espacio. De esta forma es posible identificar la dimensión social de la Plaza de Bolívar a partir de siete funciones principales: la actividad comercial, los ajusticiamientos, los desfiles, las fiestas religiosas, el entretenimiento, las protestas y los contactos sociales. Se anota que si bien las fiestas religiosas y el entretenimiento hacen parte de las funciones de la plaza, estas se trabajarán en los capítulos sobre religiosidad y entretenimiento, respectivamente.

EL MERCADO Y DEMÁS ACTIVIDADES COMERCIALES

Dentro de los ejes de larga duración del periodo estudiado, se observa que todos los viernes se daba lugar a un gran mercado en la Plaza Mayor de Bogotá, en donde se mezclaban, según cuenta Bayona Posada, en su obra *El alma de Bogotá*, a los criollos blancos y sonrosados, a los mestizos de color moreno, a los indios amarillentos, a los mulatos de tez oscura y a los negros. Entre las frutas ofrecidas en venta, anota Bayona, hay algunas viejas conocidas, cuya existencia no se hubiera sospechado en un lugar situado a cuatro grados del ecuador: son las fresas, las manzanas y las cerezas. No son tan grandes como las nuestras, describe Bayona, ni presentan el mismo aspecto de frescura y madurez; tampoco el mismo delicioso gusto que distingue en Europa a tan excelentes frutas; pero cuando por primera vez uno las divisa en medio de las tropicales y las prueba, experimenta casi

el mismo sentimiento que produce el ver a un compañero de juventud en tierra extranjera después de muchos años de separación (Bayona, 1988).

Para ese entonces era evidente el papel social que cumplía este tipo de lugar público al acercar a las gentes de distinta condición social, aunque con separación de roles. Los puestos de venta se distribuían con cierto orden en la Plaza Mayor, sin ser esto absoluto en forma alguna. Este hecho era facilitado por la forma en que estaba empedrada la plaza: cuatro diagonales, formadas por piedras, salían de la fuente o de la estatua de Bolívar hacia las esquinas, formando así cuatro triángulos. Sobre cada uno de ellos se colocaban los puestos de acuerdo con las características de los productos. En el uno estaban los matarifes: vendedores de carne, tocino, manteca y una especie de salchichas que llaman longanizas; en otro los campesinos con sus diversos artículos como arroz, maíz, trigo, batatas, cebada, yuca, plátanos, carbón, limones, manzanas, zanahorias, piñas, melones, etc. Aquí se ofrecían también flores. Se veían en la tercera sección gallinas, pavos, palomas y aves de caza. La cuarta estaba llena de productos ya nombrados de la industria nacional, entre los cuales figuraban, en primer término, unas telas ordinarias de lana o algodón fabricadas en las provincias cercanas y que se empleaban para ropa de las clases inferiores.



◀ **Uno de los pabellones.**
Carrera 10ª, calle 10ª y 11ª.

Fecha: 1910.
Técnica: fotografía en blanco y negro.
Fuente: José Vicente Ortega Ricaurte.
Sociedad de Mejoras y Ornato. *Álbum fotográfico*. 1996.

Aunque aparentemente caótico, el mercado se realizaba dentro de una organización para la venta de sus productos y se constituía en un lugar de encuentro de las distintas clases sociales: Como lo describiría Hamilton en 1825, citado por Ortega (1990):

Una parte de la plaza se destina a los carniceros, otra a los vendedores de aves, aves silvestres y de caza, y un tercer estante para frutas y legumbres; hay unos aparadores en el cuarto lugar reservados para la venta de algodón en trama y telas de lana fabricados en algunas de las provincias. Los indios y campesinos jóvenes en esta época se sentían algo temerosos de venir al mercado, pues el gobierno había dado la orden de reclutar algunos soldados (Ortega, 1990).

Además había oferta de caballos, mulas y ganado para carnicería. Como la plaza el viernes en la mañana estaba colmada por una pintoresca miscelánea de gentes, animales y mercancías, su contemplación proporcionaba, según Bayona, un variado y divertido golpe de vista, sobre todo si se verifica desde uno de los balcones de las casas fronterizas, que aprovechaba el autor con todo entusiasmo para gozar de uno de los espectáculos, según él, más interesante que se ve en Colombia.

La descripción de la vida social alrededor del mercado, no pudo quedar mejor reflejada que en la descripción que hace de esta Barrera (1866), en su obra *El mercado*:

Allí es donde se reúnen cada ocho días las distintas clases de gente que, por ley imprescindible, se encaminan desde bien temprano a abastecerse de los útiles más necesarios para la despensa, y aún mucho más para los estómagos, que con su falta pasarían momentos que solo ellos pudieran explicar. Pues bien: allí es donde el curioso y atento observador se distrae agradablemente con los diversos lances que ocurren en la compra de víveres, es decir, en lo que se llama hacer mercado; ese mercado que muchas veces cuesta la víspera, y aun el mismo día, tantas carreras, fatigas, préstamos, ventas descabelladas y sacrificios de fincas por la mitad de su justo precio. Desde el momento en que por cualquier lado se entra a la plaza, y se deja uno envolver entre esa multitud que vaga acá y allá en busca de lo mejorcito, ya se empiezan a oír cosas que harían reír a un alguacil. Las señoras que por lo regular escogen para ponerse ese día las sayas más sucias, los camisones más destruidos y los zapatos más siniestros, vagan, cada cual, seguida de su respectiva sirvienta que, cargada con un enorme canasto o ancho costal, va sufriendo instantáneamente el aumento de peso que ocasiona lo comprado. Embebidas completamente en lo que buscan, ni hacen caso, dejando ver unas medias con tres o cuatro puntos para meditaciones reconcentradas y harto cavilosas. Pero en aquel lugar es donde más se olvidan

de sí mismas para entregarse enteramente a las papas, a los plátanos... a no ser aquellas que van como comitentes de las que hacen el mercado, que comúnmente son las más jóvenes y bonitas... Las tales van allí solo por ver y ser vistas y conocidas y habladas y comunicadas... Mientras que la compradora escoge, alega y se enfada, las miradas furtivas van y vienen, las manzanas y duraznos se ofrecen desde lejos, y no falta quien, más arrojado, se acerque de manos a boca y entable una agradable conversación, interrumpida tan solo por los gritos de un indio, que exclama: –No me riegue sumercé las arracachas si no me las ha de comprar. –Yo qué estoy regando indio animal, responde una voz chillona. En tanto pasan estos diálogos en castellano semi-indígena, y en tanto que la criada vuelve con los coladores, es necesario refrescar el cuerpo y ceder a las instancias de la muchacha que se ha antojado de tomar alguna cosita. Y así, se dirigen las dos a una de esas pequeñas tiendas portátiles de lienzo, que a guisa de abastecidos restaurantes, se encuentran en distintos sitios de la plaza...



◀ **Las Aguas.**
Pila del primer acueducto de Bogotá, en la plaza de la Cervecería Germania.

Autor: Duperly Henri.
Fecha: 1895.
Técnica: fotografía en blanco y negro.
Fuente: Fundación Misión Colombia.
Historia de Bogotá.
1988.

Otros protagonistas de la actividad social en las plazas, durante los días de mercado, fueron los gendarmes que tenían entre sus múltiples funciones la de evitar que las gentes hicieran sus necesidades en la vía pública, atrapar a los ladronzuelos y garantizar que no hubiera escándalos ni desórdenes. Las aguateras continuaban con su oficio durante este periodo alrededor de las fuentes de agua de la plaza.

A su alrededor hay siempre una nube de muchachas en mantillas y enaguas azules que luchan por poner la caña en el chorro antes que su vecina. Decenas de aguateras y sirvientas se congregaban alrededor de ellas todos los días, comentan los últimos sucesos en la urbe y los avatares de las familias para las que trabajaban y vendían agua (Mejía, 2000).

Y agrega Carrasquilla:

Si alguna incauta criada, sin estar suficientemente instruida en los asuntos del arte, osare en presencia de la aguadora aplicar su caña a la pila para coger agua, ¡pobre de ella!, porque nuestra heroína abusando de la superioridad que le dan las circunstancias, califica tal acto como delito de lesa pila, le dispara unos cuantos insultos, los cuales van acompañados de verdades de a puño. Y le rompe la múcura sin conmiseración alguna, para inculcar de este modo en el ánimo de la criada perpetuo y doloroso escarmiento (Carrasquilla, 1886). Y no podían faltar los ladronzuelos o ‘chinos’ que andaban como una turba por las calles mendigando en algunos casos y robando el día viernes de mercado la plata, los pañuelos, relojes, cadenas y, por último, si se les da la oportunidad, los costales o canastos con los víveres que las señoras o dependientes han comprado. (*El Nacional*, febrero de 1867).

El mercado tuvo como sitio la plaza principal desde épocas coloniales hasta agosto de 1861, fecha en que el gobernador del Distrito Federal emitió un decreto trasladando el mercado público de la ciudad a las plazuelas de San Francisco, San Agustín y San Victorino, con el fin de mejorar la apariencia de la plaza principal, y por no considerar conveniente la presencia del mercado público al frente de las principales oficinas de gobierno y de la catedral (Mejía, 2000). Finalmente, en enero de 1864, se inauguró la primera parte del edificio de la plaza de mercado, ubicado a dos cuadras al occidente de la Plaza de Bolívar, en el solar del antiguo convento de La Concepción. Es de anotar que ambos acontecimientos deben mirarse en el contexto de la era liberal en la que el desarrollo económico y estético son ejes de construcción de la ciudad, como banderas de las miradas foráneas que comienzan a estabilizarse en nuestro país.



◀ **Avenida Jiménez**, carreras 11^a y 13^a.
Recepción a Rafael Reyes.

Autor: Duperly Henri.
Técnica: fotografía (copia albumina).
Fuente: Eduardo SErrano. *Historia de la fotografía en Colombia*. 1983.

FUSILAMIENTOS EN LA PLAZA MAYOR

Los acontecimientos tristes o sangrientos se dieron lugar también en las plazas de la ciudad. Si se quería informar o dar a conocer a la población acerca de un castigo, los prisioneros eran conducidos a través de la plaza o fusilados allí mismo.

Después del grito de la Independencia, el virrey Amar fue conducido por los patriotas Tomás Tenorio, Sinforoso Mutis y Francisco Morales desde el Palacio y atravesando la diagonal de la Plaza Mayor por en medio de un pueblo compacto. Más tarde los tiranos Barreiro, Morillo y Sámano recibieron su castigo al finalizar la época del terror.

Camilo Torres fue fusilado el 5 de octubre de 1816 y ahorcado en la Plaza Mayor; su cabeza fue expuesta dentro de una jaula puesta en alto “a la entrada de la ciudad de Santa Fe”, en la Avenida Vieja, frente al convento de San Diego, puesto que por ese entonces no había edificaciones por aquellos contornos (hoy carrera 13 con calle 24).

Ortega (1990) describe de forma detallada el fusilamiento de Francisco José de Caldas en la plazuela de San Francisco, hoy parque Santander:

El 30 de octubre de 1816 se formó en uno de los costados de la plaza de San Francisco el Batallón Tambo, a órdenes del coronel Manuel Villavicencio, cuya voz de mando cortó la existencia de nuestro ilustre sabio, don Francisco José de Caldas... la sangre de este excelso mártir universal sabio bastaría para que la Plaza de Santander fuera templo sagrado de los bogotanos. Monumento histórico de Colombia y relicario que conservara la memoria y la veneración del prócer...

Más adelante, durante el periodo independentista, el general Santander, al frente de su palacio, a caballo y rodeado de su estado mayor, el 11 de octubre de 1819 vio desfilar desde la prisión a la diagonal de la Catedral hasta el costado sur de la Plaza Mayor, a los coroneles españoles José María Barreiro y Francisco Jiménez y a 36 oficiales más, conducidos a pie y con pesados grillos, al fusilamiento ordenado por él de estos prisioneros de la batalla de Boyacá. Para el fusilamiento de Barreiro, los habitantes pusieron en acción las influencias de que disponían con el objeto de asegurarse una buena localidad en la plaza principal para presenciar la ejecución deseada y concedida. La señora de Santander obtuvo sitio privilegiado en una de las ventanas del local conocido como el nombre de Casa del Cabildo Eclesiástico –entre la Catedral y la capilla del Sagrario– para asistir al cruento espectáculo con el niño, que entonces tenía ocho años. La aglomeración de gentes, incluso en los tejados de los edificios de la plaza y sus contornos, producía un sordo rumor semejante al de un avispero alborotado por la animada conversación

de los espectadores, ansiosos de sentir emociones como las que atacan los nervios en el momento de soltar furioso bicho en circo para que entre en lucha con la cuadrilla de toreros. Las víctimas se situaron al frente de los edificios del costado sur de la plaza. Barreiro vestía casaca azul con entorchados, resto de sus brillantes uniformes; sus tres compañeros llevaban ropa de telas fabricadas en el país: todos iban con la cabeza descubierta. Concluidas las ejecuciones se dio entrada franca en la plaza para que el pueblo saciara su odio y deseos de venganza ante aquellos cadáveres destrozados por las balas, que tenían las caras chamuscadas por las balas, y los ojos brotados fuera de las órbitas, porque casi todos recibieron los disparos a quemarropa para no desperdiciar municiones. Contra las paredes de los edificios situados a la espalda de los fusilados se estrellaron masas cerebrales y pedazos de cráneos con el cuero cabelludo de los muertos, que quedaron encima de otros sobre una charca de sangre que enrojeció la acequia de aquella localidad (Ortega, 1990).

Pero no solo se fusilaba a los enemigos políticos sino a los criminales comunes. En uno de los crímenes célebres que narra Cordovez Moure: “Resultaron comprometidos el coronel Manuel Almeida, una mujer, dos hombres y dos esclavos de Almeida, todos los cuales convictos, fueron sentenciados a muerte y ejecutados en la Plaza Mayor”. Agrega Cordovez Moure (1997) que

al coronel Almeida se le fusiló, después de degradarlo; a Vega, La Pinto, Camacho y los negros Amarantos se les ahorcó sacándoles a todos de la cárcel, arrastrados sobre un cuero de res en que había un gallo como emblema de ferocidad, una culebra que representaba la alevosía y un sapo para expresar la premeditación y frialdad en la comisión del delito. Después de la ejecución se cortaron los brazos a los ajusticiados y se les colgaron en cruz sobre la puerta de la casa donde se llevó a cabo aquel crimen.

O el sonado caso de Russi, un salteador de caminos y asesino a quien se le ha mostrado recientemente como revolucionario. Narra Cordovez Moure:

Desde por la mañana, en el lado sur del espacio cuadrado formado al efecto por hileras de soldados, aparecieron los banquillos, cada uno al frente del respectivo cimiento de las columnas que hoy existen en el frontispicio del Capitolio, a contar por la del Occidente, en este orden: en el centro, el de Rodríguez, hacia el oriente de este, el de Russi, y después el de Castillo; al occidente del de Rodríguez, el de Carranza, y el último de ese lado, el de Alarcón. Todos tenían en la parte superior del poste, en letras gordas y negras, la inscripción que expresaba el nombre del reo, el lugar de su nacimiento y el crimen porque se le ajusticiaba.

Pero los castigos públicos no fueron únicamente por razones políticas o legales. Las sanciones eran también religiosas cuando la ofendida era la Iglesia. A dos mujeres que habían participado de un robo de objetos religiosos se les excomulgó en una ceremonia a la que no estaba acostumbrado el pueblo bogotano.

Desde temprano empezó a llenarse La Catedral con las personas ansiosas de presenciar esa ceremonia desconocida para aquella generación. El pueblo ocupaba la plaza, y entre las mujeres se notaba gran sentimiento de hostilidad respecto de aquellas infelices, como lo demostraba el hecho de llevar guijarros en las mantillas para lapidarlas en primera oportunidad. Sin la severa intimación del Arzobispo, las excomulgadas no habrían salido vivas de aquella pueblada. A las nueve y media de la mañana llegó el Arzobispo a la Catedral, vestido con capa caudal, precedido del crucero y del báculo, y acompañado por todo el clero regular y secular, con estolas y sobrepellices. Al llegar la comitiva a la puerta mayor del templo, tomó asiento el prelado, y después se le revistió con amito, estola, capa pluvial morada y mitra sencilla. Momentos después se oyó en la plaza un gran tumulto acompañado de vociferaciones y amenazas terribles: era la furia del pueblo que se despertaba en toda su intensidad a la vista de las penadas que iban custodiadas por medio batallón de soldados en previsión de algún ataque. Al fin, después de mil empujones y puñetazos de los espectadores para quedar situados en primera línea, con el objeto de no perder ningún detalle de tan extraordinario espectáculo, llegaron las dos mujeres a los pies del prelado. Se les quitaron las mantillas y demás prendas del vestido, de la cintura para arriba, hasta dejarlas en camisa: allí, de rodillas y con la cabeza descubierta, pidieron humildemente la absolución, derramando copiosas lágrimas. En seguida el prelado les exigió previamente, bajo la gravedad del juramento, la obediencia a los mandatos de la Iglesia (Cordovez, 1997).

FUSILAMIENTOS EN LA HUERTA DE JAIME

La Huerta de Jaime, hoy Plaza de los Mártires, fue otro lugar tristemente célebre por los fusilamientos que allí se dieron lugar. José Manuel Marroquín (1866) nos narra los orígenes de dicho lugar:

Desde mi niñez estaba yo oyendo hablar de la Huerta de Jaime, de la mana de Zabaleta, del chorro del Fiscal, del chorro de María Teresa y de la calle de las Béjares, sin saber quiénes habían sido ni las Béjares, ni María Teresa, ni el Fiscal, ni Zabaleta, ni Jaime; hasta que, revolviendo archivos, hojeando mamotretos, descifrando manuscritos apolillados y “preguntando a los ancianos”,

según el consejo de la Sagrada Escritura, pude averiguar quiénes habían sido aquellos personajes y por qué se halla unido su nombre al de ciertos sitios o al de ciertos monumentos que, si son humildes a más no poder, tienen el mérito, que las pirámides de Egipto pudieran envidiarles, de haber sabido guardar a través de las edades el nombre que están destinados a inmortalizar. Don Juan Alonso Núñez de Jaime, cuyo nombre se ha perpetuado en cierta plaza de funesta celebridad, nació en la ciudad de Castellón de la Plana, en el reino de Valencia, a fines del siglo XVII o a principios del siglo XVIII, que sobre este punto no están conformes los testimonios que he podido consultar; mas lo que está fuera de toda duda es que en el año de 1724, siendo todavía mozo, se embarcó para las Indias, y que en el mismo año arribó al puerto y ciudad de Cartagena, en la que permaneció hasta el de 1730 dedicado al comercio, y en la que casó con doña Clemencia de Sandoval, que fue luego conocida en Santafé por el sobrenombre de la Piringa. Pasó a esta ciudad en el año dicho, y, según parece, dio de mano a su primitiva profesión, pues no resulta que aquí se hubiera ejercitado en la mercadería. Es de presumirse que vendría con muy buenos dineros, pues apenas establecido en la capital del virreinato, le vemos ya dueño de dos de las casas altas de la calle de San Miguel, de las que hoy no quedan vestigios y en cuyo asiento se habían edificado ya otras por los años de 1800. Estaban comprendidos por entonces en los ejidos de la ciudad el terreno que hoy forma la modernamente llamada Plaza de los Mártires, y los que han servido de asiento a los edificios que la cierran; pero en la parte oriental de lo que hoy es plaza había cedido el cabildo, años hacía, a doña Beatriz de Lugo, el área suficiente para construir una casa, con huerta y con todas sus dependencias. Y ora fuese por la vaguedad de los términos en que se había hecho la cesión, ora por el poco caso que el cabildo debía de hacer en esos tiempos de terrenos eriales y no muy productivos como aquéllos, los herederos de la doña Beatriz fueron poco a poco reputándose dueños, no solamente del terreno que legítimamente les mencioné. Y acaeció que, queriendo nuestro valenciano hacerse a ellos para los fines que adelante veremos, los herederos de la Lugo no tuvieron dificultad en vendérselos, y así lo hicieron por la suma de 180 patacones, sin que ni ellos ni don Juan Alonso hubiesen andado muy melindrosos en el examen de los títulos de propiedad. La escritura de venta fue otorgada en el año de 1732. Una vez en posesión de su nueva finca, el hidalgo Núñez de Jaime intentó establecer allí una tenería, y aun empezó a levantar una enramada con aquel fin; mas, sin que pueda saberse por qué causa, no tardó en desistir de su empeño, y lo que hizo fue edificar una buena casa en el paraje que hoy ocupan algunas de las muy ruines y miserables que por el este limitan la plaza. Como el don Juan Alonso era por la cuenta emprendedor y amigo de sus comodidades,

y como, por otra parte, había tela de dónde cortar, la huerta de la casa vino a tener unas dimensiones que hoy no parecerían exiguas para un potrero. Era Núñez de Jaime en extremo aficionado a la horticultura como buen valenciano, y así fue que, a la vuelta de pocos años, ese mismo suelo que vemos hoy en parte cubierto de edificios, en parte empradizado de carretón y de otras yerbas, y en parte cruzado por senderitos, se vio enriquecido con abundantes y bien cultivadas hortalizas y flores, y sombreado por árboles frutales tan variados y hermosos cuanto lo comporta la escasa disposición que para producirlos y alimentarlos tienen nuestro clima y nuestro suelo. Por muy venturoso se tenía el santafereño y por no poco afortunada la santafereña que cultivaba la amistad de don Juan Alonso y de la Piringa, pues no había cosa como dar un paseo por la huerta de Jaime y como el salir de ella con los bolsillos y el pañuelo atestados de camuesas y duraznos. Los profanos se alampaban por aquéllas y otras frutas contemplándolas con ojos codiciosos por fuera de las tapias. Los pilluelos más atrevidos de la época concibieron más de una vez el temerario designio de escalarlas; pero los ladridos de un mastinazo disforme que guardaba el huerto, dieron siempre al traste con aquellas empresas. Aquí dejan un gran vacío los manuscritos de donde he tomado estos apuntes, y no vuelve a hacerse mención del valenciano ni de su huerta sino en una sentencia que lleva la fecha de 1744, en la que se declara que los herederos de don Juan Alonso Núñez de Jaime no poseen los terrenos de que hablo sino en virtud de una usurpación hecha al común, y en que se ordena que sean despojados de ellos y arrasadas las tapias que cerraban la huerta. De aquí se infiere que el valenciano había muerto ya por ese año, y si la sentencia tuvo o no cumplida ejecución, díganlo el actual estado de la huerta de Jaime y los escasos vestigios que en ella quedan de los duraznos y de los camuesos (Marroquín, 1866).

En este solar se presenciara, durante los días de la reconquista, el desfile de los mártires que salían de su capilla en el Colegio del Rosario, bajaban por las calles y tomaban hacia el norte a la Plaza de San Francisco hacia el sur, a la Huerta de Jaime.

Siguiendo la piadosa práctica del instructor que enseñaba en aquellos tiempos las primeras letras, continúa Marroquín,

... debían los niños dejar la escuela a buena hora para ir a presenciar la ejecución de la pena de muerte, que en aquel día iban a sufrir los que habían sido condenados por traidores a Su Majestad don Fernando VII, de feliz olvido. Henos allí al lado del puente de San Victorino, formando parte de esa falange de chicuelos que preside en cualquiera pública función, anhelando el momento en que desembocara en la plazuela el fúnebre cortejo. Los españoles, aparte de sus crueldades, se han hecho célebres por la gravedad e imponente aparato

con que han sabido revestir las escenas de terror, desde el auto de fe hasta una simple ejecución. Ocho batidores blandiendo relucientes espadas abrían paso ahuyentando a la multitud, que por todas partes se apiñaba a reconocer a los ajusticiados. La comitiva rompía precedida por un crucifijo sostenido a regular altura. Dos faroles de singular construcción a los lados alumbraban con dudosa luz la imagen del Hombre Dios. La voz de la piedad se anunciaba por el tañido de esa campana que hoy mismo oímos resonar para advertir a los hermanos de la venerable orden tercera que uno de ellos ha dejado de existir. La seráfica comunidad de franciscanos, con su sayal destinado para servir luego de sudario, calada la capilla y salmodiando a compás el oficio de los agonizantes, formaba las filas que cerraban atrás los destinados al suplicio, sostenidos cada uno por dos ministros del altar, y rodeados de sayones y de verdugos. Piquetes por todas partes, cubriendo las avenidas, corriendo la multitud, daban a conocer la importancia de las víctimas y el recelo de sus sacrificadores. En este orden entraba la comitiva por la vía dolorosa, es decir, por la calle Honda que conduce a la Huerta de Jaime...

El nombre de esta calle, nos dice Santander (en Bayona, 1988), si nos remontamos, es verdaderamente etimológico. Bajo el nivel que tenía la calle en la época a la que hace referencia el narrador se abría una senda profunda, de piso gredoso y desigual, de penosa travesía, remedando una trocha formada por la mera acción del paso del hombre. Diríase que era una calle enclavada en otra superior, desahacible, solitaria y aterradora como toda encrucijada. Al lado izquierdo, así como entramos, veíase una serie de casitas de pobre apariencia.

El empedrado se extendía como vara y media e iba a dar sobre la hondonada, y dominaba a esta, semejando un balcón. La eminencia del lado derecho era mayor, y la coronaba una cerca casi derruida, entremezclada de borracheros, cuya sombra ocultaba la choza de un hortelano. Seguía luego un solar inculto, a su frente unas tienduchas ennegrecidas, como sus moradores, por el humo y la miseria. El pasajero, al cruzar esta calle funesta, aceleraba el paso, como el que teme una acechanza. En su término describía el panorama estrecho de la Huerta de Jaime.

El español Morillo había escogido adrede esta plaza, abierta por el frente y circunvalada de paredes de tierra, como un lugar propio de expiación. Desde aquí se veía dominada por la ciudad, pues quedaba a su extremo central y podía mirarse de todas partes. Hacia el fondo se levantaba el suplicio, para que fuera más visible.

Aproximadamente a las diez de la mañana ya estaba este espacio rodeado de cuerpos de guarnición, y la multitud ocupaba el resto de la plaza y ganaba las paredes para presenciar con más comodidad el espectáculo. Los sitios se tomaban

a buen tiempo, se esperaba en silencio el momento, y cuando un rumor confuso anunciaba la llegada de las víctimas, todos se disponían con afanoso cuidado para no perder el rasgo más insignificante de la sangrienta tragedia.

La curiosidad, la vanidad y el ansia de espectáculo de la gente, mostraban una mezcla entre la barbarie, la ferocidad y la estupidez. Las miradas siempre fijas en el crucifijo, el rostro pálido y descompuesto, la voz insegura, el fervor o la resignación eran algunas de las manifestaciones de quien marchaba hacia la muerte.

Aquel día la fiesta, como entonces se decía, tenía algo de nuevo y sorprendente. No era solo el número de los ajusticiados ni su categoría lo que llamaba la atención. ¡Era un ahorcado!... En efecto, al pie de la máquina se mostraba un ser humano, ¡con rostro feroz y atraidorado, avezado a crimen y diestro en dar la muerte. Llevaba vestido colorado ribeteado de blanco, las piernas desnudas, cubierta la cabeza con un sombrero apuntado; ¡parecía el bufón del drama, y no era sino el verdugo!

Luego el redoble de los tambores, el movimiento de las tropas, las voces de mando, el ruido y tropel de las gentes anunciaba el instante supremo, que acompañaba el martirio.

En resumen, la Plaza Mayor, junto con la Huerta de Jaime, fueron durante el periodo independentista, el del terror del pacificador Murillo y los primeros años de la República, los escenarios elegidos para los ajusticiamientos: en 1819, los fusilados fueron Barreiro y sus compañeros; en 1825, Leonardo Infante, después de ser degradado; el 30 de septiembre de 1828, sufrieron la última pena los septembrinos Silva, Galindo, López, Horment y Zulaibar, a los que siguieron, el 2 de octubre, el coronel Ramón Nonato Guerra, de distinguidísima familia, quien murió con piadosa resignación auxiliado por el padre Margallo y el valiente almirante José Padilla, que fue despedazado a balazos y cuyo último aliento fue el grito de “cobardes”. Cuando en aquella tarde luctuosa los dos cadáveres fueron inhumanamente colocados en horcas, se desató una terrible tempestad acompañada de torrencial aguacero y abundante granizo (el cordonazo de San Francisco), y dice Cordovez Moure: “Nada más conmovedor que la vista de aquellos dos cadáveres empapados, que chorreaban sangre sobre una espesa capa de granizo enrojecido al pie de las horcas”; y el 14 del mismo mes correspondió el turno a otros siete septembrinos, encabezados por el joven Pedro Celestino Azuero, una frustrada esperanza de la patria. Un lustro más tarde, en 1833, en octubre, los 17 implicados en la conspiración de Serdá; y en diciembre fue fusilado Manuel Anguiano, hijo de uno de los gloriosos mártires de Cartagena; al año siguiente fue exhibido el

cadáver del propio general Serdá, vestido con burdo sayal franciscano, que había sido asesinado en la casa de la calle de La Rosa (carrera 4ª entre 10 y 11), donde se escondía. En 1842, con los auxilios espirituales del canónigo don Antonio Herrán, futuro arzobispo de Bogotá, y del Padre margallo, fue fusilado Apolinar Morillo, autor material del asesinato del Mariscal de Ayacucho; y en julio de 1851 cierran este lúgubre desfile de ajusticiados, ya en las gradas del Capitolio, el doctor José Raimundo Russi y otros cuatro de su célebre cuadrilla de ladrones y asesinos.

Es importante anotar que todos estos acontecimientos están comprendidos en los tres primeros periodos de media duración, desde la Colombia de Bolívar, hasta la era liberal, pasando por el periodo de la Nueva Granada.

Se puede apreciar entonces que la función que cumplía el espacio público era fundamentalmente la de comunicar un mensaje de autoridad a los observadores. La elección de un lugar abierto al que pudieran asistir todos los habitantes con un dramatismo bastante elaborado, generaba un rito de poder de la autoridad que regía en el momento. El control sobre el ciudadano a partir del espacio público era, entonces, la base de la intención comunicativa de la autoridad tanto gubernamental como eclesiástica.

LOS CRÍMENES

Aparte de los fusilamientos o ajusticiamientos por razones políticas, legales o religiosas que se dieron lugar en la Plaza Mayor, los crímenes cotidianos merecen una sección especial. En particular se destacan los acaecidos a comienzos del siglo en los alrededores de la Plaza de San Francisco, los cuales quedaron consignados gracias al recuento que de ellos hace Cordovez Moure (1997) para probar la tesis de que existen ciertos lugares con un sino funesto de repetición de sucesos trágicos.

En la casa que daba el frente a la calle del costado occidental del convento de San Francisco asesinaron, Manuel Almeida y sus cómplices, al presbítero Tomás Barreto. El 10 de agosto de 1819, día de la entrada de Bolívar a Bogotá, el general Maza mató al español Brito frente a la iglesia de La Veracruz. En la plazuela inmediata fue fusilado Francisco José de Caldas. En la casa que era cuartel de caballería al frente de la torre del templo de San Francisco mató allí el general José María Melo al cabo Pedro Ramón Quirós. Igualmente, el oficial Pedro Arjona mató al coronel José Manuel Montoya cuando el primero era conducido por el segundo en la cuadra de San José. De la torre de la iglesia de La Tercera partieron las balas que hirieron de muerte a los generales Tomás Herrero y Eusebio Mendoza, y al coronel Diego Caro en la bocacalle formada

por la carrera 7ª y la calle 17. Don Carlos José Espinosa mató a don Valentín Pareja, quien lo atacó al llegar a su casa situada en el costado oriental del parque de Santander. Teodoro Rivas mató a su esposa en 1840, delito por el cual fue fusilado en el sitio que hoy ocupa la estatua de Santander. Y en este mismo sitio, un soldado mató a bayonetazos a altas horas de la noche a un transeúnte por creer que este iba a causar daños a los trabajos iniciados para erigir la estatua de Santander.

Como si esto fuera poco, diez personas se habían suicidado en casas adyacentes al edificio de San Francisco para el momento en que Cordovez escribía estos acontecimientos.

En un acceso de locura, continúa Cordovez, el lego cocinero de los franciscanos se arrojó de la torre con tan buena suerte que quedó engarzado de unos garfios de hierro que había en los balcones y así se evitó que muriera. El 10 de abril de 1864, entró un toro furioso a la iglesia de San Francisco en medio de la misa de ocho y mató de una cornada a doña Pacha Mogollón, anciana de más de 70 años. En las elecciones de 1875 para presidente de la República un estudiante disparó su revólver sobre el general Santos Acosta frente a la mesa de jurado de votación en que se había instalado en el costado sur del parque Santander, con tan buena suerte para el general que su caballo fue el que recibió el balazo. Finalmente, al atravesar dicha plaza don Miguel Rodríguez durante las elecciones de 1879 recibió por equivocación un balazo en el pecho que lo invalidó de por vida...

LOS DESFILES

Las calles y plazas eran, como hasta hoy, escenario para el reconocimiento popular de los logros de los personajes de la sociedad. Durante el periodo de la independencia se organizaron desfiles militares para rendirle honores a Bolívar. Después de la victoria en Boyacá se realizó un desfile desde San Diego, que era la puerta de entrada de la población por el lado norte, por todo el Camellón de Las Nieves, la calle de La Carrera hasta San Agustín y su regreso por la calle de Santa Clara a la Plaza Mayor, donde Bolívar y los demás jefes fueron recibidos por el gobernador del arzobispado, doctor Nicolás Cuervo, quien con el cabildo metropolitano, el clero regular y secular, los universitarios y los colegios, introdujo al Libertador y a sus generales a la Catedral, en donde se cantó un solemne *Te Deum*. Describe Ortega (1990):



◀ **Carrera 7ª desde la avenida Jiménez de Quezada hacia el sur.**

La torre de la iglesia de San Francisco sirvió para hacer esta panorámica. La gran profundidad de campo de la fotografía permite apreciar hasta la torre de San Agustín al fondo.

Autor: Duperly Henri

Fecha: 1895.

Técnica: fotografía copia albumina.

Fuente: Eduardo Serrano. *Historia de la fotografía en Colombia*. 1983.

Después de este acto religioso, los generales volvieron a la plaza, en donde se había trabajado una especie de anfiteatro en cuyo centro se levantaba un solio adornado con banderas tricolores y rodeado de seis grandes estatuas que simbolizaban la Religión, el Valor, la Fe, la Constancia, el Honor y la Libertad. El jefe político colocó en el centro del solio al Libertador, y a sus lados a los generales Anzoátegui y Santander. Los batallones patriotas formaban dos inmensas alas en los costados del anfiteatro y numeroso pueblo ocupaba el resto de la plaza. Las madres, las hijas, las prometidas de los mártires del Terror, se agrupaban al pie del solio, radiantes de alegría, viendo que el sacrificio no había sido estéril. Veinte señoritas pertenecientes a las familias más distinguidas, con trajes blancos al estilo de las vestales romanas, presentaron coronas y medallas a los jefes vencedores. Una de las señoritas (Dolores Vargas), hija de uno de los mártires, dirigió un emocionado discurso a Bolívar, al que este respondió con elocuencia y quitándose la corona que le habían colocado sobre las sienes la arrojó a los soldados diciendo: 'Esos libertadores son los que merecen estos laureles.' Un momento después la corona lucía en lo más alto de la bandera del batallón Rifles...

De igual manera, el 14 de noviembre de 1826, al llegar Bolívar procedente del Perú, después de largas y gloriosas campañas, y en medio de las gentes llenas de entusiasmo recorrió la Calle de Florián; Ortega (1990) transcribe la descripción que hace José Caicedo Rojas, quien fue testigo presencial de este acontecimiento:

Bolívar venía adelante de numerosa comitiva ecuestre que había salido a encontrarle. Montaba un hermoso caballo bayo, y venía a paso levantado, aunque tenía dificultad para andar porque la gente de a pie le impedía el paso y lo asediaba entre vivas y aclamaciones. Llevaba el sombrero apuntado en la mano y con él saludaba a todos los balcones, los cuales estaban cuajados de damas y cubiertos de damascos de seda de todos colores, o de cortinas tricolores. Una lluvia de flores caía sobre él y le cubría los vestidos y la cabeza. Al llegar a la plaza principal el estruendo de las bandas militares, tambores, pífanos y cornetas, unido al de cien campanas echadas a vuelo, atronaba los aires, mientras que la tropa de la guarnición presentaba las armas y le hacía los demás honores que le correspondían...

Signo de la auténtica democracia colombiana fue el abrazo que años después el 4 de diciembre de 1854, al caer la dictadura de Melo, se dieron en la Plaza de Bolívar, ante la efigie del Libertador y padre de la Patria, cuatro expresidentes de la república: los conservadores José Ignacio de Márquez y Pedro Alcántara Herrán y los liberales Tomás Cipriano de Mosquera y José Hilario López, como una afirmación rotunda de que los dos partidos tradicionales olvidan rencores y se unen fraternalmente al pie del tricolor nacional contra las dictaduras (Ortega, 1990).



◀ Carrera 7ª calle 15ª.
Recibimiento a Rafael Reyes.

Autor: Duperly Henri
Fecha: 1895.
Técnica: fotografía en blanco y negro.
Fuente: José Vicente Ortega Ricaurte. Sociedad de Mejoras y Ornato. *Álbum fotográfico*. 1996.

ACTIVIDAD RELIGIOSA

Las actividades religiosas también han tenido sus manifestaciones en el espacio público, con clara intención de comunicar al grueso del público su visión del mundo y afianzar su poder. Las calles y plazas eran lugares indicados para transmitir el simbolismo de los valores religiosos, y donde se podía congregarse la mayor cantidad de población. Cordovez Moure hace una detallada descripción de las distintas fiestas en la tradición de la ciudad, las cuales en su mayoría eran de tipo religioso. A pesar de esto, para el pueblo tenían un significado más de carácter lúdico. Aunque estas fiestas estaban siempre precedidas de actos religiosos solemnes, por lo general terminaban en desenfrenos de la población. El *Corpus Christi*, dice Cordovez (1997)

...es la fiesta que se celebra con mayor esplendor en Bogotá. La víspera se anuncia con fuegos artificiales. Se levantan cuatro altares ricamente adornados, uno en cada esquina de la Plaza Mayor, por donde ha de pasar la procesión, y por una singular mezcolanza de lo sagrado con lo profano, por todas partes se ponen cucañas, fantoches y una infinidad de jaulas llenas de animales raros y extraños. Las diversiones y los juegos cesan en cuanto la campana, que indica que la procesión se acerca, deja oír su tañido. Todo el mundo entonces se descubre y se arrodilla en la calle...

La fiesta del *Corpus Christi*, continúa Cordovez, empezaba por repiques de campanas a las doce del día de la víspera, en todas las iglesias, y gran quema de cohetones en la plaza principal. Como entonces había mercado permanente en la misma plaza, vivían allí todos los perros sin dueño conocido: pero al zumbido del primer cohete, tenía lugar un fenómeno graciosísimo: los perros corrían locos de terror, sin reponerse del susto hasta llegar a los ríos Fucha o del Arzobispo, y eran remplazados por los muchachos de la ciudad, que acudían presurosos, atraídos por el ruido y los repiques.

Las festividades del *Corpus Christi* igualmente, representaban un sincretismo cultural entre indígena y español:

La Plaza principal de Bogotá presentaba durante varios días un aspecto asaz curioso –afirma Le Moyne–. Mediante plantaciones improvisadas se transforma en un jardín al que se le da el nombre de paraíso, donde se reúnen como en un campo de feria los indios y otras gentes que viven en la Campiña de los alrededores de Bogotá, para vender o solo para exhibir todo género de productos por ellos fabricados, amén las frutas y animales raros o extraordinarios y se ven carteles unas veces con lemas, otros con chirigotos y hasta sátiras más o menos extravagantes, en prosa o en verso, alusivas al objeto exhibido.



◀ Carrera 7ª,
avenida Jiménez.
Procesión
religiosa.

Autor: Duperly Henri.
Fecha: 1905.
Técnica: fotografía
en blanco y negro.
Fuente: José Vicente
Ortega Ricaurte.
Sociedad de Mejoras
y Ornato. Álbum
fotográfico.

El *Octavario*, otra fiesta religiosa, continuaba en La Catedral con gran pompa hasta el jueves siguiente, en que tenía lugar la misma procesión por los alrededores de la plaza, previos fuegos artificiales de la víspera, todo muy parecido a la fiesta del *Corpus Christi*.

Protagonistas de estos eventos eran los niños, quienes participaban de las festividades haciendo rechiflas con las cohetadas, y los más pequeños asistiendo con las criadas a gozar de aquellas diversiones que incluían, aparte de las cohetadas, bailes, exhibición de matachines, hombres disfrazados de danzantes, quienes marchaban al son de la música y las tamboras que sonaban hasta las diez de la noche.

Como veremos a continuación, las festividades religiosas eran más un pretexto, cuyo interés pagano se expresaba en las festividades que seguían a las ceremonias litúrgicas. En la Plaza Mayor se solían hacer representaciones caricaturescas de los personajes políticos. En una ocasión se hizo una representación para la que se había preparado, cerca del Mono de la pila, un castillo que simulaba una fortaleza aspilleraza con claraboyas, en dos de las cuales se veían pintadas grotescas caricaturas que representaban el Despotismo en Simón Bolívar y la Tiranía en doña Manuela; figuras que serían quemadas la noche del 9 de junio de 1830, como inicio de las festividades del *Corpus Christi*. Se dice, según Cordovez, que cuando Manuela Sáenz se enteró de esta caricatura arremetió montando a caballo en compañía de sus negras, Jonatás y Nathan, en traje de soldados, y también jinetes, contra la representación atacando a los soldados que custodiaban las figuras, vociferando contra el gobierno y el pueblo, a los que calificó de cobardes.

PROTESTAS Y ACONTECIMIENTOS POLÍTICOS

Desde la época colonial hasta nuestros días, la Plaza de Bolívar, como lugar público, ha sido el lugar preferido para las protestas contra las acciones del gobierno. Nos cuenta Ortega que en la parte alta del Cabildo había un ancho corredor con dos arcos hacia la plaza que llamaban La Cazueleta, que se hizo célebre porque desde ella el 20 de julio de 1810 los vocales de la Junta Suprema arengaron a las multitudes enardecidas, y al anochecer se oyó el verbo inflamado y elocuente de José Acevedo y Gómez, el Tribuno del pueblo, quien dirigió al populacho su famoso apóstrofe en el que mostrándoles con el dedo la cárcel les ofrecía, si se desanimaban, la horrible perspectiva de los calabozos, las grillos y las cadenas que los esperaban. Días después, el 25 de julio de 1810, el virrey Amar y Borbón fue conducido desde el Palacio que le servía de residencia, atravesando la diagonal de la plaza en medio de un pueblo compacto y que a pesar del odio que le tenía al virrey y de estar armado, lo respetó.

Otra famosa protesta fue la que se llevó a cabo en esta plaza por parte del pueblo insatisfecho con el alza en los costos del pan. En 1875, fecha comprendida dentro de la era liberal, etapa de media duración para los propósitos de este estudio, había dos temas sobre los cuales se concentraba la atención de los bogotanos. Uno, era la campaña electoral que debía conducir a la elección de un nuevo presidente para 1876. El otro, era la gran crisis económica mundial que, lógicamente, estaba repercutiendo sobre la frágil y vulnerable economía colombiana. Fue ese el momento en que tuvo lugar en la capital un tormentoso movimiento popular que se conoció como “El motín del pan”.

En 1868 la industria molinera de harina de trigo, en Bogotá consistía en tres molinos movidos por rueda hidráulica. El negocio era muy bueno para los empresarios, pues la falta de competencia y el acuerdo entre ellos les permitían exigir a los productores de trigo la maquila que a bien tenían. En vista de tales antecedentes fue que la familia Sayer montó su molino movido por vapor, que sin las contingencias anexas a la rueda hidráulica en los veranos debía funcionar durante todo el año de día y de noche, lo cual la puso en capacidad de disminuir el precio de la maquila en perjuicio de los primitivos empresarios. Estos, advertidos de la catástrofe que los amenazaba, lograron adquirir por compra el nuevo molino en 1874, menos la máquina de vapor, cuando los Sayer decidieron venderlo para resarcirse de la ingente inversión que realizaron en el momento de la compra e instalación del mismo, y que hasta el momento no habían podido recuperar.

Una vez que los primitivos empresarios volvieron a quedar como dueños exclusivos de la industria de moler trigo, resolvieron aumentar el valor de la maquila, lo que dio por resultado que los panaderos buscaran compensación por medio de un convenio por el cual no fabricarían pan de a cuarto, llamado así por ser el preferido del pueblo pobre en razón a que con dos y medio centavos se obtenían cuatro panes de regular tamaño. También decidieron los panaderos suprimir el vendaje, o “ñapa”, en la venta del pan. Informa Cordovez Moure:

El mismo día de la aplicación de la medida empezaron a aparecer en los muros y puertas de las casas de los panaderos inscripciones con calaveras y las letras “M. a P.” (Muerte a los panaderos). Estos, por su parte, expidieron comunicados en los que justificaban las alzas invocando los incrementos de jornales y la creciente carestía de sus materias primas. A continuación las esquinas se llenaron de carteles que convocaron a las gentes para una cruzada contra los especuladores y monopolistas del pan.

Las proclamas terminaban incitando a la “guerra y muerte contra los que nos hambread”. En efecto, la multitud, en número cercano a las dos mil personas, cumplió la cita de la Plaza de Bolívar el sábado 23 de enero, y allí mismo fue designada una comisión que debía dirigirse al Palacio Presidencial para plantear al primer mandatario los reclamos del pueblo. Es curioso el hecho de que en su tránsito hacia la casa de gobierno las gentes vitorearon a un panadero foráneo de apellido Jallade que había anunciado que no impondría ninguna alza en sus productos. Lógicamente, la intervención presidencial no solo no aplacó al pueblo, sino que lo exacerbó más aún. Inclusive se oyeron muertas al presidente de la República y de nuevo en la Plaza de Bolívar los dirigentes del movimiento pronunciaron arengas, estas más incendiarias que las anteriores a la alocución del jefe del Estado. La consecuencia fue que, convencidos los ciudadanos de que en las autoridades no tenían apoyo alguno, se dirigieron hacia las diversas panaderías con el fin de tomarse justicia por su propia mano. Las casas de los panaderos fueron atacadas y con especial saña la del acaudalado empresario, financista y dueño de molino de trigo Joaquín Sarmiento, a quien el pueblo sindicaba como el responsable número uno de la gigantesca especulación.

En esos días los diversos periódicos de la capital abundaron especialmente en todo tipo de informes y comentarios sobre las causas, el desarrollo y las consecuencias del “Motín del pan”. Veamos algunas muestras de las informaciones publicadas entonces por la prensa capitalina:



◀ **Plaza de Bolívar,**
costado sur.
Recepción a Rafael
Reyes.

Autor: Duperly Henri.
Fecha 1895.
Técnica: Fotografía
(copia albúmina).
Fuente: Eduardo
Serrano. *Historia de la
fotografía en Colombia.*
1983.

...A los gritos de ‘Mueran los Panaderos’, ‘Abajo el monopolio’, se encaminó la multitud a... maltratar a pedradas todas las casas de los panaderos tildados de haberse asociado para subir el precio de este artículo... En poco tiempo las ventanas de todos aquellos establecimientos y las de las casas de los antiguos productores de pan, quedaron arrasadas y demolidas, alcanzando el daño hasta los muebles de algunas de ellas. Comenzóse por la habitación del Señor Joaquín Sarmiento, Director del Banco de Bogotá y propietario del Molino de Los Alisos, sobre la cual arrojaron gran lluvia de piedras, rompiendo los cristales de los balcones; ...y donde uno de los serenos que acudió a la puerta del mismo Señor Sarmiento, fue víctima del furor de la multitud... por la bala de un revólver ... Luego continuó la multitud por la calle de Florián atacando a piedra la casa de la Señora Juana Durán. Luego siguieron por la carrera de Bogotá al barrio de San Victorino, deteniéndose y atacando a piedra ... casi simultáneamente ... las casas de panadería y volvieron pedazos en ellas los vidrios y ventanas ... Fueron atacadas también las casas de los Señores Osorio y Durán en la calle de las Águilas; la del Señor Matías Pérez en San Victorino; la de las Señoras Pereira, la del Señor Lorenzana en el Carmen y la de la Señora Otálora y otras en Las Cruces fueron destrozadas por los amotinados ... además de la de Ana María Quijano, Concepción Cárdenas y muchas otras más, hasta completar el número de treinta casas, sin contar el ataque hecho en los mismos términos a las ventanas o balcones de los individuos que en otro tiempo habían dado pan al consumo ... igualmente fueron rotos los balcones de otras casas en cuyos pisos bajos hay panaderías... (Cordovez, 1997).

Otro acontecimiento relacionado con protestas populares, de las cuales fue testigo igualmente la plaza, fue la huelga de los artesanos conocida también como el bogotazo del 93, descrito en la colección de Salvat-Villegas editores:

Lograr control sobre los artesanos, o al menos influir en su organización y sus orientaciones, fue un objetivo sobre el cual el movimiento de la Regeneración puso particular interés. No obstante, el desgaste propio del régimen, las difíciles condiciones sociales porque atravesaban los artesanos, el alto costo de la vida, la acción de grupos de base del liberalismo radical que propagaban la necesidad de la guerra contra la regeneración, la cerrera recristianización de la sociedad que se manifestaba en una cruzada por un control excesivo de la población y, naturalmente, el viejo grado de autonomía de los artesanos, constituyeron los elementos para el estallido de un nuevo motín en 1893.

El lunes 16 de enero fue el día más duro del motín. A las 11 a.m. hubo concentración en el puente de San Francisco, presidida por artesanos notables; el objeto era dirigirse a la casa del general Cuervo, Ministro de Gobierno, para pedir la libertad de los detenidos por las pedreas del día anterior y el castigo de Colombia Cristiana en aplicación de la ley de imprenta. Pero luego que el Ministro se negó a atender a los manifestantes pretextando encontrarse enfermo, estos se dirigieron a la casa de Ignacio Gutiérrez a reiniciar su ataque, enfrentándose de nuevo a las fuerzas del orden con el saldo de un muerto de los amotinados; Isaac Castillo, baleado por un gendarme. Desde ese momento el motín varió de cariz y se dirigió entonces contra la policía a causa de la vida que esta había cegado. Por toda Bogotá se dispersaron numerosos grupos armados con cuchillos, palos y piedras que recorrían las calles.

Según palabras del inspector Wenceslao Jiménez:

Al bajar por la plazuela de San Victorino, subían con el cadáver de Castillo y en aquel lugar, reconocido ya como jefe de policía por la multitud, fui víctima de insultos y pedradas; ...Al llegar a la Plaza de Bolívar me encontré con el motín que venía desde Santa Bárbara, bajando por la calle de San Carlos, con banderas negras y coloradas, y armados de garrotes, peñillas, cuchillos, piedras e instrumentos de varias clases, y lanzando más o menos estos gritos: “Abajo el gobierno”, “Abajo la policía”, “Viva el partido radical”, “Viva el pueblo”, “Vivan los artesanos”. Esta desenfrenada turba... destruyó todos los útiles y elementos de la comisaría de la 5ª circunscripción... Serían ya como las 5 p.m.; parte de los amotinados se encaminó al local de la Dirección de policía, y parte por la calle Real, en dirección a San Diego, en el mayor desorden, con el propósito, según se veía, de aniquilar todo elemento relacionado con la policía... Llegaron

a la comisaría de la 3ª División situada en la calle 24, la cual encontraron abandonada; allí rompieron los muebles y útiles de la comisaría... El edificio quedó en lamentable estado de deterioro. Acto continuo salieron y se encaminaron al centro de la ciudad; llegaron al local que ocupa la 2ª División, donde un gendarme les opuso resistencia; el pueblo rompe una ventanilla inmediata y por ahí introduce alguno el arma homicida que da la muerte a aquel intrépido agente de policía, luego... rompen la puerta, se entran, destruyen todo... suben al segundo piso y rompen y destruyen las puertas, vidrieras y muebles de los juzgados...

Igualmente manifestó que en seguida se dirigieron al local de la 4ª comisaría.

Diez agentes de la División... resistieron el primer ataque hasta que arrollados por la multitud, y viéndose impotentes para rechazarla, salieron y dejaron el local abandonado, a cuyo interior penetraron los amotinados... destruyeron el archivo íntegro, rompieron los muebles y útiles de la comisaría... Las partidas eran numerosísimas y era imposible... atender a todas ellas, por grande que hubiera sido la fuerza existente en la ciudad. Por todas las calles recorrían considerables grupos gritando a "Lo Comuna", "al 93", "muera al gobierno, a la policía", etc., etc. En la Plaza La Capuchina, pretendieron renovar sus ataques...

Continúa el comisario Becerra, de la segunda circunscripción:

En La Capuchina pusieron un aparato de carros en forma de trinchera, desde donde hacían tiros con piedras en hondas y muchos con Remington sobre los agentes... Este ataque fue sostenido hasta las 7 y 30 p.m...

Vuelve el inspector Jiménez:

Algunos muertos y muchos heridos de la multitud resultaron en tan doloroso trance... 15 agentes de la 3ª división... fueron acometidos en la calle por individuos de la multitud, quienes atacaron con piedras y peinillas a los agentes... En ese momento, como a las cinco y cuarto de la tarde, otro grupo numeroso se aproximaba al local de la dirección de policía en movimiento bélico, con el propósito, según se veía, de atacarlo. Las gentes con piedras, instrumentos y armas de distinto género, ya habían hecho otro empuje en las primeras horas de la tarde, causando heridas de gravedad en los agentes...

Se comenta en las narraciones de la época, que

...al fin el ataque era ya tan vigoroso y persistente que el señor director Gilbert ordenó hiciéramos fuego... Así se verificó disparando desde los balcones de la dirección a la multitud... En ese encuentro quedaron muertos una serie de infelices; el fuego empezó a hacerlos disolver, y poco a poco fueron separándose

de este sitio para continuar su tarea... en otros varios puntos de la ciudad... Como a las siete y media de la noche se dirigió parte de la numerosa multitud a la casa del ministro de Gobierno, Antonio B. Cuervo; forzaron la puerta... rompieron y destruyeron los muebles y útiles y dejaron todo en completa ruina... Posteriormente se encaminaron a la casa del Señor Luis Bernal, inspector de policía; derribaron una de las ventanas; entraron... destruyeron luego con saña feroz el mobiliario de la casa y toda la ropa de la familia... Otro grupo se dirigió a Santa Bárbara. Allí forzaron y rompieron la puerta de la comisaría de policía; despedazaron los muebles y útiles de la oficina y aun destruyeron casi en su totalidad el archivo... A este tiempo una multitud se encaminaba a la Casa de Corrección de San José de Tres Esquinas... llegaron, despedazaron gran número de muebles... abrieron de par en par las puertas y pusieron en libertad a más de 200 presas; un número crecido de ellas salieron a formar parte de la infernal asonada... También un grupo de amotinados se encaminó a la casa del señor Higinio Cualla, alcalde de la ciudad... destruyendo muebles y objetos de distintas clases... Allí una parte fue capturada y el resto de amotinados huyó despavorido con la presencia del Ejército que, distribuido en numerosas patrullas, aprehendió a más de 400 amotinados y restableció el orden antes de las doce de la noche.

Se comenta que 135 faroles de petróleo fueron destruidos en esta ocasión, rotos los alambres de telégrafos y teléfonos, y derribados los postes que los sostenían. Dejemos constancia de un hecho que observó Rufino Gutiérrez luego del asalto a su casa el primer día, expresión de la gran espontaneidad que caracterizó en lo fundamental al Bogotazo del 93:

De aquella hora, las nueve de la noche, en adelante, grupos más o menos numerosos recorrían las calles, lanzando gritos diversos y discordes, lo que hace ver que carecían de jefe y organización. En uno se vitoreaba al ejército y en otro se le insultaba; allá se gritaba contra la clase alta, y en la calle siguiente se vitoreaba a la *crème*; aquí se proponía seguir al norte, y cien metros adelante se resolvía volver al sur (Salvat-Villegas, 1989).

EL TRÁNSITO

La plazuela de San Victorino era el puerto de la ciudad y el punto de arranque del tranvía de mulas, lo que ponía en actividad al barrio. Los pasajeros iban encerrados en el vagón, y este era arrastrado por caballos.

CAMINATAS Y ENCUENTROS SOCIALES

La plaza, junto con el altozano de la Catedral, eran los lugares preferidos para exhibirse en público. A las doce y media solían cerrar las tiendas y oficinas para embridar los caballos y pasearse por la plaza para dejarse ver de las muchachas. Mención especial merece el altozano como lugar público de los bogotanos en el siglo XIX, que igualmente fue parte del cementerio de la Iglesia durante el periodo colonial.

Frente a la Catedral estaba el atrio o altozano, el cual servía de cementerio de los pobres, pues solo a los ricos los enterraban dentro de las iglesias. Estaba hecho al nivel del piso de la iglesia con un pretil de ladrillo que rodeaba todo el edificio, cubierto de sillares almohadillados y con varias pirámides que remataban en bola. En un principio, no se extendía el atrio sino al frente del templo y su ampliación, cuenta Ortega,

costó un agrio pleito entre el arzobispo Almansa y el presidente, marqués de Sofraga; en efecto, las relaciones entre las dos altas autoridades eran muy poco cordiales, pues el presidente don Sancho Girón, que era de carácter levantisco e iracundo, además de muy engreído de sus títulos nobiliarios, exigió del arzobispo que le diera el tratamiento de Señoría Ilustrísima, a la que no accedió el señor Almansa por ir esto contra las leyes del Reino; y cuando el prelado quiso ampliar el atrio, se opuso el presidente alegando que no quedaba paso fácil a su coche, mas como no fuese obedecido en suspender la obra, hizo apresar a los obreros, visto lo cual por los canónigos, fueron quitándose los manteos y tomando las herramientas continuaron el trabajo sirviéndoles de maestro de obra el señor deán de la Catedral; y la querrela no terminó sino después de largo tiempo de múltiples incidentes. Ampliado y prolongado el altozano, fue hasta principios del siglo XX el obligado tertuliadero de los hombres importantes que iban en las horas de la tarde en busca de noticias o a hacer negocios (Ortega, 1990).

En la ciudad todo se cerraba hacia la una de la tarde y solo a las tres empezaban a reabrirse puertas de despachos, almacenes, tiendas y talleres. En ese lapso la ciudad se sumía en un marasmo total. Y lo más curioso es que los extranjeros que llegaban a la ciudad sin haber practicado nunca el hábito de la siesta no tardaban en contraerlo y en disfrutarlo con verdadero deleite. Después de la siesta se reanudaban las actividades y luego se hacía el habitual paseo por la Alameda, o los hombres concurrían a la tertulia que tenía lugar en el altozano de la Catedral. En la Alameda se encontraba el mundo elegante, (Cochrane, en Ortega, 1990)

paseando a pie o en sus caballos de paso en donde observó también campesinos que acompañaban con sus voces y sus guitarras canciones patrióticas.

En la descripción que hace Cané (1884) de este lugar público, encontramos los distintos tipos de actividades públicas que sostenía este tipo de lugar:

El altozano es una palabra bogotana para designar simplemente el atrio de La Catedral, que ocupa todo un lado de la Plaza de Bolívar, colocado sobre cinco ó seis gradas y de un ancho de diez á quince metros. Allí, por la mañana, tomando el sol, cuyo ardor mitiga la fresca atmósfera de la altura, por la tarde, de las cinco á las siete, después de comer (el bogotano come a las cuatro), todo cuanto la ciudad tiene de notable, en política, en letras ó en posición, se reúne diariamente. La prensa, que es periódica, tiene poco alimento para el reportaje en la vida regular y monótona de Bogotá; con frecuencia el Magdalena se ha regado con exceso, los vapores que traen la correspondencia se varan y se pasan dos ó tres semanas sin tener noticias del mundo. ¿Dónde ir á tomar la nota del momento, el chisme corriente, la probable evolución política, el comentario de la sesión del Senado, en la que el macho Álvarez ha dicho incendios contra el Presidente Núñez, á quien Becerra ha defendido con valor y elocuencia? ¿Dónde ir á saber si Restrepo está en Antioquia de buena fe con los independientes, ó lo que Wilches piensa hacer en Santander? Al altozano. Todo el mundo se pasea de lado á lado. Allí un grupo de políticos discutiendo inflamados. El Comité de salud pública (una asociación política de tinte radical) se ha reunido por la tarde, ha habido discursos incendiarios, una bolsa, un círculo literario, un areópago, una *coterie*, un salón de solterones, un forum, toda la actividad de Bogotá en un centenar de metros cuadrados: tal es el altozano. El bogotano tiene apego a su altozano, por la atmósfera intelectual que allí se respira, porque allí encuentra mil oídos capaces de saborear una ocurrencia espiritual y de darle curso á los cuatro vientos.

Era tal la importancia de la plaza y el altozano desde el punto de vista de la comunicación, que si alguien estaba en busca de algún otro debería ir allí á localizarlo, y si se quería hacer circular un rumor o desprestigiar a algún personaje bastaba con susurrárselo a alguien en estos lugares.

Así desde las crónicas de la época, se veía comentar:

¿Quién es ese hombre que cruza el altozano apurado, mirando eternamente el reloj, con el sombrero alto a la nuca, delgado, moreno, con unos ojos brillantes como carbunclos, saludando a todo el mundo y por todos saludado con cariño? Lo sigo con mirada afectuosa y llena de respeto, porque en ese cráneo se anida una de las fuerzas poéticas más vigorosas que han brotado en suelo

americano... Es Diego Fallon, el inimitable cantor de la luna vaga y misteriosa, de quien más adelante hablaré. Va a dar una lección de inglés; hay que comer y el tiempo es oro. ¿Quién tiene la palabra, o más bien dicho, quién continúa con la palabra en el seno de aquel grupo? Es José María Samper, que está leyendo un volumen, lo que no impide que escriba otro apenas entre a su casa. Allí viene un cuerpo enjuto, una cara que no deja ver sino un bigote rubio, una perilla y un par de anteojos... Es un hombre que ha hecho soñar a todas las mujeres americanas con unas cuantas cuartetas vibrantes como la queja de Safo... es Rafael Pombo. Y Camacho Roldán y Zapata, Miguel A. Caro y Silva, Carrasquilla y Marroquín, Salgar y Trujillo, Esguerra y Escobar... todo cuanto la ciudad encierra de ilustraciones en la política, las letras y las armas. Más allá, un grupo de jóvenes, la *crème de la crème*, según la expresión vienesa que han adoptado. ¿Hay programa para esta noche? Y los mil comentarios de la vida social, los últimos ecos de lo que se ha dicho o hecho durante el día en la calle Florián o en la calle Real; cómo están los papeles, si es cierto que se vende tal hato en la sabana, que Fulano ha vuelto de Fusagasugá, donde estaba temperando, que Zutano se va mañana a pasar un mes en Tocaima y por qué será que a Pedro lo han partido con la hoja suelta que le han echado; se la atribuyen a Diego; mañana hay rifa en tal parte; ¡qué buena la última caricatura de Alberto Urdaneta! ¿Cuándo acabará de escribir X vidas de próceres? Se está organizando un paseo al Salto, de ambos sexos. ¿Quién lo da? ¿Saben la descrestada de Fulano?... Una bolsa, un círculo literario, un aerópago, una coterie, un salón de solterones, una coulisse de teatro, un forum, toda la actividad de Bogotá en un centenar de metros cuadrados: tal es el Altozano. ¡Si los muros silenciosos de esas iglesias pudieran hablar, qué bien contarían la historia de Colombia, desde las luchas de precedencia y etiqueta de los oidores y obispos de la colonia, desde las crónicas del Carnero bogotano, hasta las últimas conspiraciones y levantamientos! Más de una vez también la sangre ha manchado esas losas, más de una vez han sido teatro de luchas salvajes. El bogotano tiene apego a su Altozano, por la atmósfera intelectual que allí se respira, porque allí encuentra mil oídos capaces de saborear una ocurrencia espiritual y de darle curso a los cuatro vientos”.

Pero también era un lugar de encuentro para los niños, como lo describe Ricardo Carrasquilla (1886):

El altozano de la Catedral era el *rendez-vous* de todos los cachifos que se dirigían a sus respectivas escuelas, y el oasis donde descansaba yo de las fatigas de mi viaje. Allí, después de echar algunas manitas de chócolo, se establecía una feria en que se negociaban botones, trompos, cordeles, dulces, frutas, etc.

Yo cambiaba a veces por cualquier baratija mis calzonarias de orillo de paño, ponía en su lugar una cabuya o un bejuco de tabaco, y embozándome en mi capote, le decía al primer muchacho que encontraba: -Cambiemos calzonarias, pero sin verlas. Y él, creyendo que no podía haber unas inferiores a las suyas, aceptaba el negocio, y se chupaba soberbio clavo. En el altozano se arreglaban también los desafíos que debían tener lugar por la tarde, después de salir de la escuela, en la Huerta de Jaime. Cuando el reloj de la Catedral daba los tres cuartos para las ocho, continuaba yo mi derrotero, y así como el viajero que se dirige al salto de Tequendama se detiene al oír a lo lejos el estruendo de sus aguas, así yo, cuando, seis cuadras antes de llegar a la escuela, percibía los gritos de mis condiscípulos que estaban estudiando, me paraba sobrecogido, y seguía luego mi rumbo, pero acortando el paso a medida que el ruido se hacía más estrepitoso.

En 1842, tuvo lugar allí el sonado duelo entre don Juan B. Silva y el gobernador don Alfonso Acebedo Tejada, que relata Cordovez Moure, lance que terminó cuando Silva azotó con un látigo a Acebedo Tejada y este a quemarropa disparó la pistola contra su agresor que cayó como herido de muerte.

¡Lo mató!, fue la exclamación de los que presenciaban el lance; pero con gran sorpresa de los circunstantes, Silva se puso de pies oprimiéndose el pecho con una mano sobre el corazón para mitigar el dolor que le causó el proyectil de Acebedo Tejada, que felizmente chocó contra una mochila llena de monedas de plata macuquina que ocasionalmente, o por medida de precaución, llevaba Silva en uno de los bolsillos de la levita.

La posición del altozano, por encima del nivel de la plaza, privilegiaba la visión de los acontecimientos ya que era el espacio de pasear en horas de la tarde (Cordovez, 1997):

La preferente ocupación de los bogotanos se reduce a desempeñar un destino público, o a permanecer doce horas del día detrás del mostrador, esperando a quien no ha quedado de venir. A las seis de la tarde se dirigen al atrio de la Catedral, y allí, en grupos más o menos numerosos, se pasean de extremo a extremo, hasta las siete u ocho de la noche, hora en que van a refrescar a uno de tantos establecimientos que se conocen con nombres pomposos, pero de todos los cuales puede decirse que “el hábito no hace al monje”. Aquí continúan la controversia o discusión que los preocupaba durante el paseo en el atrio, toman trago si a ello son aficionados, fuman cigarrillo, hojean algún periódico, juegan billar hasta las once o doce, y se marchan para sus moradas, conversando en voz alta de los sucesos que les llaman la atención, y, probablemente, se

acuestan para levantarse al día siguiente, a fin de continuar los oficios del día anterior, en los que de seguro se ocuparán en el venidero. Si esto no es algo más que prosaico, no entendemos de la misa la media.

También este espacio es testigo de acontecimientos criminales, como el asalto de una tienda que es narrado de la siguiente manera:

Durante el día entraban detrás del mostrador algunos amigos íntimos y respetables por todos aspectos; y después de las seis de la tarde solía ir a pasearse al atrio de La Catedral, después de torcer con dos vueltas la llave de los dos grandes candados que guarnecían la puerta forrada en planchas de hoja de lata por el exterior y con zunchos de hierro al interior: esto era el *non plus ultra* de las seguridades en esos tiempos. Después de satisfacer el capricho ordinario de regalarse con una comida que le costaba cuatro reales, incluyendo media botella de cerveza, encendió un cigarro Montero y se fue a pasear al atrio de La Catedral, a fin de calentarse los pies y facilitar la digestión: no haría diez minutos que se estaba paseando cuando el reloj de la torre dio las siete, y sin poder explicarse la causa, sintió escalofrío al recordar la barba rapada de que le había hablado el herrero, y se encaminó hacia su tienda.

O como narra Bayona (1988):

Cuando la reunión es íntima, una linda criatura toma un tiple; tres o cuatro la rodean para hacer la segunda voz, y como un murmullo impregnado de quejidos se levanta la triste melodía de un bambuco. Se comprende fácilmente que los jóvenes se resistan a conformarse con la privación de esas fiestas tan gratas. Cuando llega una época de calma, ¡qué combinaciones de genio para determinar a un patricio reacio a abrir sus salones! La intriga se arma en la calle Florián, preguntando a este y a aquél, si están invitados a la tertulia en casa de X... y cuando llega la hora del altozano toda la cachaquería no habla de otra cosa. Al fin, la especie llega a oídos de la víctima elegida, que, si es hombre de buen gusto, sonríe e invita.

Una síntesis de la historia revisada para el siglo XIX de la Plaza de Bolívar a partir de los códigos creados y las citas encontradas en los textos revisados sugiere varias funciones principales para la plaza, que son permanentes en el periodo de larga duración seleccionado entre 1819 y 1910:

- La facilidad para la interacción social: saludos, conversaciones, ceremonias religiosas, funerales.
- La comunicación o el servir de medio para mantener a la población educada informada de distintos acontecimientos.

- La posibilidad de establecer transacciones comerciales particularmente un día a la semana.
- El servir de símbolo del poder al facilitar la reunión de la comunidad para manifestar la fuerza del poder civil y religioso mediante ceremonias religiosas, desfiles militares, exhibición de rituales civiles y mediante el castigo a los insubordinados: muestra de fuerza y protesta popular. La plaza sirvió igualmente para facilitar el encuentro de muchedumbres en actos de protesta o inconformidad ante la autoridad.
- Servir de lugar de diversión para distintos acontecimientos de la vida cultural incluyendo actividades circenses, corridas de toros, cohetadas, e incluso torturas y ajusticiamiento de prisioneros.
- Espacialmente la Plaza de Bolívar era un punto de referencia obligado para la ubicación espacial, de referencia para distintos acontecimientos que se sucedieron en la ciudad y como punto de partida para la planeación urbana.
- La concentración de facilidades de la vida diaria.
- Suministrar un espacio para los símbolos arquitectónicos de varios cuerpos del gobierno.

Así las motivaciones para los encuentros de los ciudadanos en la plaza se pueden resumir en: religiosas, económicas, políticas, recreativas o de distracción (corridas de toros, fusilamientos) y de encuentros sociales. Obviamente estas funciones no se organizan necesariamente en orden cronológico, pero sí se puede decir que ocupan momentos diferentes. Las personas ante todas estas actividades podían entremezclarse; niños, adultos, ancianos, hombres y mujeres de distinta condición han participado tanto de lo rutinario como de los eventos sobre los que han llamado la atención los historiadores. De esta manera, se puede afirmar que las plazas cumplían la función esencial de facilitar los encuentros ciudadanos, y son públicas en la medida en que no restringen el acceso a las personas independientemente de su condición social, género o grupo de edad.

Hemos caracterizado la plaza en su dimensión arquitectónica y como escenario de actividades sociales y de representaciones que se han tenido sobre ella. Desde los inicios de la República la plaza ha sido el escenario para la celebración y conmemoración de acontecimientos políticos de la democracia colombiana. Como lo menciona Ortega (1990):

...regocijos y escenas de dolor, horas alegres y amargas, risas y llantos ha presenciado este cuadrilátero glorioso desde la llegada del Sello Real, las fiestas reales y juras de reyes, justas y torneos; corridas de toros, afición de herencia hispana, las hubo en todo tiempo: a la llegada de los virreyes y arzobispos o para festejar triunfos de las armas patriotas, ora para celebrar la beatificación de San Francisco de Borja o la canonización de San Luis Gonzaga, ora en acción de gracias por la imposición del capelo cardenalicio a don Francisco Sois con asistencia de los señores canónigos y hasta por la posesión de Racionero del cura rector don Juan de Ricaurte; así hubo fiestas hasta fines del gobierno monárquico presididas por las autoridades españolas; y cuando todo cambió, cuando se habían roto los reales escudos de piedra. Cuando aún resonaban los “mueras” a los chapetones, lo único que se conservó del atavismo peninsular fueron las fiestas de toros con tal entusiasmo que la primera corrida republicana en esta plaza fue apenas días después del grito de independencia, “con mucha alegría y regocijo”, dice el cronista; posiblemente en ella torearon los mismos que poco antes lo habían hecho para celebrar el cumpleaños de la virreina; las hubo también presididas por Morillo y dentro del marco de la plaza se “corrieron toros” hasta el gobierno de Mosquera; y cuadrillas y fuegos artificiales y despejos, etc. En contraste, allí, en el mismo sitio, se han presenciado escenas de dolor: castigos, azotes, desnarigados y desorejados, y, en fin, decapitaciones de criminales y fusilamientos de próceres. Fue famoso el cadalso levantado a fines del siglo XVI para ajusticiar al oidor Cortés de Messa, quien fue degollado frente a la Audiencia por el alevé asesinato de Juan de los Ríos: Messa salió con prisiones de las casas reales al cadalso, acompañado por el arzobispo Zapata de Cárdenas y por el cirujano Juan Sánchez, que tenía la misión de dirigir la mano del verdugo. Pidió el ex oidor que quien desempeñaba el cargo de verdugo fuese remplazado, porque había sido su esclavo, a lo que se accedió. Separose el arzobispo del cadalso levantado frente a la casa de la Audiencia después de haberle dado la absolución al reo, y se dirigió a la Catedral acompañado de los prebendados; las exequias se le hicieron en la Catedral: este hecho se recordó por muchos años por una columna de piedra colocada en el lugar del sacrificio.

Como se ha hecho notar, la plaza sirvió durante el periodo de la independencia y del terror como escenario de fusilamientos y de muestras de poder por quienes querían ejercerlo, ya fueran estos españoles o criollos, aunque continuó sirviendo para la celebración de actividades religiosas y de diversión en las fiestas populares durante los primeros años de la República. Desde el año de 1846, en que se inauguró por el entonces presidente general Tomás Cipriano de Mosquera

la estatua del Libertador en la Plaza principal, se adoptó la costumbre, apoyada en el mandato oficial, de celebrar el 20 de julio como aniversario de la proclamación de nuestra Independencia con distintos tipos de espectáculos que han incluido actividades lúdicas, religiosas y militares.

La plaza y su altozano sirvieron como lugares de encuentros sociales. Sin lugar a dudas, las plazas y el altozano eran los lugares públicos por excelencia, pero no eran los únicos a los que recurrían los capitalinos. Existían igualmente las alamedas y el parque. No obstante, los espacios abiertos no eran los únicos lugares que congregaban a la gente. Las chicherías y otro tipo de tertuladeros en los suburbios congregaban a la gente alrededor de bambucos y el consumo de la chicha (Cané, 1884).

Siguiendo a Mejía (2000), no todos los habitantes salían a caminar los domingos por alguna de las alamedas, o a disfrutar de una animada conversación en el altozano de la Catedral, cuando la tarde comenzaba a caer sobre la ciudad. Mucho menos lo era sentarse a reposar en uno de los parques mientras se contemplaban los jardines y las fuentes guardadas por elaboradas rejas de hierro. Estos lugares fueron sitios públicos, no hay duda, anota Mejía, pero su diseño y uso correspondía a los gustos y prácticas de solo una parte de los habitantes. La mayoría, aquella que constituía el común de la ciudad, perdió la plaza como punto de relación y solo encontró en las pulperías y otros lugares similares su lugar público por excelencia. Comenta uno de los visitantes extranjeros que “es muy frecuente por las noches oír, en los sitios de los suburbios donde el pueblo se reúne, bambucos en coro cantados con voces toscas pero con acento de tristeza que hace soñar” (Cané, 1884). Otro testigo de las costumbres bogotanas escribió que “a los indios se le ve en los barrios extremos, en algunas de las muchas tabernas o tiendas, de pie junto al mostrador tomando la bebida popular, la chicha” (Rothlisberger, 1963).

RUTINAS Y PROTAGONISTAS DE LOS ACONTECIMIENTOS SOCIALES EN LAS CALLES DE LA CIUDAD

CARACTERIZACIÓN ESPACIAL DE LAS CALLES DE BOGOTÁ EN EL SIGLO XIX

Tradicionalmente, la calle ha cumplido funciones económicas y sociales; se ha utilizado como medio para circular, como lugar comercial a través del intercambio de bienes y, socialmente, mediante el intercambio comunicativo. Todas estas funciones han sido cuestionadas a lo largo del tiempo por el interés de ejercer el control de estos espacios, y el correspondiente esfuerzo público por preservar la integridad de la calle manteniéndola libre de la apropiación.

El asunto primordial es que la calle, desde sus orígenes, sigue estando en el centro del debate entre los intereses públicos y privados. El bien público requiere que el espacio de la calle se mantenga abierto y sea accesible a todos, y además esté equipado para sus principales funciones. El interés privado busca apropiarse de este espacio para sus propios propósitos a través de la invasión, mediante el bloqueo o la privatización. Este tipo de prácticas es tan antiguo como la calle misma. En la Inglaterra medieval, por ejemplo, la creación de los recintos eclesiásticos originó el cierre completo de muchas calles como es el caso de Oxford y Cambriadge. De igual manera sucedió en Florencia cuando se construyeron ciertos palacios. En la cultura islámica, la exclusión de la mujer de la vista pública y la santidad de la familia son argumentos suficientes para construir las fachadas de las casas con ventanas altas, esto con el fin de obstruir la visión del que pasa por la calle. Hay que decir, por tanto, que la clase social marca la distinción en la calle. Tanto en París como en Londres en el siglo XIX, las casas, las mansiones, los palacios y los hoteles se construyen dejando un amplio espacio distanciado de la calle. Las casas de las oligarquías criollas eran igualmente inaccesibles a la vista de la gente común en Bogotá.



◀ Calle 3ª de Florián.

Técnica: Fotografía en blanco y negro.
Fuente: Fundación Misión Colombia.
Historia de Bogotá.

Al describir Ortega (1990) la configuración arquitectónica de Bogotá para el siglo XIX, comenta que la ciudad comenzaba por el sur con un grupo de casas de tapia pisada, la mayor parte de ellas pajizas, dispersas, sin formar calles ni manzanas, levantadas por los alrededores de la iglesia de Santa Bárbara, que estaba situada bajando del llano por las calles de Pitiguay (calle 5ª, entre carreras 4ª y 5ª) y del Purgatorio (calle 5ª, entre carreras 5ª y 6ª).

Ciertamente, solo las calles aledañas a la Plaza Mayor, por su costado norte, dieron forma al verdadero corazón de la urbe colonial y de comienzos del siglo XIX. Durante los primeros decenios de la época republicana, y como continuación del crecimiento que había tenido la ciudad en la segunda mitad del siglo XVIII, el núcleo de la ciudad estaba compuesto por la Calle Real o del Comercio (actual carrera 7ª), la calle de San Miguel (calle 11, entre carreras 8ª y 9ª), la del Florián (carrera 8ª, entre calles 11 y 12) y la calle 12, entre la carrera 6ª y el puente de San Victorino. A lo largo de estas calles, siguiendo siempre a Mejía (2000), estaban ubicadas las principales tiendas de comercio y talleres artesanales, a los que concurrían los habitantes de toda la ciudad. Cuenta Ángel Gaitán que en la Calle Real o del Comercio había un almacén asistido por un francés tan meloso y obligante, que era difícil salir de allí sin haber comprado alguna cosa; pero al mismo tiempo era tan escrupuloso en los precios que era inútil pedirle rebaja ni en un céntimo.

A comienzos de la época republicana, las calles principales estaban todas en la parte baja de la ciudad. La más concurrida era la Calle Real donde las tiendas se sucedían a ambos lados sin solución de continuidad (Le Moyne, en Mejía 2000). Años más tarde, en este mismo sector de Bogotá se encontraban las casas de mayor valor, que eran las de planta alta, ubicadas en “las calles más frecuentadas de la ciudad, que eran entonces la de San Juan de Dios, desde dos cuadras al oriente de la calle del Comercio hasta el puente de San Victorino. Así como las otras tres calles del comercio, llamadas calles reales” (Le Moyne, en Mejía, 2000). A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, en particular a partir del decenio de 1870, era liberal, cuando comenzaron a sentirse con fuerza en las actividades productivas y comerciales de Bogotá los efectos del mercado exportador y las mejoras en las vías de comunicación; el corazón de la urbe se amplió un poco más. A las calles antes enunciadas, podemos ahora agregar la carrera 7ª, desde la Plaza de Bolívar hasta la de San Agustín; la calle 10ª, entre carreras 8ª y 10ª; La carrera 8ª, entre calles 12 y 14, y la Alameda Nueva o calle 13, desde la plazuela de San Victorino hasta la carrera 18.

Las calles seguían siendo bautizadas con nombres de santos a propósito de alguna característica especial o también como producto de los mitos que se creaban de los rumores o supersticiones. Por ejemplo, la calle Cara de Perro o *Careperro*, llamada así porque las gentes crédulas de aquellos contornos decían que todas las noches era recorrida por un horrible perro negro sin cabeza. Las transversales de La Venera, del Campo y del Estero, este último nombre tuvo su origen en el pantano formado por el desbordamiento de la quebrada vecina; la de La Paloma, que se hizo celebre por los muchos santuarios que allí se concentraban, provenientes, sin duda, de los entierros hechos bien por los patriotas que huyeron a la llegada de Morillo, bien por los españoles emigrados en 1819; calles todas casi intrasitables por su vecindad con la ronda de la quebrada de San Bruno.

La nomenclatura oficial de las calles solo aparece con fidelidad hasta 1849, como parte esencial de la finalización de la Colombia de Bolívar y del periodo de la Nueva Granada y paso hacia el progreso y desarrollo que se da en la era liberal, dados los acuerdos con otros países, en que por disposición del gobernador de la provincia de Bogotá entró en vigor la que estuvo vigente desde ese año hasta el de 1876. Se designaron entonces con el nombre de carreras todas las vías públicas de la ciudad, comenzando con aquéllas de norte a sur y de sur a norte, desde la calle 11, y de oriente a occidente y de occidente a oriente, desde la carrera 7ª. Pero en junio de dicho año se decidió, por medio de un acuerdo municipal, distinguir

las vías públicas de la ciudad a partir de la posición que tuvieran hacia los puntos cardinales, respecto a la Plaza de la Constitución, hoy Plaza de Bolívar. Todas las que siguen en proximidad a la dirección del meridiano magnético Norte-Sur se habrían de denominar carreras, y las que corrían en dirección este-oeste, o sea del cerro hacia la sabana, calles (De la Rosa, 1938).

Fue así como las calles de Bogotá fueron adquiriendo su propio estatus; unas rectas, otras curvas y algunas otras serpenteadas. Algunas pavimentadas y la mayoría empolvadas sin canalización de aguas. La forma era parte de su importancia, pero sin lugar a dudas su uso establecía una diferenciación tácita o implícita, relacionada con su función y con una connotación de lo que era público –lo permitido–, privado y clandestino. En la calle se visibilizaban no solo los aspectos que dejaban ver prácticas y controles sociales, condiciones culturales, tradiciones, formas de vida, e incluso, en algunos casos, mentalidades de la época, sino también las actividades que se buscaba ocultar, las actividades no aceptadas, las subrepticias.

Las calles se especializaban dependiendo de la actividad que en ellas se desarrollaba, particularmente actividades económicas. Varias estaban dedicadas a actividades económicas específicas, como la calle de la sal, la de los sombrereros, la de los plateros, la de los talabarteros (Salvat-Villegas, 1988). Las aceras de muchas de estas calles eran más cómodas que las de las otras ciudades, y por ellas se caminaba sin mojarse cuando llovía, gracias al alero de los tejados (Mollien, 1823).

La dinámica alrededor de las calles daba expresión a la estructura urbana en forma de damero. Esta estructura determinó en gran medida la forma de su uso. Como consecuencia de esta estructura y del papel céntrico que ocupaba la Plaza Mayor, núcleo simbólico del poder y emplazamiento de los poderes civiles y religiosos, la dinámica urbana se concentraba en las calles y las manzanas ubicadas en sus alrededores, debida fundamentalmente a la distribución de los principales sectores comerciales. Estos sectores se desarrollaron a lo largo de las calles. Las tiendas o almacenes se disponían frente a las aceras de gran confluencia de personas, mientras que las de baja confluencia eran preferidas como acceso a lugares de habitación. Esta dinámica resultante de la concentración de los principales establecimientos de comercio en las calles céntricas de la ciudad era reforzada por la realización de diversas actividades en las plazas y plazuelas, así como por la ubicación en ellas de chorros y pilas públicas.

Veamos ahora la descripción que hace Cané (1884) de las calles durante la segunda mitad del siglo XIX:

En los primeros días me sentí transportado a la España del tiempo de Cervantes. Las calles estrechas y rectas como las de todas las ciudades americanas, por lo demás; (...) el pavimento de las calles, de piedra no pulida, y por fin, el arroyo que corre por el centro, que viene de las montaña y cruza la ciudad con su terno ruido monótono, triste y adormecedor. Más de un momento de melancolía debo al caño desolado, que parece murmurar una queja constante; es algo como el rumor del aire en los meandros de un caracol aplicado al oído (...) Aunque de poca profundidad, el caño basta para dificultar en extremo el uso de los carruajes en las calles de Bogotá. Al mismo tiempo, comparte con los chulos las importantes funciones de limpieza e higiene pública, que la municipalidad le entrega con un desprendimiento deplorable. El día en que por una obstrucción momentánea (y son desgraciadamente frecuentes), el caño cesa de correr en una calle, la alarma cunde en las familias que la habitan, porque todos los residuos domésticos que las aguas generosamente arrastraban, se descomponen bajo la acción del sol, sin que su plácida fermentación sea interrumpida por la acción municipal, deslumbrante en su eterna ausencia.

También nos describe las calles en la noche:

Si, la España del siglo XVII... En las esquinas, de lado a lado, la cuerda que sujeta por la noche el farol de la luz mortecina, que una piedra reemplaza durante el día. Al caer la tarde, el sereno lo enciende, y con pausado brazo lo eleva hasta su triste posición de ahorcado. ¡Cuántas veces, cuando las sombras cubrían el suelo, me he echado a vagar por las calles! Un silencio absoluto, algo como la pagada calma veneciana, sin el grito natural y monótono de los gondoleros que se dan la voz de alerta.

No podemos dejar de mencionar lo que en efecto daba vida a las calles durante las noches; la serenata:

Al principio, la casa duerme; cuando empieza la segunda pieza, un postigo se abre de una manera casi invisible en el balcón desierto, y un rayo imperceptible de luz. Brotando de la oscura fachada, anuncia discretamente que hay un oído atento y un pecho agitado. Luego, nada más. Los músicos han partido, los pocos transeúntes atraídos se alejan, el silencio y las sombras recuperan su dominio y solo queda allí el guardián de la noche que ha gozado la serenata.

LAS RUTINAS Y LOS ACONTECIMIENTOS

Como mencionamos antes, la calle debe ser vista también como una construcción, como un invento social que estructura la vida en comunidades. Pone en

funcionamiento el trabajo y los bienes o productos que requiere la comunidad, y es el lugar para los ritos sociales de la misma. Como veremos, las procesiones, las festividades, los juegos y las actividades comerciales se daban lugar en la calle conformada a partir de los edificios que se construían a lado y lado. Cuando se originaron las calles junto con la construcción de las viviendas a los lados, se creó un canal para sostener una dinámica social muy diversa. La animación resultaba de la concentración de los principales establecimientos de comercio en las calles céntricas de la ciudad, y de los contactos sociales que facilitaba esta configuración del espacio. Por esta razón, algunas de las vías fueron utilizadas como lugares preferidos de paseo por los habitantes de Bogotá.

Así aunque las calles fueron el lugar público más común, se anota que las élites republicanas y burguesas impusieron un orden de referencias espaciales e hitos urbanos. En primera instancia las calles fueron planificadas, pero después las autoridades de turno fueron cambiando los planos, los lugares y los nombres.

Las calles eran un lugar público, fortalecido por la aparición de viviendas, el comercio, los flujos migratorios y las transformaciones, como la aparición del acueducto y el alumbrado. Con el propósito de conseguir un mayor orden en la expansión de la ciudad, las calles bogotanas fueron objeto de decretos que nunca fueron obedecidos, ya que dada la estrechez de estas y la gran cantidad de personas que las frecuentaban, ocurrían en ellas “impedimentos para el libre tránsito, y graves incomodidades para todos los habitantes, como se ha manifestado en los frecuentes reparos hechos por la prensa periódica, debido todo a la inobservancia de las disposiciones de policía vigentes” (Mejía, 2000).

Algunas calles de Bogotá adquirieron una notoria importancia, aunque transitoria, dentro del casco urbano, al ser convertidas en paseos. Eran vías un poco más anchas, arboladas, amobladas con bancas de madera, en algunos sectores, y adornadas con jardines, en otros. A pesar de servir como lugares de distracción y exhibición, agregaron poca variedad al paisaje urbano.

Josefa Acevedo describe de forma pormenorizada el típico paseo de las clases altas por algunos lugares de la ciudad como por sus cercanías, como era costumbre a comienzos del siglo XIX: “Por las tardes paseaban por la Alameda o el Aserrió y a la oración se retiraban a sus casas a refrescar dulce y chocolate” (Josefa Acevedo de Gómez, en Ortega, 1990).

O, a la manera de Osselmann (en Bayona, 1988):

Bogotá tiene un lindo paseo en La Alameda, que hace parte del camino a Tunja. Ancha, plana y bastante derecha, se extiende por unas dos millas fuera de la

ciudad y a sus lados hay árboles cuyos troncos están unidos por un intrincado seto de rosas silvestres. Aunque ni a los habitantes de la capital ni a los del campo les gusta mucho pasear y se limitan a hacerlo en los andenes de la calle real, sucede que se ve en La Alameda, sobre todo los domingos una numerosa concurrencia. Pero los que frecuentan más este paseo son los jóvenes elegantes, quienes al andar de sus caballos la recorren todas las tardes.

La importancia de las alamedas fue decayendo con el paso del tiempo, porque en general fueron ubicadas en los límites de la ciudad con la mayor extensión del altiplano, con los cerros tutelares de Monserrate y Guadalupe, por lo que no transformaron la expresión interna de la urbe. Así mismo, porque solo atraían gente los domingos o los días de fiesta, cuando el tiempo lo permitía, por lo que su uso fue algo espontáneo y marginal. Adicionalmente, el poco mantenimiento y cuidado generó un deterioro paulatino con el paso del siglo XIX, lo que disminuyó su uso. “En verdad, aunque ellos existieron y fueron eventualmente utilizados por épocas, las maravillosas descripciones de los paseos bogotanos fueron resultado más del deseo que de la realidad” (Mejía, 2000).

LA CALLE Y LA EDUCACIÓN CIUDADANA

En fin, la calle, entre otras cosas, adquirió dos condiciones: la de tránsito temporal, permanente, continuo y discontinuo y, la más importante, se convirtió en un ámbito de proyección política e instrumento o mecanismo pedagógico (Noguera y cols., 2000). La calle se concibió en el hilo que entretejió e intercomunicó los espacios vitales y vivenciales con la cultura. La calle conectó la cultura; fue el medio y el espacio en donde se aprehendían y se aplicaban las reglas básicas de convivencia. Pero también la calle se convirtió en el escenario de aprendizaje de lo que no se enseñaba en la escuela; en ella se aprendían las formas de vida; es decir, la calle se convirtió en posibilidad de múltiples caminos propiciadores del desarrollo humano, social y de la misma ciudad.

Allí mismo, la Calle Real, hacia 1825, era el ámbito donde se comunicaban los acontecimientos. Era el lugar especial para la comunicación. Entre las 10 y las 12 del día, la Calle Real estaba especialmente llena de gente, se oía con atención la lectura en voz alta del periódico dominical o cualquier novedad que aparecía en la prensa colombiana.

En el cruce de las calles, en la esquina de algunas manzanas, se pegaban las noticias y los avisos. Resaltaban cuatro esquinas favoritas de los lectores, donde se fijaban los avisos. La esquina de Montoya, la de Dupuy, la de don Juan Antonio

Pardo, la de Belchite y la del Correo, y otras pocas más. Eran las esquinas, que según la tradición, eran las preferidas, las favoritas de los lectores. Todos los avisos han de fijarse allí. Nadie lee en otra esquina. Y si algún repartidor de papeles progresista fija algún cartel al frente, los lectores le vuelven le espalda, y lo buscan en la esquina tradicional (Vergara, en Bayona 1988). A partir de 1863 se introdujo la costumbre de invitar a los entierros por medio de grandes carteles colocados en los diferentes lugares públicos, como parte de las nociones que la era liberal y el cartel hacen a nivel de información y socialización dentro de la ciudad.

LAS ACTIVIDADES RELIGIOSAS

La calle era el lugar del inicio, de la continuación o llegada de buena parte de las celebraciones religiosas. Para Le Moyne (citado por Mejía, 2000), las procesiones y otras festividades religiosas encontraban en la calle la posibilidad de expresión. La calle posibilitaba el flujo y acceso a las plazas, en donde la gente se concentraba en las festividades. Junto con la Plaza Mayor, las calles aledañas constituían uno de los sectores más importantes para el desarrollo de las festividades religiosas. Las fiestas, como el *Habeas* y la Semana Santa, constituían un importante suceso para los habitantes de la ciudad. Dada la importancia de las festividades religiosas en el espacio público, trataremos este aspecto de la vida cotidiana de la historia de la ciudad en capítulo aparte.

EL COMERCIO

Como ya se dijo, todos los comerciantes tenían situados sus almacenes en la Calle Real o Calle del Comercio, nombrada por algunos de lenguaje exquisito *La Calle Real del Comercio*. Se ubicaba entre las calles 11 y 14, aledaña a la Plaza Mayor. Allí se ubicaban los almacenes mejor surtidos del país en mercancías nacionales y extranjeras. Esta zona de la parroquia de la Catedral era la parte comercial de la ciudad, donde se concentraban, todavía a mediados de siglo, además de los almacenes de la Calle Real, los mercaderes y tratantes en pequeña y mediana escala, junto con los campesinos en el mercado público, que tenía lugar todos los viernes en la Plaza Mayor, y varias calles dedicadas a actividades económicas específicas, como la calle de la sal, la de los sombrereros, la de los plateros, la de los talabarteros y otras (Salvat-Villegas Editores, *Historia de Bogotá*, 1989). Los hombres iban a trabajar, el comercio de la Calle Real abría entre las 8 y 9 de la mañana, cerraba al medio día, volvía a abrir a las 2 de la tarde y cerraba, finalmente antes del ocaso.

(El ritmo lúdico y los placeres en Bogotá). El surtido de libros prácticamente se reducía a los textos escolares usuales y en consonancia con la orientación partidista del librero, tal vez un poco de literatura religiosa o unas novelas francesas de bajo nivel (Hettner, 1882-1884).

A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, en particular a partir del decenio de 1870, cuando comenzaron a sentirse con fuerza las actividades productivas y comerciales de Bogotá, los efectos del mercado exportador y las mejoras en las vías de comunicación, el centro de la ciudad se amplió un poco más a las calles antes enunciadas; se agregaron la carrera 7ª desde la Plaza de Bolívar hasta la de San Agustín; la calle 10ª, entre carrera 8ª y 10ª; la carrera 8ª, entre las calles 12 y 14 y la Alameda Nueva o calle 13.

VIDA SOCIAL

Ante la falta de suficientes lugares públicos diseñados especialmente para favorecer los encuentros sociales, las calles cumplían esta función. A lo largo de las calles tenían lugar los encuentros sociales y se exhibían los ritos sociales mediante el saludo entre conocidos y aun entre extraños en una ciudad donde era posible volverse a encontrar con el desconocido. Los hombres cedían la acera a las damas y se quitaban el sombrero. Los amigos se detenían en la acera para conversar sobre los recientes acontecimientos políticos o sociales, y los niños practicaban distintas clases de juegos sobre las calles.

De esta forma, aunque las calles se habían diseñado principalmente para el tránsito y la circulación de los coches, la actividad comercial y la facilidad del contacto entre las personas le daban a la calle un sentido de lugar. La Alameda Nueva fue, por mucho tiempo, el paseo favorito de los domingos de la sociedad santafereña de principios del siglo XIX, la cual era aprovechada por los enamorados que ocupaban los escaños allí colocados para hacerse sus declaraciones románticas, al tiempo que se recreaban con la vista de la arboleda que los circundaba (Ortega, 1990).

Otras de las prácticas sociales bogotanas en las calles era la del chisme. La comunidad se valía de los encuentros casuales entre vecinos para enterarse de los acontecimientos políticos e informarse sobre lo que sucedía con la vida de las personas mediante el chisme callejero. En la calle la gente se enteraba de quién estaba embarazada, quién contraía nupcias, a quién lo habían ultrajado y quién moría.

La calle era por excelencia patrimonio popular, en el que hombres, mujeres y niños, sin importar su condición social, circulaban; por ello, no es extraño que los viajeros de la época anotaran que

cuando usted ve dos hombres frente a frente en medio de la calle, ambos gesticulando con su sombrero en la mano e insistiendo en darle al otro el paso por el estrecho andén, usted entiende sin dudar que ambos se sienten seguros de su posición social. Pero si sucede que usted se encuentra con el cocinero del vecino, o con el carnicero, o algún parvenu (sic) que no ha aprendido todavía a imitar las maneras de un caballero, la mejor cosa que puede usted hacer es bajarse lentamente del andén y dejar al soberano pasar (Mejía, 2000).

LA CALLE REAL, UN LUGAR POR EXCELENCIA

En la Calle Real –hoy carrera séptima– sucedían muchas cosas; era allí donde las expresiones culturales y las costumbres de las diferentes clases sociales se visualizaban. Sin duda, era uno de los lugares más importantes, y su función se transformaba dependiendo del día y la hora. Era donde se apreciaba la presión de una ciudad segregada socialmente. Allí se combinaban las alegrías con los desencantos, el comercio con la moda, el cortejo con la indignancia, los contrastes sociales. Era el lugar de las buenas y de las malas noticias, definitivamente un lugar de mucha relevancia.

Allí en la Calle Real era donde se podía apreciar el mundo de la moda. Los domingos eran los días especiales para ello. Cerca de las doce del día, algunos observadores se disponían en las aceras, en las esquinas y principalmente en los balcones cerca de la iglesia de Santo Domingo. Observaban con detenimiento cómo los jóvenes oficiales forman en filas por entre las cuales se paseaban las damas en sus elaborados trajes para asistir a misa. Los vestidos eran confeccionados en seda negra, y usados acompañados con una mantilla del mismo material con el que las damas se cubrían la cabeza. Adicionalmente, llevaban medias blancas de seda y zapatos de variados colores. En contraste, el vestido dominical de las clases bajas era bastante sencillo y no usaban ni medias ni zapatos. Algunas de estas personas, sin embargo, tratando de imitar la vestimenta de sus vecinos ricos, “adquirían una grotesca apariencia” (Cochrane, 1823-1824). Esto hacía de la Calle Real el lugar de encuentro para juzgar y criticar al otro, sus acciones, la forma de vestir y de actuar; era el espacio para visualizar las apariencias de la sociedad.

Y la calle se iluminó junto con la plaza, con su primer farol fijo. Hacia octubre de 1807, frente a la edificación donde se aloja la alcaldía actual, en el costado occidental de la Plaza Mayor, en el otro extremo de la Calle Real, se colocó el primer farol público fijo (Salvat-Villegas, 1988), que iluminó de forma permanente las noches de la ciudad capital. A pesar de su presencia aislada, fue de significativa

importancia dado que abrió la posibilidad de una ciudad con vida nocturna. Ya para 1822 se fue incrementando la iluminación pública de la calle, cuando se pusieron al servicio cinco faroles en la Calle Real. A pesar del esfuerzo y el avance hacia la conquista de la noche, esto era insuficiente, pues era mínima el área que podía abarcar la luz de las “primitivas velas de sebo de los faroles que colgaban de una cuerda en medio de la calle” (Salvat-Villegas, 1988). Los vecinos acomodados que salían de noche, lo cual no era muy frecuente, llevaban consigo un criado que les iluminaba el camino con un farolito y la consabida vela de sebo.

Esta luz, aunque mortecina, era vital para los transeúntes puesto que los libraba de irse de bruces a los numerosos huecos que abundaban en estas calles, tropezar y caer dentro de una acequia apestosa o romperse la crisma contra alguna de las ventanas salientes de las casas bogotanas. La minúscula luz ambulante resultaba más indispensable si se tiene en cuenta que en estos comienzos de la vida republicana la Calle Real, única vía iluminada, contaba apenas con seis faroles en toda su extensión (Salvat-Villegas, 1989).

LA MARGINALIDAD SOCIAL EN LA CALLE

Aparte de los comerciantes y de aquellos que transitaban por la Calle Real para ver y ser vistos, también debemos recordar el modo como se ejercía en Bogotá la profesión de la mendicidad. El aspecto de la Calle Real, en especial en la mañana del sábado, era según Ortega “espantoso”, porque acudían todos los mendigos de la ciudad y de sus alrededores a cobrar la limosna que les daban los comerciantes. Afortunadamente, continúa este autor, llegó el día en que el gobernador de Cundinamarca, señor Ignacio Gutiérrez Vergara, resolvió poner fin a estas zambras que eran ignominiosas para Bogotá; al efecto, recogió a los mendigos que no se alejaron de la ciudad el año de 1863 y los encerró en el Asilo de San Diego, siendo este el primer paso que se dio para disminuir la mendicidad, que era una verdadera plaga.

Como mencionamos anteriormente, la calle era un lugar de encuentro, pero al tiempo era el lugar donde se expresaban las diferencias sociales. En algunos sectores deambulaban por las calles las personas excluidas. Uno de esos casos era el de las mujeres que prestaban servicios domésticos en las casas, las llamadas sirvientas. De igual manera, se comentaba en algunos textos de la época, como en el *Correo Nacional* de 1897, cómo las calles eran “invadidas por las sirvientas que conducen canastos, son de difícil acceso para los transeúntes”, y se veía la nece-

sidad de un mayor número de agentes de la policía para quitar el monopolio del desorden y los canastos. Cuando por múltiples razones estas perdían su trabajo, por no cumplir con sus labores al “volverse inútiles” para el servicio, por falta de vitalidad, vejez, enfermedad o embarazo, eran lanzadas a la calle. Al ser personas que venían de otras regiones, vagan por las calles y plazas entregadas a todos los vicios imaginables sin que ellas mismas tuvieran conciencia exacta de lo que hicieron ni de lo que hacían (Cordovez, 1997).

Para finales de los años setenta del siglo XIX, continúa Cordovez, las calles estaban inundadas de niños vagabundos provenientes de los pueblos vecinos. Se les veía durmiendo en las calles, vistiendo andrajos y viviendo de pequeños robos. Era tal la cantidad de niños que vivían en las calles, que la ciudad creó un asilo para albergarlos y poderles enseñar oficios de carpintería, talabartería y sastrería.

Pero quisiéramos dar un aporte a este análisis de la marginalidad social en las calles, señalando que en el uso de estas se generó otro conflicto cuando se desplazaron los peatones, los comerciantes y los niños para favorecer que este espacio, que debería ser de todos pudiera ser utilizado por quienes poseían vehículos a comienzos del siglo XX.

FUSILAMIENTOS Y FUNERALES

Las calles sirvieron también de escenario de acontecimientos políticos que caracterizaron el siglo XIX. La calle Honda merece especial atención en este aspecto de la historia del espacio público de la ciudad. Cuenta Ortega (1990) que en esa callejuela se desarrolló la más intensa lucha en la batalla del 9 de enero de 1813, quedando cubierta de cadáveres y heridos. Por la misma calle pasaban los desfiles fúnebres que conducían a los mártires que iban a ser fusilados en la Huerta de Jaime, por lo cual se le llamó la vía dolorosa:

la seráfica comunidad de Franciscanos, con su sayal destinado para servir luego de sudario, calada la capilla y salmodiando a compás el oficio de agonizantes, formaba las filas que cerraban atrás. Los destinados al suplicio, sostenidos cada uno por dos ministros del altar y rodeados de sayones y de verdugos. Piquetes por todas partes cubriendo las avenidas, corriendo la multitud, daban a conocer la importancia de las víctimas y el recelo de sus sacrificadores” (Ortega, 1990).

Y a ella llevaban los niños de las escuelas para que presenciaran, como si fuera un espectáculo, el paso de los ajusticiados.

Otra calle tristemente célebre fue la conocida como Avenida Vieja. Después del fusilamiento del “verbo de la revolución”, Camilo Torres, el 5 de octubre de 1816, en la Plaza Mayor, su cabeza fue expuesta en esta avenida, frente al convento de San Diego, dentro de una jaula puesta en alto a la entrada de la ciudad, debido a que por ese entonces no había edificaciones altas por aquellos lados (hoy carrera 13 con calle 24).

Las guerras entre liberales y conservadores, que eran a su vez guerras entre clases sociales, también tuvieron como escenario las calles de la ciudad. En 1854 estalló en Bogotá la revolución. El 3 de diciembre de ese año se presentó un reñido combate en las calles de la ciudad entre las fuerzas del ejército del sur y los seguidores del general Melo. Así nos describe la batalla Ibáñez (1989):

Durante la tarde reñido combate se empeñó en las calles mismas de la ciudad entre el ejército del sur y los realistas. Los cuales fueron desalojados por los puntos avanzados que formaban su línea exterior. Fue tomada la Casa de la Moneda, donde había alguna fuerza enemiga y el oriente de la ciudad, desde aquella Casa hasta el sur del puente de Lesmes o sea la carrera 6ª. También fue ocupado el barrio de Santa Bárbara hasta la calle 5ª, donde está situada la iglesia de este nombre, quedando en la noche a pocos metros del enemigo que se hallaba en los edificios de San Agustín y San Bartolomé. De la calle 5ª a la calle 12 por La Concepción, Santa Inés y la plaza de San Victorino extendió su línea el ejército del sur uniéndose con el del norte en La Capuchina. En diferentes puntos de aquella extensa línea hubo combates en la tarde de aquel día... Finalmente Melo, viéndose cercado, tendió bandera blanca en el cuartel de San Francisco y se entregó prisionero. En San Agustín se combatía, aunque la ciudad entera estaba en poder de los constitucionales que habían ocupado ya la Plaza de Bolívar.

Por otro lado, ha sido tradicional en nuestra cultura que los funerales conlleven un componente de exhibición para llamar la atención sobre el difunto. Desde los tiempos coloniales el traslado del cuerpo del difunto desde su lugar de vivienda hasta la iglesia para su enterramiento, y a partir del siglo XIX, desde la iglesia al cementerio, las calles han sido utilizadas para destacar la importancia del finado ya fuera por su poder económico o político. De esta manera, la calle sigue siendo utilizada como medio de comunicación masiva sea para intimidar, como en los casos mencionados arriba, o para buscar un reconocimiento social para los difuntos y sus dolientes.

Para ejemplificar el uso del espacio público en las prácticas sociales de los funerales, veamos la descripción que hace Cordovez (1997) del entierro del general Santander:

El 12 de mayo de 1840 condujeron su cadáver los civiles del convento de franciscanos a la capilla castrense, cuya puerta daba al atrio de San Ignacio. Allí le hicieron exequias y al día siguiente se celebraron los suntuosos funerales en la Catedral, donde pontificó el arzobispo Mosquera. El cadáver fue llevado al cementerio en coche mortuorio arreglado en forma de elegante catafalco, conducido por los miembros del Congreso, rodeado de altos magistrados que llevaban las cintas negras, cuyos extremos estaban atados al féretro. El desfile hacia el cementerio fue dirigido por el ejército con las armas a la funerala iniciando su recorrido la primera Calle Real para luego bajar por la calle de San Juan de Dios, las cuales estaban enlutadas con colgaduras negras de crespón y terciopelo. El desfile fúnebre ocupaba diez cuadras.

Al describir Ortega (1990) el desfile, cuenta que adelante iban las diputaciones de las cámaras, el cuerpo diplomático, la comunidad de San Bartolomé, los empleados y una escolta militar. Luego seguía el carro mortuorio, al cual le habían quitado en la plaza los caballos para ser tirado por dos filas de estudiantes. Dentro del carro iba el cadáver del ilustre expresidente en una magnífica caja de caoba:

...pulida como el mueble más exquisito, de una vara de ancho y rodeada de chapas de bronce; tenía el uniforme de general de división, con una mano metida en la solapa de la casaca y pendiente de ella un bastón de carey, y la otra sobre la contera de su espada; y a los pies, el sombrero militar de su grado y la beca de San Bartolomé y a los lados del carro iban los generales y jefes de mayor graduación y detrás el caballo y el caché del general enlutado, con algunas personas de su familia; cerraba el cortejo la tropa de la guarnición y un inmenso concurso de genios de todos los partidos que llenaban las calles de banda a banda.

Hay eventos que a lo largo de la historia no han cambiado mucho en la dinámica citadina. Es el caso de los aguaceros bogotanos, los cuales servían para limpiar las calles de basura y afectaban las prácticas sociales que se daban en el espacio público, como las procesiones y los funerales, pero a la vez eran responsables de accidentes según cuenta Ortega:

Había llegado a Bogotá el revolucionario y poeta brasileño José Natividad Saldan en busca del Libertador para que este le prestara el apoyo necesario a las reivindicaciones que deseaba para su patria, y refiere don Juan Francisco

Ortiz, íntimo amigo del brasileño, que una noche de lluvia del año de 1832 al pasar el caño, que como todos los de la ciudad corría por el centro de la calle, cayó el poeta y debió de privarlo de sentido el golpe que recibiría, porque no pudo sacar la cabeza de entre las aguas y se ahogó allí (Ortega, 1990).

PROTESTAS

Desde los inicios de la ciudad, las reclamaciones civiles se hicieron en la plaza y a lo largo de las calles, constituyéndose en los principales escenarios del espacio público para realizar las protestas populares. Aparte del levantamiento del 20 de julio de 1810 y el “motín del pan”, descrito en el capítulo anterior, por haber ocurrido en la Plaza de Bolívar, quizás el más notorio en el siglo XIX fue el de los artesanos.

Para mediados de siglo este gremio había adquirido cierto poder político. Venían pidiendo el cumplimiento de alguna de tantas promesas mediante las cuales debían mejorar su situación, razón por la que solicitaron al Congreso un acto legislativo por el cual se elevaran los derechos de importación de artículos extranjeros para proteger sus productos, mientras que los cachacos o representantes de las clases altas se oponían a tal reclamo y pedían a la vez la eliminación del ejército. Los primeros decidieron presionar al Congreso mediante un ataque por la fuerza. En la mañana del 19 de mayo de 1853 grupos de artesanos recorrían las calles de la ciudad en dirección de la Plaza de Bolívar tomando posiciones en las bocacalles, seguidos de pelotones de muchachos y de algunas mujeres, provistos de piedras, cuchillos y garrotes. Tomada en consideración la solicitud de los artesanos, esta fue rechazada por los diputados por absurda, ante lo cual los amotinados que se encontraban aglutinados en las inmediaciones del edificio se precipitaron al recinto de la Cámara amenazando de muerte a los congresistas hasta que terminó apresuradamente la sesión, sin que se resolviera a favor la solicitud de los artesanos. Al salir, los representantes del recinto se vieron rodeados del numeroso grupo de artesanos y albañiles.

Siguiendo a Cordovez, uno de los primeros en salir fue Antonio Mateus, quien a pesar de ser uno de los defensores de la solicitud de los artesanos recibió de mano desconocida un golpe de manopla que le hizo sangrar la nariz y así se desencadenó la trifulca. La muchedumbre se dividió en tres grupos: uno que se situó en el centro de la plaza y los otros dos en las inmediaciones de las bocacalles occidentales de la misma. Los muchachos y las mujeres desempedrabán con barras el pavimento para proporcionar proyectiles, mientras que los defensores del Congreso se protegían en la galería recibiendo los ataques con las piedras hasta

que los cachacos defensores del Congreso decidieron contraatacar generando una trifulca popular sin antecedentes hasta que finalmente se disolvió cuando todos comenzaron a refugiarse en sus casas y apareció el escuadrón de Húsares en la plaza. Al día siguiente, en la sesión de la Cámara se propuso un reconocimiento a quienes actuaron en defensa del Congreso y honor de la República, para lo cual debería hacerse un registro de los nombres de todos aquellos que tomaron parte en la defensa. Sin embargo, la propuesta no prosiguió por temor a que al levantarse el censo de “los héroes anónimos, podrían ser tenidos en cuenta por el pueblo soberano y los inscribiera en el libro de cuentas pendientes, que en aquella época se saldaba con una paliza” (Cordovez, 1997).

La historia de la vida social en las calles para el periodo estudiado en esta investigación termina con otra protesta ciudadana contra el incremento en las alzas, esta vez la del tranvía. La empresa que manejaba este servicio era de propiedad de una compañía norteamericana conformada por dos socios, uno de los cuales se había ganado la antipatía popular por su manera de resolver los conflictos y por las alzas en los costos del servicio. Ante una de estas bravuconadas de las que las gentes fueron testigos en la calle, se conformó de manera espontánea un movimiento que apedreó el edificio donde estaba ubicada la gerencia de la compañía y varias estaciones y algunos de los rieles. Cuenta Iriarte que al otro día, producto de la organización ciudadana, las paredes de la ciudad estaban empapeladas con carteles incitando al boicot del tranvía. Los tranvías comenzaron a circular vacíos ante las rechiflas de la multitud, boicot que se mantuvo en gran medida debido a que los organizadores comenzaron a fijar carteles con los nombres de quienes infringían la prohibición. El boicot duró tres meses y el problema se resolvió cuando finalmente el gobierno decidió comprar la compañía a los norteamericanos a un precio muy superior del que valía.

CRÍMENES

Al recoger la historia de la vida cotidiana alrededor de las calles de Bogotá no podía faltar el crimen. Los cronistas de la época, como Ibáñez, Ortega y Cordovez, escribieron narraciones extraordinarias sobre los distintos acontecimientos criminales que alteraron la monotonía bogotana del siglo XIX. Es muy famosa la crónica de *Crímenes célebres* de Cordovez en la que narra una serie de acontecimientos delictuosos que fascinaron a los lectores de la época. Algunos de estos ocurrieron en el periodo colonial, pero corresponde hacer mención de los acaecidos en las calles de la ciudad durante el periodo que nos interesa en este trabajo.

Veamos algunos acontecimientos criminales ligados a las calles de la ciudad: eludiendo el intento de asesinato, Bolívar se salvó huyendo por las calles del Coliseo y del Carmen, escondiéndose, finalmente, en el río San Agustín.

Cuenta Bayona (1988) que en la calle de San José ocurrió, en julio de 1853, un hecho relacionado con la conspiración de Serdá:

...uno de los conspiradores era el oficial Pedro Arjona, del regimiento de Húsares; pero sabida a tiempo la trama por el general Santander, este acompañado por el coronel José Manuel Montoya, pasó al cuartel y Montoya le pidió a Arjona la espada y le intimó a que siguiera con él, que no llevaba ninguna escolta, a la guardia del principal a rendir una declaración. Arjona se puso un capote y no se le registró. Hombro a hombro iban los dos hablando, cuando de repente Arjona echó a correr por la antigua calle de San José. Montoya le sigue con su espada en la mano, y grita a los transeúntes: “Atajen a ese faccioso”, repitiendo el grito en todo el curso de la carrera, en la que alcanzó a Arjona, casi hasta echarle mano. Arjona vuelve la cara y le grita: “No me siga usted coronel Montoya, porque llevo una pistola y no puedo prescindir de matarlo si me alcanza”. Montoya le replica: “Detente o te paso con la espada”; y en efecto, lo hirió de dos puntazos. Arjona volvió a correr, y al ser otra vez alcanzado, viendo dos hombres parados en la esquina, temiendo que los gritos de Montoya los excitasen a detenerlo, y temiendo también a los transeúntes, se vuelve, hace fuego, tiende muerto al valiente coronel Montoya atravesándole el corazón de un balazo, y hace huir a los dos hombres cuya presencia temía y a los transeúntes.

Al referirse Cordovez (1997) al asalto de un comerciante, dice:

Notando que lo seguía el embozado, pasóse a la acera norte de la calle; pero al llegar a la acequia que existía frente a la torre de la citada iglesia, el personaje se acercó precipitadamente y atravesó al señor Herrera, de izquierda a derecha, con un gran cuchillo cabiblanco, que medía trece pulgadas de largo, y cuya punta quedó asomando por la tetilla derecha del herido. El asesino tomó por la calle de Los Chorros de La Enseñanza, en donde antes lo vieron unas mujeres que tenían entreabierto la puerta de la tienda en que vivían, y se dirigió hacia San Francisco, vadeándolo por el puente de Gutiérrez.

PROTAGONISTAS

Desde siempre ha habido enfermos mentales indigentes que han deambulado por las calles llamando la atención ya fuera por sus atuendos pintorescos o “chispa”

con los transeúntes. En la crónica que hace Cordovez en 1918 acerca de los “Personajes de antaño, sin reemplazo”, describe a cuatro personajes que a pesar de su drama personal por su condición de indigencia se hicieron pintorescos para los habitantes de Bogotá, particularmente por su enamoramiento con las mujeres de la ciudad. Manrique era uno de estos personajes al que se le veía durmiendo en cualquier parte y recorriendo las calles por el centro de estas. Al llegar a una casa donde viviera alguna conocida suya, la llamaba por su nombre y se le cuadraba para hacerle un saludo militar haciendo un ostentoso saludo con su sombrero. Caminaba desde el barrio Las Nieves hasta el puente de San Francisco, hacía un saludo militar y regresaba por el mismo camino. El segundo personaje era Sununaga, quien deambulaba por las calles de la ciudad vistiendo de forma muy elegante gracias a los obsequios de algunos vecinos. Su obsesión consistía en creer que todas las mujeres lo perseguían para casarse; a ellas las consolaba entregándoles ramilletes de flores de borrachero y borraja. Chepecillo circulaba por la ciudad vendiendo una tinta producida con la uvilla de un arbusto silvestre mezclada con jugo de pepa de aguacate y alcaparrosa para darle fijeza. Lasso de la Vega se hizo célebre por sus poemas de amor y por haber sido testigo del asesinato de Antonio Paris durante la revuelta de los artesanos que describimos anteriormente. El siguiente personaje fue Gonzalón, quien según Cordovez fue quizás el más popular de su época por sus ocurrencias y amena conversación con los bogotanos.

Las calles de Bogotá fueron durante el siglo XIX, lugares complejos y de contrastes; algunas de ellas eran muy concurridas, otras desiertas, unas alegres y otra lúgubres. Sin embargo, para el bogotano las calles de su ciudad no tenían igual, rara vez emigraba, estaba aferrado a sus calles, posibilidades y contrastes. “Era en esas mismas calles donde se escuchaba “De Bogotá al cielo” como una patriótica divisa del bogotano, y ni la miseria, ni las palizas, ni la carestía, ni el tifus, ni las siete plagas de Egipto, eran tan poderosas para hacerle abandonar el monótono espectáculo de sus calles desiertas” (Tamura, en Ortega, 1990).

Para terminar, un elemento del espacio físico relacionado estrechamente con las calles son los ríos y los puentes que los cruzaban; estos los cuales cumplieron también su papel en la vida social al facilitar prácticas cotidianas como el lavado de la ropa, la higiene personal, además de facilitar algunos actos criminales y servir sus márgenes de guaridas a sus perpetradores.

En cuanto a acontecimientos, se resaltan con relación al río San Francisco, crímenes, historias de amor, rondas o aventuras como el intento de rescatar de este río el platino que se tiró en su lecho, luego de ser separado de la plata que era procesada en la casa de la Moneda (Mejía, 2000).

A mediados del siglo XIX, las vegas del Fucha se hallaban adornadas con quintas de recreo, entre las que sobresalían la de Antonio Nariño y la de don José María del Castillo Rada. Estos centros de reunión de la alta sociedad santafereña se convirtieron en un sitio para veranear e ir al pie de la cordillera, por los lados de San Cristóbal, San Vicente y Llano de Mesa.

Se iba a veranear o pasear en las cercanías de Bogotá. Lugares como el pozo de los colegiales, el río del Arzobispo y el San Cristóbal, eran algunos de los sitios escogidos por los bogotanos, incluso por su bajo costo. Frecuentemente se veían bailes y fiestas, que mostraban a las familias de clase media llevando el fiambre. Luego la costumbre era el baño en los ríos o quebradas, para regresar a la ciudad en las primeras horas de la noche.

Los paseos eran principalmente de tipo familiar durante los días festivos aunque también era común ver grupos de jóvenes ir a tomar baños a los ríos. A falta del agua corriente la costumbre era la de ir a bañarse en el río Fucha, el Tunjuelito el Boquerón, en el río del Arzobispo o en la quebrada La Vieja.

Otras costumbres incluían: ver a los estudiantes de ida o venida del colegio pasando por el río, ver a las lavanderas continuamente en los ríos con grandes cargas de trabajo, ver gente como las sirvientas y los chinos, dedicados a “torpezas y vicios groseros” (Cordovez, 1997) y ver en las cercanías u orillas de los ríos a gente bañándose en los baños públicos, y así pasar un rato de esparcimiento (Mejía, 2000).

Los ríos cumplieron un papel importante en la socialización al constituirse en el lugar por excelencia de los paseos y los baños familiares. Los paseos estaban asociados al baño hasta que desaparecieron con el surgimiento del servicio doméstico y privado del acueducto; de esta forma, como dice Pabón (2003), los paseos perdieron gran parte de su sentido, y con ellos la ciudad perdió uno de sus lugares de encuentro social.

ENTRETENIMIENTO EN EL ESPACIO PÚBLICO

Durante todo el periodo objeto de estudio (1819-1910), se observa una Bogotá claramente establecida por los presupuestos medievales de lo sagrado y profano, que ve en el entretenimiento un eje de distancia que no puede ser visto dentro de los parámetros de lo bueno, sino que pretende escamotear “el azar, lo inopinado, lo inesperado, lo discontinuo y el juego” (Duvignaud, 1980).

Este tipo de presupuestos heredados y consolidados, no solo en las representaciones de la gente sino en las prácticas y espacios concretos, muestra que solo aquellas prácticas que impliquen la entrega a lo espiritual o político (fiestas de guardar, procesiones, desfiles, encuentros sociales y que dan pie a conexiones políticas, etc.), son las permitidas por una institucionalidad que, consciente o inconscientemente, da paso a la doble moral y a la discriminación entre lo bueno y lo malo.

Lo contradictorio se ve al remontarnos a las civilizaciones antiguas en donde el juego era parte de lo sagrado, y desde las muñecas, los ritos, los bailes y demás manifestaciones se veneraba a los dioses o se obtenían directrices de estos. Viejos, incluso más que niños y jóvenes, eran quienes disfrutaban más el goce del juego y la importancia de la lúdica como impulso vital, tal como lo plantea Schiller en su texto *Kallias*.

Pero tal como la Bogotá del siglo XIX es heredera de los parámetros de vida de una mentalidad que divide lo aceptable de lo no aceptable, es claro que este capítulo debe verse desde la expresión de Johan Huizinga del juego como origen de la cultura, lo cual ayudará a leer entre líneas que los pocos hechos de corta, media y larga duración encontrados en esta investigación no son más que pretextos para encontrar el sentido del juego.

Así las cosas, la transgresión y subversión que implican tanto los “cuestionamientos de la autoridad a partir de la lúdica representada en juegos de palabras,

danzas, bailes, máscaras y disfraces alegóricos y satíricos, que al parecer tenían como objetivo asegurar la estabilidad social por el resto del año” (Escovar y otros, 2004), como los espacios que tras la fachada de lo ordenado y libre de pecado generan acciones lúdicas, nos mostrarán que

el juego no se reduce a una actividad particular, como tampoco se representa mediante una idea o una esencia. Abre una brecha en la continuidad real de un mundo establecido, y esa brecha desemboca en el vasto campo de las combinaciones posibles o, en todo caso, distintas de la configuración sugerida por el orden común (Duvignaud, 1980).

En este orden se ve cómo lo cultural y político muestra la importancia de los desfiles y festejos conmemorativos a la independencia, así como la exaltación a triunfos ligados a guerras civiles. Se ve también la importancia de adornar las calles y generar un lugar de jolgorio y festividad.

De igual manera, se anota que no solo las celebraciones sino las vísperas de las mismas tenían gran trascendencia para los bogotanos. Así la valoración de la comida, música, charla, apuesta o la visualización y celebración de espectáculos, como circos o juegos de azar, eran momentos determinantes para la realidad de Bogotá.

En lo cultural se resalta la influencia del pensamiento ilustrado del siglo XVIII, al tener como espacios el observatorio astronómico, las bibliotecas, las tertulias y las sociedades científicas, sin olvidar la aparición de construcciones que originaron los clubes, los baños públicos o los teatros.

A continuación se dará una mirada a aquellos lugares anteriormente nombrados, que fueron los que más denotaban una fuerte importancia en el espacio público. Cada espacio se desarrollará en primera instancia desde la contextualización del tipo de lugar, para dar paso a las prácticas y a los usos que se reseñan en estos.

CHICHERÍAS

Las chicherías, desde la Colonia, fueron espacios de fabricación, comercialización y consumo de chicha; a medida que pasaron los años, y con la transformación de la ciudad, estos espacios se convirtieron además en centros de comercialización de artículos de hogar y comidas típicas del altiplano.

Las chicherías se encontraban dispersas por toda la ciudad aunque en algunos barrios hubiera más concentración que en otros, pero no había barrio de la ciudad que se salvara de tener una chichería. Especialmente en los barrios

populares tradicionales como Belén, Egipto, Las Aguas y Germania; había chicherías en todas las cuadras (Llano y Campuzano, 1994).

Se resalta que a principios del siglo XX, por la ampliación de la ciudad, se ubicaron chicherías en San Cristóbal, las casas del Paseo Bolívar, Chapinero y Las Cruces. De igual manera, se observaban en el centro, en el barrio La Catedral, pero no se dejó que aparecieran en la carrera 7^a, sino una cuadra al occidente y una al oriente. Se anota la importancia que tuvieron las chicherías de San Victorino, sobre todo las que estaban situadas en los alrededores de la plaza de mercado, especialmente cerca de la calle 10^a.

Los relatos de la época comentaban lo siguiente:

a dos pasos de la central, entre la esquina oeste de la Plaza de Mercado y el Puente de los Mártires, no era posible ya el tránsito a ninguna hora del día ni de la noche. Ocupadas con chicherías las casas de ambas aceras de dicha cuadra, y desentendida la autoridad de dar garantías a los transeúntes, el pueblo se amontona y arremolina en las puertas de estas tabernas, y ebrios se extienden y apoderan de los andenes y embaldosados, formando barreras impenetrables (Llano y Campuzano, 1994).

Las chicherías se ubicaban en cuartos de casas viejas, construidas con paja y bahareque. En su entrada, especialmente los viernes en la tarde, sábados y domingos, se reunían personas que conversaban, gritaban, insultaban o hacían corrillos. En el texto “El patio de los milagros”, del periódico *La Siesta* de 1886, se plantea que sujetos reconocidos como vergonzantes, mendigos, azotacalles, rateros eran quienes estaban más cerca de estos espacios. Según los comentarios de la gente, se veía cómo de las chicherías estos sujetos pasaban a dormir en los quicios de las casas, los ángulos entrantes de las iglesias o las apartadas zahúrdas de los arrabales.

Aparte de las chicherías como tal, se anota el consumo de chicha en los mercados, especialmente los viernes después del almuerzo; allí, al igual que en las chicherías, no solo se vendía chicha sino productos para el hogar, alimentos y comidas. No todas las chicherías eran iguales, en algunas había turmequé, boliche y bolos y, por lo general, como ya se anotó, se ubicaban en Belén, Egipto, Las Aguas y Germania.

Un lugar que estaba plagado de chicherías era San Victorino, en donde había siempre multitud de personas en las calles, que desatendían a la autoridad. El pueblo se amontonaba y arremolinaba en las puertas de estas tabernas y ebrios se apoderaban de los andenes y embaldosados formando barreras impenetrables.

“A la entrada de las chicherías, especialmente los viernes en la tarde y los fines de semana, se encontraban reunidas personas que conversaban, hacia corrillos, gritaban e insultaban a los transeúntes” (Llano y Campuzano, 1994), acciones acompañadas de rotación de la totuma entre unos y otros.

Una fecha crucial para esta costumbre tan arraigada la marcó el año 1880, cuando se inicia la persecución de las chicherías debido al índice de criminalidad que se decía producía esta bebida. Se resalta que esta persecución se fortalece en las clases dominantes, aun desde la política, como parte del periodo de media duración de consolidación del orden político y económico, donde entra la competitividad económica, que genera ruptura en lo microfamiliar, para dar paso a los grupos económicos macros, con apoyo incluso de capitales extranjeros.

Se destacan las caminatas de todo tipo de hombres por las calles para llegar a las chicherías, incluidos los de menores de edad. En el diario de observaciones de Mutis se dice que en las tardes era grande la cantidad de chicha que se despachaba, especialmente a indios y gentes bajas o embriagadas. Igualmente comenta Mutis que esta costumbre es tan antigua que luego de las fiestas de la ciudad siempre se ocasionan desórdenes generales.

Las chicherías daban pie también a robos. Se dice que en estos establecimientos se emborrachaba a ciertas personas, para luego sacarlas a la calle con engaños y atracarlas. De igual manera, se observa cómo después de las festividades de San Pedro, San Juan y San Eloy se realizaban las famosas chirriadas o juegos de cañas, rifas de gallos y la cucaña, actividades acompañadas de consumo de chicha.

A las chicherías iban todas estas “personas en muchos casos a comerse un buen plato de cocido, una buena sopa, una pierna de marrano, mazamorra, acompañada de su chichita. Algunos comían de pie en platos esmaltados, otros se sentaban en mesas cubiertas con manteles de hule” (Llano y Campuzano, 1994).

En general estos espacios hacían parte de la diversión de la gente pobre, y los que asistían se sentían “en un lugar propio, delicioso para el descanso del trabajo, la conversación y el canto” (Llano y Campuzano, 1994). El canto era para los bogotanos, al lado del baile, una práctica que manifestaba el desahogo de la agresividad contenida de los artesanos, obreros, sirvientas, aguateros y prostitutas: “El obrero salía del trabajo a las cuatro de la tarde y casi siempre pasaba por la chichería. Especialmente los viernes en la tarde las chicherías se llenaban de prójimos. Esos días todos se lanzaban a la ebriedad, a la pelea, a la discusión, a jartarse hasta quedar embrutecidos” (Llano y Campuzano, 1994).

GALLERAS

Este juego en el que para la gente de la época abundaban los engaños y las malicias, como “ponerle balas al gallo para que pesara más, ponerle tabaco en la boca, aflojarle las espuelas o maltratarlo, por petición de un apostador, sin que el dueño se diera cuenta” (Escovar y otros, 2004), se desarrolló en varias galleras, pero una de las más conocidas fue la denominada “Gallera Nueva”. Inaugurada en 1815, reemplazó a la antigua gallera, localizada en el centro del costado occidental de la carrera 9ª, entre calles 7ª y 8ª. Otra gallera inaugurada en 1852 fue la de Arrubla, que tenía baños, salas de billar, departamentos de ropilla, café y cantina.

Por otro lado, se ve claramente a las galleras como espacio de socialización, en las que aparte de las peleas de gallos, –que generaban amplias ganancias, llegando incluso a hacer ganar a los propietarios de los gallos hasta \$2.00 en una riña–, se originaron ejes de corta duración como aquel en el que se realizaba una representación sobre la tragedia de Policarpa Salavarrieta, y el empresario (dueño de la gallera) se emocionó tanto que comenzó a hacer un discurso en público, en el que protestaba vehementemente por la maldad cometida por el virrey don Juan de Sámano.

Estas peleas, como comenta el texto *El alma de Bogotá*, al que hemos venido haciendo referencia, ordinariamente se veían los domingos y lunes en la tarde, en una especie de antepatio con doble fila de palcos, en el que se agrupaban los muchachos y los gallos. Luego de que la campana diera la señal, se iniciaba la pelea con los gritos de coro con los que se azuzaba a los gallos.

El espacio público se convierte, en el caso de las galleras, en un lugar de tránsito entre el trabajo o el hogar y la gallera, entre la gallera y el hogar o la chichería. Después de culminar las apuestas y de ganar o perder en las galleras, los bogotanos se encontraban con la realidad de las pérdidas o ganancias económicas que habían tenido; al salir a la calle y dejarse acompañar por la luz de las lámparas de la ciudad y de cantos de boleros, entre otros, llegaban a sus casas o se dirigían a las chicherías.

Así mismo, en la Bogotá del siglo XIX las clases altas le daban importancia, a menos que se hiciera una presentación de caridad (el papel *Periódico Ilustrado* comentaba el caso de un concierto de beneficio donde los pobres llenaban los asientos de platea y los palcos del teatro), al uso del espacio público, nuevamente como camino de entrada y salida hacia el teatro. En época de lluvias, las calles aledañas al teatro eran rebosantes de arroyos que hacían difícil e incómodo el recorrido. Dentro de los sujetos que caminaban por las frías calles bogotanas estaban los ca-

balleros de negro, que vigilaban desde el patio las butacas, los palcos y las galerías, y estaban pendientes de las damas que llegaban al teatro.

En el espacio público por otro lado también tenían lugar las cohetadas, las corridas de toros y la recolección del granizo para hacer helados; especialmente se habla de doña Joaquina Rodríguez, quien recogía granizo en invierno y lo conservaba el mayor tiempo posible para hacer granizadas o helados que se vendían y eran muy apetecidos por los bogotanos.

Al lado de las cohetadas, que caracterizaron la diversión durante todo este periodo del estudio, se veía la circulación de ciertos personajes denominados matachines, hombres disfrazados de negro que bailaban precedidos del negro Simón Espejo, vestido de casacón de botas altas. Junto a ellos bailaban igualmente dos muchachos disfrazados de diablos, con vejigas infladas, suspendidas de cuerdas atadas a una vara, repartiendo sonoros golpes a todos lo que se encontraban en su camino.

Estos matachines, que en algunas cohetadas o en otras ocasiones llevaban música interpretada con tambora, dos violines gangosos y pandereta, bailaban contradanzas que contagiaban a la gente. Las personas igualmente bailaban la trenza alrededor de un asta, de la cual pendían cintas de colores. Al finalizar, y luego de varios aplausos, se iban como dice Cordovez “con su música a otra parte”.

TEATROS, CLUBES E HIPÓDROMO: ESPACIOS DE APROPIACIÓN DEL PODER

Si bien los teatros y clubes no fueron apropiaciones del espacio público, dado que se trataba de espacios privados con un alto grado de distanciamiento de los sectores populares, estos espacios se fortalecieron en el imaginario del siglo XIX en Bogotá, y definitivamente tuvieron una gran importancia en los procesos de entretenimiento de la misma.

Así las cosas, espacios como el Polo Club, que a mediados del siglo XIX se fortaleció desde las migraciones británicas, muestran que al lado del Calcuta Club, creado en 1862, se reforzaban las miradas de una sociedad elitista que quería fortalecerse en los principios burgueses que se generaban en Europa, todo como parte de la era liberal del desarrollo y del ingreso en ese orden de una Colombia económica, reflejo del fuerte influjo de capitales extranjeros.

Dentro de los hechos históricos por revisar, se resalta la primera partida de polo ocurrida en 1897, y la celebración posterior en el hotel Europa de la consolidación de este club como espacio de encuentro y socialización de las clases altas bogotanas.

Posteriormente, se adoptó la costumbre inglesa de que los vencedores ofrecían la comida a los vencidos. Estas prácticas, al lado del interés por el vestuario (uniformes) y la consolidación de estos espacios desde las mismas instancias del poder, como es el caso del general Reyes, quien regala al Club la copa que el ejército conservador le había obsequiado, muestran la importancia que para ciertos sectores capitalinos tenían estos espacios.

Aparte del polo, se practicaba el fútbol, el tenis y el críquet. Estos deportes eran complementados, al igual que la visita a estos espacios, con la consolidación de los paseos a la Sabana y con la aparición de los hipódromos desde mediados del siglo XIX.

Los hipódromos eran espacios que, como los clubes y los teatros, reunían una gran cantidad de personas, no de la misma categoría como en el caso de las corridas de toros, que mezclaba clases sociales, sino que mostraba

los palcos adornados con cortinajes de vivos colores nacionales, más allá toldas de campaña diseminadas en la extensión y por otras partes entre los arbustos las fogatas en donde las familias cantaban al son del tiple, en tanto que la olla hervía, la cazuela chirriaba y los pavos y las cabezas de cordero se dejaban dorar al suave calor de la llamarada (Escovar y otros, 2004).

Ya entre 1900 y 1918 se crea el hipódromo de la Gran Sabana o de La Magdalena, en la calle 40 con 13, cerca al Polo Club.

Otro hipódromo que generó entretenimiento para los bogotanos, fue el ubicado desde 1884 en Chapinero, que conjugaba los paseos familiares al aire libre con la emoción de la apuestas.

Por otra parte, y para complementar el entretenimiento de las clases privilegiadas, se fortalecieron en el siglo XIX espacios como el teatro del Coliseo, heredado por la hoja de Ramírez y Villar en 1805, y que en 1824 fue comprado por los hermanos Juan Manuel y Manuel Antonio Arrubla. Para algunos extranjeros, como Isaac Holton, esta construcción fue considerada como una de las más feas de Bogotá.

Así mismo, si se habla de bailes, es necesario retomar el espacio del Coliseo, que se convirtió en lugar de encuentro a principios del siglo XIX. La frecuente realización de bailes de máscaras en este teatro surge como una costumbre que luego fue replicada por otros lugares de entretenimiento durante el siglo XX.

Si bien en 1842 se intentó institucionalizar y regularizar los bailes del Coliseo a través de abonos o suscripciones, con el ánimo de reunirse cada domingo, cada vez más normas se fortalecieron en pro del mantenimiento del orden en este lugar.

Se consideraba como sitio “donde los vendedores, los empleados y las guarichas se convierten en actores los domingos y otros días festivos por la noche, cuando la gente tiene tiempo de ir al teatro y ellos de actuar” (Escovar y otros, 2004).

Aunque no se habla mucho en los textos consultados de la importancia de este teatro en lo público, ya que su función está más ligada a lo privado, se ve la relevancia que este tuvo en la celebración del 12 de octubre de 1892 para la ciudad, y cómo en su entrada se conglomeraban vendedores o se generaban charlas y chismes por parte de los bogotanos que accedían a este lugar.

Los bogotanos tuvieron con el Teatro Municipal, inaugurado en 1881, otro entretenimiento que fue el cine, y desde 1897 las exposiciones de fotografía. Si bien no todos los habitantes de Bogotá estaban interesados en este tipo de espectáculos, sí se inicia una actividad cultural que se afianzará en el siglo XX. Estos espacios, y las prácticas realizadas en ellos, hacen parte de la realidad a la que el país se avocaba por la mirada económica que se impulsaba desde el extranjero.

CORRIDAS DE TOROS

Las celebraciones vinculadas a las corridas de toros se realizaban alrededor de la Plaza Mayor. Se trataba de un espectáculo que reunía a una gran cantidad de gente desde la mitad del día. Las personas se agolpaban cerca de

las barreras que parecían más bien formadas por hombres que por maderos, y en las calles que formaban aquellas y los tablados, apenas podían los concurrentes moverse con facilidad. Las ventanas, capiteles y cornisas de las dos altas torres de la hermosa catedral, parecían como una colmena alborotada. En las torres de la capilla, en las galerías de San Bartolomé, en la cúpula de San Carlos, en los tejados vecinos y hasta en los nichos más lejanos se rebullía el concurso que a la fuerza de no tener cabida en la plaza se retiraba como bandada de aves asustadas a buscar los huecos y cornisas de las torres vecinas (Escovar y otros, 2004).

En lo que respecta a acontecimientos urbanos, se resalta la inauguración, el 20 de julio de 1890, de la plaza de toros en la esquina sur del parque de Los Mártires. Esta construcción, ubicada en la calle 10ª con carrera 15, estuvo a cargo de Pietro Cantini. En 1904 se construye otra en plaza Paiba, y un año más tarde la denominada Plaza España. De igual manera, entre estos dos años y 1911 abre sus puertas el circo de toros de San Diego, cuya destrucción se debió a la rabia del pú-

blico ocasionada por una mala tarde de toros. Es importante resaltar en el periodo histórico de esta investigación (1819-1910) la aparición de plazas más pequeñas como la de Chapinero (1907), La Favorita, La Magdalena y la de la Calle novena con carrera 12. Nuevamente, se observa la importancia de generar espacios para el fortalecimiento del turismo, como parte del desarrollo en un periodo de consolidación de capital.

Las corridas de toros generaron en esta sociedad una práctica que se desarrollaba no solo en la plaza sino fuera de ella. Las corridas en la plaza de San Victorino eran acompañadas por el cierre de las bocacalles y el espectáculo de treinta o cuarenta hombres a caballo que caracoleaban y corrían por toda la arena hasta que llegaba el toro, al que sacaban fatigado de este espacio. Para los bogotanos, como plantea Rorhlisberger, era divertido ver saltar al valiente lidiador.

Las corridas se iniciaban normalmente a las tres de la tarde y finalizaban a las seis. Se resalta que en el siglo XIX había corridas en los barrios de la ciudad. Así, se veía este espectáculo en Las Nieves, Santa Bárbara y San Victorino. Igualmente el 20 de Julio era una celebración que tenía que tener en su haber una corrida de toros, especialmente a partir de 1846.

Cordovez y Ortega también se constituyen en una buena fuente de información para dilucidar cómo era usada la Plaza Mayor o de Bolívar para efectos de las actividades recreativas de la población. Además de las fiestas religiosas que llenaban bastante el espíritu festivo de nuestros antepasados, solo disfrutaban con relativa frecuencia de las corridas de toros o capeas en la Plaza Mayor, presididas por los alcaldes ordinarios.

La administración de Mallarino preparó los ánimos para que todos los bogotanos, sin distinción de colores, celebraran el aniversario de la independencia nacional, entre otras diversiones, con corridas de toros y cuadrillas en la Plaza de Bolívar. Sin embargo, desde entonces (1847) se empezaba a cobrar por el acceso al espacio público como en el caso de la exhibición de unos saltimbanquis, ocasión en que se cobró por el ingreso en la plaza.

En las bocacalles de la plaza se situaron soldados para controlar el ingreso de quienes querían gozar de la presencia de don Florentino y demás saltimbanquis por los que los asistentes pagaron un real de plata de cruz, que era la moneda corriente. Del pie de la estatua de Bolívar, atadas a un cabestrante, arrancaban dos cuerdas tensas paralelas entre sí y a una distancia de ochenta centímetros una de otra, hasta la campana más alta de la torre de La Catedral por la que hacían sus maromas los encargados de la función.

Una vez resuelto por la Municipalidad –y por los interesados en obtener ganancias económicas– que era legítima la diversión con fiestas, el alcalde fijaba un aviso en letras gruesas y rojas, por medio del cual llamaba a licitación, para adjudicar en remate al mejor postor el área de la plaza en donde tendrían lugar los espectáculos ofrecidos, con la obligación de suministrar, en el caso de las corridas, los toros, pagar y vestir a los toreadores, proporcionar tablados al presidente de la República, al alcalde y a los músicos, y también pagar al rematador, construir la barrera y el toril.

En una de estas corridas en la Plaza de Bolívar, cuenta Cordovez Moure (1997), le ocurrió un percance a cierto caballero acostumbrado a vivir en perenne estado de beodez. El personaje se presentó dentro del cercado al tiempo que soltaban un furioso bicho, visto lo cual por nuestro protagonista,

...se dirigió resueltamente hacia él, sin duda con la intención de entablar los impertinentes diálogos a que son inclinados los que están embrutecidos por el alcohol; pero el toro no debió de tener en cuenta el estado de su interlocutor, porque le cayó encima sin darle tiempo para que advirtiera el peligro que corría: lo levantó en las astas, le hizo dar una voltereta en el aire, lo dejó caer a tierra, y se llevó enredados en los cuernos los calzones y calzoncillos de la víctima que quedó en medio del cercado únicamente con la levita y los botines. Las damas se cubrieron el rostro, sin tratar de contener las carcajadas que les produjo semejante exposición. Para reparar el escándalo ocurrido, no volvió a probar licor aquel caballero. ¡Cuánto diéramos porque con tan fácil medicina se volvieran temperantes los borrachos! Aún duraban las fiestas, cuando soltaron un toro de aquellos que acometen sin vacilar a todo lo que se les presenta: acosado el jaguar, logró treparse sobre la verja y de allí saltó al andén. Un grito de terror y de angustia, lanzado por más de quince mil espectadores, dominó los ámbitos de la plaza: ¡Se salió el tigre!, exclamaba cada cual, y el pánico, de suyo tan contagioso, se apoderó de aquella muchedumbre espantada, que huía en todas direcciones, gritando y llorando como insensatos.

Esta plaza era el lugar predilecto para las corridas de toros que eran de diverso tipo, de rejón, bien sueltos, al igual que para lo que se llamó el “toro encandelillado”, que con el tiempo derivó en la “vaca-loca”. Cuenta Ortega, que en una de tantas fiestas un toro llamado Toche por lo bravo, salió del cercado con una gualdrapa colorada con monedas de oro prendidas para que las quitara el más valiente.

Hay que recordar que las fiestas religiosas terminaban con “vaca-loca” después de los fuegos de la última noche. Esta diversión, que aún se conserva en algunos

pueblos del país, consistía en forrar con un cuero de res una armadura de cañas que semejaba un toro, en cuyos cuernos encendían verdaderos hachones de grasas y trementina, para que con esa hoguera quemara el hombre que la llevaba sobre sí a los atrevidos toreadores. El mismo fenómeno que se notaba en la fiesta de los Reyes tenía lugar en las carnestolendas: se establecía una verdadera procesión de gente del pueblo, especialmente de las sirvientas de la ciudad, que conducían a los niños de las casas en que servían, acompañadas de los respectivos galanes.

Curioso, por no decir repugnante, anota Cordovez, era el aspecto que presentaba la plaza durante las diez o doce noches que duraba aquel desenfreno, superior en mucho a las saturnales o bacanales del paganismo: dondequiera se veían mesas de juego en prodigiosa actividad, rodeadas de innúmero concurso, entre el cual se contaban las mujeres de mala vida y las desertoras sirvientas de las casas, que acudían a ese inmenso lupanar en seguridad de pelear con la infracción de todos los diez mandamientos de la Ley de Dios y los cinco de la Iglesia, que en tiempo de fiestas quedaban suspendidos de hecho. Los gariteros o talladores invitaban a voz en cuello a los concurrentes a que jugaran en sus respectivas mesas, para lo cual ponderaban las ventajas evidentes que se obtendrían en la clase de juego que regentaban; por todas partes se oían exclamaciones o invitaciones del tenor siguiente: en la plaza se colocaba una tribuna para que se desahogara el amor patrio insultando a la madre España en todos los tonos conocidos, sin dejar un solo adjetivo injurioso que no se le aplicara con exagerada hipérbole: después de las dos de la tarde, hora en que los oradores estaban como con vino, las peroratas pasaban del color castaño oscuro que ya tenían, para tomar el tinte de cielo rojo encendido.

JUEGOS DE BARAJAS

Como parte de estos eventos de entretenimiento, es imposible pasar por alto los juegos de barajas en el siglo XIX, que daban pie a las casas de juego y de apuestas desde 1823; igualmente, es preciso anotar que los señores concurrían a las fondas llevando siempre barajas en el bolsillo para jugar en sus mesas de estas.

Se cuenta un episodio en el que el 21 de enero de 1842 se realizó un allanamiento a una casa de pésima reputación, dedicada principalmente a juegos clandestinos, donde habían sido sorprendidos frailes, clérigos, vagos y empleados públicos. A fines del siglo se contaba con proliferación de este tipo de establecimientos clandestinos que comenzaron a ser perseguidos desde el periodo de la Nueva Granada, y que cada vez se fueron reforzando en aras del progreso.

Las artes de los tahúres y el juego del tejo o turmequé era la contraposición a los espectáculos populares de los pesebres decembrinos, generalmente a beneficio de obras pías, y se estableció en forma tajante la discriminación entre los espectáculos que por su calidad insigne era posible llevarlos al teatro Colón.

De igual manera se anota en cuanto a juegos, el interés por jugar a la golosa, las bolas, el trompo y la ensaladilla, juegos que se realizaban en el espacio público normalmente, aunque fueron prohibidos por algunos colegios, como el de los jesuitas, lo que muestra que el juego estaba más ligado a espacios y horas concretas, como parte de la organización y la disciplina.

BAÑOS PÚBLICOS

Otro espacio que conjuga la naciente importancia de la higiene con el entretenimiento, son los baños públicos. En la Bogotá del siglo XIX, los baños públicos muestran igualmente otra de las rutinas que se desarrollaron bajo los preceptos higienistas de la conservación de la salud. Estos se utilizaban con el ánimo de prevenir y controlar epidemias, y se convirtieron en un lugar estratégico de actividad social. Estos negocios, cuya localización estaba ligada a las corrientes de aguas se convirtieron solo en espacios de socialización sino de esparcimiento e incluso de negocio, ya que evitaban los baños solares, las albercas de las casas o el aguamanil.

Se nota claramente cómo se precisa en esta práctica una mirada más hacia lo público que hacia lo privado, que se ve reflejado en los textos de distintos periódicos de la ciudad, a comentar la importancia que tuvo para los bogotanos la inauguración de este tipo de espacios ligados a las costumbres europeas.

Un caso se narra en 1846 cuando el 1 de enero se abren baños en la Huerta de Jaime. Tal como se precisa en algunos textos, se servirían “baños a la temperatura que se pida desde las 8:00 a.m.”. Las personas que iban a tomar estos baños debían pagar en el almacén del señor Cenón Padilla cuatro reales en la calle de Florián o en una de las tiendas ubicadas a la derecha de los baños, para poder entrar en estos. Otro baño inaugurado en 1892 fue el de la Rosa Blanca, con duchas, tinas y regaderas y agua a temperatura elegible. Se anota que los procesos de socialización se desarrollaban igualmente en los espacios de peluquería, billares y gimnasio que la gente encontraba allí.

En el siglo XIX, fuera de la ciudad se observaban baños como los creados en 1885 por Ismael José Romero en Chapinero, manifestación clara de los procesos de desarrollo de la higiene y del interés por mostrar a los extranjeros, en aras del turismo y el negocio, estos avances culturales y de salubridad. Los baños implica-

ban todo un proceso de entretenimiento, desde el paseo para llegar al sitio, como la utilización de una plaza de recreo para el público donde los bogotanos iban en busca de “solaz”.

Hasta 1913, los baños continuaron siendo un elemento valioso para los procesos de higiene y socialización. Se anota que dado el pago y la infraestructura que estos espacios tenían, las personas que podían acceder a este tipo de actividades eran especialmente de la clase media alta y media, ya que en general los bañaderos públicos de la gente de otras clases eran las aguas de los ríos Tunjuelito, Bogotá o Fucha sin olvidar los desagües del caserío de San Cristóbal. Así se ve cómo socioeconómicamente, los obreros, las familias y, en general, la gente sin recursos, mostraban en el siglo XIX un gran desaseo.

En síntesis, la relación entre el entretenimiento y lo público no se ve claramente en el espacio público, sino en prácticas como celebraciones o fiestas. Lo que sí es evidente es que desde los espacios cerrados se observa la importancia de ir a lo público, en las diversas clases sociales.

Así, en ámbitos sociales diversos es posible ver la contraposición social que existía entre la gente que iba a las chicherías y la que va a los baños públicos, teatros, clubes e hipódromos, pero de igual manera había espacios donde se mezclaba “la chusma” con la “gente de bien”, como era el caso de las corridas de toros.

El entretenimiento es, pues, un producto del arribismo de unos y de la protesta y desahogo de otros; es la necesidad de unirse, así sea de manera diferente, en las prácticas lúdicas como parte de la condición humana, se viva donde se viva o se viva como se viva.

En Bogotá se manifiesta igualmente la preponderancia que el entretenimiento daba a lo extranjero, en especial lo británico, y cómo desde estos mismos espacios se daba una diferenciación social con los ámbitos populares, tanto desde la ubicación de los lugares, como desde las prácticas mismas. Así el entretenimiento es una muestra de los paradigmas sociales, religiosos y culturales que Bogotá vivió entre 1819 y 1910, y que se permea hasta nuestros días en la búsqueda de salir de las directrices humanas, para dar pie a las pasiones del hombre bogotano.

Así la cosas, el preámbulo con el que se inició este capítulo puede ser entonces leído en primera instancia desde

esos flujos de juego, que incluyen expresiones diversas y en ocasiones se cristalizan en ética, en metafísica, en estética, incluso en política, que pueden inscribirse entre las costumbres, los ademanes, las especulaciones de la inteligencia o del arte, las representaciones plásticas, las manipulaciones de la piedra o los

sonidos. A través de los obstáculos que la realidad opone a ese despliegue, la expansión de la nebulosa lúdica se materializa en formas de las cuales unas se borran con las generaciones vivientes y otras se conservan como islotes rodeados por todas partes por las evidencias realistas del mundo razonable y serio (Duvignaud, 1980).

Y en segunda instancia, desde una cierta hipocresía que hace que los sujetos disfrutaran de ciertas actividades que no era importante divulgar, ya que quienes atacan esos juegos, normalmente son aquellos que los practican a escondidas o que quisieran practicarlos pero no les parece bueno hacerlo. En el nombre de la moral pública, se ve cómo existe el estricto cumplimiento a la función y cómo por eso se crean espacios como los baños o los teatros, para equilibrar hacia la indignación de lo popular el ansia de querer un cambio rápido de clase, una legitimación a sus instintos o una adquisición de objetos de deseo de un modo avalado y puro.

El juego bogotano, entonces, como en otras culturas, se puede describir como una manifestación de la luz en el clarooscuro u oscuro de la realidad cotidiana. Sentir cumplidos los deseos y las fantasías queriendo alimentar la vida hasta el fin, muestra cómo la ficción, la competencia, la borrachera (en las dos clases sociales) y el azar, más que cuestión de espacios, es una línea que debe ser vista desde el poder y la historia.

Aunque hemos descrito algunos de los principales lugares de diversión de los bogotanos durante el siglo XIX, para muchos de los cronistas revisados predomina una característica común en el estilo de vida del bogotano: el aburrimiento como resultado de las pocas oportunidades particularmente en la vida nocturna. Para Cané (1884): “Bogotá es un desierto durante las noches. No hay ninguna diversión, no hay un café cantante, no hay funciones en el teatro, no hay bailes. Los hombres se ocupan de jugar el tresillo, a la lotería o al billar; las señoras reciben escasas visitas, y en casi todas las habitaciones impera Morfeo desde las diez de la noche”.

LA RELIGIOSIDAD EN EL ESPACIO PÚBLICO

LA IGLESIA COMO LUGAR PÚBLICO

Como plantea Germán Mejía, “la ciudad como espacio singular, es una forma particular de las relaciones sociales. Esto indica no solo que en las ciudades las relaciones sociales están inevitablemente correlacionadas con las relaciones espaciales, sino que ellas están atravesadas por fenómenos urbanos como lo público y lo privado” (Mejía, 2000). Uno de los espacios que se situaron por mucho tiempo fueron las calles, además de las prácticas religiosas, de los templos y conventos públicos.

En el siglo XIX las iglesias conjugan estas relaciones entre lo privado, en cuanto a las miradas de la naciente burguesía, y lo público, en relación no solo con el espacio, sino con la libertad de acceso a las iglesias y con el uso de los alrededores de estos templos, como escenarios para el comercio y la sociabilidad.

En materia urbana, Bogotá tenía desde la imponente de los cerros de Monserrate y Guadalupe –separados entre sí por un profundo cañón–, la imponente religiosa, espacial, política y simbólica. Estos cerros se convirtieron desde la entrada de los extranjeros, y para los mismos bogotanos, en una impronta de protección, oración y entrega religiosa que será reforzada por las iglesias. El ascenso a estas montañas era una de las prácticas religiosas que los bogotanos desarrollaban, teniendo en cuenta no solo la importancia mística que tenían estos dos lugares, sino la importancia espacial que implicaba el crecimiento de la ciudad. “Monserrate y Guadalupe contribuyeron en gran parte a formar el microclima que le fue particular al viejo casco urbano de Bogotá. El carácter lluvioso de la ciudad se debía a que dichos cerros detenían las nubes cargadas de agua que llegaban del occidente, obligándolas a descargar su contenido en torrenciales aguaceros” (Mejía, 2000).

De igual manera, Bogotá tenía la ermita de Belén, la de Egipto y la iglesia de Las Aguas. De esta última se resalta su función como hospital militar en 1816,

1854 y 1860, para luego convertirse en hospital civil (ya a cargo de la Sociedad de San Vicente de Paúl). Más arriba, sobre las faldas de Guadalupe, se encontraba la ermita de la Peña, la cual fue ampliada y transformada en 1820, y sufrió daños por los temblores de 1826 y 1827. Aún más arriba está la cima de Monserrate. Después de la mitad del siglo XIX el crecimiento de la ciudad ocasionó que las capillas y ermitas, del pie del monte, quedaran incluidas dentro del casco urbano y que, con el tiempo, estas fueran erigidas en iglesias parroquiales (Iglesia de Las Aguas e Iglesia de Egipto).

Además, estaban otras iglesias como la de San Agustín, que en 1862 fue el epicentro de una batalla entre tropas simpatizantes de Mariano Ospina Rodríguez, y que fue testigo de la construcción de una muralla para evitar las crecientes del río San Agustín, labor se que culminó en 1909; la iglesia de Santa Inés, que sirvió a las hermanas dominicas como espacio religioso hasta 1863; la Iglesia de la Bordadita, reconstruida varias veces durante el siglo XIX; la Iglesia de Las Cruces, destruida parcialmente en el terremoto de junio de 1826 y totalmente en el terremoto de 1827. En 1832 se realiza su reconstrucción en un terreno donado al sur de la Plaza de Armas, aunque en el siglo XX, por otros terremotos, tuvo igualmente graves daños.

Se resaltan igualmente la Capilla del Sagrario, afectada por el terremoto de 1827 y restaurada en 1917; la iglesia de La Candelaria, terminada luego del terremoto de 1785, en 1857, y que funcionó tras la desamortización de Bienes de Manos Muertas (1861) como cuartel, escuela universitaria de Ingeniería y local del Seminario Conciliar; la iglesia de San Juan de Dios, afectada por los terremotos de 1826 y 1827; la iglesia de La Tercera o denominada como la de los estigmas, reconstruida en 1857 por Karl Schlecht; la iglesia del Hospicio, que permaneció intacta hasta el 9 de abril de 1948; la iglesia de San José o La Capuchina que en 1823 sirvió como colegio de ordenados, especie de seminario y biblioteca de los capuchinos y que luego, en 1827, tras la destrucción de San Victorino, asumió las labores de esta parroquia; la iglesia de la Enseñanza “ubicada en el costado oriental del colegio con acceso a la calle 11, era una construcción de calicanto de una sola nave y ornamentada con una sencilla decoración de yeso” (Escovar y otros, 2004); se caracterizó por ser el espacio de enseñanza a las mujeres de Santa fe, hasta 1861. Luego fue remplazada en 1887 por la Escuela de Bellas Artes.

Se deben tener en cuenta, lugares también religiosos, espacios como el templo protestante, obra realizada en el siglo XIX, gracias a la presencia de la Sociedad Bíblica de origen británico y la llegada de Diego Thompson en 1825. Este templo reunió a la comunidad de extranjeros residentes en Bogotá y, entre 1869 y 1928, se

convirtió en uno de los “escenarios prioritarios de la acción de grupos misioneros, a través de la educación en escuelas y colegios” (Escovar y otros, 2004); el Palacio Arzobispal, restaurado en 1870 por el arquitecto Bartolomé Monroy y destruido el 9 de abril de 1948; la Basílica del Voto Nacional, construida en 1891 en terrenos donados por Rosa Calvo Cabrera, y que estaba, según los planos de la época, en el lugar de una iglesia con el nombre del Sagrado Corazón de Jesús, devoción que siguió luego del tratado de Wisconsin (1902) en este lugar.

Las iglesias y los conventos sobresalían en el paisaje urbano; estas edificaciones se veían desde cualquier lugar de la ciudad, ya que tanto la rodeaban como marcaban sus límites externos. Así, la iglesia de La Capuchina marcaba el límite occidental, la ermita de San Diego el extremo norte, la iglesia de Santa Bárbara y Las Cruces cerraban la ciudad al sur y las ermitas de Egipto y Belén, el oriente. Esta última fue reconstruida tras el terremoto de 1827, en 1858 y 1860 bajo nuevos planos, y en 1873 para conmemorar la imagen de María Santísima.

Igualmente, la iglesia de San Diego, como ya se dijo, fue esencial en la organización territorial y mística de Bogotá. Religiosamente se destaca la veneración de la imagen de Nuestra Señora del campo; territorialmente es importante anotar que era vista como una reliquia arquitectónica, presente en varios momentos del desarrollo de la ciudad.

Más de una treintena de iglesias y capillas se repartían en el casco urbano. Casi todas, así como los conventos, eran las únicas construcciones diferentes en el conjunto arquitectónico de la ciudad.

Ahora bien, en el transcurso del siglo XIX se realizaron varios cambios a estas edificaciones; un ejemplo fue la demolición de la iglesia de El Humilladero en 1877, para ampliar el Parque Santander. La Catedral es remplazada provisionalmente en su función parroquial por la iglesia de San Ignacio (que fue devuelta a la Compañía de Jesús en 1891, entonces llamada de San Carlos) y por la de El Sagrario en 1891 (Parroquia de San Pedro). La iglesia de San Victorino existió hasta 1827, cuando el terremoto de ese año la destruyó.

Hay que mencionar la importancia de la Catedral Primada, la cual el 20 de enero de 1807 fue restaurada bajo la dirección del canónigo Francisco Caicedo, quien continuó trabajando con Petrés. Esta edificación, que estuvo presente desde la fundación de Bogotá hasta la actualidad, albergó a principios del siglo XX importantes pinturas de Epifanio Garay y Santiago Páramo, entre otros. La fachada de esta construcción, realizada en piedra, “está compuesta por dos cuerpos flanqueados en sus costados por torres. El segundo cuerpo se encuentra rematado por

un frontón triangular y tiene roleos en sus lados. Esta fachada es uno de los primeros ejemplos de arquitectura neoclásica en la ciudad” (Escovar y otros, 2004).

La Iglesia de Egipto es reedificada hasta 1882, bajo el nombre de Nuestra Señora de Egipto. En 1905 sus muros de contención fueron remplazados por una gradería de 80 peldaños. La iglesia de La Veracruz se convierte en iglesia parroquial en 1891, luego de que se hizo célebre entre junio y noviembre de 1816, cuando “buena parte de los de los patriotas vinculados al proceso de independencia como Francisco José de Caldas, Francisco Antonio Ulloa, José Miguel Montalvo y Miguel Buch, luego de ser ejecutados, fueron enterrados en una fosa común dentro de esta iglesia. En 1910 y con motivo del centenario de la Independencia, fue declarada como Panteón Nacional” (Escovar y otros, 2004). Se amplía la iglesia de San Francisco y su claustro principal es demolido para construir en su lugar el Palacio de la Gobernación de Cundinamarca.

La iglesia de La Concepción es expropiada en 1863 para convertirse en el Mercado Cubierto. La iglesia de Santa Clara fue igualmente obligada a abrir sus puertas a la calle en 1863, quitando el coro bajo de la iglesia, luego de haber vivido episodios como una explosión de pólvora en 1855. La desamortización también genera cambios en los conventos al convertirlos en dependencias públicas o privadas sin olvidar que terremotos como el de 1827 destruyen capillas como la de Las Cruces, el tabernáculo de El Sagrario y la cúpula de la iglesia de El Humilladero y producen daños en espacios como la Capilla de la Compañía Chiquita². (Escovar y otros, 2004).

Esta capilla en el siglo XIX tuvo varios usos. Sirvió de escuela, fue sede las Sociedades de Hermanos Castrenses y de Artesanos, como capilla nuevamente y salón de reunión de una de las cámaras legislativas. Durante el gobierno de Pedro Alcántara Herrán, en 1842, recibió el título de Salón de Grados y sirvió a la vez como teatro de conciertos y reuniones de todo tipo, prisión de políticos rebeldes y cámara mortuoria de hombres distinguidos. También sirvió de salón de sesiones de la Academia Colombiana de Historia” (Escovar y otros, 2004).

En la construcción de nuevas iglesias en el siglo XIX, se resalta la inauguración de la iglesia de Nuestra Señora de Lourdes en 1875, cuyo estilo neogótico mostraba para algunos “la verdadera creación del espíritu católico; es la obra que eleva el alma a Dios y la mente a las cosas celestiales, es el triunfo del espíritu sobre la materia, precisamente por su construcción ascensional” (Escovar y otros, 2004).

2 Construida por la Compañía de Jesús en 1805, junto a la Catedral.

Espacios como la ermita de El Humilladero en 1887 y La Catedral, dan lugar a actividades religiosas ligadas a plazas de mercado y a calles. A través de algunos textos e imágenes se visualiza un uso del espacio público ligado a procesiones, comercio, charlas y recorridos.

Este tipo de acciones en el espacio público son comprensibles, dado el periodo de transición determinado. Este periodo, denominado de tránsito entre ciudad colonial y ciudad burguesa, “muestra incluso una organización de la ciudad ordenada en estructura de damero, centrada en torno a la plaza mayor y zonificada principalmente a partir de las iglesias parroquiales” (Mejía, 2000).

Las edificaciones eclesiásticas fueron en el siglo XIX las únicas construcciones diferentes dentro del ámbito arquitectónico de la ciudad; quizá por esto y por la mirada de poder, antes esbozada, es que estos espacios fueron de igual manera ámbitos de procesiones de reos, manifestaciones y eventos ciudadanos.

Por otro lado, se destacan en Bogotá algunos conventos, que si bien hacen más parte del entorno privado que del público, tuvieron un valioso carácter religioso. Así se observan conventos como el de los franciscanos, que en 1891 está situado en la calle 16, entre carreras 7ª y 8ª; el de los padres dominicos, que en ese mismo año pasa a la calle 12, entre las carreras 7ª y 8ª, y el Monasterio de las Monjas del Carmen que, en 1891, queda en la carrera 4ª, entre calles 11 y 12.

De igual manera, el Monasterio de la Concepción en 1891 queda en la calle 11 entre carreras 4ª y 5ª; el Monasterio de Santa Clara, que en la misma fecha está localizado en la calle 9ª, entre carreras 8ª y 9ª, así como el Monasterio de Santa Inés que se ubica en la calle 11, entre carreras 4ª y 5ª.

Otros conventos construidos en siglos anteriores se mantuvieron en el siglo XIX. Tal es el caso del claustro de San Felipe Neri; el seminario de San Luis; el Seminario Mayor; el claustro y colegio de la Compañía de Jesús; el monasterio de San Diego; el monasterio de los agustinos; el claustro de Nuestra Señora de Las Aguas; el claustro y Colegio Mayor del Rosario; el convento de los Padres Candelarios; el monasterio de San Juan de Dios; el claustro de La Tercera Orden; el noviciado de Jesuitas y sedes del clero como el Cabildo Parroquial y el Palacio Arzobispal.

Otras obras realizadas en el siglo XIX, son: el hospicio de las Hermanas de la Caridad, en 1891; el Seminario Menor, en 1845; el monasterio de las Hermanas de la Presentación, en 1873; el convento de las Hermanas de la Caridad, “El campito”, en 1883; el monasterio de Nuestra Señora de la Caridad del Buen Pastor, en 1890; el monasterio de las Bethlemitas, en 1891, y la Casa de Jesús, María y José de las Hermanas Terciarias, la Casa de Ejercicios y la Nunciatura, construida en 1839.

Por otro lado, se resaltan los cementerios como nuevos escenarios de prácticas religiosas, los cuales fueron vistos como necesarios a raíz de las epidemias (como la de viruela, en 1802). Se destacaba el cementerio Católico que en 1822 dio pie a la construcción del hoy cementerio Central, y que se decía era un lugar cuyo camino “tenía una cerca de palos amarrados a postes con cuerdas de cuero, pero la del cementerio es de tapia y teja. Adentro se ven los huesos y hasta varias calaveras regadas por el suelo” (Escovar y otros, 2004), sin olvidar la cantidad de gallinazos que le sobrevolaban.

También fue construido en 1827 el Cementerio de Occidente, con el que se respondía al mandato dictado por el Decreto del 15 de octubre del mismo año, en el que se prohibía el entierro de cadáveres en templos, capillas o bóvedas, todo como parte de los procesos desarrollados ya a finales de la Colombia de Bolívar y del inicio de la organización de la ciudad.

Para 1831 se buscó el apoyo financiero del recaudo de cada entierro realizado en las iglesias, y aunque sus obras fueron lentas, en 1836 se abre como servicio público, a pesar de que viniera funcionando desde 1832. La capilla del Cementerio de Occidente fue terminada en 1839 y bendecida hasta 1842.

Sin duda este hecho le imprimió una nueva significación al lugar, en una sociedad donde la vida pública y privada estaban tan imbricadas con la religión y la Iglesia Católica. También en ese momento se inició la arborización y el arreglo de jardines, cambiando el aspecto del lugar. Hasta entonces, entre las galerías y los caminos paseaban comúnmente los ganados mayores y los cerdos (Calvo, 1998).

Se destaca, a su vez, el Cementerio Protestante y las Tapias de Pilatos. El primero es reconocido como el Cementerio Inglés de Bogotá, estipulado en 1825 y definido su terreno y construcción en 1834. En 1835 fue cercado y apoyado de un modo más evidente por el gobierno británico. Por su lado, la Tapia de Pilatos, instaurado a las afueras de la ciudad en 1854, fue destinado a cementerio de suicidas y ajusticiados hasta 1861, cuando se clausuró.

LA RELIGIOSIDAD Y SUS PRÁCTICAS

En La Catedral se agrupaba gran cantidad de gente en torno a las procesiones³, y a las fiestas como las carnestolendas. Se anota el mes de marzo en las celebraciones del *Témpora*, cuando se realizaban visitas a varias iglesias, dando un uso del espacio público más ligado al recorrido, la charla, la oración y el rezo del rosario, y se subraya el mes de abril que desde la cuaresma, el domingo de ramos y el domingo de resurrección, entre otros, daba pie a procesiones largas que atravesaban las calles centrales de la ciudad.

En las procesiones fueron protagonistas las imágenes de Nuestra Señora, San Juan, La Magdalena y Jesús resucitado. En iglesias como La Veracruz o Las Nieves se narran episodios de lunes santo, en que se veían “penitentes vestidos de valencina negra, cubierta la cabeza con cauchón en que se dejan los agujeritos para ver, envuelta la cintura con lazos de fique y llevando en la mano una horquilla para descansar” (Cordovez Moure, 1997).

El espacio público se plagaba de procesiones en Semana Santa con estatuas normalmente expuestas en las iglesias, llevadas por encapuchados. En estas procesiones se veían con frecuencia imágenes de la Virgen María bellamente ataviada con vestiduras que costarían varios miles de pesos, y joyas de perlas y otras piedras preciosas, pertenecientes al tesoro de las iglesias. Especialmente el jueves santo, las iglesias se decoraban con flores, mostrando un espectáculo significativo para los bogotanos.

Se anota que para los bogotanos, entre ellos Jorge Tadeo Lozano, las procesiones, la pascua, los aguinaldos y la navidad no eran solo un espectáculo, sino que se convertían en el espacio para purgar los pecados y renovar las conciencias.

³ Tan pronto se acercaban las procesiones, debido al sonido de las campanas, se anota que las diversiones y juegos de la calle se cancelaban y se daba pie a que la gente se arrollara inmediatamente.

Así mismo, el espacio público se hace partícipe en el mes de junio de la *Témpora*, el Pentecostés y la fiesta del *Corpus Christi*. En cuanto a la fiesta del *Corpus*, se resalta que empezaba por repiques de campanas en todas las iglesias a las doce del día de la víspera, para dar pie a una gran quema de cohetones en la plaza principal.

De igual manera, el día de *Corpus* se reunían los cuatro altares de rúbrica⁴ Las casas se adornaban con colchas o colgaduras de muselina, zaraza o damasco. Se colgaban los cachivaches en las localidades ocupadas por tenderos o mercachifles y se levantaba un arco vestido de bogotana u otra figura alegórica de cartón pintado al temple. Cabe señalar que el caimán y el gallinazo acompañaban a la par estas procesiones del *Habeas*.

Así mismo, las bocacalles se cubrían con títeres o fantoches para realizar sátiaras. La tropa se extendía en dobles hileras en las calles por las que recorría la procesión. Al pasar la imagen divina frente a la bandera, esta se batía y extendía para que el arzobispo pasara por dentro del desfile, que iniciaba a las diez de la mañana, con el paso de los indios de Suba, Fontibón y Bosa, quienes vestían un pañuelo rojo amarrado en la cabeza, camisa de lienzo y calzón corto (culote) de manta azul. Estos danzaban al son del pífano y el tambor, y llevaban un palito en cada mano para golpearlos unos con otros.

Se veía igualmente

...la alegoría de la República protegida por la Religión, acompañada de la Fe, la Esperanza y la Caridad; en pos de los carros, las cruces altas y ciriales de las parroquias y otras iglesias; las personas que iban alumbrando, en dos alas; los seminaristas, y el clero. En el centro, las imágenes de Santa Ana que enseña a leer a Nuestra Señora, San Joaquín, La Concepción, San Victoriano, vestido de pontifical, San Pedro y San Roque, llevados en andas. Los levitas con el Arca, los ancianos y los reyes de Judá representados por niños de uno y otro sexo, con barbas postizas de algodón bien escarmenado. Las ninfas ricamente vestidas, marchaban regando flores delante del palio. El palio era llevado por sacerdotes revestidos y debajo el arzobispo con la custodia, rodeado del Capítulo metropolitano, con ricas capas magnas. El presidente de la República, acompañado de los ministros de Estado y de los altos funcionarios civiles y militares, con brillantes uniformes. Desde el general Santander hasta Obando, asistieron los presidentes a solemnizar esas procesiones. De todos los balcones caía inagotable lluvia de flores, y al concluir la estación en cada altar, se quemaban fuegos artificiales (Cordovez, 1997).

4 Situados en las bocacalles de La Enseñanza, La Rosa Blanca, puente de San Francisco y la segunda calle Real.

Después de la procesión, se llevaba a los niños que habían figurado en la procesión a disfrutar del convite, preparado en el Palacio Arzobispal. Mientras tanto, la gente se divertía devorando bizcochos, dulces, guarrús, frutas acarameladas, maní, alfajor, merenguitos, avisperos y otras golosinas. En las casas situadas en las calles por donde pasaba la procesión, se brindaba “onces” a las personas que terminaban en tertulia o baile improvisado. El *Octavario* continuaba en la Catedral con gran pompa hasta el jueves siguiente, cuando tenía lugar la misma procesión por los alrededores de la plaza, previos fuegos artificiales de la víspera.

En la víspera de la octava se colocaban en puertas y ventanas faroles de papel de colores, de los llamadas intestinos o internos habilitadas de guarda-brisas con sus correspondientes cabos de vela de sebo. En la plazuela se encendían hogueras de frailejón, y dondequiera que había garito, venta o chichería, se colgaban faroles cuadrados forrados en género transparente, con que se anunciaban las comodidades que reportarían los concurrentes de la entrada a esas casas de beneficencia (Cordovez Moure, 1997).

Dentro de las procesiones se generaban, también, los estallidos de juegos pirotécnicos y representaciones de los jóvenes de la clase alta bogotana, sobre personajes bíblicos e históricos. Otros bogotanos se disfrazaban de lagartos, quelonios, tigres, leones, víboras y caimanes.

Uno de los espectáculos de la procesión era la tortuga, manejada desde el interior del carapacho por personas que se movían acompasadamente y en cuyo lomo iba un negrito que fingía conducirla. Así mismo, se veía una gran culebra que se lanzaba sobre la gente para morderla. Luego venían enmascarados y matachines que representaban a los demonios, quienes eran perseguidos por el arcángel vengador (San Miguel). San Miguel al final los vencía y se daba pie a una comparsa de niños que conducían ovejas. De igual manera, en navidad se presenciaba en Bogotá el desfile de los tres Reyes Magos, la Virgen María y José; el siguiente conjunto lo componían sacerdotes, monjas y acólitos con sus largos cirios encendidos. Los seguían algunas mujeres de la capital, quienes hacían oscilar aromáticos pebeteros o llevaban cestos rebosantes de flores diversas. Detrás, alegres indígenas avanzaban bailando alguna danza típica, dando paso a la banda de música compuesta por ejecutantes que iban ataviados de legionarios romanos. Cerraban el desfile las altas autoridades civiles y castrenses. Esta procesión debía detenerse ante cada uno de los altares que se habían levantado a lo largo de la vía, y ante cada altar el arzobispo rezaba algunas oraciones rituales, a las que seguía la explosión de fuegos artificiales colocados detrás del altar. Al finalizar la procesión, el ciclo de los

altares y el gentío regresaba a la Plaza Mayor, donde había premios concedidos a quienes podían llegar hasta allí por su propio esfuerzo. El remate de la procesión lo constituía una corrida de toros.

Era nutrida la participación indígena en las fiestas del *Corpus*. Este fenómeno se debía a que, tiempos atrás, cuando regía la diócesis de Santa Fe a la cabeza del obispo Fray Cristóbal de Torres, los muiscas fueron declarados dignos de recibir la sagrada comunión. Los indígenas siguieron participando con entusiasmo y fervor en la celebración eucarística, expresando esta alegría en danzas como “Paraíso” que los aborígenes montaban en torno al “Mono de la pila” en la Plaza Mayor.

En el lenguaje bogotano se decía que alguien “estaba vestido de *Corpus*” cuando su indumentaria era abigarrada y profusa en colores chillones, así como en baratijas, abalorios y colgajos, todo lo cual formaba un agudo contraste con los tonos grises, azules, negros y, en general, severos y opacos que caracterizaron la vestimenta de la ciudad desde entonces hasta bien entrada la segunda mitad de nuestro siglo XX. Decir que alguien andaba vestido de *Corpus* tenía un fuerte sentido peyorativo, por ser esos atavíos policromos y escandalosos, propios de los indios que acudían en masa a la mencionada fiesta y que hacían notorio su regocijo, no solo con sus bailes y su “Paraíso”, sino igualmente con los agudos colores de sus trajes y con la abundancia de toda suerte de adornos corporales.

Otra celebración del *Corpus* era la tradicional Tarasca española, serpiente gigantesca accionada mecánicamente. Esta era aprovechada por los niños bogotanos, quienes la perseguían, mientras la serpiente iba siguiendo por las calles a la gente, sin importar siquiera que a su paso cayeran canastas de frutas u otro tipo de alimentos que llevaban los bogotanos en la mano.

También era motivo de fuerte atracción la Ballena, otro monstruo mecánico que fabricaban para la fiesta del *Corpus*, pero que tenía movimientos más pausados y lentos que los de la Tarasca. Lo más atractivo de la Ballena era que a intervalos regulares abría las fauces para devorarse al profeta Jonás, muñeco que era situado en la mandíbula inferior del animal.

Otra celebración religiosa eran las octavas, que tenían lugar en cada uno de los barrios de la ciudad. Eran similares al *Corpus*, aunque no tan pomposas. Había también juegos pirotécnicos desde la víspera, arcos florales en las calles y adornos en puertas, balcones y ventanas, altares en las cuatro esquinas de cada plazuela del barrio y “paraísos” en el centro de las mismas. Así mismo se organizaban desfiles musicales, se bailaba la contradanza y también un baile muy vistoso llamado la trenza, en la que colocaban alrededor de una viga cintas de diversos colores que

iban siendo trenzadas por los bailarines. En la noche se iniciaban las fiestas o parrandas tanto en las casas como en las chicherías. Los días siguientes “se remataba con corridas de toros”⁵. Las octavas las costeaban el Cabildo y el alcalde de la parroquia.

Otro momento importante en el año para la generación y el desarrollo de procesiones era la Semana Santa, que no era una fiesta de regocijo popular. Para los comerciantes se trataba de una de las mejores oportunidades del año para incrementar sus ventas, ya que los bogotanos aprovechaban esos días para lucir indumentaria nueva. Igualmente, se daba pie a que los galanes pudieran acercarse de un modo más tranquilo y continuo a las damas.

La ciudad desde el miércoles de ceniza asumía hasta el domingo de ramos un aspecto sombrío. El lunes de pascua se realizaba una procesión que partía de la iglesia de los Agustinos hasta a la Catedral. El día más solemne era el viernes santo, cuando visitaban los templos. A las tres de la tarde comenzaba una procesión que iba desde las demás iglesias bogotanas hasta la Catedral. La importancia del ingreso de la “Regeneración” implicó cambios en las prácticas en el espacio público. La Iglesia quiso reorganizar y darle un carácter diferente a la solemne y tradicional fiesta del *Corpus Christi*, imprimiéndole más solemnidad y menos tradiciones folclóricas y pintorescas. En 1887, a lo largo del trayecto de la procesión, se levantaron pedestales y altares, cada uno de los cuales estuvo a cargo de un gremio, grupo social u organización castrense. Se construyeron igualmente carrozas con imágenes vivas inspiradas en cuadros bíblicos. Otras festividades religiosas en Bogotá fueron el *Habeas*, que tenía lugar en agosto, y las devociones a Santa Clara y San Diego, celebradas en septiembre en honor a la Concepción y en octubre a San Francisco. Para todas las anteriores se realizaban caminatas y recorridos, que salían de las iglesias y en algunos momentos llegaban a la Catedral.

En navidad, “los pesebres santafereños y en nochebuena los buñuelos, eran costumbres de la época. Las misas de aguinaldo, los bailecitos, las empanadas, la misa del gallo y la festividad de los Reyes en el barrio Egipto eran, de igual manera, prácticas sociales que conjugaban tanto los espacios públicos como los privados.

Tal como se puede observar, el espacio público se ve permeado durante todo el año de diversas fiestas de obligación, si como la asistencia a misa los domingos, mostrando en general no solo una existencia de usos del espacio público ligados a la caminata y las procesiones, sino un acento especial de los domingos.

5 Villegas Editores. *Historia de Bogotá*, 1988, p. 134.

Uno de estos casos refleja la devoción a la Virgen María para los bogotanos, al generarse desde la construcción de la iglesita que corona la eminencia de Guadalupe “la costumbre de subir romeros a cumplir promesa y pasar el día disfrutando del bellissimo panorama que, como a vista de pájaro, ofrecen la ciudad y la hermosa Sabana de Bogotá” (Ortega, 1990).

Se resalta igualmente, con relación al Virgen María, como cerca de San Diego se celebraba a la virgen del campo, la cual era muy milagrosa; un evento que implicaba disponer

...un campamento por todos los tres días que dura la celebración con tiendas de campaña, donde se tiene la provisión suficiente para satisfacer el apetito (al modo del país) del concurso, que es mucho. Es grande la cantidad de chicha que se despacha. Corresponde al número de los achichados (que son los indios y gente baja) o embriagados, cosa tan universal en el país, que apenas llama la atención de los que pasan. Costumbre es ya muy antigua que las resultas de semejantes fiestas, que deberían mover todo el pueblo a devoción y piedad, sean estos abundantísimos desórdenes (Ortega, 1990).

Igualmente, hay ciertos santos y santas que muestran la devoción de los bogotanos. Se reconocen las oraciones que muchas madres dedicaban a Santa Mónica en el templo de San Agustín. A cada una de estas mujeres, algunas que ingresaban en el grado de beatas, se las veía con negras esclavas que les llevaban a sus amas catrecitos donde sentarse y tapetes para arrodillarse. Otro santo era San Emigdio que ayudaba, según las mismas madres, a combatir los temblores de tierra, tan continuos en el siglo XIX.

ACONTECIMIENTOS EN LOS TEMPLOS

Revisando los acontecimientos en los templos, se resaltan algunos robos reseñados en textos de la época. Otros hechos que clasificamos como de corta duración fue el funeral en San Ignacio de una mujer asesinada, quien estuvo acompañada de los indigentes a quienes esta difunta protegía. Este hecho provocó que los bogotanos demandaran la correspondiente punición para los asesinos de esta caritativa señora (Ortega, 1990).

En esa misma iglesia, cuenta Ortega, se acostumbraba a realizar la bajada del demonio o de Judas, personificado en un grotesco muñeco fabricado con pólvora, que descendía por una cuerda desde lo alto de la torre, echando chispas y llamas hasta que llegaba al suelo en medio de las risas y rechiflas de la gente.

Los temblores cohesionaban a la comunidad como el del 18 de octubre de 1814, sobre el cual nos cuenta el cronista Caballero:

La comunidad de San Francisco dio vuelta por la plazuela, cantando las letanías, de suerte que en medio del susto daba gusto ver a todas las gentes por todas partes, porque unos rezaban el rosario, otros el trisagio, otros las letanías de la Virgen, otros las de los santos, unos cantaban el Santo Dios, otros la Divina Pastora, unos gritaban el Ave María, otros el Dulce Nombre de Jesús, unos lloraban, otros cantaban, otros gritaban, otros pedían misericordia y confesión a gritos. En particular, las de mayor alboroto eran las mujeres. (Ortega, 1990).

A su vez, las creencias religiosas sobre los castigos de Dios a la gente se manifestaban en episodios como en el que en una celebración de las fiestas del *Corpus*, se enredó la tiara de San Pedro en los flecos del arco, y la gente pronosticó que esto era una muestra de la próxima persecución que iba a vivir la Iglesia. Predicción que se confirmó con la fuga de Pío IX, de Roma a Gaeta, en el año de 1818.

Se anota también el día en que se les antojó a los colegiales de San Bartolomé salir de matachines en una danza de *Corpus*.

Pidieron licencia para ello al rector del colegio, que lo era el canónigo Andrade, a quien llamaban el Buey, hombre respetable por sus campanillas, su edad, y más que todo por unas cejas rucias, tamañas de largas, que tenía de alar sobre los ojos; su voz era grave y le acompañaba un cierto pujido que la hacía más grave. Con toda esta gravedad dio, por fin, a fuerza de ruegos, licencia a los colegiales para salir de matachines. Eso sí, exigiéndoles toda formalidad, cosa en que ellos no se pararon, como los tramposos que no se paran en las condiciones que les exige quien les presta plata (Ortega, 1990).

Otro punto importante por tratar es el tipo de sujetos que hacían parte de estas prácticas, las cuales estaban ligadas más a mujeres y ancianos. Anotamos aquí que algunos cronistas hablaban de las clases sociales, las cuales “solo se diferenciaban por el calzado, ya que todas las muchachas del pueblo van descalzas” (Ortega, 1990). Las mujeres criollas únicamente aparecían para ir a la iglesia; su indumentaria era falda negra, mantilla de paño azul, sombrero de fieltro, copa semiesférica y anchas alas.

De igual manera, se dice en algunas narraciones, como en la de Theodore Mollen, que eran las muchachas más bonitas de Bogotá las que andaban entre las dos filas de sacerdotes en las procesiones, teniendo adelante el clero. También comenta Cordovez Moure, que en Semana Santa el día de visita de monumentos, tanto estas muchachas bonitas como, en general, los habitantes de Bogotá, salían

hasta las diez de la noche, porque la cultura de la primera parte del siglo XIX permitía a las mujeres salir solas de noche, lo cual a finales del siglo cambió debido a los desacatos e irrespetos que dice el autor se fueron presentando en la ciudad (ladrones, paganos, etc.).

No se puede olvidar a las beatas como personajes esenciales en la Bogotá de la época; Carrasquilla las describe al invadir las naves y obstruir las puertas del templo como mujeres que “a fuerza de braceo, empellones y codeos, pasando por encima de los fieles y pisoteando las devotas; una vez estacionada en su puesto, ganado con tan ímprobo trabajo, desemboca pocas vueltas de meditación en un sueño profundo del cual despierta cuando el sacristán agita ruidosamente el manojo de llaves” (Carrasquilla, 1886). En ese momento estas mujeres se “ponen en movimiento, hacen tres reverentes genuflexiones hacia el altar mayor, interrogan al sacristán sobre alguna necia bagatela, quien les responde de mala gana, si es que le responde; y en seguida la puerta se cierra y las beatas ponen pies en polvorosa” (Carrasquilla, 1886).

De igual forma, otras procesiones muy vistas por los bogotanos eran los fatigantes paseos a Monserrate y Guadalupe. La ascensión a pie o a caballo con banderas y figuras de santos muestran la tradición del recuerdo y la fe a la imagen del Señor de Monserrate, que se veía interrumpida muchas veces por las bárbaras costumbres de los paseantes de incendiar el recorrido con pajonales y malezas.

Clérigos, religiosos y religiosas, conformaron otro de los segmentos de la población capitalina del siglo XIX. Igual que los anteriores, su importancia no radicó en forma alguna en el número, el cual representó a mediados de siglo menos de la mitad del total de clérigos y religiosos que reunían Bogotá al final de la era colonial, sino el control que directa o indirectamente ejercieron sobre la gran mayoría de los habitantes de la ciudad (Carrasquilla, 1921).

Por lo anterior, el espacio público de Bogotá estuvo de igual manera intervenido por la educación y la asistencia social entregadas a salesianos, jesuitas y hermanas de la caridad, entre otros, quienes participaban tanto de los hechos anteriormente nombrados como de los centrados en las acciones de la caridad y la asistencia.

CEMENTERIOS, FUNERALES Y DIFUNTOS

Dentro de los acontecimientos ligados a cementerios, no se explicita a cuál de estos hacen referencia los acontecimientos encontrados. Se resalta el día de todos los santos, cuando Bogotá entera acudía a misa y a los cementerios a rogar por los difuntos.

En algunos textos se hace referencia al culto que los bogotanos nobles daban a los muertos, acercándose a los nichos para adornarlos con flores y coronas.

Por otro lado, una práctica de media duración, que se presentaba en la celebración del día de difuntos, se veía el día 2 de noviembre en sufragio de las almas del purgatorio, en que se hacía memoria de los fallecidos. Se anota que las autoridades municipales, según Ortega, eran las encargadas del mantenimiento del cementerio para estas fechas.

Normalmente dentro del espacio público se veía por la calle a un grupo de gente pobre que llevaba en hombros a su difunto, atado simplemente a una tabla, así que cualquier transeúnte podía ver el cadáver, envuelto en un vestido (Cordovez Moure, 1997) sencillo o con una mortaja blanca. Los indios formaban de igual manera un cortejo rápido y sin tristeza visible, pues consideraban la muerte como una redención que abría las puertas del paraíso. Se hablaba de una mayor tranquilidad cuando fallecía un niño bautizado, ya que se convertía en un angelito que goza de la gloria.

Por otro lado, la costumbre, que ni siquiera por decreto se logró interrumpir, de seguir sepultando a los muertos en las iglesias, se muestra en episodios como aquel en el que un hombre fue sepultado a media noche en la iglesia de San Victorino para no ir al cementerio.

En cuanto a los entierros en los cementerios se observa en algunos textos que los aguaceros de la época o la entrada de la noche obligaban a suspenderlos. Estos episodios, así como la falta de organización del tiempo en que los restos permanecían en las bóvedas, hacían algunas no utilizables por otros cadáveres. Sin embargo, se valoraba el buen mantenimiento del cementerio con elevadas copas de mustio verde y las columnas ornamentadas de la plazoleta.

SÍNTESIS, CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES

SÍNTESIS

Aunque el estudio no buscaba hacer una comparación explícita entre los periodos precolombino, colonial y republicano, en cuanto a las transformaciones arquitectónicas se refiere, es evidente que existe una transformación sustancial del espacio público en la transición de los periodos mencionados que repercute en los usos y el sentido de lugar que le atribuyen a este los habitantes de la ciudad. Es evidente que tanto la Conquista como los acontecimientos políticos que llevaron a la independencia del régimen español dieron lugar a transformaciones importantes en la vida de los indígenas que ocupaban los territorios de la sabana de Bogotá, y la de los santafereños después de la Independencia, lo cual se ve reflejado en la creación y el uso del espacio público de la ciudad.

Con la Conquista, el tipo de planeación urbana de las comunidades indígenas desapareció, y pocos rastros quedaron de este. El trazado circular, propio de los asentamientos indígenas, se cambia por el de la rejilla; el centro ceremonial se convierte en la plaza en la que se pregonan ordenanzas y prohibiciones, se castiga y se llevan a cabo procesiones religiosas. Con el nuevo orden político se impone un nuevo diseño de la ciudad que va a contribuir en la definición de las nuevas prácticas sociales y la creación de nuevos lugares.

Aparece entonces la plaza como lugar que sostiene una variedad de actividades lúdicas, religiosas y políticas; figuran ahora espectáculos públicos, actividades comerciales, festividades religiosas y militares, así como corridas de toros, siendo a la vez lugar de castigo para criminales. Es el escenario en el que interactúan distintos grupos sociales y protagonistas de la vida cotidiana. Además de la Plaza de San Francisco, se construyen la Plaza Mayor y la de San Agustín donde se llevan a cabo procesiones civiles y religiosas. Aparecen también durante el periodo colonial diversos lugares como iglesias, edificios de gobierno, las primeras calles, puentes, fuentes de agua y chicherías.

Estos lugares propiciaron principalmente los encuentros de la ciudadanía. Por excelencia, los espacios abiertos eran las principales fuentes de información de los distintos acontecimientos vividos por la comunidad durante este periodo de la historia de la ciudad.

Al iniciarse el siglo XIX con la Independencia en 1810, los colombianos comenzaron a ver el estilo preindependencia de las plazas como un recuerdo de la Corona española, razón por la cual varios elementos de la plaza y del espacio público se fueron transformando. En lo que hoy conocemos como la Plaza de San Victorino, la fuente construida por el virrey Ezpeleta en 1792 se reemplazó por una fuente francesa en 1890, y en 1910 por la estatua de Antonio Nariño. Durante este periodo, los planeadores colombianos se opusieron a las plazas rectangulares españolas, que fueron sustituidas por plazas “rebeldes” cuadradas, adoptadas de los griegos. Muchos lugares públicos viejos y nuevos tomaron sus nombres de los líderes revolucionarios: Santander, Nariño, Bolívar. La tasa de construcción de iglesias disminuyó en comparación con el periodo colonial, y a pesar de la oposición, los entierros tuvieron que hacerse en el cementerio y no en las iglesias. La Calle Real se comenzó a llamar Calle de la Carrera.

El afán por conseguir una identidad y reconocerse como un pueblo independiente en su configuración arquitectónica no paró allí. Comenzaron a desaparecer monumentos españoles y a aparecer otros nuevos. Los blasones de las familias nobles, esculpidos en piedra, fueron retirados de las fachadas de las casas, e igualmente ocurrió con los de los edificios públicos que representaban el vínculo con la autoridad española. El “Mono de la pila” se removió de la Plaza Mayor a un museo, y comenzaron a crearse nuevos monumentos como la estatua de Simón Bolívar y el monumento a los Mártires, situado en lo que se llamaba anteriormente la Huerta de Jaime.

La mayoría de de las prácticas sociales cuyo escenario era el espacio público, como es el caso de las festividades españolas, cambiaron en dirección hacia la conmemoración de la Independencia; consistían en cabalgatas y desfiles militares, precedidos por los libertadores y demás miembros del gobierno. Así aparecen los festejos del “Grito de la Independencia” o de la “Batalla de Boyacá” a lo largo de calles como La Alameda (hoy en día es la carrera 13), el Camino de San Diego y la Calle Real.

Aunque el nuevo gobierno intentó cambiar muchas tradiciones españolas, se mantuvieron festividades religiosas como las procesiones y funerales a lo largo de las calles. En los días festivos, en su mayoría religiosos, la gente solía participar de

las procesiones, disfrazarse y salir a las calles a tirar pólvora, bailar y ridiculizar a los gobernantes. Con el tiempo las fiestas religiosas se fueron tornando en diversión popular. Aparecen igualmente diferentes tipos de exhibiciones circenses y desfiles militares a lo largo de las calles, pero se mantienen las corridas de toros de tradición española, en las Plazas de Bolívar y de San Victorino. Otras diversiones populares eran las carreras de caballos de tradición inglesa, las cuales se corrían en la Calle Real, y las riñas de gallos.

Se mantuvieron las ejecuciones en la Plaza de la Constitución para los realistas y para castigar los crímenes graves, pero desapareció la exhibición de las partes del cuerpo de las víctimas. Las chicherías se legalizaron y surgieron distintas atracciones circenses en las calles. Así los lugares públicos seguían cumpliendo un papel importante en la demostración del nuevo orden y como escenario para la comunicación colectiva de ese nuevo poder. Afirmar que estas transformaciones tenían un propósito pedagógico resulta al menos ingenuo si no se puede demostrar una intencionalidad clara en la formación ciudadana.

Al tratar de resumir las principales transformaciones físicas y de orden social en el espacio público durante el siglo XIX, se evidencia, como era de esperarse, el surgimiento de nuevos lugares públicos. Aparecen nuevas calles, entre las que figuran: la Calle del Perro, la de San Miguel, La Rosa Blanca, Las Béjares, etc. Por primera vez aparece un parque en la ciudad llamado “Parque de la Independencia”, donde también se entremezclaban durante los días festivos las personas de distinta condición social, género y edad. Se construye la Biblioteca Nacional y los primeros teatros: El Colón, el Municipal y el Coliseo de Santafé, al igual que los cementerios públicos para pobres. Algunos otros lugares cambiaron su función: la plaza de mercado se trasladó de la Plaza Mayor a las plazas de San Francisco y San Victorino.

Muchos lugares cambiaron sus nombres, incluyendo el nombre de la ciudad: la Plaza Mayor se comenzó a llamar Plaza de la Constitución y luego Plaza de Bolívar. La Calle Real se llamó la Calle de la Carrera. La Plaza de San Francisco se llamó Parque Santander. La Huerta de Jaime se convirtió en la Plaza de los Mártires.

Igualmente es posible diferenciar entre lugares estáticos e improvisados. Así por ejemplo, se observa que muchos lugares fueron más dinámicos que otros. Mientras unos mantuvieron actividades estáticas o rutinarias, la mayor parte de estos sirvieron para múltiples funciones que contribuyeron a la identidad social: festividades religiosas, castigos públicos, diversión, actividades económicas y, en contadas ocasiones, actividades políticas.

Las ejecuciones públicas en la Plaza Mayor o de La Constitución se mantuvieron durante el periodo de la Independencia y los primeros años de la República para ajusticiar a algunos realistas opositores al nuevo gobierno. Quizás el hecho más destacado en la historia de la Plaza, al iniciar este periodo, es que se utiliza como lugar de protesta popular el 20 de julio de 1810, día del grito de la independencia. La Plaza continuó siendo multifuncional; sirvió como centro de mercado, plaza de armas, lugar de actividades religiosas y como lugar de ferias y corridas de toros, al igual que las de San Francisco y San Victorino, en las que se exhibían diversas actividades como juegos, circos y espectáculos de malabaristas. Las chicherías y los garitos se convierten en lugares con cierta legalidad y con dirección conocida. Así se mencionan: La Botella de Oro, Los Portales y La Gallera Vieja, entre otros. Al finalizar el periodo estudiado, el espacio público de nuevo sirve para expresar una protesta popular contra las alzas en el servicio del tranvía en 1910.

Hombres y mujeres de diferentes clases sociales aparecen en esta época participando de actividades religiosas, del gobierno y de ferias callejeras. Los niños figuran en distintas festividades, en las corridas de toros y como integrantes de grupos de indigentes pidiendo comida a lo largo de las calles o atrios de las iglesias. Igualmente figuran participando en la protesta popular contra el tranvía, actuando como vigías del compromiso de no utilizar los servicios por parte de los ciudadanos. Personajes excéntricos, enfermos mentales y retardados se vuelven notorios en las calles de la ciudad. Manrique, Gonzalón y el Bobo Rosas están entre los más famosos personajes callejeros de esta categoría. El estudio de Galvis (1974) demuestra que se mantuvo en el siglo XIX la dinámica social de la esclavitud y la condición excluyente de los negros en los censos y registros notariales, de la misma forma en que se invisibiliza su participación en la vida cotidiana del espacio público y privado bogotano.

Una manera de evidenciar el significado de los lugares públicos para los habitantes de la ciudad es mediante su identificación como puntos de referencia para la narración de los cronistas y para facilitar la orientación espacial y lugares de encuentro entre las personas. Así fue posible observar en el material revisado que la catedral, las iglesias y sus barrios, los conventos y monasterios, las distintas plazas y calles, son mencionados como puntos de referencia para orientación del ciudadano en el espacio, para colocarse una cita y para indicar la ocurrencia de un suceso. Eran estos los lugares o iconos que primero debía conocer el visitante de la ciudad para orientarse.

Las fuentes, igualmente, permitían señalar la ubicación de un determinado lugar a las muchas personas que todavía no han podido entender la distribución urbana de calles y carreras. Las pilas, diseminadas en la ciudad constituían insustituibles puntos de orientación: a la vuelta del chorro de San Antonio; arriba del chorro del Fiscal; media cuadra abajo del chorro de las Botellas, o en la esquina del chorro de María Teresa, eran las más eficaces que las de calle o carrera tal, número tal (Bayona Posada, 1988).

A lo largo de todo este periodo, los bogotanos siguieron buscando en el espacio público la información necesaria para mantenerse actualizados, a pesar de que comenzó a circular *La Gaceta de Bogotá*, periódico a través del cual se daba información desde el gobierno sobre los acontecimientos sociales y políticos para una pequeña parte de la población letrada. Los púlpitos de las iglesias eran usados también por el clero para informar a los habitantes de la ciudad, como cuando desde el púlpito de La Catedral, en 1809, se leyó el edicto por el cual se excomulgaba a todo aquel que emitiera proclamas o fijara carteles o papeles sediciosos. A medida que fue llegando el progreso, la función de recoger información en el espacio público fue desapareciendo. El periódico redujo la función de las plazas y las principales calles de la ciudad como diseminadoras de noticias. El nuevo sistema de distribución de agua acabó con el poder socializador de la fuente pública. El crimen que alguna vez había sido una profanación de la vida en comunidad y, por tanto, requería un ritual público para su purificación, ahora recibía sus consecuencias únicamente en la cárcel.

A pesar de los cambios, los distintos lugares públicos de la ciudad como calles, la Plaza de Bolívar con su altozano, las alamedas y el parque siguen siendo lugares de encuentro social. Para comienzos del siglo XX, sus actividades sociales comenzarían a ser desplazadas tanto por los vehículos que circulan por las vías principales como por el surgimiento de nuevos lugares de encuentro, como los bares y tabernas.

CONCLUSIONES

En conclusión podemos afirmar que las formas físicas ejercen cierto grado de influencia sobre nuestra conducta, y ofrecen oportunidades para que los individuos interactúen entre sí, favorecidos por los distintos elementos arquitectónicos de la ciudad. Queremos llamar la atención sobre la manera como los estímulos, las diversas formas arquitectónicas, los elementos naturales como los cerros y los ríos y demás elementos espaciales suministrados por la ciudad son oportunidades im-

portantes para el aprendizaje de la identidad urbana a partir del reconocimiento de la historia social de la ciudad. Por tanto, una política educativa para la formación de la identidad urbana deberá hacer accesible estos estímulos u oportunidades a los ciudadanos. El ambiente urbano, al igual que los buenos museos, debe diseñarse para aumentar la accesibilidad a sus contenidos.

Por esto, se hace necesario formular iniciativas educativas, como el aumento en la disponibilidad de información simbólica, teniendo presente, sin embargo, que hacer accesible los estímulos es solamente una forma de utilizar la ciudad como ambiente de aprendizaje. Una ciudad para el aprendizaje debería estar más expuesta, ser más accesible y diversa, más abierta tanto física como psicológicamente, más permeable a las iniciativas individuales como al control que pueda ejercer el individuo sobre el entorno físico; debería invitar a la exploración y recompensarla, y debería tener sorpresas y nuevas experiencias que reten la cognición y la acción (Lynch, 1965; Carr y Lynch, 1969). La organización del ambiente y lo que este comunica pueden facilitar o inhibir a una persona al experimentar esos significados mediante el aprendizaje por descubrimiento (Lynch, 1960).

En las etapas retomadas desde la historia social, se precisa, dentro de estas conclusiones, retomar aquellos usos y apropiaciones del espacio público, que se enmarcan en los periodos de corta, media y larga duración, establecidos para esta investigación.

Cabe recordar que se hace referencia a corta duración cuando se habla de acontecimientos o sucesos que se dan de un modo no continuo en el tiempo (un crimen particular, por ejemplo); se habla de media duración cuando se determinan periodos que tienen una serie de puntos de encuentro en lo económico, social y político, como es el caso de 1819 a 1831, en el que existían una miradas sobre el mundo que comienzan a cambiar por nuevas propuestas en 1832. Por último, se recuerda que se definió la larga duración como el eje de transición entre 1819 y 1910, que fue seleccionado como el gran marco espacial y temporal en el que se ubica el siglo XIX, política, económica, social y religiosamente, si bien existieron cambios de corta y media duración.

Es así como en la corta duración, este estudio encuentra por un lado la inseguridad dentro del espacio público, no solo por algunos robos afuera de las chicherías o asaltos en las tiendas, sino incluso dentro de la misma plaza o de iglesias como Las Nieves. El robo, el crimen y el asalto, muestran cómo, tanto en lo público como en lo privado existe el miedo del bogotano a ciertos personajes que alteran la tranquilidad de sus prácticas cotidianas.

De igual manera, se ve que específicamente en el periodo de media duración de 1819 a 1831 se marca en el espacio público el terror al fusilamiento, el ahorcamiento o las batallas en las calles como las de 1813 o la de 1862, que incluso entra en la iglesia de San Agustín. Estos hechos muestran un espacio donde la manifestación del poder se torna en amenaza para unos y en establecimiento del orden para otros.

Es claro ver en el periodo de corta duración el papel de los animales que en algunos casos generan miedo y zozobra e incluso hasta llegar a ocasionar la muerte de algunos bogotanos. Los toros han sido protagonistas de acontecimientos en el espacio público, no solo en las acondicionadas plazas sino en las calles, incluso para ingresar en las iglesias y matar a sus ciudadanos, como el caso de Doña Pacha Mogollón en 1864. El toro, igualmente, se torna en un animal fiero, asesino, que a la vez sirve de espectáculo en las corridas de toros. Otros animales protagonistas de hechos cotidianos en las calles, fueron las cabras, los burros, los buitres, y por supuesto, los perros.

Se precisa en el orden de los acontecimientos la importancia de las protestas y conspiraciones, que en la media duración corresponden al lapso entre 1845 y 1903, periodo claro de desarrollo económico y político. Se muestra en el anterior periodo una gran prelación por los debates políticos y la inconformidad civil, que dan participación al espacio público, no solo como espectador, sino como eje central de las inconformidades.

También se ven acontecimientos generales desde los espacios públicos retomados, como los allanamientos (1842), los duelos, los motines, las explosiones de pólvora o los mismos terremotos que hacen parte de la vida del siglo XIX. Esto muestra un espacio público que sirve de escenario para las manifestaciones de la complejidad humana.

Así mismo, se observa la importancia de las calles en acontecimientos como los funerales, tanto de figuras políticas como la de Santander (1840) o las múltiples veces que hacia el cementerio o la iglesia, los bogotanos de diferentes clases sociales vieron pasar por las calles sus muertos amortajados. Una muestra más de cómo el espacio público se torna en escenario de la realidad humana.

Los acontecimientos sociales son esenciales para el bogotano; las fiestas, los fusilamientos y los crímenes, se vuelven parte de una realidad que siempre está a la espera de una nueva noticia para generar ruptura o acentuar los problemas políticos y económicos que cada vez son más álgidos y menos controlados. El acontecimiento social para el bogotano es parte de su diario vivir; en cada tipo de

lugar los habitantes de la ciudad parecen encontrar satisfacción a la curiosidad, a la necesidad de socializar y a la actividad comercial.

No se debe olvidar que la importancia del tipo de lugar depende en gran medida del periodo de media duración que se está estudiando. Así, para la plaza y la calle, es más importante la era liberal como eje céntrico de procesos de progreso y de consolidación política, mientras que para el entretenimiento se consolidan muchos más acontecimientos en el periodo comprendido entre 1886 y 1903, en el que el ingreso de capitales extranjeros son definitivos, y las exportaciones, el turismo y los preceptos cada vez más fuertes del desarrollo se consolidan.

En la larga duración, se ve que el espacio público, entre 1819 y 1910, hace parte de las siguientes particularidades: prácticas sociales como la integración en la ciudad de las diferentes clases bogotanas los viernes; la importancia en general del comercio; el entretenimiento que si bien se desarrolla también en lo privado, en lo público se exaltan las festividades, desfiles, caminatas de los bogotanos y charlas, las corridas de toros, y más que eso, las entradas y salidas de los bogotanos a estos espectáculos y la importancia de lo religioso en las procesiones, las peregrinaciones a Monserrate y Guadalupe y la perpetuación de manifestaciones sagradas como la Témpora, Pentecostés, el *Corpus*, el Octavario y la Semana Santa.

Ahora bien, estas conclusiones nos muestran que a la luz del presente es posible interpretar el paso del tiempo en el espacio público en dos órdenes: lo que se perpetúa y lo que cambia. En cuanto a los cambios, se ve que al ampliarse el espacio público los protagonistas se transforman en su vestir y manejo corporal, pero muchas veces no en sus prácticas. Las beatas siguen existiendo, los comerciantes, ladrones y demás continúan manifestándose. De igual manera las caminatas, las charlas, el entretenimiento, las procesiones y el comercio siguen haciendo parte del espacio público.

Y aunque los fusilamientos, explosiones de pólvora y los ahorcamientos ya no se ven en la República, de todas maneras la inconformidad y el poder simbólico que se precisa hacia los bogotanos se siguen sintiendo.

Los resultados arrojados en este estudio permiten evidenciar el papel que ha cumplido el espacio público en la identidad social de los ciudadanos, no solo por las distintas interacciones sociales que ha facilitado, sino por el simbolismo de los objetos allí presentes. Con base en este reconocimiento, es posible comenzar a conceptualizar el espacio público de la ciudad como un ambiente de posibilidades pedagógicas, entre las que está revelar significados y contribuir a ofrecer oportu-

nidades de aprendizaje, a través de experiencias sociales que conlleven a la interacción de los individuos con el pasado de la ciudad.

El concepto de lugar desarrollado en este estudio es útil, por cuanto permite pensar de manera diferente la planeación de los espacios públicos para propósitos recreativos y pedagógicos. En la medida en que las personas puedan identificar lugares, asignándoles significados históricos y reglas de uso, puede facilitarse la identidad con el lugar. Los distintos escenarios por los que circulan los ciudadanos deberían ser caracterizados espacial y socialmente mediante símbolos que recuerden la historia de estos lugares. También mediante elementos arquitectónicos que sirvan de oferentes para distintas funciones sociales o culturales que pueda cumplir el lugar. La recuperación de la noción de barrio y el fortalecimiento de la localidad, no solo para fines administrativos sino sociales, mediante este tipo de acciones, contribuiría a la identidad con el lugar, con el subsiguiente beneficio en seguridad y fortalecimiento de las relaciones sociales. La representación de distintos tipos de lugar en los mapas de la ciudad a partir de símbolos que representen las actividades que allí se desarrollan, el significado cultural de muchos de ellos, ya sea histórico, religioso o educativo, sumado a una representación de la estructura física de los mismos y a los vínculos con otros lugares de la ciudad, como vías de acceso o de interconexión a través del sistema de transporte, sería más eficiente para orientar a los habitantes y turistas de la ciudad. La sola denominación de sitios de la ciudad ignora el contexto que los caracteriza. Adicionalmente, el reconocimiento de las distintas actividades sociales que sostienen dichos lugares contribuiría a una mejor planificación arquitectónica de los mismos.

Esta manera de concebir el espacio urbano conlleva, además, la necesidad de superar la tendencia de ver el pasado como algo que hemos terminado y que solamente tiene valor nostálgico, académico o de entretenimiento. Los momentos históricos son parte de un proceso más largo que todavía está en operación. Por esto no podemos perder la oportunidad de informar a los ciudadanos sobre los procesos históricos que han afectado el diseño de la ciudad y lo que somos hoy culturalmente. De aquí que el foco de este trabajo ha estado más en la interacción entre la gente y la historia, que en el pasado aislado. La razón para explorar la historia del espacio público y los eventos y actores sociales ligados a este, obedece a que el espacio público puede contribuir al restablecimiento de los símbolos significativos y recrear las oportunidades que aumentan los vínculos de las personas con el ambiente de la ciudad, reforzando la identidad de lugar. Recuperar el pasado de la ciudad y facilitar la interacción entre los ciudadanos con este, es aún

más efectivo en la medida en que esas interacciones proveen de un mejor contexto para el aprendizaje y facilitan cambios significativos en la estructuración cognitiva de los ciudadanos acerca del pasado de la ciudad.

El programa educativo de la ciudad deberá crear facilidades de aprendizaje al abrir una ventana al pasado. Sin embargo, se debe tener presente que cualquier exploración sobre el pasado hace surgir importantes preguntas. Si se reconoce, por ejemplo, que la historia es construida socialmente, es posible preguntarnos si el pasado es accesible realmente. ¿De quién es la historia y sobre quién es el discurso? ¿Es solamente sobre los españoles, solamente acerca de los criollos o de los indígenas? ¿Quién decide lo que constituye la historia de un lugar? ¿Qué papel desempeña la historia en la producción y reproducción del sistema social dominante? La escogencia de los acontecimientos del pasado se negocia en el presente cambiante. Al igual que señala Uzzell y Ballantyne (1998), lo que conocemos ahora como pasado no es experimentado como presente por ninguna persona que esté viva. De esta forma, conocemos el pasado mucho mejor que aquellos que lo experimentaron como presente, porque ahora sabemos el resultado de la historia. De cierta manera, lo único que podemos conocer es el pasado porque cuando llegue el momento de entender el presente ya este será pasado. Aquellos que suministran las interpretaciones y quienes las reciben lo hacen con su perspectiva de habitantes del siglo XXI. Así, no es posible suministrar una experiencia completamente verdadera del pasado, porque sus percepciones siempre estarán influidas por las actitudes y los valores del presente.

La importancia del programa de educación ciudadana radicará, entonces, en presentar el pasado de la ciudad como un proceso de evolución del lugar y no como algo que se exhibe solamente en museos, descontextualizándolo, a la vez que se niega el presente como una continuación del pasado y el pasado del mañana (Uzzell y Ballantyne, 1998). Si, como se ha sostenido en este trabajo, la nostalgia es inapropiada para generar una comprensión del pasado, es importante entonces encontrar una forma de demostrar tal continuidad, para que así se pueda enseñar a las personas a ser más críticas y analíticas sobre la manera como ven el presente de la ciudad. De este planteamiento se deriva también que la historia de esos lugares no debería estar en los museos. La recuperación de los significados históricos de los lugares públicos de Bogotá debería estar en el ambiente mismo.

Al respecto, la conclusión más interesante que se puede extraer de esta investigación es que deben considerarse las distintas experiencias de los diferentes acto-

res sociales como parte de la historia de la ciudad. Al igual que Hayden (1999) lo ha destacado, la historia social está compenetrada en el paisaje urbano. Por esto la historia social de la ciudad –en este caso, de los lugares públicos– debe hacer más notorias las conexiones con la memoria pública y no seguir negando los diferentes actores de la historia de la ciudad. Con los lugares, eventos y protagonistas del común identificados en este estudio, la historia de la ciudad no debe considerar solamente la historia oficial que no genera controversia y que solo representa los acontecimientos políticos y los aspectos relevantes para las clases dominantes. La reapropiación de la historia es un prerrequisito para recuperar los significados y el rango de actividades sociales que solían hacer del espacio público el lugar de coexistencia de los individuos sin importar su condición social, y garantizar de este modo que el espacio público presente y futuro se caracterice por una mayor libertad y diversidad.

Se debe redefinir buena parte de lo que hoy consideramos los acontecimientos históricos y hacer visible lo que hasta el momento hace parte de lo olvidado, como los asuntos que tienen que ver con el género y la clase social, recuperar esta historia y los lugares que la hacen significativa. El reconocimiento a la mujer y a los distintos actores de los acontecimientos históricos de la ciudad reclama un sitio en el espacio público de forma tangible. Esta es una oportunidad para que las mujeres y las comunidades de la ciudad, al igual que los historiadores, contribuyan en la reconstrucción histórica de la ciudad y revelen los acontecimientos y protagonistas en los lugares en que sucedieron. Para esto se requerirán proyectos que involucren a la gente común en la recuperación de la memoria, pero también en la discusión de lo que significa recordar y en lo que se debe hacer de los recuerdos para volverlos vivos y activos, y no simplemente hacer de ellos objetos de exhibición ya sea en museos o en calles o plazas.

Hay muchos elementos de la historia social de la ciudad que permanecen ocultos, personajes hasta ahora desconocidos, acontecimientos ignorados, principalmente aquellos que tienen que ver con la gente del común, con las mujeres, los niños y los indígenas. La historia de estos lugares tendrá que ser descubierta y evidenciada en el espacio para que aquellos monumentos que se creen o recuperen queden como testimonio físico de los acontecimientos, y de esta manera la historia pueda hacerse visible. Al respecto vale la pena hacer énfasis aquí en que ni las mujeres ni indígenas y negros han tenido reconocimiento en la historia social de la ciudad, lo cual se refleja no slo en las narraciones sino en los monumentos.

La identidad está ligada a nuestra memoria, y con mayor razón a la identidad urbana o la identidad como bogotano (Páramo, 2004a):

...de dónde venimos, dónde crecimos, al igual que con los recuerdos que tenemos de nuestras familias, vecinos, compañeros de estudio y amigos del lugar. El sentido de identidad social o apropiación colectiva que conlleva la historia debe recuperarse y es aquí donde la sociología, la psicología y la pedagogía tendrían una labor muy importante que cumplir al recuperar esta historia y fortalecer la identidad de lugar (Páramo, 2004a).

En consecuencia, es posible decir que descubrir la historia social del espacio público en Bogotá y hacer uso de esos lugares públicos como oportunidades para desencadenar emociones, recuerdos y conductas, podría contribuir al entendimiento por parte de la gente sobre el pasado de la ciudad, aumentando la identidad de lugar tanto para los individuos como para el grupo social. Vivir sin nuestro pasado es vivir sin una forma de memoria. Sin historia, el presente de la ciudad no tendría fundamento ni significado, y los ciudadanos difícilmente podrían tener identidad de lugar.

La comprensión de la historia del ambiente urbano ofrecerá a los funcionarios públicos y representantes de la ciudadanía una base para tomar decisiones políticas y espaciales sobre planeación urbana y sobre educación ciudadana. En consecuencia, la recuperación del pasado debe estar relacionada con las experiencias propias del ciudadano, sus percepciones actuales y su conocimiento del pasado. Esta idea tiene importantes implicaciones para la educación, la planeación de la ciudad y para su gestión. Por ejemplo, comprende involucrar a los residentes de la ciudad en la restauración de los lugares públicos o edificaciones como una forma de aprendizaje y protección del ambiente urbano.

Vincular de esta forma el pasado al presente producirá un cambio en las actitudes, que a la vez conducirá a un cambio benéfico en la conducta urbana y al deseo de contribuir a la conservación ambiental urbana. En últimas, el componente histórico de la propuesta de *Ciudad educadora* debe motivar a los ciudadanos a usar, proteger y crear un sentido de lugar de diversas maneras. Un aspecto central es lograr una mayor comprensión de la ciudad por parte del ciudadano. Así, la experiencia de vivir en Bogotá deberá ser interactiva y envolvente, y debe relacionarse con las experiencias, las percepciones y el conocimiento del propio ciudadano; debe relacionarse con las emociones y conductas de los ciudadanos del presente. La interacción con el pasado de la ciudad deberá ser interesante, envolvente, informativa y entretenida. De esta manera, podremos decir con Uzzell y Ballantyne

que: “El nuevo pasado eclipsará el viejo presente” (Uzzell y Ballantyne, 1998). Pero esta interacción con el pasado debe motivar a los ciudadanos tanto a interactuar y aprender del pasado, como de la ciudad contemporánea.

Para terminar, no podemos pasar por alto que la historia que se haga de un lugar ilustra igualmente las representaciones de la cultura dominante, en este caso la colonial y republicana y, por consiguiente, se podrían oscurecer las representaciones de la cultura de los menos poderosos. El balance solo se puede lograr al explorar con mayor detalle el papel protagónico de estos sectores de la población en los distintos escenarios públicos. La exploración, como anota Low (2000), de la historia indígena, y anotamos nosotros, la de los negros, puede iluminar la resistencia cultural de los pueblos indígenas y los negros frente a las prácticas hegemónicas de los españoles.

RECOMENDACIONES

La implicación pedagógica de este proyecto, es que la relación entre lugares, eventos y actores sociales deberá mejorar la comprensión sobre el uso del espacio público en la ciudad y facilitar el diseño del espacio en términos del ofrecimiento de oportunidades de interacción con el ambiente físico, de tal manera que permitan recrear el pasado en el presente para apoyar el programa educativo dirigido a los ciudadanos. A continuación se exponen algunas recomendaciones.

La historia de la ciudad debe ser contada a estudiantes, turistas y ciudadanos del común, desde el punto de vista de sus distintos actores y no solamente desde la experiencia de las clases dominantes. Los indígenas, los negros y, en general, el ciudadano común, representaron un papel importante en la historia de la ciudad. La información sobre este último tema no solo debe estar asociada con los líderes de la Independencia; placas informativas deben colocarse también sobre los lugares donde la gente común tuvo experiencias cotidianas.

La información que se recoja sobre la historia de un lugar puede exhibirse en los lugares públicos de cada localidad; mapas, fotografías históricas del lugar, vistas comparativas, carteleras colgadas de las paredes de las esquinas de las plazas, al igual que de las puertas de las principales y más tradicionales iglesias; también se podrían publicitar los decretos de la alcaldía sobre los programas culturales en el centro de la ciudad y en las distintas localidades y, por supuesto, un archivo de lugares dentro de la definición que hemos adoptado en esta investigación.

Así mismo, podría contribuir a la comprensión histórica de la ciudad el diseño de plegables, caminatas históricas y recorridos en coches alrededor del centro de

la ciudad, tanto para turistas como para estudiantes de colegio y la gente común que habita la ciudad, con guías o profesores bien informados. Una propuesta pedagógica sería la realización de caminatas, que puedan hacer que el sujeto sienta la historia efectual a la que pertenece. Sin embargo, esta estrategia educativa deberá suministrar información sobre los diferentes episodios experimentados por la gente común en el espacio público durante la Colonia y la República, y no solamente centrarse en reproducir la historia oficial.

Vale la pena recuperar algunos elementos removidos del espacio público, y regresarlos, en la medida de las posibilidades, a sus sitios originales; tal es el caso de la fuente El Mono de la pila o la de San Victorino. De no ser posible su reubicación en el sitio original, será necesario diseñar el ambiente apropiado donde estos elementos puedan ofrecer oportunidades para interactuar con la historia de la ciudad y refuercen así la identidad de lugar.

Empedrar la Calle Real en la zona del centro no es una idea nueva, pero debe ser implementada, lo mismo que recuperar algunos de los nombres indígenas de los ríos de la ciudad. Ahora que el río San Francisco ha sido destapado para crear espejos de agua, debería recuperar su nombre indígena de Vicachá.

Se reconoce que en Bogotá hacen falta monumentos y expresiones artísticas sobre el espacio público. Al respecto deberían crearse monumentos dedicados a la memoria de líderes indígenas, quienes pelearon inicialmente por la libertad. Igualmente, monumentos en memoria de la gente que ha sido excluida de nuestro pasado: las mujeres, los trabajadores, los voceadores de periódico, gamines, enfermos mentales, indigentes, o monumentos que recuerden acontecimientos históricos vivenciados en el espacio público, como la revuelta del 20 de julio o la huelga del tranvía.

Incluso los animales, como ya hemos visto, cumplieron una función importante en la vida social del habitante de Bogotá: los burros cargando leña, el agua y arrastrando las carretas de los trasteos; las cabras ofreciendo la leche recorrieron las calles de la ciudad, y los toros en las corridas contribuyeron a hacer menos dura la vida de los bogotanos y favorecieron la vida en comunidad. Por esta razón deberían tener su reconocimiento en el espacio público.

Murales representando eventos históricos, ya sean estos tristes, felices o simplemente cotidianos en un momento histórico determinado, podrían pintarse a lo largo de los muros del espacio público de la ciudad.

El sistema de transporte de Transmilenio debería también exhibir pinturas sobre diferentes eventos de la historia de la ciudad. Y las visitas guiadas pueden

contar las historias de amor (La de la Hinojosa, Rodríguez) y crímenes célebres (La emparedada, Cordovez) que circularon en el espacio público, impactando a los habitantes de la ciudad durante muchos años.

Finalmente, y no menos importante, una historia urbana dentro de la propuesta educativa de los ciudadanos puede también estimular nuevas aproximaciones para el diseño urbano, motivar a los ciudadanos, diseñadores, artistas y escritores a contribuir al arte urbano que fomenta la creación de la identidad de lugar con la ciudad; tal sería el caso de diseños posmodernos que vinculen la arquitectura vernacular del pasado con las nuevas tendencias en diseño. Esta aproximación es diferente a diseñar el ambiente urbano como un proyecto de arquitectura monumental, centrado solamente en la forma. Manera como lo ha señalado Hayden (1999): “La identidad cultural, la historia social y el diseño urbano están entrelazados... Los indígenas al igual que los colonizadores, los arquitectos y los alcaldes de las ciudades han venido moldeando el paisaje urbano”.

Los cambios en el tiempo se pueden seguir a través de las modificaciones graduales del espacio, al igual que en un plano original de la ciudad, pero una información como la recogida en este trabajo podrá aumentar el número de elementos físicos que nos vinculen con el pasado dentro de los espacios que recorreremos. Los monumentos que se creen en reconocimiento a los protagonistas de los acontecimientos sociales de la historia de la ciudad no necesariamente deberán ser estatuas al estilo de las que caracterizaron el siglo XIX. Fuentes de agua con novedosos diseños, placas informativas, elementos de orden simbólico, etc., podrían representar la manera como hoy reconocemos el papel de aquellos que contribuyeron a nuestra identidad urbana. Al no contar con las posibilidades de las comunidades indígenas para transmitir la historia cultural mediante la tradición oral, y al tener un flujo poblacional de permanente movimiento, las ciudades deberán apoyarse en los elementos espaciales para informar a sus habitantes y visitantes acerca de su cultura.

Aunque la ciudad haya crecido de forma significativa, y ya el centro no sea el lugar común de los ciudadanos, es posible comenzar a construir la historia de las localidades de tal manera que sus habitantes encuentren un arraigo en su pasado reciente; el reconocimiento de nuestro pasado aumentará el interés por conocer el placer de vivir en un lugar y su apego, y tal vez la responsabilidad sobre su protección. Como sugiere Lynch (1976): un análisis de este asunto debe empezar con una compilación de la historia conocida, la colección de materiales, la historia topográfica, haciendo énfasis en la historia oral de las pequeñas localidades y de los diversos grupos poblacionales.

Una forma de hacerlo desde la arquitectura, siguiendo a Lynch, sería conservar fragmentos de edificios viejos dentro de las nuevas construcciones. También será necesario ir creando los archivos sobre ambientes y comportamiento de los ciudadanos para tratar de conservar la historia de los lugares. Gracias a las nuevas tecnologías de video y digitales se podrá registrar esta importante información involucrando a la población en este proceso de recuperación.

Este estudio hace surgir nuevas propuestas y preguntas a partir de los datos obtenidos. Por ejemplo, se hace necesario investigar el papel del espacio público en la historia social de Bogotá durante el último siglo y descubrir los significados que les atribuyen las personas a los diferentes lugares públicos del pasado y el presente. De igual manera, un estudio profundo sobre distintas prácticas culturales en el espacio público puede contribuir a un mejor entendimiento del significado de ciertas actividades que se observan hoy día⁶.

Como propuesta pedagógica, los resultados del estudio sugieren que es posible que el maestro pueda, junto con sus estudiantes, planear recorridos por los distintos lugares dotados de significado en este trabajo, y desde el reconocimiento del lugar, poder descubrir en el presente los procesos del pasado, para ver su conexión.

El maestro debe elaborar guías que orienten estos recorridos. De esta manera, puede comenzar por leer a sus alumnos sobre la plaza o la calle o sobre el entretenimiento o el comercio. Posteriormente, se propone que él y sus estudiantes puedan construir ellos mismos un mapa con el recorrido que luego podrían realizar, para reconstruir la historia de este espacio. Luego el espacio de charla, guiado por el maestro, puede servir como insumo y como eje de acción para que el estudiante realice una crónica, un relato o incluso un dibujo de lo que leyó, escuchó o vivió, en relación con su realidad actual.

Así las cosas, la propuesta que surge de este trabajo es la del fortalecimiento de nuestra identidad urbana mediante el reconocimiento de la historia social de la ciudad situada en sus lugares públicos. Desarrollar una propuesta pedagógica sobre la apropiación de la historia de la ciudad, puede lograr no solo una comprensión más global de nuestro pasado cultural y el papel del espacio público en los acontecimientos y sus protagonistas, sino una mejor proyección del futuro de nuestro pasado.

6 Se debe tener presente igualmente que es posible investigar en profundidad sobre la historia particular de algunos de los lugares aquí señalados.

BIBLIOGRAFÍA

- Ajuntament de Barcelona. (1990). I Congrés Internacional de Ciuts Educadores. Barcelona: Regidora d'Édicions i Publicacions.
- Ángel Gaitán, J. M. (s.f.). *Las compras en la calle Real*. Bogotá: Biblioteca Luis Ángel Arango.
- Aprile-Gnisset, J. (1991) *La Ciudad Colombiana, Prehispánica, de Conquista e Indiana*. Bogotá: Ediciones del Banco Popular.
- Arbeláez, C. (1968). *El arte colonial en Colombia*. Bogotá: Ediciones Sol y Luna.
- Archivo General de la Nación. *Colonia negros y esclavos de Cundinamarca*.
- Archivo General de la Nación. (2003). *Colonia, Negros y Esclavos*. Bogotá.
- Alcaldía Mayor de Bogotá: Plan Sectorial de Educación (2004 - 2008) Ciudad - Escuela - Escuela - Ciudad.
- Augé, M. (1996). *Los "no lugares": una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Bandura, A. (1982). *Aprendizaje social*. Madrid: Espasa Calpe.
- Barrera, F. O. (1866). *El mercado*. Bogotá: Museo de cuadros y costumbres.
- Bayona, N. (1988). *El alma de Bogotá*, Villegas Editores.
- Blonch, M. (1996) *Apología para la historia o el oficio de historiador*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Bonnes, M y Bonaiuto, M. (2002). "Environmental Psychology: From Spatial/Physical Environment to Sustainable Development", en: *R. Bechtel and A Churchman: Handbook of Environmental Psychology*. New York: Wiley and Sons.
- Borja, J. (2003). *La ciudad conquistada*. Madrid: Alianza.
- Brandariz, G. (1997). *La ciudad como ámbito educativo*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Braudel, F. (1998). *Una lección de historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Calvo, O. (1998). *El cementerio central*. Observatorio de Cultura urbana. Bogotá: TM Editores.
- Cané, M. (1884). *Notas de viaje sobre Venezuela y Colombia*. Buenos Aires: Elefante Blanco.
- Canter, P. D. (1991). *Understanding, Assessing, and Acting in Place: Is an Integrative framework Possible? Environment Cognition and action: an Integrated approach*. New York, Oxford: Oxford University Press, pp. 191-207.
- Canter, D. (1977). *Psicología del Lugar*. México: Concepto, S.A.

- Canter, D (1986) "Putting situations in its place: Foundations for a bridge between social and environmental psychology", en: A. Furnham (Ed.), *Social behaviour in context*. London: Allyn & Bacon, pp. 208-239.
- Carr, S., y Lynch, K. (1968). "Where learning Happens." *Daedalus* Fall, pp. 1277-1291.
- Carr, S.; Francis M.; Rivlin. L. y Stone. A. (1992). *Public Space*. New York: Cambridge University Press.
- Carrasquilla, F. (1886). *Tipos de Bogotá*. Bogotá: Imprenta a cargo de Fernando Pontón.
- Carrizosa, J. (1998). *El espacio público de Bogotá*. Bogotá: IDEA, Universidad Nacional de Colombia.
- Castells, M. (1991). *The City and the Grassroots*. Santa Ana: University of Carifornia Press.
- Colmenares, G. (1997). *Ensayos sobre historiografía*. Bogotá: T.M. Editores-Universidad del Valle-Banco de la República-Colciencias.
- Corradine, A. (2000). "Las galerías Arrubla, sobre la Plaza de Bolívar", en: *Revista Credencial*. Edición 125, pp. 3-7.
- Correo Nacional No. 1788, enero 15 de 1897.
- Cordovez Moure, J. M. (1997). *Reminiscencias de Santa Fe de Bogotá*. Bogotá: Fundación para la Investigación y la Cultura, FICA.
- De la Rosa, M. (1938). *Las Calles de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Municipal.
- Decreto 1504 de 1998. Alcaldía Mayor de Bogotá.
- Díaz, R. (1995). *El sistema esclavista urbano y urbano regional en Santa Fe de Bogotá. 1700-1750*. México: Inédito.
- Donovan, M. G. (2002). "Space wars in Bogotá: The Recovery of Public Space and its Impact on Street Vendors", en: *Urban Plannig*. Boston: M I T Press.
- Duque, E. A. (1996). "La vida musical en Bogotá a mediados del siglo XIX", en: *Gaceta*, No. 37. Bogotá: Colcultura.
- Duvignaud, J. (1980). *El juego del juego*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Escovar, A.; Mariño, M.; Peña, C. (2004). *Atlas histórico de Bogotá 1538-1910*. Bogotá: Editorial Planeta, Corporación La candelaria.
- Fauré, E. (1972). *Aprender a SER*. Santiago: Unesco, Editorial Universitaria.
- Fernández de Piedrahita, L. (1688). *Historia general de las conquistas del nuevo reyno de Granada*. Amberes.
- Galvis, A (1974). "La esclavitud en Bogotá durante el periodo de 1819 a 1851 a través de las notarías primera, segunda y tercera". Tesis doctoral. Universidad Nacional Autónoma de México, UNAM.
- Gandino, B. y Manuetti, D. (1998). *La Citta Possible*. Roma: Red Edizioni.

- García, B. A. (1995). *Geografía Urbana-1: La ciudad, objeto de estudio pluridisciplinar*. Barcelona: Oikos-tau.
- Gibson, J. J. (1979). *The Ecological Approach to Visual Perception*. Boston: Houghton Mifflin.
- González, M. (2005). *Carnestolendas y carnavales en Santa Fe y Bogotá, D. C.* Bogotá: Intercultura.
- Hardoy, J. (1973). *Pre-Columbian cities*. New York: Walker & Company.
- Hayden, D. (1999). *The Power of Place*. Cambridge: MA., MIT Press.
- Hettner, A. (1882-1884). *Viajes por los Andes Colombianos*. Bogotá: Talleres gráficos del Banco de la República.
- Historia de Bogotá* (1989). Bogotá: Salvat-Villegas Editores.
- Ibáñez, P. M. (1989). *Crónicas de Bogotá*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Iriarte, A. (1988). *Breve historia de Bogotá*. Bogotá: Oveja Negra.
- Jaramillo, J. (2001). *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: CESO–Uniandes–Banco de la República–ICANH–Colciencias–Alfaomega.
- Kostof, S. (1992). *The City Assembled: The elements or Urban Form Through History*. Bulfinch Press Book.
- Leboyer, C. L. (1985). *Psicología y medio ambiente*. Barcelona: Morata.
- Le Moyne, A. (1985). *Viaje y estancia de la Nueva Granada*. Bogotá: Ediciones Incunables.
- Llano, M. y Campuzano, M. (1994). *La chicha, una bebida fermentada a través de la historia*. Bogotá: Cerec-Colcultura.
- Lorenzo, R. (1998). *La Citta Sostenible*. Milán: Eleuthera.
- Low, S. (2000). *On the Plaza: The politics space and culture*. Austin: The University of Texas Press.
- Lynch, K. (1960). “The City Image and its elements”, en: *The City Reader*. New York: Routledge.
- Lynch, K. (1965). “The City as environment”, en: *Scientific American* 213, pp. 209-219.
- Martínez, C. (1983). *Bogotá: sinopsis sobre su evolución urbana*. Bogotá: Escala Fondo Editorial.
- Marroquín, J.M. (1866). “Investigación sobre algunas antigüedades”, en: *Museo de cuadros de costumbres III*. Bogotá: Biblioteca Virtual del Banco de la República.
- Martí, F. (1999). *El ágora y el foro*. Buenos Aires: Paidós.
- Mayor, A. (1997). *Cabezas duras y dedos inteligentes: estilo de vida y cultura técnica de los artesanos colombianos del siglo XIX*. Bogotá: Colcultura.
- Mejía, G. (2000). *Los años del cambio: Historia urbana de Bogotá 1820-1910*. Bogotá: Centro Editorial Javeriano.
- Mendoza, E. (1965). *Alabanza y crítica de la aldea*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.

- Mollien, G. (1944). *Viaje por la República de Colombia en 1823*. Bogotá: Imprenta Nacional de Colombia.
- Montañez, M. *Al rescate de la plaza: el rol de la plaza en la sociedad urbana del siglo XXI*. (www.franciscanos.net/teologos/mfal/plaza.htm)
- Mumford, L. (1937). *What is a city?*, en: *The City Reader*. New York: Routledge.
- Muntañola Thornberg, J. (1990). “La ciudad educadora desde la arquitectura”, en: *Ajuntament de Barcelona* (1990), Barcelona: I Congrés Internacional de Ciuts Educadores, Regidora d’Édicions I Publicacions.
- Noguera, C.; Álvarez, A.; y Castro, J. (2000). *La Ciudad como Espacio Educativo*. Bogotá: Arango Editores.
- Ocampo, J. A. (ed.) (1984). *Política económica en la encrucijada*. Bogotá: Presencia.
- Ocampo, J. (2001) *Mitos y leyendas Bogotanas*. Bogotá: Plaza y Janés.
- Ortega, D. (1990). *Las cosas de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Pabón, G. (2003). *La novela y la crónica en la historia de la ciudad*. Bogotá: Universidad Piloto de Colombia.
- Palacios, M. y Safford, F. (2002). *Colombia, país fragmentado, sociedad dividida. Su historia*. Bogotá: Norma.
- Páramo, P.; Arias, J.D.; López, C.; Martínez, N.; Melo, M. C. y Pradilla, H (1995). *Evaluación de las condiciones ambientales y proyecciones para el diseño del campus de la Universidad Pedagógica Nacional*. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional.
- Páramo, P.; Arias, J. D.; Melo Pradilla, H. y Pabón, P. (1999). *Apreciación del paisaje. Nuestros vínculos con la naturaleza*. Bogotá.
- Páramo, P. (2002). “En busca de la identidad de lugar del bogotano: interacción con el pasado de la ciudad en el espacio público”, en: *Territorios* 8: 63-84.
- Páramo, P. (2004a). “Algunos conceptos para una perspectiva optimista de vivir la ciudad”, en: *Territorios* 10-11:91-109.
- Páramo, P. (2004b). “The Significance of Public Places to the People of Bogotá, and policy Implications for the city as a Learning Environment”, Ph.D Dissertation. New York: The Graduate School and University Center. The City University of New York.
- Páramo, P. (2011). *Sociolugares*. Bogotá: Ediciones Universidad Piloto de Colombia.
- Pérgolis, J. C. (1990). *Espacio público y civilidad: El sentido y objeto de la participación ciudadana*. En: CEO: Universidad de Antioquia.
- Pérgolis, J. C. (2000). *Relatos de ciudades posibles. Ciudad educadora y escuela: la práctica significativa*. Bogotá: Fundaurbana, pp. 33-34.

- Pirenne, H. (1925). "City Origins and Cities and European Civilization: From medieval cities", en: *The City Reader*. New York: Routledge.
- Proshansky, H.M. (1978). "The City and Self-Identity". *Environment and Behavior*, Vol 10, No. 2.
- Restrepo, E. (1988). "El primer ministro inglés en Bogotá", en: Bayona, N.: *El alma de Bogotá*. Biblioteca de Bogotá.
- Robinson, D. J. (1989). *The Language and Significance of Place in Latin America. The Power of Place: Bringing Together Geographical and Sociological Imaginations*. En: J. A. a. J. D. (Eds.), Boston: Unwin Hyman, pp. 157-181.
- Rodríguez Freyle, J. (1985). *El Carnero*. Bogotá: Círculo de lectores.
- Rojas. M. (1978). *La plaza Mayor*. Barcelona.
- Romero, J. (1999). *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Rothlisberger, E. (1963). *El Dorado: Estampas de Viaje y Cultura de la Colombia Suramericana*. Bogotá: Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional.
- Russell, J. A., y Ward, L. M. (1982). "Environmental psychology", en: *Annual Review of psychology*, 33, pp. 651-688.
- Saldarriaga, A. (1996). "La cultura urbana y la civilización", en: *Gaceta*, No.12. Bogotá: Colcultura.
- Saldarriaga, A. (1997). "Espacio público y calidad de vida: La calle: lo ajeno, o público y lo imaginado". *Serie Habitat*. No. 4. Bogotá.
- Salvat - Villegas Editores. (1989). *Historia de Bogotá: Conquista y Colonia*. Bogotá.
- Schiller, F. (1990). *Kallias*. Buenos Aires: An Thropos.
- Silva, R. (1883). *Artículos de costumbres*. Bogotá: Imprenta de Silvestre.
- Steuart, J. (1989). *Narración de una expedición a la capital de la Nueva Granada y Residencia allí de 11 meses 1836-1837*. Bogotá: Academia de Historia-Tercer Mundo Editores.
- Terricabras, J. M. (1990). *Atrévete a pensar*. Barcelona: Paidós.
- Tirado, A. (2001). *El estado y la política en el siglo XIX*. Bogotá: El Áncora.
- Tonucci, F. (1997). *La citta del bambini*. Roma: Laterza.
- Trilla, B. J. (1989). "La ciudad educadora", en: *Revista Idep*. Bogotá.
- Urrego, M. (1997). "Sexualidad, matrimonio y familia", en: *Bogotá 1880-1930*. Bogotá: Ariel Historia.
- Uzzell, D. y Ballantyne, R. (1998). *Contemporary Issues and Environmental Interpretation*. Londres, Stationary Office Books.
- El Catolicismo*, 10 de noviembre de 1849.

El Correo Curioso, 17 de febrero de 1801.

EL Mirador de Bogotá, N°7 1999.

El Nacional, febrero de 1867.

El Neogranadino, 4 de agosto de 1848.

La Bagatela, 14 de julio 1811.

Los Matachines Ilustrados, 1855.

Papel Periódico Ilustrado, 6 de agosto de 1881.

www.clubdelprogreso.com

www.unalmed.edu.co/paisaje/doc4/concep.htm

La fuente usada es de la familia Minion, estilo regular;
puntaje 11; interlineado 14,5.

El libro

Historia social situada en el espacio público de Bogotá

desde su fundación hasta el siglo XIX,

se terminó de imprimir en JAVEGRAF

Bogotá, Colombia, 2013

Historia social situada en el espacio público de Bogotá desde su fundación hasta el siglo XIX describe una perspectiva psicosocial de la vida cotidiana contextualizada en el espacio público de Bogotá. Esta obra enfatiza el papel que cumple el ambiente físico de la ciudad en las prácticas sociales que caracterizaron la vida social de Bogotá desde su fundación hasta los inicios del siglo XX.

Pablo Páramo y Mónica Cuervo se han propuesto considerar de qué manera los espacios públicos de la ciudad adquieren significado como lugares, al reconocerse en ellos un papel fundamental como escenario para la ocurrencia de diferentes eventos o acontecimientos protagonizados por la gente común a lo largo de la historia de la ciudad.

ISBN: 978-958-8650-52-4



9 789588 650524

